

En la vida y en el amor no todo sale como se planea

Por mi familia



ELIZABETH BERMÚDEZ

Por mi familia

En la vida y en el amor no todo sale como se planea

ELIZABETH BERMÚDEZ

Título: Por mi familia
Primera edición, octubre 2023
©2023, Elizabeth Bermúdez

Diseño de portada: @bbccreative_1
Imágenes portada: Shutterstock

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Esto es una obra de ficción. Todo parecido con la realidad es mera casualidad. Todos los nombres, situaciones y hechos plasmados en esta novela son producto de la imaginación de la autora.

Sinopsis

Alessandro Ferrer lleva una vida a su antojo hasta que le proponen ser la persona que fue su padre años atrás. Convertirse en Alessandro Albani, un mafioso, e introducirse en un mundo peligroso es la única opción que tiene para salvar a toda su familia.

Cuando acepta una arriesgada misión se encontrará como compañera a alguien que no espera. Intentará deshacerse de ella, pero es tan testaruda y está tan capacitada que no lo conseguirá, además ella también tiene un importante motivo que la lleva a arriesgar todo por esa misión.

Nada será fácil, tendrán que salvar situaciones muy complicadas, quizás la más dura a la que se enfrente Alessandro sea enamorarse, un placer que no había descubierto antes y el que le llevará a hacer cualquier cosa por la mujer que se ha colado en su corazón.

Índice

[Sinopsis](#)

[Sobre la autora](#)

[1](#)

[Alessandro](#)

[2](#)

[Alessandro](#)

[3](#)

[Allegra](#)

[4](#)

[Alessandro](#)

[5](#)

[Allegra](#)

[6](#)

[Alessandro](#)

[7](#)

[Allegra](#)

[8](#)

[Alessandro](#)

[9](#)

[Allegra](#)

[10](#)

[Alessandro](#)

[11](#)

[Allegra](#)

[12](#)

[Alessandro](#)

[13](#)

[Allegra](#)

[14](#)

[Alessandro](#)

[15](#)

[Allegra](#)

[16](#)

[Allegra](#)

[17](#)

[Alessandro](#)

[18](#)

[Allegra](#)

[19](#)

[Alessandro](#)

[20](#)

[Allegra](#)

[21](#)

[Alessandro](#)

[22](#)

[Allegra](#)

[23](#)

[Alessandro](#)

[24](#)

[Allegra](#)

[25](#)

[Alessandro](#)

[26](#)

[Allegra](#)

[27](#)

[Alessandro](#)

[28](#)

[Allegra](#)

[29](#)

[Alessandro](#)

[30](#)

[Allegra](#)

[31](#)

[Alessandro](#)

[32](#)

[Allegra](#)

[33](#)

[Alessandro](#)

[34](#)

[Allegra](#)

[35](#)

[Alessandro](#)

[36](#)

[Allegra](#)

[37](#)

[Alessandro](#)

[38](#)

[Alessandro](#)

[39](#)

[Allegra](#)

[40](#)

[Alessandro](#)

[41](#)

[Allegra](#)

[42](#)

[Allegra](#)

[43](#)

[Alessandro](#)

[44](#)

[Allegra](#)

[45](#)

[Alessandro](#)

[46](#)

[Allegra](#)

[47](#)

[Alessandro](#)

[48](#)

[Allegra](#)

[49](#)

[Alessandro](#)

[50](#)

[Allegra](#)

[51](#)

[Allegra](#)

[52](#)

[Alessandro](#)

[53](#)

[Allegra](#)

[54](#)

[Alessandro](#)

[55](#)

[Allegra](#)

[56](#)

[Allegra](#)

[57](#)

[Alessandro](#)

[58](#)

[Allegra](#)

[59](#)

[Allegra](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Otros libros de la autora](#)

Sobre la autora



Elizabeth Bermúdez nació en Huelva, lugar donde reside actualmente.

Licenciada en Derecho, le apasiona escribir y leer novelas románticas. La mayor parte de su tiempo libre lo dedica a crear historias de amor con la ilusión de que en el futuro vean la luz y enamoren a los lectores.

Se define como una persona familiar y amiga de sus amigos. Le encanta viajar, leer y disfrutar al máximo de los buenos momentos que ofrece la vida.

Por mi familia es su **novela número dieciocho**, anteriormente publicó:

1. Deseos del destino
2. *Secretos*
3. *Tus huellas en mi corazón*
4. Imaginarlo o vivirlo. La mirada de un Miller
5. *La sombra de su pasado*
6. *Volver a nacer*
7. Volver a creer
8. *Volver a sentir*
9. Y de repente, el mundo se paró
10. El amor lo cambia todo
11. Serie Volver
12. Bilogía:
El precio de la vida
El precio del amor
13. Te quiero para mí

14. Nicolás Hungría
15. Te protegeré
16. Oportunidad de venganza

Sígueme en mis redes sociales:

- Instagram: @eli_berm
- Facebook: Elizabeth Bermúdez

Nota de la autora:

Por mi familia es una novela independiente que puede ser leída por el lector sin la necesidad de leer con anterioridad *Te protegeré*, pero entenderá mejor todas las situaciones y personajes si lee antes la novela del padre (*Te protegeré*) y luego la del hijo (*Por mi familia*).

*A todos los lectores que os enamorasteis
de Alessandro Albani y habéis esperado este libro con ansias.
Espero que este Alessandro os enamore tanto como el padre.*

1

Alessandro

—Señor, tiene una visita que no figura en su agenda del día, pero insiste en verle y me ha manifestado que no se marchará de aquí hasta que hable con usted —me indica mi secretaria tras una mañana infernal de reuniones y problemas en la empresa de mi padre. Hace tres años que se expandió a Italia y ahora soy el encargado de llevarlo todo aquí.

—¿De quién se trata? —pregunto con interés. Si ha conseguido llegar hasta la antesala de mi despacho no es cualquiera.

—No me lo ha dicho, señor. Solo manifestó que está aquí por un tema confidencial que solo hablará con usted en persona. Intenté darle una cita para la semana que viene, pero se negó.

Me quedo en silencio unos segundos, mi primera reacción es llamar a seguridad para que lo saquen de allí, sin embargo, resuelvo hacerlo yo mismo. Nadie le impone órdenes a Alessandro Ferrer y menos en mi propia empresa.

Salgo del despacho haciendo a un lado a mi secretaria, con paso firme y seguro. Tras una mañana agotadora lo que menos necesito es que alguien me imponga algo, y menos una persona que se niega a darle su nombre a mi empleada.

Cuando pongo un pie fuera de mi despacho me topo de frente con un hombre de edad avanzada, que se queda mirándome de arriba abajo con asombro. Me paro en seco y, al tratarse de casi un anciano, el señor debe de rozar los setenta años, me descoloco un poco. Lo observo bien y sé que no es la primera vez que nos vemos. Rebusco en mi memoria, soy muy bueno reconociendo rostros, nunca olvido uno con el que me haya cruzado, y tras varios segundos de búsqueda intensa consigo recordar dónde nos hemos visto antes. Yo solo tenía dieciséis años y fue en Madrid, paseando por la calle con mi madre y mi hermana. Ese hombre me confundió con mi padre. Cuando sucedió lo desconocía, pero luego mis padres se encargaron de contarme la verdad sobre Alessandro Albani, el hombre que fue mi padre por unos años. Me tenso y todas mis alertas se despliegan al ver a ese hombre frente a mí. En todos estos años he aprendido muchísimas cosas de mi progenitor y tengo la certeza de que el pasado de mi padre, el que todos creíamos enterrado para siempre, ha vuelto a nuestras vidas. Sin embargo, lo que este hombre desconoce es que haría cualquier cosa por mi familia, por protegerlos.

—Alessandro —murmura con asombro el señor del que aún desconozco el nombre mientras me mira con atención—. Eres igual a tu padre, un calco —susurra con impresión mientras me observa de arriba abajo con una ligera sonrisa.

Para mí no es nada nuevo, mi madre me lo repite cada día y he podido comprobarlo en fotografías. Pese a la diferencia de edad, aun cuando estamos juntos, mi padre y yo somos muy iguales. Se conserva muy bien y es todo un ejemplo a seguir. Todo lo que sé en esta vida me lo ha enseñado él. He recibido lecciones mucho más importantes y prácticas por su parte que en mis años de universidad.

—¿Y usted es? —pregunto, serio y distante, alerta.

—Tranquilo, con un solo soplo tuyo tumbarías a este viejo —bromea levantando las manos, dándome a entender que no va armado—. Además, estoy seguro de que tu padre debe de haberte

enseñado algunas cosas y no me gustaría experimentarlas. Apuesto a que eres tan bueno como él en muchos aspectos —augura mientras me mira con emoción.

—Hace años nos cruzamos en Madrid. ¿Quién coño es y qué quiere? —le pregunto de golpe, con desconfianza.

—Tienes muy buena memoria —carcajea admirándome con asombro—. ¿Podemos pasar a tu despacho y hablamos a solas? —propone.

Me tomo unos segundos para contestar, no quiero que note lo ansioso que estoy por saber quién es y a qué ha venido.

Le hago un gesto con la mano y lo invito a pasar a mi despacho. La puerta está abierta y el hombre se dirige a este con paso firme.

Antes de quedarme con él a solas le indico a mi secretaria:

—Te puedes marchar. Yo me encargo de todo.

Quiero asegurarme de que ese hombre y yo estemos solos por completo, por lo que pueda pasar.

Cuando me siento en mi sillón tras la mesa él ya ha tomado asiento en una de las sillas que hay frente a mí.

—Usted dirá —lo animo a que hable mientras me reclino en el sillón y lo observo con atención.

—Soy Leonardo Capdevila. —Se queda en silencio y espera mi reacción. Ese nombre no me dice nada y él lo sabe al momento. Una amplia sonrisa aparece en su boca y comenta—: Ya veo que tu padre no te ha hablado de mí.

—¿Quién eres? —pregunto furioso, odio desconocer a mi adversario.

—Tranquilo, soy de los buenos.

—¿Qué quiere? —lo increpo, aparentando toda la tranquilidad que soy capaz de transmitir.

—A ti —suelta de golpe, algo que, en cierto modo, logra tranquilizarme.

—¿Qué quiere de mí? —pregunto con sumo interés, taladrándolo con la mirada.

—Necesito que te conviertas en el nuevo Alessandro Albani —revela sin rodeos.

—Mi nombre es Alessandro Ferrer. Como bien sabrá, Alessandro Albani murió hace muchos años. Lo mataron en España. Quiere explicarse mejor —le exijo de forma dura.

—Yo era uno de los jefes de tu padre —revela con calma mientras me mira con atención—. Alessandro u Oliver como prefieras que me refiera a él. Siempre dudé de su supuesta muerte junto con Fábregas. He de reconocer que ambos lo hicieron muy bien. Las cosas se pusieron feas y no los culpo por cómo resolvieron todo. Sin embargo, el día que me crucé contigo por Madrid junto con tu madre supe que Oliver seguía vivo en alguna parte del mundo ya que tu edad y apariencia no me cuadró con los años que hacía de su supuesta muerte. Me ha costado algunos años dar con él sin que me descubra —revela finalmente con una amplia sonrisa de satisfacción.

—¿Qué quiere de mí? —le pregunto con desconfianza, tratando de mantener la calma.

—Ya te lo he dicho. Que seas el próximo Alessandro Albani —reafirma—. Tengo una misión para ti —anuncia como si nada.

—¿Quiere que me convierta en un mafioso para que la policía atrape a los de verdad? —pregunto con calma y una sonrisa, demostrándole que sé quién fue mi padre años atrás—. Puede irse por donde ha venido —lo invito a marcharse de forma educada intentando dominar mis demonios y no sacarlo de mi despacho a la fuerza.

—No has escuchado lo que tengo que ofrecerte —anuncia con pasmosa tranquilidad.

—Creo que ya debe de saber que me sobra el dinero —alardeo con seguridad.

—No me refería a lo material, sino a lo sentimental —comenta muy despacio mientras me mira de una forma fría que hace que se me erice la piel.

—¿A qué se refiere? —ladro de golpe, acercándome a la mesa y colocando ambas manos en ella, alerta. No me ha gustado el tono que ha utilizado.

—A tu familia —especifica con calma mientras me mira con atención, sé en todo momento que está estudiando cada una de mis reacciones.

—No se acerque a ellos o lo mataré —lo amenazo al mismo tiempo que lo taladro con la mirada.

Él me observa sin inmutarse, con pasmosa tranquilidad, sonriente.

—Me acabas de demostrar que eres justo el hombre que necesito. Llegué a pensar que jamás habría otro Alessandro Albani, pero estaba equivocado. Puede que el hijo supere al padre —aventura con calma sin dejar de mirarme con suma atención.

—Ni se le ocurra amenazarme con mi familia para que acceda a lo que sea que le haya llevado hasta aquí.

—Una misión —me corrige—, ya te lo dije.

—Mi respuesta es un no rotundo. Búsquese a otro.

—Si te pones así... Ni siquiera me has escuchado. —Se hace un silencio y ambos nos medimos con las miradas—. En ese caso tendré que proponérselo a tu padre —determina con calma, y el viejo consigue que se me erice la piel de nuevo—. En un primer momento pensé en ti por la juventud y tu enorme parecido a él. Creo que tu padre ya tiene unos años para esta misión, pero estoy seguro de que la aceptará por su familia —se atreve a plantear el muy hijo de puta.

—Maldito cabrón —ladro poniéndome en pie de un impulso. Tengo ganas de estampar mi puño sobre la sonrisa de triunfo que tiene en su boca, pero me contengo—. Ni se le ocurra acercarse a mi padre —le advierto en actitud amenazante—. ¡Qué coño quiere de mí! —le exijo mirándolo con rabia, con ambas manos colocadas sobre la mesa, en actitud imponente.

—Oliver Ferrer debe de estar muy orgulloso de ti —murmura mirándome con atención—. Hablemos, muchacho. Déjame que te exponga todo.

Intento calmarme, tomo asiento y escucho al hombre que tengo frente a mí. Le doy una oportunidad solo por mi familia.

2

Alessandro

Tras más de cuatro largas horas con Leonardo Capdevila en mi despacho llego a mi casa y me tomo una copa de whisky, la necesito después de haber tenido la reunión más difícil de mi vida. Ese hombre debería estar jubilado, sin embargo, ha venido hasta Bari a joderme la vida.

Pienso en silencio en todo lo que me ha expuesto, la misión, el riesgo y a todo lo que me tendré que enfrentar para proteger a mi familia, según él me encuentro preparado para toda esta locura. Es cierto que estoy entrenado, mi padre me enseñó a pelear, a disparar, a pensar y a salir de cualquier situación por difícil que fuese. Lo que no me enseñó fue a enfrentarme a algo tan grande como esto que me propone, convertirme en un mafioso peligroso. Cuando él se metió en la piel de Alessandro Albani por algunos años ya era policía, tenía una formación y experiencia, algo de lo que yo carezco y creo que es muy importante en el mundo en el que me voy a meter.

Por más que pensé en otras vías, finalmente no he tenido más remedio que aceptar lo que Leonardo ha venido a ofrecerme, quiero mantener al margen de todo a mi padre y a mi familia. Solo hago esto por ellos, porque estén a salvo. Sé todo el miedo que han sufrido mis padres en estos años, desde que me contaron su pasado a mí y a mi hermana mayor, por si descubrían que mi padre estaba vivo y daban con su paradero. No lo voy a exponer a que sea él quien se enfrente a esta misión, porque lo conozco muy bien y sé que en cuanto Leonardo se presentase ante él aceptaría por el mismo motivo que lo he hecho yo: por mi familia.

Vací el resto de mi copa de un solo trago en mi boca y siento cómo el whisky seco quema mi garganta. Es el mismo ardor que siento desde que le dije a Capdevila que aceptaba convertirme en el nuevo Alessandro Albani. Me ha dado un plazo de dos meses para prepararme completamente. Tendré que viajar en un par de ocasiones a España, firmar alguna documentación con ellos y comprometerme con algunos asuntos.

Miro mi reloj y suelto una carcajada amarga. En estos momentos tendría que estar rumbo al aeropuerto, iba a pasar este fin de semana en casa con la familia. Mi móvil suena y desvío la mirada hacia él, en la mesa que tengo cerca. Es Stella, decido ignorar la llamada. Hace cuatro meses que no nos vemos y estará deseosa de que llegue a Dubrovnik. Pero no puedo ir con esta tensión auestas junto con mi familia. Mi padre me conoce demasiado bien y de inmediato sabría que algo me sucede y no pararía hasta descubrirlo. Decido postergar mi viaje y centrarme en el hombre en el que me tendré que convertir en unos meses. Por un lado, siento que estoy traicionando a mi padre por ocultarle todo esto, sin embargo, por otro creo que lo estoy salvando. Él nos protegió durante años y ahora ha llegado mi turno de hacerlo.

Decido ponerle un mensaje a mi madre para que no se asuste cuando vea que no llego y me excuso con el hecho de que tengo muchísimo trabajo, algo que es cierto y mi padre sabe. Es la coartada perfecta ante mi ausencia.

Me tumbo en el sofá y cierro los ojos, me sumerjo en todos los datos que me ha proporcionado Leonardo. Me ha dicho que en mi primer viaje a España será más específico en detalles, sin embargo, todo lo que me ha expuesto es suficiente para alterarme el sueño por un tiempo.

Tendré que meterme entre la mafia italiana para capturar a un gran narcotraficante que controla muchos mercados y puertos que se ha hecho con demasiado poder, tanto que puede dejar al gobierno español en jaque. Mi mejor carta de presentación será decir que soy el hijo de Alessandro Albani, no lo dudarán por mi gran parecido. No hay nadie que no haya conocido a mi padre dentro de este mundo. Todos lo creen muerto, pero ante mi regreso él también va a revivir. Debo convencer a la mafia de que mi padre ha seguido operando estos años lejos de Europa y ahora yo he regresado en su lugar. Deberé de entablar contacto con un jeque árabe y mostrarle todo lo que he conseguido en estos años en la clandestinidad hasta haberme hecho con el suficiente poder como para sacar a relucir de nuevo el nombre de Alessandro Albani y mostrarles todo lo que tengo. Estoy nervioso. En una ocasión mi padre me dijo que le llevó varios años meterse bien en la piel de Albani, yo solo tengo un par de meses. No tengo elección, solo espero ser el mejor y que no me descubran. Ya que si lo hacen no solo estaré perdido yo, también toda mi familia ya que Capdevila ha descubierto a mi padre vivo.

Me voy a mi habitación, descalzo, paseándome por casa en la penumbra, me desnudo y me meto en la cama. Continúo haciéndome la misma pregunta desde que Capdevila salió de mi despacho, ¿por qué yo? ¿No tienen a tíos más entrenados que yo y formados para estas misiones? Presiento que hay algo que no me cuenta, pero lo averiguaré. No pienso ser una marioneta en las manos de ese viejo. Tendré que saber quiénes somos todas las piezas del tablero y los objetivos o no entraré en el juego de la forma en la que ellos esperan. Lo haré a mi manera pese a las consecuencias que eso me pueda acarrear. Cuento con la ventaja de que soy un hombre libre, sin obligaciones. A mis veintiocho años solo estoy casado con mi trabajo. Dirijo en Italia la empresa de seguridad que mi padre y mi tío Fábregas crearon hace años. No tengo esposa ni hijos. Stella es la única mujer con la que me acuesto más de dos veces seguidas. Siempre me busca y está detrás de mí, así lleva años desde que dejamos de ser novios en el instituto. Con ella el sexo es bueno, pero no quiero nada más. Tenemos una relación intermitente, sin ataduras, sin embargo, ella no pierde ocasión de querer hacerla más formal cada vez que nos acostamos, pero es algo a lo que no pienso acceder de nuevo. Ya me costó mucho cortar con ella tiempo atrás por respeto a mi tío Fábregas. Me advirtió que como le hiciese daño a su hija me iba a arrepentir y por el vínculo familiar que nos une decidí alejarme de Stella de cara a una relación formal, pero es una mujer muy atractiva y siempre caigo en sus redes cuando se lo propone, sin embargo, siempre le dejo claro que es solo sexo. No quiero meter a las familias de nuevo en nuestra relación. Nuestras madres son como hermanas y nuestros padres grandes amigos y socios. En una ocasión mi padre me dejó claro que si por un lío con Stella la relación entre ambas familias se perjudicaba me cortaba las pelotas.

Paso toda la noche dando vueltas en la cama, maldiciendo al cabrón de Capdevila y su propuesta. No he tenido más remedio que aceptar y esto me tiene de una mala hostia que no consigo apartarla. Si algo odio en esta vida es que me den órdenes o me impongan algo, como hizo este viejo, pero sé que si me hubiese negado habría ido a proponerle lo mismo que a mí a mi padre. De esta forma, al entrar yo, mi padre sigue fuera de todo esto, tranquilo y en paz, como hasta el momento. Me quedo con las ganas de haber enfrentado a ese viejo y haberle dado una negativa, pero el temor de que se hubiese presentado ante mi padre y ambos hubiésemos terminado metidos de lleno en esa maldita misión con tal de salvar a toda nuestra familia me hizo sentir el miedo más grande que jamás he sentido, ya que Leonardo me amenazó con pasarle cierta información de deslealtad por parte de mi padre años atrás a algunos de sus antiguos enemigos que lo tienen en alta estima hasta el día de hoy, como es el caso del jeque con el que

me tengo que codear. Lo cierto es que tenemos muchos frentes abiertos y tengo que prepararme para que este nuevo Alessandro Albani pueda con todos ellos solo.

Me sobresalto en la cama cuando suena mi teléfono, lo alcanzo y observo que es mi madre. Resoplo y decido atender la llamada si no quiero que vuelva a sonar en menos de media hora de nuevo. Es muy insistente y protectora.

—Mamá —pronuncio con voz somnolienta.

—Alessandro, mi vida. ¿Estás bien? ¿Es solo trabajo o te sucede algo? —pregunta con cierta angustia que denoto en su voz entristecida.

—Estaba muy cansado para viajar, mamá. Además, tengo que trabajar en el ordenador desde casa este fin de semana.

—Tenía tantas ganas de verte. Hace dos meses que no nos vemos —lamenta.

—Lo sé, prometo ir en cuanto pueda. —No sé cuándo será eso, pero lo digo para contentarla.

—Ah no. En dos semanas te quiero aquí. Es Navidad y ya sabes que seguimos las tradiciones españolas. El día veinticuatro cenamos todos juntos y el treinta y uno nos comemos las uvas en familia —me recuerda con tono autoritario.

—Ahí me tendrás —murmuro con pesar, sabiendo que no me podré deshacer de, al menos, una de estas fechas.

—Bien, procura venir sin mucho trabajo a cuesta para que podamos disfrutar de ti, mi vida.

—Lo intentaré, mamá —murmuro arrastrando las palabras a conciencia. Quiero transmitirle que estoy muy cansado de verdad.

Corto la comunicación, suelto el teléfono y doy media vuelta en la cama para seguir durmiendo, pero mi madre ha conseguido despejarme y todos mis pensamientos se centran en el hombre en quién me tendré que convertir. Salto de la cama y me voy al gimnasio de mi casa. Necesito descargar todo lo que llevo por dentro. Siento como una gran rabia en mi interior que no sé contra quién pagar, sin embargo, esta rabia es más por mi familia. El hecho de que hayan descubierto a mi padre y sepan su paradero me tiene intranquilo. No sé quienes más lo saben aparte de Leonardo. Supongo que lo descubriré cuando viaje a España, por momento, cuando vaya a casa de mis padres revisaré personalmente todos los sistemas de seguridad que tienen en casa y les implantaré a cada uno de mis hermanos un sistema de rastreo en sus móviles para tenerlos controlados y protegidos. No lo haré con mis padres porque estoy seguro de que mi padre solo tardaría unos días en descubrirlo. A él y a mi madre los controlaré a través de las cámaras de seguridad de la casa, a las cuales tengo acceso con mis claves de la empresa.

3

Allegra

Quince días después

—¿Es necesario que acuda a la cena? —le pregunto a mi madre a modo de queja, molesta. Odio las reuniones familiares y tener que arreglarme.

—Por supuesto. Como todos los años —me exige con ese tono en ella en el que sé que no va a ceder por mil excusas que me invente—. Ya sabes que tu tía Mel y yo adoramos estas fechas, y mucho más desde que todos crecisteis y estáis cada cuál en un sitio. Son prácticamente las dos únicas cenas del año en las que estamos las dos familias reunidas al completo.

—Pues a mí no me hace ninguna ilusión —protesto.

—Eso es porque eres un bicho raro, hermanita —me indica mi hermana Stella mientras se maquilla con esmero sentada delante de su tocador—. Nunca te arreglas, siempre vas en zapatillas y en ropa de deporte. ¡Qué poco femenina eres! —se queja con horror. Ella es extremadamente pija.

—Tú te llevaste toda la coquetería —le replico—. Yo paso de esas tonterías, pasar horas y horas comprando ropa y delante de un espejo para transformarte en alguien que no eres.

—Te pasas la vida delante del ordenador y entrenando. Tienes tantos músculos en tu cuerpo como un hombre. No ves más allá de todo eso —me reprocha.

—Te recuerdo que trabajo delante del ordenador. Tú solo te dedicas a gastar el dinero de papá comprando ropa. Y entrenar en el gimnasio y salir a correr a diario me desestresa y es muy bueno para la salud. Deberías probarlo.

—Odio ir al gimnasio. Lo hago una vez a la semana con el entrenador para mantener mi figura, pero prefiero dejar de comer que sudar —dice Stella con un gesto de desagrado en su rostro. Somos tan diferentes en todos los aspectos que hay veces en las que la miro y veo imposible que hayamos nacido de los mismos padres.

—No hay nada más que hablar —interrumpe mi madre—. Te arreglas y vamos todos juntos a la cena en casa de tus tíos —ordena de forma tajante.

Resoplo, me levanto de la cama de mi hermana donde estoy tumbada y me dirijo a mi armario. Trato de escoger algo acorde para una cena en familia en la que sé que todos irán vestidos de gala. Me decido por unos pantalones negros y un jersey negro, lo cierto es que tampoco tengo mucha ropa elegante en mi armario, no suelo usarla. Cuando mi hermana me ve así vestida hace un gesto de desaprobación con la cara, pero la ignoro. Ella ha escogido un vestido con muy poca tela en color burdeos. Estoy segura de que lo ha hecho para captar la atención de Alessandro y que no deje de mirarla en toda la noche. Pese a que lo dejaron hace años, es algo que mi hermana no termina de asimilar y no pierde ocasión de estar cerca de Aless y coquetearle con descaro.

Nos montamos los cuatro en el coche y mi padre es quién conduce. Mi madre va de copiloto y yo junto con mi hermana en el asiento trasero. Ella mi mira y me susurra:

—Te podías haber maquillado un poquito, vaya pintas. Con la cara lavada y esa ropa. —Me

repasa de arriba abajo con la mirada, como espantada.

—No tengo a nadie a quién impresionar —le replico con una sonrisa forzada.

Cuando llegamos a casa de mis tíos, Mel y Oliver, ambos nos reciben en la puerta como los buenos anfitriones que siempre son cuando vamos a su casa en una fecha especial. Pasamos al interior y ahí nos encontramos con mis primos, en realidad no somos primos de verdad, nuestros padres solo son muy amigos desde hace muchísimos años, pero nos hemos criado llamándonos como tales hasta que Aless y Stella se hicieron novios en el instituto y esto no les cayó muy bien a nuestros padres.

Saludo a mi prima Carla, que está con su prometido, se casan el próximo año, a mi primo Oliver, el más pequeño de la familia y luego a Aless. Cuando lo observo siento que está más guapo e impresionante que nunca. Sus ojos verdes atrapan a todo el que lo mire, son iguales que los de mi tío. Hacía un par de años que no coincidíamos ya que ambos hemos estado fuera por motivos de estudio y trabajo y me llevo una gran sorpresa al comprobar que mi primito está más fuerte de lo que lo recordaba, más guapo y tiene una mirada que irradia más atractivo que nunca.

—Vaya Allegra, casi no te reconozco. Has cambiado mucho —comenta Aless al saludarme con dos besos.

—Está igual que siempre —le indica mi hermana, mirándolo con atención, babeando, como siempre que Aless está cerca—. Mi hermana solo vive para estar delante del ordenador y para pasar el resto de sus horas en el gimnasio —comenta con cierto deje despectivo y molesto.

—Pues entonces llevas la misma vida que yo —me indica Aless mostrándome una sonrisa radiante.

—Sí, Allegra es el hijo que mi padre no tuvo —comenta de forma hiriente.

—Soy todo lo contrario a ti, hermanita —le recuerdo con una sonrisa forzada—. Trabajo en la empresa de papá desde mi último año en la universidad y tengo una vida organizada.

—Una vida aburrida querrás decir —ataca—. No sales nunca a divertirte ni tienes amigos.

—No me van las fiestas tanto como a ti —le recuerdo al mismo tiempo que le guiño el ojo y me doy media vuelta y busco a mi primo Oliver. Me llevo muy bien con él. Pese a ser un juerguista empedernido y darle muchos dolores de cabeza a mi tío es una persona increíble con la que nunca te cansas de hablar. Tiene veintitrés años y aún no ha asentado su vida del todo como a su padre le gustaría.

—Primo, ¿qué tal te va la vida? —le pregunto abrazándome a él por la espalda. Con Oliver siempre he tenido una relación más cercana que con Aless, puede que sea porque con Oliver solo me llevo un año de diferencia de edad y con Aless cuatro.

—¡Qué ganas tenía de ver a mi prima favorita! —me susurra en el oído mientras me alza en sus brazos y da una vuelta conmigo en ellos.

Oliver es muy afectuoso, por el contrario, Aless es más distante y reservado.

—He oído por ahí que sales menos y estudias más —le indico con una sonrisa.

—Algo de eso hay. Sino mi padre me corta el grifo. Hay que tenerlo contento porque cuando el viejo se enfada tiemblan los cimientos de esta casa —bromea.

Charlo con Oliver de forma animada mientras que no le quito ojo a mi hermana y a Aless, ella lo persigue allá donde se mueve y no lo deja solo en ningún momento. Su actitud me molesta y consigue crisparme.

Pasamos a la mesa todos y cuando me siento descubro que tengo a mi primo Aless y a mi hermana justo enfrente. Estoy a punto de cambiarme de sitio, no quiero ver durante toda la cena cómo mi hermana coquetea abiertamente con él sin importarle nada más. Finalmente, me centro

en mi prima Carla, le pregunto por su boda y decido no prestarle atención a la babosa de mi hermana y a mi guapísimo primo.

—Qué gran alegría que, tras unos años, por fin, estamos todos juntos y reunidos en una fecha tan señalada —dice mi tía Mel.

—Nuestros hijos se han hecho mayores y no nos hemos enterado. El tiempo pasa muy deprisa —dice mi padre.

—Tío Fábregas, si estás hecho un chaval —lo elogia mi primo Oliver.

—Hace nada erais todos pequeños sentados alrededor de esta mesa —rememora mi madre.

—Laura, ¿ya no recuerdas cuando deseábamos que creciesen? —le indica mi tío.

—Somos unos padres orgullosos de todos vosotros —dice mi tía con la mirada clavada en todos nosotros—. Ya solo nos queda disfrutar de estos momentos porque tenéis vuestras vidas casi encarriladas y no os tenemos tan cerca como nos gustase.

—Yo no podré estar en la cena de fin de año —anuncia mi primo Aless.

Mi tía Mel y mi tío Oliver lo miran en silencio.

—¿Por qué? —pregunta de inmediato mi hermana con sumo interés.

—Tengo trabajo y he quedado con unos amigos en Suiza para recibir el nuevo año —revela mi primo.

—Vaya, entonces la próxima reunión familiar en la que estemos todos será en la boda de Carla —comenta mi madre.

—No os perdonaré a ninguno que faltéis. Me caso en cinco meses y sabéis ya la fecha. No quiero excusas de trabajo ni nada parecido —nos indica Carla a todos con tono mandón.

—Por supuesto, hermanita. No me lo perdería por nada del mundo —le replica Alessandro.

—Tú y Allegra sois los que siempre estáis más tiempo fuera por temas de trabajo —nos reprende de forma severa—. Apuntad en vuestras agendas y mentes esta fecha tan importante.

—Estaré en tu boda, prima —le aseguro.

—Yo me encargaré de ir con ella para que se compre un vestido bonito y no acuda en pantalones —comenta mi hermana, que no pierde ocasión de echarme en cara lo poco femenina que soy.

Cenamos en familia, como hacía mucho tiempo que no lo hacíamos, y luego nos trasladamos al salón, donde nos tomamos unas copas y continuamos picando algo.

Como no nos veremos en las fechas de Reyes ni en Fin de año, nos damos los regalos de Papá Noel. Yo no he comprado nada, pero tengo una madre y una tía geniales que todos los años nos sorprenden con regalos increíbles y hacen que no olvidemos una noche como la de hoy pese a que ya no tengamos la ilusión de cuando éramos niños.

Alessandro

Con prudencia, sin que mi padre note mi ausencia, lleva dos copas y está muy animado hablando con mi tío Fábregas y mi tía Laura, me retiro a su despacho decidido a entrar en su ordenador personal. Necesito buscar si tiene algo de información sobre Leonardo Capdevila o si ha tenido contacto con él en los últimos meses.

Tras una búsqueda intensa no encuentro nada. Deduzco que mi padre debe de tener otro ordenador con la información confidencial de cuando era Alessandro Albani junto con todos los contactos y negocios. Es algo que necesito. Cuando vaya a España y me expongan todo quiero tener más información que ellos, siempre me gusta jugar con cierta ventaja y en este caso lo considero más que necesario, por ello me estoy exponiendo a que mi padre me descubra en estos momentos.

Sé que mi padre tiene una gran caja fuerte en el despacho de casa, pero nunca me ha dicho la clave. Busco por su agenda y cajones por si encuentro alguna pista, pero sé que debe de ser una clave exclusiva en su memoria, como la que tengo yo en mi caja fuerte de mi casa en Bari.

Abro la estantería donde se encuentra la caja fuerte e intento una combinación de números pensando como lo haría mi padre. Lo conozco tan bien, hemos pasado tanto tiempo juntos y me ha contado tantas cosas que igual doy con la clave. Intento pensar como él, ponerme en su piel, y justo en el tercer intento, con la combinación del día de la fecha oficial en la que murió Alessandro Albani, se abre la caja fuerte. Mis ojos observan muchísimo dinero en efectivo. Hay euros y dólares, armas, un ordenador y varias memorias externas de gran capacidad. Me llama mucho la atención que no tenga documentos físicos.

Suspiro y observo muy bien cómo está colocado todo antes de tocar nada. No quiero que mi padre tenga la más leve sospecha de que alguien ha accedido a su caja fuerte, ya que dudo que ni mi madre tenga la combinación.

Agudizo mi oído y escucho pasos que se acercan al despacho, maldigo y cierro de golpe la caja fuerte y la estantería cuando están abriendo la puerta. Veo a aparecer con sigilo a Stella. Cuando descubro que es ella no sé si sentir alivio o echarle la bronca por venir a buscarme e interrumpir en tan importante momento. Suspiro y la miro forzando una sonrisa, disimulando, al mismo tiempo que trato de dominar mi mal genio ante esta interrupción.

—Te vi desaparecer y como tardabas en regresar pensé que igual era un llamamiento para que viniese a buscarte —dice Stella con voz melosa mientras se acerca a mí y me acaricia el pecho con una mano y la otra la lleva hasta mi entrepierna con descaro.

—Stella, aquí no —le reprendo de inmediato.

—¿No sería más excitante? —pregunta mientras me besa y me acaricia con maestría—. El despacho de tu padre, el lugar sagrado de esta casa. Mientras toda la familia está reunida fuera. Nunca lo hicimos aquí —me recuerda en tono provocador.

—Ni lo haremos —le dejo claro tomándola de ambas manos y alejándola un poco de mí.

Stella se acerca de nuevo a mis labios y se apodera de ellos. Llevo más de dos semanas sin tener a una mujer cerca y sus encantos me hacen débil. La beso con ansia y consigue despertar

por completo mi deseo.

De repente, escucho una voz que nos interrumpe.

—Perdón. —Me sobresalto, me alejo de Stella y veo a su hermana Allegra en la puerta del despacho.

—Joder, hermanita, siempre estás donde no debes —se queja Stella taladrándola con la mirada.

—Vosotros volvéis a ser... —Allegra no termina la afirmación, nos mira seria y con los ojos muy abiertos, asombrada de descubrirnos en esta actitud íntima.

—No —niego, rotundo.

—Aless y yo siempre estamos igual, sí pero no —dice Stella.

Suspiro, Allegra se da media vuelta, cierra la puerta y se marcha.

—Hemos tenido suerte de que haya sido ella y no alguno de nuestros padres —le indico a Stella, alterado, paseándome por el despacho mientras me revuelvo el pelo.

—Tarde o temprano vamos a acabar juntos, Aless. Estamos hechos el uno para otro —insiste acercándose a mí de nuevo.

—¿No has visto como nos ha mirado tu hermana? Lo nuestro como pareja de cara a la familia era un asunto cerrado desde hacía años, creo que ya ni se acuerdan. Espero que no diga nada, y esto no nos traiga problemas. Sabes bien que las veces que nos hemos acostado en estos años siempre te dejé claro que no quería nada serio —bramo fuera de sí. No me puedo permitir este tipo de tonterías con Stella en estos complicados momentos de mi vida.

—Eso es porque mi hermana no está acostumbrada a estas cosas —comenta Stella con cierto tono que me desconcierta.

—¿Qué quieres decir? —pregunto con interés.

—¿No la has visto? Desde pequeña le gustaba todo lo de los niños, y ahora lleva una vida como la de mi padre o la tuya. Estoy segura de que mi hermana es lesbiana. A sus veinticuatro años jamás le he conocido a un novio, ni sale de fiestas con sus amigas. ¿Y ves que sea femenina en algún aspecto? —alega—. Creo que tarde o temprano saldrá del armario, solo es cuestión de tiempo.

Pongo los ojos en blanco y me alejo de Stella, con todos los frentes que tengo abiertos en mi vida en estos momentos no me interesa si Allegra es lesbiana o no, eso no es de mi incumbencia. Cada uno puede hacer con su vida lo que le dé la gana.

Salgo del despacho con dos tipos de frustraciones diferentes, una por la interrupción tan inoportuna de Stella cuando conseguí abrir la caja fuerte de mi padre, pero recuerdo la combinación y volveré, y otra de tipo sexual. Stella ha conseguido calentarme la sangre, pero no voy a caer de nuevo en sus encantos. Esta vez no puedo permitírmelo.

Regreso al salón, me sirvo una copa y me uno a la conversación que mantienen mi hermano y Allegra, ella me mira con sorpresa e interés ante mi aparición. Está claro que no me esperaba. La repaso de forma involuntaria de arriba abajo después de lo que me ha dicho su hermana y determino que puede que tenga razón, al menos no es como las mujeres con las que me suelo relacionar. A mí me van más como su hermana, coquetas, con vestidos ajustados que marquen las curvas y zapatos de tacón.

Al final de la noche, cuando estamos despidiendo a mis tíos, Laura y Fábregas, junto con mis primas, Stella insiste y me propone en un susurro que nos vayamos a mi apartamento a pasar la noche, pero declino la invitación. Pese a que mi cuerpo me lo pide a gritos, le doy la gran alegría de decirle a mi madre que esta noche me quedará en casa, junto a toda la familia. Así me quito a

Stella de encima, no descarto que se presentase en mi apartamento en mitad de la noche, y tengo vía libre durante el resto de la noche, cuando todos duermen, para volver al despacho de mi padre y continuar con lo que dejé pendiente.

Hace unos años me compre un apartamento en Dubrovnik que suelo utilizar cada vez que vengo, me gusta mi independencia, pero en esta ocasión, con la excusa de haber bebido un poco más me quedo en casa de mis padres a pasar la noche.

Me retiro a mi habitación después de tomarme dos copas más con mi padre y mi hermano. Mi madre aún conserva todas nuestras habitaciones en la casa. Cuando calculo que mis padres y Oliver deben de estar dormidos bajo con sigilo a la planta de abajo con mi ordenador, voy hasta el despacho y abro de nuevo la caja fuerte de mi padre. Cojo las tres memorias que tiene allí, todas son de gran capacidad, y las copio en mi ordenador mientras vigilo que no venga nadie. Me lleva algún tiempo, pero suspiro con tranquilidad cuando lo consigo con éxito. Cierro la caja fuerte, lo dejo todo colocado milimétricamente como estaba y salgo del despacho. Cuando voy a subir las escaleras una voz dice a mi espalda:

—¿No es un poco tarde para trabajar, hermanito? —Miro y descubro a Oliver en la cocina, con un vaso de agua en la mano—. ¿A ti no te afecta nada? A veces pienso que tú y papá no sois de este planeta —me indica con una sonrisa tonta, arrastrando las palabras.

Doy unos pasos hacia él y le digo:

—No bebo tanto como tú, ni salgo tanto de fiestas —le recrimino. Es un jueguista nato.

—Tampoco eres un santo —me echa en cara.

—Nunca he dicho que lo sea.

—Te gusta hacerle la pelota a papá, ser cómo él —me reprocha—. ¿Crees que no sé que eres su hijo preferido? Te adora, sin embargo, a mí no pierde ocasión de decirme que todo lo hago mal y compararme contigo.

—Papá intentó protegerte demasiado —escupo entre dientes. Siempre pensé que mi padre le debería haber contado su pasado a Oliver, como hizo conmigo y con mi hermana. Cuando eso sucedió él solo tenía once años y luego nunca lo consideró necesario, pero estoy seguro de que si mi hermano conociese todo de nuestro padre no sería como es y lo entendería más, como me pasó a mí cuando supe la verdad.

—Si lo ves así... Todo su tiempo siempre te lo dedicó a ti y tú fuiste un alumno muy aplicado. Te convertiste en su viva imagen en todos los sentidos. No solo sois como dos gotas de agua, también piensas y actúas como él.

—Si lo envidias aún estás a tiempo. Estoy seguro de que papá estará encantado de que pases más tiempo con él que de fiestas, como hice yo.

—Tú tuviste un don para que no se enterase de tus juergas. No sé cómo de las mías se entera de todas.

—Habilidad, hermanito —respondo con una gran sonrisa y le palmeo la espalda—. Me voy a la cama. Deberías hacer lo mismo —le aconsejo.

—Ya voy —contesta y siento que deja el vaso sobre la encimera y comienza a subir las escaleras.

Entro en mi habitación, suspiro, dando gracias de que fuese Oliver a quien encontré en la cocina y no a mi padre, ya que a él no hubiese podido engañarlo.

No quiero leer toda la información que le he robado a mi padre en esta casa, lo haré mañana cuando me marche a mi apartamento, con tranquilidad, ya que no sé qué voy a encontrar en todo lo que tengo en mi poder.

5

Allegra

Una semana después

Estoy ayudando a mi madre en la cocina para la cena de Fin de año, esta noche vienen mis tíos a cenar a casa y mis primos, pero Alessandro no estará. Se marchó a Suiza hace un par de días, se despidió de toda la familia y nos comunicó que tardaría algunos meses en volver. La expansión de la empresa de nuestros padres va muy bien en Italia y él es el encargado de llevarlo todo por allí. Lo cierto, es que siento curiosidad por saber cómo gestiona todo, pero mi padre nunca me habla de esas gestiones. Al parecer Alessandro tiene carta blanca, algo que a mí no me han otorgado aún en la empresa ni mi padre ni mi tío. Por ser mujer revisan todo mi trabajo y creo que nunca se acabarán de fiar de mí del todo. Estoy segura de que soy mucho mejor que Aless y algún día se darán cuenta de ello.

Mi madre recibe una llamada y aparece mi hermana en la cocina, comienza a picotear lo que hemos estado haciendo, le doy un toque en la mano para que no coja nada, ella nunca ayuda, odia cocinar, y le digo con toda la intención:

—¿Necesitas comer para ahogar las penas de que Alessandro no estará esta noche y tardará meses en volver? —Mi hermana come como un pajarito, siempre dice que tiene que cuidar su figura. A mí ese aspecto me da igual, como de todo y en cantidad, también es cierto que luego lo quemo en el gimnasio.

—Tiene mucho trabajo —me indica con tono seco.

—¿Habéis vuelto? —me intereso. Desde que los vi en el despacho de mi tío no he vuelto a saber si están juntos de nuevo o no. Mi hermana no ha dicho nada y siento mucha curiosidad.

—Con Aless es muy difícil mantener una relación estable, pero nuestra química es tan impresionante que cuando nos vemos saltan chispas. Creo que ambos sabemos que en algún momento de nuestras vidas terminaremos juntos —comenta muy segura de ello.

La miro y evito replicarle que eso lo cree solo ella. Siempre he visto a Alessandro como a un hombre independiente y sin ataduras, en ese aspecto se parece a mí. Lo cierto es que nos parecemos en muchas cosas. Estudiamos la misma carrera, trabajamos en la empresa de nuestros padres y nos gusta vivir a nuestro aire. Creo que ambos somos los reflejos de nuestros padres. Estoy segura de que mi tío Oliver le ha enseñado tanto como mi padre a mí en estos años.

—¿Y qué vas a hacer todos estos meses sin él, algo de provecho aparte de ir de compras y fiestas? —Odio la vida de mi hermana, no sé cómo puede desperdiciarla de esa forma.

—Tú no lo entenderías.

—Tienes razón, no te esfuerces. —Me doy media vuelta y salgo de la cocina para subir a cambiarme.

Cuando vuelvo a bajar ya está toda la familia en el salón junto con mis tíos y mis primos. Oliver es el único que elogia mi atuendo para esta noche. He escogido unas mallas color negro en cuero con un jersey ancho en tono crudo y unas botas altas planas. Siempre llevo una coleta alta, pero esta noche decidí dejarme mi larga melena oscura suelta.

—¿Algún día te vestirás acorde con la ocasión? —murmura mi hermana cerca de mi oído a

modo de queja.

No le hago caso al comentario. Mi madre suspira, pero no dice nada. Sabe que el tema de cómo vestir conmigo es una batalla perdida.

—Estás guapísima, Allegra —me elogia mi primo Oliver al oído, de inmediato sé que ha escuchado a mi hermana—. Creo que Stella sabe de sobra que no te hace falta un vestido deslumbrante para que tu belleza reluzca. Eres diferente a las demás mujeres y creo que eso le molesta. A mí me encantas —revela mirándome serio a los ojos.

—A ti te encantan todas, Oliver. Eres un picaflor —le indico de forma alegre, sin embargo, todo mi interior tiembla ante su confesión. Me mira de una forma en la que no lo ha hecho antes.

—Eres especial, Allegra. Eso salta a la vista. Da igual que no lleves un vestido como el de tu hermana, ni zapatos de tacón, ni maquillaje ni el pelo recogido con esmero. Tus intensos y grandes ojos negros, preciosos, tu rostro perfecto, tu pelo negro y tu cuerpo atlético y trabajado te hacen una mujer increíble. Y quién no lo vea es que está muy ciego. Siempre me ha sorprendido que no tengas a un hombre a tu lado.

—No ha aparecido la persona adecuada —justifico mientras pienso en alguien que lleva mucho tiempo en mi corazón, pero nunca me he atrevido a decirle lo que siento, ni creo que nunca lo haga. Lo siento como un inalcanzable ya que jamás se fijaría en una mujer como yo.

—Puede que la tengas más cerca de lo que crees. —Oliver me sonríe de forma especial y consigue alterarme. Me disculpo con él y voy a hablar con mi prima Carla. Siempre me he llevado genial Oliver, pero que me vea de una forma diferente a una prima me ha puesto nerviosa.

Tras la cena y recibir el año nuevo todos juntos tengo una gran noticia que comunicarle a la familia que hasta el momento no había sabido como darla, y creo que si lo hago delante de todos mi padre y mi madre no lo llevarán tan mal.

—He recibido una gran propuesta para montar todo el sistema de seguridad de una nueva gran empresa en Nápoles. Me quieren en exclusiva. Es una oportunidad única. Me marchó en una semana. —Cuando se pusieron en contacto conmigo personalmente me lo pensé mucho, me ofrecieron más dinero del que iba a ser en principio y finalmente acepté porque quiero demostrarles a todos mi gran capacidad y lo buena que soy en mi trabajo.

Tras mi anuncio se hace un silencio, luego mi madre me abraza y miro a mi padre con recelo, me importa mucho su reacción. No le dije nada antes porque no quería que influyese en mi decisión.

—Estoy muy orgulloso de ti, hija. Sé que vales mucho. Ya es hora de que vuelas sola. Estás lista, te he preparado durante años —dice con orgullo mientras me mira con un brillo especial en su mirada donde leo admiración.

—Gracias, papá. —Me abrazo a él y en esos momentos sé que he tomado una decisión que cambiará mi vida, pero que es la acertada. Estoy muy ilusionada con este proyecto. Creo que es una gran oportunidad.

6

Alessandro

Tres semanas después, Madrid

—Tienes todo lo que necesitas. En este tiempo récord hemos conseguido el objetivo de convertirte en Alessandro Albani, un mafioso muy poderoso y con una gran posición, en menos tiempo de lo establecido. Eres un digno hijo de tu padre —me felicita Leonardo, admirándome, como si yo fuese su salvación.

—El mérito ha sido todo mío —le recuerdo mirándolo con desconfianza—. En este tiempo he descubierto que no tienes a nadie tan cualificado como yo. Mi padre hizo mejor trabajo conmigo que tú con tus hombres, y eso que él nunca supo que yo ocuparía su lugar algún día —me quejo.

Leonardo chacha la lengua y me sonríe.

Me ha resultado muy difícil justificar tantos viajes seguidos en este tiempo. Pese a que vivo lejos de mi padre, él en Dubrovnik y yo en Bari, siempre está muy pendiente de mí, hablamos casi a diario por asuntos relacionados con la empresa. En estas semanas he perdido la cuenta de la cantidad de vuelos y aeropuertos que he conocido. Evitaba cogerlos directamente a España por si en algún momento a mi padre se le ocurría investigarme que no pudiese dar con mi rastro ya que solía llegar a mi destino final siempre en coche. Es cierto que he aprendido mucho de él, sé cuidarme, pero también he aprendido a no infravalorar a mi padre, sé que es un perro viejo y es muy complicado engañarlo. Por el momento me siento satisfecho, lo estoy consiguiendo. Ahora solo espero que no llegue a sus oídos que un nuevo Alessandro Albani ha vuelto a la vida y descubra que soy yo. Leonardo me ha prometido que esto no llegará hasta mi padre. Hace años que se desvinculó del círculo de la mafia y del narcotráfico y ahora solo vive centrado en su empresa y su familia.

Por suerte, mi padre nunca viene a visitarme. Lleva años sin salir de Croacia y eso es una ventaja para mí, puedo decirle que estoy en mi casa cuando en realidad esté en otra parte del mundo.

—Como comprenderás no te voy a dar las gracias por tus elogios —le contesto a Leonardo. Se ha quedado en silencio esperando algo de mí—. Nunca se te olvide que esto lo hago obligado, por mi familia. No me confundas con mi padre. Para él meterse en la piel de Alessandro Albani formaba parte de su trabajo. Yo estoy aquí porque no tengo otra opción —le dejo claro una vez más.

Leonardo me coloca delante la documentación que tengo que firmar. Entre esos papeles está la completa liberación de Oliver Ferrer, una vez que yo termine la misión mi padre podrá volver a España sin ningún problema ni cuentas pendientes con la policía ni la justicia. A cambio yo les entregaré a Amín Faheem y toda su organización, un multimillonario árabe que tuvo negocios con mi padre y luego se unió con cierto libanés que fue el que desencadenó que mi padre y mi tío tuviesen que fingir sus muertes y marcharse para siempre. Cuando Alessandro Albani murió para todos cayó mucha gente, entonces Faheem, con sus millones, aprovechó todos esos huecos vacíos. Ahora controla muchísimo mercado y es un hombre muy peligroso para el país y lo

quieren eliminar desde dentro. La misión que tengo por delante no es fácil, el mínimo error me puede costar la vida, y la de mi familia.

Leonardo me ha creado una documentación oficial falsa de Alessandro Albani que tendré que usar de ahora en adelante, me ha provisto de una cuenta bancaria muy abundante y me ha dado las llaves de dos impresionantes casas, una en Madrid, y otra en Nápoles. Ambas serán mis dos residencias principales de cara a mis nuevos futuros socios. Por supuesto, también he firmado inmunidad con el gobierno italiano, están al tanto de mi misión. Al parecer Faheem tiene a ambos países en sus manos, controla demasiado, y se ha trazado este plan para destruirlo. Según me han dicho, ellos también tienen a alguien metido dentro que conoceré más adelante. No me gusta trabajar a medias con nadie, estoy deseando conocer de quién se trata ya que dependiendo de la capacidad de esa persona todo puede ir bien o mal.

Leonardo y yo nos medimos con las miradas cuando todos los documentos han sido firmados. Estamos en presencia de tres personas más. Me miran sonrientes mientras que yo los maldigo a todos.

—En dos días darás una gran fiesta en tu nueva casa de Madrid —me ordena Leonardo—. Ahí vivió tu padre por un tiempo —revela para mi gran sorpresa—. Hemos considerado que usar ese mismo chalet reforzará tu nombre y tu posición. Alessandro Albani regresa dispuesto a ser mucho más de lo que fue su padre.

—Necesito a un equipo de confianza. Aún no lo he conocido —me quejo.

Desde que empezamos con todo esto me prometieron que tendría a un equipo bien formado que yo podría dirigir.

—Lo harás en la fiesta. Yo te los presentaré.

—¿Tú? —pregunto, confuso—. Pensé que tu papel se limitaba al interior de estas instalaciones.

—Fuera de aquí, para los malos, soy un policía corrupto al que le pagan muy bien y hago grandes favores —confiesa. Lo desconocía hasta el momento—. Yo te pondré en relación con la gente poderosa de España en esa fiesta. No te preocupes, ya está organizada y todos invitados. Tú solo tendrás que hacer una aparición estelar y dejar a todos asombrados. Asistirán muchas personas que conocieron a tu padre y trataron con él. No vas a encontrar a amigos, Albani dejó muchas cuentas pendientes —me advierte—. Tendrás que ganártelos de nuevo. Cuando llegues a Nápoles harás otra fiesta como la de Madrid, si esta resulta un éxito la de allí irá por muy buen camino —augura mostrándome una sonrisa.

Esa misma noche me instalo en la casa de Madrid. La recorro solo mientras intento imaginar a mi padre en ella. Por lo que me contaron mis padres, mi madre también vivió aquí por un tiempo. Imagino lo que tuvo que sentir él en una misión como la que llevó a cabo intentando proteger en todo momento a la mujer que amaba. Al menos yo no tengo tal carga encima.

Compruebo todos los sistemas de seguridad de la casa, los ajusto y la hago más segura para mí. He acordado con Leonardo que permaneceré en ella dos semanas más, luego me trasladaré a Nápoles, donde prácticamente tendré que llevar una doble vida. Ser Alessandro Albani cuando trate con los mafiosos y Alessandro Ferrer cuando continúe al frente de la empresa de mi padre. Por suerte, mi trabajo es delante del ordenador sin tener que tratar con mucha gente, pero desde este momento tendré que fijar la agenda con mi secretaria y solo aparecer por mi despacho una vez a la semana. Tendré que inventarme que desde mi casa trabajo mejor.

Ya he quedado con Leonardo, por si llegan a descubrirme, que Alessandro Ferrer será una tapadera de cara a mis futuros socios italianos y españoles. Tengo una empresa legal con ese

nombre y operaré en la ilegal como Alessandro Albani, un digno sucesor de su padre. No lo tendré fácil. Mi padre me dejó un camino lleno de espina, pero espero que los que una vez estuvieron de su lado crean que a mi padre lo traicionaron y vuelvan a confiar en mí. A todos los que me pregunten por mi padre les diré que es un hombre que está en cama desde hace años debido a un disparo. Esto evitará que quieran verlo en persona y crean que ahora yo soy el que se encarga de todo en exclusiva.

Dos días después

Me encuentro algo nervioso mientras me visto con mis mejores galas para recibir a más de cien personas en la que es mi nueva casa en Madrid, según me ha informado Leonardo esta mañana. Lo cierto es que no esperaba a tanta gente. También me ha presentado a mi equipo, tres hombres que estarán a mis ordenes en todo momento. Cárdenas, Greco y Russo. Están entrenados, son policías, llevan en el cuerpo más de diez años y están acostumbrados a este tipo de misiones.

Media hora antes de recibir a todos los invitados me reúno en el despacho de la casa con Leonardo y los tres hombres.

—¿Está todo claro? —pregunta Leonardo tras establecer las funciones de cada uno esa noche. Asiento con un movimiento de cabeza—. Cualquier cosa que se salga del plan Cárdenas, Greco y Russo te protegerán.

Al escuchar esto suelto una fuerte carcajada que les molesta.

—Perdonad que lo ponga en duda —les indico a los tres—, pero si ellos estuviesen capacitados para esta misión yo no estaría aquí. Sé protegerme, Capdevila —le dejo claro de forma seria—, al igual que sabré representar muy bien mi papel —le aseguro con determinación. En estas semanas he estudiado a fondo toda la información que encontré en la caja fuerte de mi padre y eso me ha servido para meterme de lleno en el papel, saber bien el terreno que piso y en caso de ponerse las cosas feas qué hacer.

Los tres hombres me miran con desconfianza mientras que yo me pregunto la razón por la que alguno de ellos no se haya podido convertir en Alessandro Albani y me han escogido a mí, pero es algo que averiguaré tarde o temprano.

Cuando llegamos al salón de la casa está lleno de comida y camareros, comienzan a llegar los primeros invitados y Leonardo se encarga de presentarme a todos. Descubro que está muy bien relacionado y que lo aprecian mucho. También me doy cuenta de que confían en mí por el solo hecho de tenderme la mano Capdevila.

La fiesta resulta todo un éxito. He conocido a mucha gente y muchos me han propuesto hacer negocios juntos sin ni siquiera molestarme en pedírselo.

Pienso que la fiesta ha llegado a su fin, solo quedan los camareros y varias personas más, sin embargo, me equivoco cuando Leonardo acude hasta mí y me comenta:

—Por último, quiero que conozcas a una persona que será imprescindible en toda tu labor en Nápoles y estará siempre a tu lado, codo con codo, en esta misión.

Damos unos pasos y al fondo del salón donde se encuentra una mujer con un elegante vestido negro y pelo negro, recogido en un moño alto, suelta la copa que tiene en la mano, se da la vuelta cuando siente que nos acercamos, me mira con asombro cuando Leonardo le dice algo al oído,

me reconoce, la reconozco, se lleva una mano al pecho, me mira con los ojos muy abiertos y grita con asombro:

—¿Tú?!

7

Allegra

—¿Qué coño haces aquí, Allegra? —maldice Aless mientras me mira con rabia. Sus intensos ojos verdes dan miedo y su actitud fría y distante hacia mí consigue que sienta cierto escalofrío en todo mi cuerpo.

—¿Tú eres Alessandro Albani? —pregunto con la voz cortada, mirándolo con el corazón latiéndome a mil por hora. Miro a Leonardo y pregunto con un hilo de voz—: ¿Qué clase de juego es este? —Me siento utilizada y engañada, sin embargo, en el rostro de Aless se reflejan los mismos sentimientos.

—¿Qué es todo esto, Capdevila? No me hace ni puñetera gracia —brama Aless fuera de sí—. ¿Qué hace ella aquí? —le exige muy enfadado, mientras taladra a Leonardo con los ojos.

—Te presento a Allegra Fábregas, tu compañera y socia en esta misión —revela con tranquilidad—. Ella es la otra parte de todo esto. Trabajaréis juntos, por los mismos objetivos —aclara mientras nos mira sonrientes y yo no entiendo nada.

—Eres un hijo de puta —escupe Aless entre dientes, alterado—, siempre intuí que me ocultabas cosas. Estas no son las reglas del juego. Debo de saber todo —le grita, enfadado, se acerca a él y lo coge por las solapas de la chaqueta mientras ambos se desafían con las miradas.

—Ahora ya lo sabes. Aún no se han cumplido los dos meses que te di para formarte y conocer el plan al completo —le indica con pasmosa tranquilidad mientras mi cabeza trata de poner en orden todo lo que está sucediendo.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta de golpe Aless de malas formas, como un reproche, con los ojos echando chispas. Sus pupilas verdes parecen que van a arder de un momento a otro.

—Podría hacer la misma pregunta —ladro de golpe, no tiendo su enfado conmigo. Me encuentro tan descolocada como él, e intuyo que él tiene más información que yo.

—Esto es de locos —murmura mientras se revuelve el pelo y se pasea como un león enjaulado delante de Leonardo y tres hombres más—. ¿Por qué ella? —le exige de golpe a Capdevila tomándolo de nuevo con fuerza por las solapas de la chaqueta.

En esta ocasión dos hombres se acercan a Aless y lo separan de Leonardo mientras le indican que se tranquilice.

—Porque creo que el pasado siempre vuelve y ahora os toca el turno a vosotros, los hijos. Haréis un equipo tan bueno como el que formaron vuestros padres hace años en una misión parecida a esta —revela Leonardo.

—¿De qué habla? —pregunto de golpe al tener la sensación que soy la única del grupo que no sabe a lo que se refiere. Hablan de una misión y de nuestros padres en el pasado.

—¿Qué sabe ella de todo esto? —inquire Aless a Leonardo, ignorando mi pregunta y a mí.

—Fue contratada para crear la seguridad de una nueva empresa en Nápoles, la que llevaréis a cabo ambos. El resto de detalles te corresponde a ti contárselos —revela mientras que yo miro a Alessandro de forma interrogativa.

—Salte de esto ya, Allegra —me indica Aless en tono seco y duro, al mismo tiempo que me dirige una mirada desafiante.

—Ya no puede. Está dentro. Sabe tu identidad —le advierte Leonardo.

—¿Cómo has podido meterla en esto? —le recrimina Aless, furioso.

—Ella es tan buena como tú. Tengo a los dos mejores para esta misión. Vuestros padres se encargaron de entrenaros como es debido. Me cuesta reconocerlo, pero no tengo a dos personas en mi equipo con vuestras cualidades. He seguido vuestros pasos de cerca desde hace algunos años.

—Eres un hijo de puta —brama Aless perdiendo el control, estrella una copa contra el suelo con rabia y coraje—. Le has jodido la vida. Pueden matarla, ¿se lo has dicho? —lo acusa de forma severa. Da un paso hacia él y de nuevo los hombres que nos rodean tienen que parar a Alessandro.

Yo me encuentro en silencio, sin saber exactamente qué está pasando y porqué le sienta tan mal mi presencia.

—Os dejamos solos —anuncia Capdevila con pasmosa tranquilidad mientras nos mira y parece que disfrute de la alteración que mi presencia le ha producido a Aless—. Ponla al tanto de todo, Alessandro —le ordena Leonardo. Hace un gesto y se retira con los otros tres hombres más presentes—. Será una noche larga, pero muy reveladora —murmura al marcharse.

Observo cómo Aless aprieta los puños y tensa la mandíbula, luego coge una copa de encima de la mesa, se la bebe de golpe y la estrella contra la pared, sobresaltando los cristales hechos añicos a los camareros que recogen todo cerca de nosotros.

Yo lo miro en silencio con mil sentimientos encontrados en mi interior. Miedo, expectación, incertidumbre, desconfianza y la sensación de que el Alessandro que tengo delante es una persona completamente distinta a la que conocía.

Leonardo Capdevila se puso en contacto conmigo antes de finalizar el año. Me indicó que era policía en un cuerpo especial en España y que necesitaban a alguien con mis conocimientos en seguridad informática para una importante misión. Todo tendría que ser confidencial y no podría decir nada, ni siquiera a mi familia. Tendría que trabajar unos meses en Italia y otros en España ya que era una operación entre ambos países. También me advirtió que tendría que trabajar al lado de un hombre llamado Alessandro Albani, pero no me dijo nada más. El sueldo que me pagarían era muy sustancioso y consideré un gran prestigio trabajar para los sistemas de seguridad de la policía de ambos países. Y ahora me encuentro con el hecho de que Aless está en esta misma misión e intuyo que a él le han dicho mucho más que a mí. Por su reacción al verme puedo presagiar que esto no va a ser fácil, en ninguno de los sentidos, pero me gusta el riesgo y la acción. No soy como las mujeres con las que está acostumbrado a tratar y se lo voy a demostrar. Sé cuidarme por mí misma desde bien pequeña y no le tengo miedo a nada. Sé pelear muy bien, aprendí a disparar con mi padre y me enseñó muchísimas cosas que siempre pensé que no me servirían de nada en la vida, sin embargo, ha llegado la hora de ponerlas todas en práctica.

—Vamos a mi despacho —le ordeno a Allegra de forma dura y distante. Sin mirarla siquiera, me encamino hacia el lugar al mismo tiempo que escucho sus pasos detrás de mí. Sé que tengo que calmarme, a ella la han engañado igual que a mí y no puedo pagar la mala hostia que tengo por culpa de Capdevila con ella, pero me resulta muy difícil controlarme.

—¿Me vas a explicar qué haces aquí y por qué tu nombre ahora es Alessandro Albani? —me exige con altanería y las manos en la cintura, en actitud desafiante. En vez de estar asustada me encuentro ante una mujer que me planta cara y me desafía, lo que me faltaba.

—Siéntate —le propongo—. Como bien ha dicho Leonardo la noche será larga. Me va a tocar contarte muchas cosas que desconoces, me cago en mi puta vida —maldigo mientras me deshago de la chaqueta, la tiro de malas formas sobre un sofá, me abro los botones de la camisa, me remango los puños y tomo asiento frente a Allegra.

Suspiro al mismo tiempo que la observo bien, hasta el momento no he reparado en lo cambiada que está con el pelo bien recogido, un vestido ajustado a su cuerpo y maquillada. Parece otra, no sé cómo la reconocí. Lo cierto es que tiene unos ojos negros muy grandes y expresivos con abundantes pestañas a su alrededor que son difíciles de confundir.

—Adelante, soy toda oídos. No entiendo por qué te enfadas tanto al tener que trabajar conmigo en esta misión —me anima de forma despreocupada mientras me mira con atención, sentada frente a mí, con las piernas cruzadas y actitud relajada.

—Me temo que te han contado una versión que no se corresponde con la realidad.

Le dedico una sonrisa amarga y comienzo a explicarle qué hace aquí, qué haremos ambos y la historia de nuestros padres, la cual desconoce por completo. Siento en todo momento que esto no me corresponde hacerlo a mí, sin embargo, el capullo de Leonardo se ha encargado de ello a conciencia.

—¿Mi padre y el tuyo eran policías secretos? —pregunta con los ojos muy abiertos después de escuchar todo mi relato, al que no da crédito apenas—. Nunca me dijo nada —murmura Allegra con asombro cuando termino de hacerle un resumen sobre ellos—. Ahora entiendo todo lo que sabe y me enseñó en estos años. Siempre pensé que lo habría aprendido en su trabajo en la empresa de seguridad junto con el tío Oliver.

Paso a contarle a Allegra que Leonardo descubrió que nuestros padres estaban vivos y de mi existencia cuando años atrás se cruzó conmigo por Madrid y me reconoció al ser un calco de mi padre. Por mi edad de inmediato calculó que no murió en el altercado que él y el padre de Allegra planearon para salir de la misión, del país y proteger a nuestras madres.

—¿La misión de la que siempre me habló Capdevila y por la que estoy aquí es para que ambos nos infiltremos con unos mafiosos y podamos atraparlos? ¿Nos tendremos que relacionar con ellos? ¿Nuestro trabajo no va a consistir en dirigirlo todo desde un ordenador? —pregunta Allegra cuando ha juntado todas las piezas del puzle y tiene toda la información que Leonardo le ocultó.

—Exacto, estaremos en primera línea de batalla. A los que le pegan el tiro primero —le

indico sin tacto alguno. Mi intención es que se asuste al conocer la verdadera envergadura de la misión y desista de llevarla a cabo.

—¿Tú manejaste toda esta información desde el principio o también te engañaron? —pregunta con interés.

—Yo acepté toda esta locura, revivir a Alessandro Albani, por mi familia. Mis padres han pasado mucho miedo, se han llevado media vida protegiéndonos y no quiero que mi padre se enfrente a esto de nuevo. Prefiero hacerlo yo y que él continúe como hasta el momento.

—¿De verdad crees que no se enteren de nada de esto? —pregunta con inquietud.

—Tendré que hacerlo muy bien.

Allegra suspira y se queda en silencio, meditando todo.

—Creo que necesito pensar y digerir todo esto —murmura, bloqueada—. Seguramente mañana te atiborre de más preguntas por mil dudas que me surjan, pero ahora mismo estoy en shock.

—Puedes salirte de esto, pactaré con Leonardo lo que sea —le ofrezco esperanzado—. Yo me encargo —le comento decidido.

—No, gracias —dice de inmediato—. Si tú haces esto por tu familia yo lo haré por la mía. Creo que el riesgo es el mismo —manifiesta de forma contundente y decidida, sorprendiéndome.

—Esto no es un juego de muñecas —le advierto, crispado, con poca paciencia.

—Nunca he jugado con ellas. Era más de pistolas y peleas —revela con la cabeza alta, sintiéndose orgullosa.

—No contaba contigo en esta misión. He reconocer que tu llegada me ha descolocado y no te quiero dentro de ella —reconozco de forma abierta.

—En este tiempo me hablaron mucho sobre Alessandro Albani, el hombre a la cabeza de toda la misión, sin embargo, jamás pensé que fueses tú. Pese a ello, siento decirte que no voy a renunciar a esto.

—En ningún momento te voy a tratar como a mi prima —le expongo con sinceridad y dureza al mismo tiempo—. ¿Estás preparada para estar a mis órdenes e introducirte en un mundo de mafiosos donde los tiros vuelan como los pájaros, a su antojo? Si algo siempre le dejé claro a Capdevila era que si me jugaba el cuello las decisiones vitales y urgentes corrían solo por mi cuenta.

Intento que me vea tan duro e inaccesible que sea ella quién desista de esta misión.

—Ya hablaré con Leonardo para que estemos en igualdad de condiciones —me rebate sosteniéndome la mirada.

—Ni lo sueñes —le indico de inmediato, alzando la voz y colocándome en pie frente a ella—. Alessandro Albani soy yo y estoy a la cabeza de todo esto.

—¿No escuchaste a Capdevila? Seré tu socia en esta misión. Nada de ser una mandada. En estas semanas Leonardo ha comprobado mis habilidades, puede que tú las cuestiones, pero él sabe de lo que soy capaz.

—Allegra, no necesito una mujer a mi lado con la que pelear cada día por cada decisión que tome —murmuro exasperado.

—No me veas como a una mujer, sino como parte de esta misión. Tu socia. Juntos llevaremos esto adelante por nuestras familias. No nos queda otro remedio, Aless. ¿O qué pretendes que haga yo ahora que lo sé todo? Imposible que me quede al margen.

Me quedo pensativo. Odio sentirme en una encrucijada, pero ahí es donde me encuentro. No voy a poder deshacerme de Allegra con facilidad y sé que no me lo va a poner fácil. Jamás pensé

encontrármela en esta misión.

—No me llames nunca más Aless —le ordeno de forma seria y contundente—. Suena demasiado cercano. De ahora en adelante seré Alessandro Albani para todos, incluida tú. Y si decides estar a mi lado, olvídate de que nos conocemos de antes.

—Bien, Alessandro —replica con una sonrisa forzada mientras leo una gran valentía en sus intensos ojos negros.

La miro, furioso, al mismo tiempo que cierto sentimiento de orgullo se despierta por dentro, algo que no le manifiesto.

He de reconocer que es una mujer muy valiente, otra en su lugar estaría aterrada de miedo. Ella, sin embargo, me mira con ojos desafiantes y algo me dice que va a ser una gran piedra en mis zapatos durante toda esta misión.

—Puedes marcharte a descansar a tu casa —le ofrezco tras más de cuatro horas reunidos en mi despacho, casi está amaneciendo.

—Mi casa es esta. Leonardo me lo indicó cuando llegué. Me dijo que una vez que me presentase a Alessandro Albani no me movería de su lado, y ese eres tú.

La miro con una sonrisa forzada, maldiciendo a Leonardo, mientras murmuro con rabia:

—Tú eres la parte que me faltaba por conocer en estas dos semanas restantes hasta que empiece la misión de verdad y nos traslademos a Nápoles.

—Encantada, Allegra Fábregas —se levanta, se presenta y me extiende la mano dejándome descolocado por completo—. Creo que de ahora en adelante lo mejor será que olvidemos que nos conocemos de antes y comencemos a tratarnos con profesionalidad en este ámbito de trabajo que nos ha tocado vivir a ambos por azares de la vida.

9

Allegra

Salgo del despacho y comienzo a subir las escaleras, decidida, no sé dónde me dirijo exactamente, pero no voy a esperar órdenes de Alessandro, como quiere que lo llame de ahora en adelante.

Una vez en la planta superior miro el pasillo y observo varias puertas. Al final de este hay una estancia con una doble puerta, me llama la atención y con paso firme me dirijo hacia allí.

—Esa es mi habitación. Fue la de mi padre el tiempo que vivió en esta casa y me instalé en ella —dice la voz de Alessandro a mi espalda. Sé que ha querido sobresaltarme con su presencia sigilosa, pero lo había escuchado, solo que decidí hacerme la ingenua—. Puedes utilizar esta estancia —indica una puerta cercana—. Esta habitación la ocupó mi madre, he descubierto sus cuadros y sus pinturas en ella. Al parecer esta casa ha permanecido cerrada e intacta todo este tiempo. También hay ropa en el vestidor, te vendrá bien ya que has llegado sin equipaje para dormir —me indica. Al parecer él ya ha tenido tiempo de inspeccionar toda la casa al completo.

Miro a Alessandro, odio esa expresión de don saberlo todo y superioridad hacia mí que refleja su rostro.

—Para tu información, duermo desnuda. Y el resto de mi ropa y pertenencias me las traerá Leonardo mañana.

Observo cómo Alessandro traga con dificultad. Le muestro una sonrisa y siento que por fin le he dado una respuesta que no esperaba y lo he dejado callado.

Pasa por mi lado en silencio y entra en su habitación. Luego yo abro la puerta que me ha indicado y entro en el cuarto que ocuparé el tiempo que estemos en esta casa. Me dirijo al baño, me quito todo el maquillaje y el moño del pelo, me deshago del molesto vestido y zapatos de tacón que he tenido que llevar toda la noche, menos mal que escogí unos que no eran muy altos, y me tumbo en la cama en ropa interior con un remolino de sentimientos en mi estómago. Sin duda, ha sido la noche más intensa de toda mi vida. Descubrir a Aless dentro en esta misión y todo lo que me ha revelado esta noche me ha dejado en shock por completo, sin embargo, por raro que parezca, todo ello me ha dado más energías para seguir adelante. Voy a demostrarle a Alessandro Albani que puedo con esto, que sé cuidarme sola y que él no será ni mi jefe ni mi niñera.

Cuando me despierto al día siguiente aprecio que son más de la una del mediodía. Tengo hambre, el estómago me ruge, la pasada noche no comí nada, y decido dirigirme a la cocina de esta casa en busca de algún alimento.

Cojo del armario una camiseta ancha y unos pantalones cortos y no me molesto ni siquiera en ponerme unos zapatos. Me gusta andar descalza por casa y, al parecer, esta lo va a ser por unas semanas. Lo mejor será adaptarme a ella.

Llego a la inmensa cocina y tardo media hora en hacerme un café y encontrar algo qué comer. Unas magdalenas están bien. Me siento en la mesa de la cocina y desayuno mirando hacia las increíbles vistas del jardín. Lo cierto es que la mansión es preciosa, muy lujosa y eso que a mí no

me impresiona el dinero, por suerte, me he criado con todo tipo de lujos y caprichos.

De repente, siento que alguien entra en la estancia y es Alessandro. Me mira con atención, en silencio, mientras se dirige al frigorífico por una botella de agua.

—Se te han pegado las sábanas, princesa —murmura con cierto desdén que no me hace gracia.

—¿Tengo que recordarte que nos hemos ido a dormir casi al amanecer?

—Haces dos horas que estoy en el gimnasio. Esta maldita misión me tiene el sueño espantado, ¿no te sucede? —pregunta en forma de reproche—. Solo puedo pensar en estar lo mejor preparado.

—No he pegado ojo apenas —revelo mirándolo con atención—. ¿Sabes lo que supuso anoche para mí enterarme de todo y que tú eras Alessandro Albani, un hombre que llevan nombrándome mucho tiempo pero al que no le ponía rostro?

Aless me mira en silencio y desde que nos hemos encontrado atisbo un poco de comprensión y humanidad en sus preciosos ojos verdes. Hasta el momento me miraba con reproches y enfadado. Creo que ha comprendido que ambos hemos sido elegidos y han jugado con nosotros, al menos yo así lo veo.

—No me gusta tenerte en esta misión —manifiesta abiertamente de nuevo, mientras me mira serio. Creo que trata de intimidarme.

—Eso es porque me ves como a alguien que tendrás que cuidar y no es así. Te aseguro que mi padre me ha dado el mismo entrenamiento que el tío a ti. No me compares con mi hermana. No nos parecemos en nada —le dejo claro.

—Eso salta a la vista —murmura repasándome con la mirada de arriba abajo mientras siento que es una crítica hacia el aspecto que presento en esos instantes, pero me da igual.

De repente, dos encapuchados entran en la cocina por la puerta del jardín. Soy la primera que se da cuenta de ello. Alessandro se encuentra de espaldas. Salto de mi silla y los enfrento. Al escuchar que doy el primer golpe Aless se vuelve y comienza a pelear con el otro tío que ha asaltado la casa. Ambos luchamos con nuestros atacantes. No llevan pistolas, solo luchan con nosotros y he de reconocer que son buenos. Mientras me golpean contra la pared advierto cómo Aless reduce con una patada y un puñetazo a uno de los intrusos. Este cae al suelo tras una pelea intensa entre ambos. Mi atacante me tiene contra la pared, con las manos atrapadas mientras forcejeo con él con las piernas.

—¿Te echo una mano? —murmura Alessandro con pasividad, desde cierta distancia.

—No —grito mientras me deshago con facilidad de mi agresor, lo golpeo y lo dejo reducido en el suelo.

—¡Vaya, eres buena! —murmura Aless con tranquilidad.

—¿Quiénes son estos? ¿Qué hacemos? ¿Llamamos a la policía, a Leonardo...? —pregunto agitada.

—No te preocupes, Leonardo debe de aparecer en unos minutos. Todo esto es una prueba —murmura muy seguro de ello mientras lo miro con asombro.

—¡¿Qué?! —pregunto sin entender nada.

—Estos hombres han entrado sin forzar la cerradura y el sistema de seguridad no ha saltado, tampoco venían armados. Hemos tenido un enfrentamiento en una cocina y ninguno ha hecho por coger un cuchillo —argumenta ante mi asombro—. Estoy seguro de que Leonardo ha querido comprobar qué tal nos manejamos como equipo.

Miro a los dos hombres tirados en el suelo, están conscientes, pero se quejan de los golpes que

se han llevado. De repente, aparece Leonardo con tres hombres más por la puerta de la cocina.

—Bravo, Alessandro. Tu inteligencia cada día me asombra más. Me has descubierto —revela Capdevila ante mi asombro—. Por otro lado, mi enhorabuena a los dos. Sois increíbles. Habéis reducido en tiempo récord a dos de mis mejores hombres. Sin duda vuestros padres hicieron un buen trabajo con vosotros —manifiesta mirándonos con orgullo.

Los hombres que acompañan a Leonardo ayudan a levantarse a los otros dos que Aless y yo hemos dejado tirados en el suelo.

—Unos días de baja, machotes —murmura Aless mientras los mira sonriente.

Yo me siento muy apurada, tanto, que no sé qué decir. Solo maldigo a Leonardo en silencio.

Los tres nos quedamos a solas y tomamos asiento en la mesa que yo ocupaba antes.

—¿Qué tal la noche? ¿Os habéis puesto al tanto de todo? —pregunta Capdevila con una sonrisa en su boca que me gustaría borrar de un puñetazo.

—Ya lo sabe todo —revela Alessandro con tono seco mientras lo mira de forma distante.

—Bien. En dos semanas empieza todo de verdad —anticipa—. Mientras, permaneceréis en esta casa y os conoceréis como equipo. Entrenad juntos y poned en común todo lo que ambos sabéis. En esta misión es fundamental que os conozcáis muy bien. De cara a los demás sois socios y grandes amigos. Ambos os debéis mucho y por nada del mundo uno traicionaría al otro —nos deja claro—. Incluso podéis aparentar ser amantes o pareja, eso ya os lo dejo a vuestro criterio —propone con una sonrisilla que me molesta mientras nos mira a ambos.

—¿Y luego qué? —pregunto con ansia.

—Faheem va a dar una gran fiesta en su casa de Nápoles, es el centro de todas sus operaciones. Estaréis allí y tendréis que acceder a su despacho para conseguir información sobre sus próximos pasos. Tenemos que ir por delante de él.

—Eso es muy arriesgado en una primera toma de contacto —se queja Aless.

—No hay otra opción. Tardará en confiar en vosotros y contaros sus proyectos futuros. Existe un lugar que es el verdadero centro de operaciones, pero no sabemos dónde se encuentra. Os haremos llegar los planos de la casa para que lo estudiéis bien. A los oídos de Faheem ya ha llegado que Alessandro Albani, su hijo, ha vuelto al mercado. La fiesta de anoche fue un éxito. Te relacionaste muy bien y transmitiste mucha confianza, como tu padre —felicit a Aless muy satisfecho.

—¿Sabes que si pudiese matarte con mis propias manos en estos momentos lo haría, Capdevila? —le dice Alessandro sin temor alguno mientras lo mira con rabia.

—No me cabe la menor duda —contesta Leonardo con una profunda sonrisa—. Pero recuerda que has elegido estar en esta misión por tu familia.

10

Alessandro

Cuando Leonardo se marcha nos deja encomendado a Allegra y a mí que entablemos lazos de confianza con los tres hombres que estarán en esta misión a mi cargo; Cárdenas, Greco y Russo. Ellos han investigado bien a todos los mafiosos y personas poco recomendables con las que nos vamos a relacionar en este tiempo.

—¿Y si mi tío se entera de que estás en la piel de Alessandro Albani? —pregunta Allegra, preocupada.

—Me estoy encargando de tenerlo bastante ocupado con asuntos de la empresa.

—¿Y si alguien se lo dice? —insiste.

—Mi padre hace años que no se codea con la gente que lo haremos nosotros. Vamos a estar en otro país y él nunca sale de Croacia —le recuerdo—. ¿Qué hay de tu padre?

—Él confía en mí. Se mostró muy contento con el nuevo proyecto que iba a iniciar en Nápoles. Desde este momento tendré que empezar a mentirle —manifiesta con desilusión.

—No será fácil —le advierto en tono duro. En la posición en la que nos encontramos no podemos dejar llevarnos por sentimentalismos.

—Cuento con ello —dice a la defensiva.

—Es un mundo duro, verás algunas muertes seguramente, complicado, no podrás actuar como si fueses tú misma, y peligroso ya que tendrás siempre unos ojos que cuestionen tus actos y se espere que actúes como lo hacen las personas que realmente son de este mundo en el que vamos a entrar. Estás a tiempo de dejarlo todo. Aún no te has metido de lleno en él, puedes retirarte —le ofrezco por última vez.

—No me voy a marchar como una niña asustada —me indica con el mentón alto, mirándome a los ojos de forma desafiante.

—Bien, pues vamos a comenzar a trabajar juntos —anuncio, serio, aunque mantengo la esperanza de que empiece a agobiarse y a tener miedo a esta misión cuando se la exponga más de cerca—. Como necesitamos conocernos mejor he pensado que podemos entrenar todos los días a la misma hora y pasar tiempo trazando nuestros propios planes con respecto a toda esta locura. Voy a confiar en ti, Allegra. No me fío del todo de Capdevila —le revelo—, sé que hay algo que no nos dice y aquí los que nos jugamos el pellejo somos nosotros, por ello debemos tener nuestro plan b —le explico armado de paciencia.

—Me parece bien. Si las cosas salen mal o se tuercen debemos saber cómo salir de ello por nosotros mismos sin tener que depender de nadie, como bien has dicho, nosotros somos los que nos jugamos el pellejo. Vamos a investigar a todos con los que nos vamos a relacionar y cómo podremos conseguir acceder a los planes de Faheem —propone con entusiasmo. Sus ganas en esto me asustan a la misma vez que me hacen admirarla. No esperaba tener a mi lado a alguien como ella. No la esperaba a ella.

—Vamos, princesa, muéstrame todo lo que sabes —la aliento, sé que le sienta mal que la llame así, por eso lo hago. El gesto que aparece en su cara cuando frunce el ceño, enfadada, y se queda pensativa me divierte.

—Creo que te he demostrado que sé defenderme sola muy bien. Hemos estudiado la misma carrera —me recuerda con énfasis—. Los ordenadores y la informática son nuestra gran habilidad. Me gradué con la mejor nota de mi promoción —reconoce con orgullo mirándose con la cabeza alta.

—Yo también lo hice. Ahora vamos a ver quién es el mejor —le indico mientras le hago un gesto para que nos traslademos al despacho y comencemos con todo esto de verdad.

Pasamos al despacho y le expongo cómo será la misión una vez que lleguemos a Nápoles, todos los objetivos y cómo será tratar con la gente a la que nos tendremos que enfrentar.

—Como verás te llevo ventaja en todo esto —no puedo evitar el comentario mientras la observo asimilar lo que hemos hablado.

—Me pondré al día en estas dos semanas, aunque no tenga que dormir —dice con determinación.

Luego le propongo que pasemos al gimnasio, y pese a yo ya haber entrado hoy, quiero ver sus capacidades de aguante, fuerza y resistencia.

Debo admitir que Allegra me sorprende, no esperaba que tuviese una preparación física tan buena. Luego me intereso por su puntería, me ha dicho que su padre le enseñó a disparar hace años, pero que hace algunos que no lo practica. Nos vamos al lugar de la casa especial para entrenar unos tiros y descubro que con más práctica puede llegar a ser buena. Yo llevo casi dos meses practicando a diario y he intensificado mis horas de ejercicio. La condición física en esta misión es un elemento fundamental.

Pasados un par de días descubro que Allegra es una persona que no se queja por los esfuerzos ni por perder horas de sueño. Estoy siendo muy duro con ella, le impongo entrenamientos extremos y los resiste como yo, algo que me hace admirarla, pero no se lo digo. Con todo esto lo único que pretendo es que no siga adelante, sin embargo, cada día la veo más motivada.

Una mañana cuando se levanta tengo preparado un circuito de entrenamiento en el jardín, alrededor de la piscina. Cuando aparece a las siete de la mañana en el gimnasio le indico:

—El entrenamiento de hoy es en el jardín. Vamos a simular que nos descubren y tendremos que escapar. Yo seré tu atacante.

—Bien —murmura Allegra. Me sorprende que sea como una esponja y asimile todo lo que le enseño. Por el momento no se ha quejado.

Le explico el circuito y cómo será la vía de escape. Lucharemos entre nosotros y quien llegue primero al salón por la puerta del jardín gana.

Simulamos que el ataque empiece en la cocina y de ahí salimos al jardín. Yo corro detrás de Allegra después de haberle dado unos segundos de ventaja mientras que ella intenta escapar sorteando los obstáculos del jardín. Mientras repta por el césped debajo de unas cuerdas que he colocado la alcanzo al salir de estas, allí luchamos y ella me golpea para deshacerse de mí, mientras me dice con la voz agitada:

—Juegas con ventaja, tú has creado el circuito.

Se zafa de mí y sale a correr, está a punto de conseguir la meta, pero decido jugar sucio y tirarla a la piscina. Allegra no contaba con ello, nos hundimos en el agua mientras que la agarro e intento hundirla mientras la tengo atrapada.

Allegra forcejea, se defiende, pero decido ser implacable. Cuando siento que me estoy pasando y que está al límite de su resistencia decido dejarla salir a la superficie.

—Eres un cabrón, Albani —murmura Cárdenas recostado sobre la pared del porche mientras nos mira a ambos en la piscina—. Te pensaba dar un par de segundos más antes de tirarme a

rescatarla.

Observo cómo Allegra sale del agua y Cárdenas le da la mano y la ayuda a sentarse en una tumbona. Respira con dificultad mientras que me mira con rabia.

Cuando ha recuperado el aliento se marcha sin decir nada dirigiéndome una mirada asesina.

—Te he ganado —le indico alzando la voz.

Allegra ni siquiera me mira ante mi comentario.

—Te has pasado con ella —dice Cárdenas mientras salgo de la piscina.

—Nunca más vuelvas a cuestionarme, y menos delante de nadie —le advierto alzando la voz y echando fuego por mis ojos.

El resto de días que paso con Allegra logra sorprenderme. La miro y trato de reconocer a la niña que siempre vi en ella, como mi prima pequeña, pero lo cierto es que no queda ni un solo atisbo de ella. Es una mujer fuerte, valiente y decidida, que no se deja intimidar por nada ni por nadie y eso me gusta. No estoy acostumbrado a que las mujeres me reten y me planten cara, ella lo hace y la sensación que despierta en mí es completamente desconocida.

En el único aspecto en la que la he encontrado un poco más floja es cuando hemos practicado los tiros, sin embargo, se ha puesto a ello de inmediato y en tres días ha conseguido afinar su puntería.

Debo de reconocer que en un principio vi a Allegra como una carga, jamás llegué a imaginar que fuese una persona tan brillante y con unas cualidades tan similares a las mías. Es muy capaz de defenderse sola. Es cierto que hubiese preferido no contar con ella en esta misión. No puedo dejar de verla como alguien de mi familia y, pese a que nunca tuvimos mucha relación, sé que si está en peligro no me lo tomaré de la misma forma como si se tratase de otra persona. Ella es la hija de mi padrino y mi madrina, y la hermana de la mujer que más tiempo ha estado en mi vida, ya sea de forma intermitente, pero Stella ha sabido ganarse ese lugar. No sé si con el tiempo llegue alguien que consiga permanecer a mi lado ni me lleve tan seguido a la cama como lo hice con ella. Desde que me alejé de Stella y vivo libre sin compromiso con ninguna mujer he descubierto que es mi estado perfecto. No estoy hecho para amarrarme a nadie. No me veo con una gran familia como la que creó mi padre, menos aún desde que Leonardo apareció en mi vida. Con proteger a mis padres y mis hermanos tengo suficiente, añadir a una mujer e hijos sería de locos ya que no sé cómo va a terminar todo esto. Igual cuando acabe la misión tengo que desaparecer o fingir mi muerte como hizo mi padre para poder tener una vida tranquila. Todas estas cábalas me abruman. No sé qué será de mi vida mañana, incluso si estaré vivo. Nunca le he tenido miedo a la muerte, sin embargo, en estos momentos aprecio mi vida más que nunca y no me gustaría perderla.

Sumido en estos pensamientos, mientras descanso recostado en un lateral de la piscina después de hacer más de treinta largos seguidos, observo que Allegra llega al jardín con una toalla y la deja sobre una tumbona mientras se deshace del vestido y se queda en bikini. Desde nuestro altercado en la piscina nada a diario, creo que comprobó que le faltaba resistencia debajo del agua como le hice ver.

Por primera vez coincidimos en la piscina para entrenar y observo su cuerpo con tan poca ropa y reconozco que tiene una figura envidiable, sin un solo gramo de grasa y tonificado.

Cuando estos pensamientos comienzan a atormentarme sacudo con fuerza mi cabeza y recuerdo lo que me dio a entender su hermana con discreción; Allegra es lesbiana. De no ser por la advertencia de Stella la vería como al resto de mujeres, incluso la encuentro hasta atractiva después de haberla tratado estos días. Sin embargo, es cierto que sus prácticas y costumbres no son las habituales de las mujeres con las que me codeo. No conozco a ninguna que le guste pasar más de tres horas en el gimnasio a la semana. Estoy seguro de que Allegra le dedica en ocasiones más de tres horas al día. Es muy aplicada y tiene gustos muy masculinos, algo que me gusta y me desconcierta al mismo tiempo. En estas noches que hemos pasado juntos no se ha quejado nunca cuando he puesto películas de acción, al contrario, las ha disfrutado tanto como yo, y eso nunca me había pasado con una mujer.

—El agua está algo fría —la prevengo. Apenas son las diez de la mañana.

Allegra me dedica una sonrisa, llega hasta el borde de la piscina y se lanza de tirón. Esto provoca una sonrisa en mi cara mientras observo cómo nada con energía hasta llegar a mí.

—¿Por qué te empeñas en tratarme como a una mujer delicada? Creo que te he demostrado en estos días que no lo soy. No me parezco en nada a Stella. Te rogaría que no me compares con ella —comenta mientras siento que es una reprimenda.

—Tampoco de pareces a ninguna de las mujeres con las que me he relacionado —le indico mientras rememoro los duros momentos que hemos pasado juntos en el gimnasio estos días y las horas delante del ordenador. No la he escuchado quejarse para nada, al contrario, la miraba y la sentía con energías cuando en realidad lo que esperaba era que me pidiese un descanso. Yo mismo estaba agotado y a ella la sentía fresca.

—¿Eso es una crítica o un halago? —pregunta con el ceño fruncido.

—Aún no lo sé —le respondo mientras la miro con atención. Lo único que puedo afirmar es que jamás había conocido a una mujer que me desconcertase tanto como lo hace ella cada vez que estamos cerca. Crea cierta revolución en mi interior que no he sentido nunca.

11

Allegra

Como cada día desde hace casi dos semanas, bajo al gimnasio a las siete de la mañana y ya encuentro allí a Alessandro. Me paro en la puerta y me permito admirarlo hacer pesas sin camiseta. Tiene un cuerpo increíble, ancho, atlético, en el que se le marca cada músculo. Es imposible no mirarlo ni admirarlo. Es un hombre que irradia tal poder y magnetismo que acapara toda la atención de las personas que lo rodean. Me he sentido atraída por él desde que era una adolescente, pero desde que he llegado a esta casa y pasamos tanto tiempo juntos tengo que dominarme para no quedarme mirándolo como una boba cada rato y se dé cuenta de ello.

Entrenamos juntos, ya hemos creado una rutina, nos llevamos medio bien, luego pasamos por la ducha, desayunamos y a las diez de la mañana estamos delante del ordenador trazando planes y averiguando cosas sobre las personas con las que nos vamos a relacionar. Cuando llega el mediodía comemos juntos y luego cada cual tiene la tarde libre para seguir trabajando por separado en lo que hemos planteado por la mañana o para salir o hacer lo que sea. Algunas noches coincidimos en la cocina y hacemos la cena juntos y luego vemos una película, en ocasiones me da la sensación de que somos como una pareja que lleva años conviviendo junta. Ambos somos muy metódicos en la lo que hacemos y nos hemos acostumbrado a este ritmo de vida como trabajo.

Lo cierto es que tenemos nuestras contradicciones, pero lo llevamos bien gracias a que yo soy más razonable que él y cuando sé que lleva la razón se la doy, también sé admitir que está más capacitado que yo para esta misión ya que ha tenido más tiempo para estudiarla, sin embargo, Alessandro se las apaña para nunca elogiar nada de mí, me doy cuenta de ello, pero lo dejo pasar por el momento. No quiero que hable con Capdevila y me saquen de la misión por la razón que sea. Una vez que estemos dentro de esta, metidos de lleno, se va a encontrar con una mujer que no piensa ser tan dócil y comprensiva como con la que ha tratado en estos días.

Hoy es el día. Nos hemos estado preparando mucho para esto, en especial las dos últimas semanas junto a Alessandro en las que he descubierto a un hombre que no conocía. Si siempre me atrajo de él su impresionante físico, ahora me atraen muchas facetas más, como lo es su inteligencia, su capacidad para afrontar cualquier situación y su gran mente resolutiva. En mi interior lo tenía como a una persona vacía, solo con un físico atractivo, igual que mi hermana, la cual solo sabía salir de fiestas y pasárselo bien, con la diferencia de que él tenía un trabajo estable y lo desarrollaba a la perfección según mi padre. Ahora veo a Alessandro como a un hombre de verdad, pese a que me moleste que me mande durante todo el día creyéndose superior a mí. Lo malo es que ahora convivo con una atracción mucho más poderosa hacia él, la cual trato de disimular a todas horas. Me doy cuenta cómo Alessandro me observa, cómo se sorprende de mis acciones, y sé que nunca se fijaría en una mujer como yo. A él le van más las *barbies* como mi hermana, enfundadas en vestidos diminutos, ajustados y caros, que solo se preocupan por su

aspecto y por atraer a los hombres guapos, importantes y con dinero.

En cuatro horas cogemos un avión que nos llevará hasta Italia, una vez ahí estableceremos contacto con las personas más directas a Faheem y acudiremos a la fiesta que dará en su casa de Nápoles en una semana.

En la última reunión con Capdevila nos propuso seriamente a Alessandro y a mí que viviésemos juntos en Italia, de esa forma todo sería más fácil para nosotros a la hora de reunirnos, solo que ello conllevaba que proyectemos una imagen de pareja o dos personas que tienen algún tipo de relación. Aún no he hablado esto con Aless, ambos nos quedamos asombrados con la contundente proposición. Preferiría vivir alejada de él, sin embargo, es cierto que el equipo que formamos de cinco personas sería más eficaz si todos estamos unidos y conviviendo bajo el mismo techo, y, por supuesto, bajo las órdenes de Alessandro Albani una vez que todo esto empiece de verdad. Me sorprendió muchísimo cómo Alessandro le plantó cara a Leonardo y le dejó claro que una vez en la misión él asumía todas las decisiones, a Capdevila no le gustó demasiado, sin embargo, Aless le recordó que así fue en el caso de nuestros padres. Iban a por un objetivo concreto, sabía el fin, pero el camino y los diferentes atajos eran elección suya ya que podía suceder mil complicaciones en las que se necesitaría dar soluciones instantáneas sin necesidad de consulta previa. Sin esa carta blanca se negó a continuar y Capdevila no tuvo más remedio que ceder pese a que no le hizo ninguna gracia.

Según Capdevila conocemos todo el plan, pero Alessandro sigue insistiendo en que nos oculta algo. Yo también lo creo, pero no atisbo a imaginar qué puede ser. Tiene un gran empeño en esa misión y en atrapar a Faheem, es cierto que ese hombre es un completo peligro para ambos países con todo lo que maneja, pero Leonardo debería estar viviendo su jubilación, tranquilo y en paz, en vez de planear todo esto con tanto afán.

Salgo de mi habitación con mis maletas y me encuentro con Alessandro en el pasillo dispuesto a entrar en su cuarto.

—¿Estás lista? —pregunta nada más verme.

—Sí. Ya lo tengo todo.

—Bien, espérame abajo. Me reuniré contigo en quince minutos.

Asiento en silencio con mal gesto. Odio que me dé órdenes, pero al parecer ha sido meterse en la piel de Alessandro Albani y no dejar de dar órdenes a todos los que lo rodean, y eso me molesta, en especial a mí. En ocasiones lo siento tan frío y distante que pienso que no es el Aless que conocí desde pequeña y del que siempre estuve enamorada en silencio. Me ha tratado como a los demás hombres de Capdevila, no quiero privilegios, pero cuando estamos fuera de todo, comiendo, cenando o simplemente hablando, ni ahí he sentido ni un solo segundo que sea el primo que siempre quise. Debo de reconocer que Alessandro es muy profesional y metódico, pero, al mismo tiempo, lo siento como a un completo extraño al que desconozco y eso me hace sentir miedo en estos momentos en los que la misión se convierte en una realidad. Desde que descubrí que es Alessandro Albani siempre que lo miro siento que lo rodea un aura de peligro y misterio que me produce cierta inquietud.

Sumida en mis pensamientos Aless me sobresalta cuando noto su presencia a mi lado, preparado, recién duchado, huele de maravilla, y con sus maletas en la mano.

—Llegó la hora, princesa. Comienza la cruda realidad. Dejamos el ensayo —murmura.

Lo miro de soslayo, me coloco en pie y me dirijo hacia la puerta para salir de la inmensa mansión en la que hemos estado todos estos días. No me cuesta dejarla atrás. No sé cómo será la casa a la que iremos ahora, pero no me importa. Lo que tenemos entre manos es tan peligroso

que el resto son detalles sin importancia.

Nos montamos en un gran coche que conduce Aless y ponemos rumbo al aeropuerto. Volaremos en un vuelo privado hasta Roma. Haremos noche allí y luego nos dirigiremos a Nápoles. Quedamos con Capdevila que nos moveríamos entre Nápoles y Bari, los dos puntos principales y estratégicos en esta operación. Ya tenemos las llaves y la ubicación de la casa en las que viviremos. El resto del equipo, Cárdenas, Greco y Russo, ya están allí desde hace unos días supervisándolo todo.

Cuando nos montamos en el avión y despegamos, tengo a Aless en el asiento frente a mí, lo miro tan guapo, imponente y atractivo, que he de reconocer que desde que se ha metido en la piel de Alessandro Albani me gusta mucho más. Tiene un aire interesante y peligroso que irradia tal magnetismo que es imposible no mirarlo de forma constante. Si a eso le añadimos su perfecto cuerpo, su voz grave y profunda, sus impresionantes ojos verdes, sus labios carnosos, y ese pelo que suele llevar revuelto y que a veces cuando le cae un mechón en la frente lo hace más atractivo, es imposible que cualquier mujer no caiga rendida a él por muy cabrón que sea.

Sumidas en estos pensamientos advierto que Aless me mira con atención, de inmediato le indico:

—No lo hemos hablado entre nosotros, pero de las conversaciones con Capdevila deduzco que viviremos juntos todo el tiempo que dure la misión. No te opusiste de forma rotunda a ello cuando lo propuso. —Él asiente mirándome fijamente—. Bien, tendremos que establecer qué le diremos a los demás y cómo nos comportaremos delante de ellos.

Yo también pienso que vivir juntos nos facilitará las cosas en la misión.

—No creo que tengamos que dar muchas explicaciones. Viviremos juntos, nadie tiene porqué saber que ocuparemos habitaciones distintas y cuando asistamos a eventos o reuniones irás a mi lado, de mi mano. Con eso sobran las explicaciones —manifiesta a modo de terminar con la conversación, algo que me molesta—. Espero que no te sientas incómoda cuando tengas que fingir que estás conmigo —añade con cierto tono que me irrita.

—Lo soportaré —lanzo algo alterada.

Sé que no va a ser fácil. Sobre todo, porque a Alessandro le encanta dar órdenes y a mí me gusta muy poco recibirlas. En ocasiones siento que cuida de mí, y no quiero que sea así. No necesito que me proteja. Sé muy bien defenderme sola.

—No va a ser fácil —me recuerda mirándome serio.

—Cuento con ello.

—Estaré siempre a tu lado —murmura en modo protector. Creo que es el primer gesto amable que recibo de su parte desde que nos encontramos.

—Y yo en el tuyo. No eres un Dios ni alguien invencible. En este mundo en el que nos adentramos eres tan novato como yo —le indico armada de coraje.

—En eso te equivoca. Desde hace años conozco quién fue mi padre y la misión que llevó a cabo. Me contó muchas cosas y me enseñó otras tantas. Tengo mis propias cartas bajo la manga, no le he contado algunas cosas a Capdevila —revela al mismo tiempo que sé que tampoco me las contará a mí, pero ello decido cambiar de tema.

—Mi coartada con nuestras familias es más fácil que la tuya. Me creen trabajando en una empresa lejos de casa. ¿Cómo lo vas a hacer tú para llevar una doble vida? —le pregunto con interés. En todo este tiempo no me he atrevido a hacerlo.

—Podré con ello. Trabajaré más a distancia para la empresa y justificaré las ausencias y visitas a la familia con el trabajo y amigos.

—¿Podrás estar tanto tiempo sin ver a mi hermana? —pregunto con interés, mirándolo a los ojos de forma escrutadora.

—Entre ella y yo no hay nada —responde, molesto—. Soy un hombre libre, sin ninguna mujer en mi vida. En estos momentos una relación sería solo empeoraría todo y me distraería de la misión. Es algo que no me puedo permitir —resuelve de forma rotunda.

—Cuando todo esto termine podremos volver a ser unas personas normales. Crear una familia —murmuro.

—Si algo me ha enseñado todo esto es que no quiero una familia. No deseo tener la obligación de proteger a más personas que me importen. Sé cómo ha vivido mi padre todos estos años, yo me voy a meter en algo como lo de él y te aseguro que jamás formaré una familia que pueda estar en peligro algún día. Porque algo me dice que nada volverá a ser lo mismo para nosotros cuando todo esto termine.

Miro a Alessandro y siento un gran escalofrío por todo mi cuerpo cuando tomo conciencia de sus palabras.

12

Alessandro

Una vez que aterrizamos en Roma cogemos un coche y nos dirigimos al hotel que tenemos reservado para pasar la noche. Al día siguiente nos instalaremos en Nápoles, pero Capdevila quería que llegásemos en coche desde otro destino, no directos desde España.

Cuando acabamos de registrarnos en el hotel y nos dan la habitación observo que Allegra me mira seria, entiendo su mirada, pero espero a comenzar a caminar, más alejados de los recepcionistas, para explicarle:

—Sí, una sola habitación. Si nos investigan no quiero que haya cabos sueltos. Yo dormiré en el sofá. Es una suite.

—Gracias por el ofrecimiento, pero lo haré yo. Así de paso te demuestro una vez más que no soy ninguna princesita como las que estás acostumbrado a tratar —me indica con garra mientras entramos en el ascensor.

—Como quieras —accedo con gusto. Necesito una ducha y tumbarme en una cama a descansar.

Cuando entramos en la suite observo un sofá en cuero negro, de diseño, moderno, que no tiene pintas de ser muy cómodo, evito que Allegra vea la sonrisa que se forma en mis labios y me dirijo a la habitación. Dejo mis cosas cerca de la enorme cama de dos metros y le indico:

—Me voy a dar una ducha. Necesito ponerme cómodo.

—Adelante —murmura Allegra.

Me tomo mi tiempo en la ducha, dejo que el agua caiga en mi cabeza mientras suspiro y maldigo por tener a la que he considerado toda mi vida mi prima junto a mí en esta arriesgada misión.

Salgo del baño envuelto en una toalla de cintura para abajo y me topo con Allegra, ya se ha cambiado y lleva un pijama corto que hace que me fije en sus largas y perfectas piernas. De inmediato sacudo la cabeza y me reprocho qué coño me pasa.

—¿Mejor? —pregunta ella, mirándome con interés.

—Sí. Llevo un par de días en tensión y durmiendo muy poco —justifico.

—Espero que duermas bien —me anima mirando hacia la cama.

Estoy a punto de ofrecerle que venga conmigo, el colchón es enorme, pero no lo hago. Me he dado cuenta que Allegra no quiere privilegios ni galanterías. Desea que la trate de igual a igual, y así lo haré.

Me seco bien el resto del cuerpo y me meto en la cama. Necesito estar despejado y descansado para la llegada a Nápoles.

En mitad de la noche me despierto con mucha sed, necesito agua fría. Maldigo porque el frigorífico se encuentra en la estancia donde duerme Allegra, pero me coloco unos calzoncillos y me dirijo allí con sigilo, sin encender la luz para no despertarla. La puerta está medio abierta y en la penumbra la descubro durmiendo en el suelo, fijo los ojos en su cuerpo semi desnudo, duerme en ropa interior. En un principio pienso que igual se ha caído del incómodo sofá, pero luego advierto que tiene una sábana sobre la moqueta del suelo y su cabeza reposa sobre la almohada

en la que duerme. Estoy a punto de despertarla y decirle que vaya a dormir a mi cama, pero no lo hago. Me dirijo hacia el objetivo que me ha traído aquí, cojo una botella de agua del frigorífico y me dispongo a salir de su espacio, el cual considero he invadido.

De repente, siento que pierdo el equilibrio y cuando me voy a dar cuenta estoy tumbado sobre el suelo y tengo a Allegra sentada a horcajadas sobre mí mientras me sujeta los brazos a la altura de la cabeza, inmovilizándome.

—¡Joder! —brama de golpe cuando se da cuenta de que soy yo—. ¿Qué hacías aquí? —me reprocha mirándome a los ojos en la penumbra de la habitación.

—Tenía sed, ya veo me has atacado por invadir tu intimidad —le replico, sonriente. Me causa gracia verla asustada.

—Gilipollas, pensé que era alguien que había entrado en la habitación —escupe entre dientes, cabreada.

—Y yo que pensé que igual me estabas proponiendo algo... —me cachondeo a conciencia, mostrándole una gran sonrisa mientras la admiro sentada sobre mi cintura.

—Mejor piensa que te he inmovilizado en un solo movimiento, listo. No te has dado ni cuenta —replica ella mirándome sonriente, sintiéndose triunfadora.

De repente, hago un movimiento rápido y le coloco la espalda contra el suelo y le inmovilizo los pies y las manos con fuerza con mi cuerpo pegado al de ella. Siento su piel junto a la mía, ambos estamos en ropa interior, y una corriente eléctrica de la que saltan chispas.

—¿Qué haces? —me reprocha alterada cuando intenta soltarse y no lo consigue.

—Demostrarte de lo que soy capaz. Me has tumbado porque no esperaba un ataque de ti, pero de no haber sido tú la que estabas en esta estancia esto hubiese hecho de inmediato ante el ataque.

Observo cómo Allegra respira de forma agitada, estamos muy cerca, puedo sentir su aliento, nos miramos a los ojos por unos segundos en silencio y luego me coloco en pie de golpe. Le ofrezco la mano para levantarse, la cual ella no toma, algo que no me sorprende y provoca una sonrisa en mis labios.

—¿Por qué dormías en el suelo? —pregunto con interés.

—Porque es más cómodo que el maldito sofá de diseño —replica con cierto tono molesto—. Pienso quejarme cuando nos vayamos de este hotel.

—No puedes hacerlo —le recuerdo—. Estamos aquí en calidad de pareja. Ven —le indico al mismo tiempo que le tomo la mano y tiro de ella—. Vamos a la cama, es muy grande y te aseguro que no será la última vez que compartamos un colchón. —Allegra me mira, alerta, y de inmediato, le aclaro—: Puede que en esta misión en la que fingimos ser pareja tengamos que compartir habitación antes los ojos de los demás en cualquier ocasión —le susurro en el oído de forma divertida mientras que siento la tensión de su cuerpo a través de la mano.

Nos tumbamos en la cama y sonrío al notar la incomodidad de Allegra ya que estoy seguro ha querido imitarme y no se ha molestado en cubrirse la ropa interior. Se coloca al filo de la cama y me da la espalda. Me planteo que puede que sea el primer hombre con el que comparte cama, luego sonrío al pensar que para mí es la primera vez que estoy en la cama con una mujer a la que no voy a tocar. Pienso en lo que me dijo Stella, que su hermana era lesbiana y siento cierta decepción que me descoloca mientras admiro su cuerpo en ropa interior y reconozco que es maravillosa. Admito que es una mujer atractiva, al mismo tiempo que me siento frustrado al sentir esto. Cierro los ojos y trato de convencerme que lo que siento por Allegra es solo admiración por la valentía y fortaleza que me ha demostrado en este tiempo. Siempre la he visto

como mi prima más pequeña, una niña callada y desgarbada con la que nunca tuve una estrecha relación, ella siempre se llevó mejor con mi hermano Oliver y mi hermana Carla. Siempre sentí que no conectaba con Allegra, tenía una forma extraña de mirarme. Ahora pienso que quizás fui un referente para ella. Estudió la misma carrera que yo, trabajaba en la empresa de nuestros padres como yo y mi tío le enseñó casi todo lo que mi padre me enseñó a mí.

Es mi prima, nunca me he fijado en ella, sin embargo, los sentimientos que se han despertado en mí estas semanas hacia ella he tratado de convencerme de que son simples instintos de protección por alguien de mi familia, sin embargo, ¿por qué cuando la miro y recuerdo que es lesbiana como me reveló su hermana me enfurezco tanto?

13

Allegra

El intenso calor que siento cerca hace que me despierte y me tope con el impresionante cuerpo de Alessandro muy cerca del mío. Tanto que siento su respiración sobre mi piel. Lo miro dormido y me recreo en sus perfectas facciones masculinas que para mí lo hacen un hombre único, guapísimo y atractivo a rabiar. Si siempre tuviese esa expresión calmada y dulce que presenta en estos momentos sería mucho más guapo, pero desde que lo descubrí como Alessandro Albani siempre se encuentra en tensión, con el ceño fruncido y la mandíbula apretada. Sus ojos verdes se han vuelto más oscuros, pero siguen siendo los ojos más increíbles que jamás haya visto. No puedo evitar que el corazón me dé un vuelco por completo cada vez que me mira con atención.

De repente, Aless abre los ojos y me sorprende, quedándose sin saber qué decir ni qué hacer.

—¿Has dormido bien? —Me observa fijamente mientras me pregunto si así es el despertar con todas las mujeres que se ha llevado a la cama.

—Sí. La cama es muy cómoda, nada que ver con el sofá —comento intentando desviar la mirada de sus atrayentes ojos, que me miran de una forma salvaje.

—Me alegro. Tenemos que ponernos en marcha —ordena mientras consulta el reloj saliendo de la cama como si hubiesen gritado fuego.

No puedo evitar quedarme mirando su ancha espalda junto con sus tatuajes en ella y sus músculos cuando pasa por mi lado. Fijo los ojos en sus calzoncillos negros de marca y admito que le quedan de maravilla. Sacudo la cabeza, alejo esos pensamientos y salgo de la cama para vestirme, prepararme y marcharnos a Roma. Nos quedan unas horas en coche hasta llegar a la casa de Nápoles.

Tras dejar la habitación y las maletas en el coche Aless propone ir a desayunar, algo que le agradezco. Mi cuerpo no reacciona por las mañanas si antes no me bebo un buen café bien cargado.

—Esto comienza de verdad y no hay marcha atrás —comenta mientras tenemos por delante un succulento desayuno—. En unas tres horas estaremos en Nápoles y todos nuestros nuevos amigos sabrán que hemos llegado —bromea mirándome sonriente.

—Tendré que comprarme un vestido deslumbrante para la fiesta de Faheem, que todos reparen en nosotros y llamemos la atención lo suficiente —le indico con cierto tono de frialdad—. Pero que conste que mi papel no será el de una muñequita a tu lado —le dejo claro una vez más.

—Ya sabes cómo es Faheem y el papel que tienen las mujeres en su país —me recuerda—. No vayas a joder la misión por un ataque feminista —me advierte dirigiéndome una mirada severa.

—Tú te encargarás de recordarle el papel que tenemos las mujeres en esta parte del mundo.

—Allegra, no estamos en una guerra de sexos. Aquí nos jugamos el pellejo, así que déjate de tonterías y cíñete al plan y a mis órdenes —ladra a mismo tiempo que me taladra con su mirada intensa fija en mí.

Resoplo con fuerza al mismo tiempo que no le digo nada más. Sé que Aless lleva razón, pero

no lo pienso aceptar en voz alta.

El resto del desayuno no nos dirigimos la palabra. Cuando terminamos nos encaminamos al coche y ponemos rumbo a Nápoles.

—¿Siempre tienes que conducir tú? —me quejo.

—Es lo que hay, princesa. Yo siempre conduzco, no me gusta ir en las manos de nadie. Si un día lo haces tú y yo estoy a tu lado será porque esté moribundo.

Suspiro, pongo los ojos en blanco y paso de contestarle.

Alessandro conduce mientras yo me dedico a consultar mi móvil y a repasar todos los puntos del plan.

Cuando llegamos ante una villa impresionante y descubro que Aless va a entrar en ella le pregunto con completo asombro:

—¿Esta es la casa? —Me esperaba un lujoso chalet, pero lo que tengo ante mis ojos es mucho más.

—La villa cuenta con doce dormitorios, tres cocinas, trece baños, veinte balcones y varias terrazas panorámicas con vistas a la isla de Capri. Tiene cinco mil metros cuadrados de jardines y exteriores. También hay un acceso privado al mar con una plataforma exclusiva —me revela con naturalidad mientras yo lo miro asimilando todo lo que ha nombrado.

—¿Es necesario todo esto para la misión? —pregunto mientras nos adentramos en la enorme propiedad.

—Al parecer, sí. Según Capadevila tenemos que impresionar a nuestros socios para que confíen en nosotros.

—¿Tú ya sabías de esta casa? —pregunto algo descolocada. No veo a Aless tan impresionado como yo.

—Sí. La vi por fotos. No iba a presentarme en Nápoles sin saber la ubicación ni las prestaciones que nos ofrecía esta propiedad. Está todo estudiado. Entradas, salidas, accesos secretos...

—¿Y por qué yo no sabía nada de esto? —lo interrumpo mientras le reprocho con enfado.

—Yo se lo exigí a Capdevila —alardea, algo que me molesta porque me mira diciéndome que es mejor que yo y esto se me pasó por alto.

—Pensé que Russo, Cárdenas y Greco controlaban esta parte —murmuro.

—Yo no dejo nada en manos de nadie. Todos los datos tienen que estar en mi poder antes de comenzar algo en lo que me juego la vida —manifiesta de forma tajante.

—Podías haber compartido esta información conmigo antes de llegar, pero, claro olvidaba que te has metido de lleno en la piel de Alessandro Albani y ahora eres una especie de Dios —le reprocho casi escupiendo las palabras.

—Es mejor que me veas así. Olvídate de mí como Aless, tu primo —me ordena de forma seria—. Empieza a verme como alguien a quién no conoces y es tu jefe —alardea con aires de superioridad.

Estoy a punto de gritarle que nunca lo he visto como a mi primo, sino como al hombre que lograba revolucionar el corazón con su sola presencia y con el que soñaba cada noche en mi cama, pero dedico callarme y salir del coche dando un sonoro portazo en cuanto el vehículo se ha parado en la entrada de la casa.

Los tres hombres de Capdevila se encuentran ahí para recibirnos. Alessandro los saluda con un gesto de la cabeza mientras que yo voy hasta ellos y les estrecho la mano.

—Está todo en orden, señor —le indica Russo a Aless. Es la primera vez que lo oigo dirigirse

así a él y me quedo pensativa, mirando a Greco y Cárdenas.

—Voy a echar un vistazo por aquí fuera —dice Alessandro.

—¿Quiere que te enseñe el interior de la casa? —Me ofrece Cárdenas.

—Sí, por favor —le indico mientras no dejo de seguir con la mirada a Aless, que se aleja por el jardín mientras Greco lo sigue.

—¿Ya estáis instalados? —le pregunto a Cárdenas y Russo.

—Sí, hemos ocupado el ala izquierda. La zona principal de la casa queda completamente libre para vosotros.

Me hacen un recorrido por la parte de la propiedad que ocuparemos Aless y yo mientras lo miro todo tratando de aparentar normalidad. Me he criado en una increíble casa y mis padres nunca han tenido problemas de dinero, pero esto roza lo escandalosamente inimaginable dentro del lujo.

Cuando salgo a una de las terrazas de la casa y aprecio las maravillosas vistas hacia la isla de Capri por poco me emociono. Siento que todo lo que me rodea es demasiado, sin embargo, me indico que tengo que serenarme y adaptarme. Miro hacia el jardín y veo a Aless hablando por teléfono, tiene a Greco detrás de él, se mueve por el jardín como pez en el agua mientras le da órdenes a Greco y a la persona que tiene al otro lado de la línea, a pesar de que Aless lleva unas gafas negras de sol puedo apreciar su ceño fruncido. Algo de la seguridad de la casa no le gusta y está tratando de remediarlo, puedo deducirlo por sus gestos. A veces me pregunto cómo puede ser tan perfeccionista y tener ese instinto. He de admitir, no se lo diré nunca en voz alta, que lo envidio en ese aspecto. Es capaz de intuir y darse cuenta de cosas a la primera, algo que los demás haríamos mucho más tarde.

Cuando miro a Greco, Russo y Cárdenas, tres hombres formados para el trabajo que realizan, siento que deben de sentirse en desventaja todo el tiempo con respecto a Alessandro.

A diferencia de mí, Aless siempre supo el pasado de su padre, y eso le ayudó a ser como es. Mi padre jamás me contó su pasado, me hubiese gustado que lo hiciese, quizás lo hubiese comprendido todo mejor.

Me reúno con Aless en un amplio salón en la planta baja de la casa.

—¿Todo en orden? —me intereso mirándolo con atención.

—Casi. Quiero más cámaras de seguridad en el jardín, un barco en el acceso privado de la playa siempre y dos motos en el garaje de la casa, que sean rápidas. ¿Sabes montar en moto? —pregunta con interés.

—Sí.

Lo miro seria, tratando de leer lo que está pensando.

—Si las cosas se ponen feas...

—Siempre debemos de tener más de una vía de escapatoria —termina la frase por mí—. Capdevila tiene sus cojones a salvo en Madrid, yo me juego los míos y la protección de toda mi familia si todo esto sale mal. Debemos de tener más de una vía de escapatoria preparada en el caso de que nos puedan descubrir.

—Vale, también hay algo a lo que llevo dándole vueltas un par de noches, me gustaría que lo hablamos en privado —le indico en un susurro mientras presencio más alejados de nosotros a Russo, Greco y Cárdenas que charlan entre ellos.

—Bien, lo haremos más tarde. ¿Puede esperar? —inquire—. Tengo que reunirme con ellos para ver el resto de la casa, los monitores de seguridad y los planes de los próximos días en Nápoles antes de la gran fiesta de Faheem.

—Dirás tenemos que reunirnos —recalco con cierto tono molesto—. No quiero que me cuentes los planes. Estoy dentro de ellos. A ver cuando lo asimilas —le reprocho con la cabeza alta, mirándolo de forma desafiante.

—Todos a mi despecho. Reunión de equipo —anuncia Alessandro, me da la espalda y lo sigo con una sonrisa triunfal. Me gusta cuando lo saco de sus casillas y hace grandes esfuerzos por dominarse porque sabe que llevo la razón.

14

Alessandro

Después de más de dos horas los cinco reunidos en el despacho Russo, Greco y Cárdenas se marchan.

—Intensa tu llegada —comenta Allegra cuando ya estamos solos—. No has parado de dar órdenes a diestro y siniestro sin delicadeza alguna. He llegado hasta sentir un poco de pena por esos hombres porque parece que desde que están aquí no han hecho nada bien.

—Soy el jefe y todo tiene que estar como yo lo quiero. No hablamos de trivialidades, Allegra, hablamos de seguridad y protección. Nuestras vidas están en juego —le recuerdo.

—Te gusta ser el jefe, reconócelo.

—No quiero cabos sueltos. Solo les he pedido que modifiquen parte del sistema de seguridad de la casa, se hagan con más armas y las motos.

—Un barco listo de forma permanente en el acceso privado a la playa y dos coches más —añade mostrándome una sonrisa forzada.

—Todo es necesario —justifico de forma rotunda. Tengo siempre en mente la misión, pero también las vías de escape.

—Con respecto a lo que te comenté antes, hay algo que le doy vueltas en la cabeza desde hace días... —vuelve Allegra a la conversación que dejamos pendiente.

—Dime —la aliento mientras miro cómo se retuerce las manos. Hasta el momento nunca la he visto tan intranquila.

—Si algo sale mal... ¿No crees que deberíamos de tener un plan para prevenir a nuestras familias y sepan en lo que estamos metidos?

La miro, serio, me revuelvo en mi sillón, me levanto y me paseo delante de Allegra.

—Lo hay. No te preocupes. Si esto sale mal nuestras familias sabrán todo y tendrán tiempo de ponerse a salvo.

—¿Ya lo has contemplado? —pregunta con asombro.

—Por supuesto.

—¿Y cómo lo harás? —pregunta levantándose y dando un par de pasos hacia mí. La siento algo molesta.

—Ya está hecho. Si tu corazón o el mío dejan de latir a nuestros padres les saltarán en sus dispositivos, ordenadores, móviles y tablet toda esta misión.

—¿Cómo has hecho eso? —inquieta con el ceño fruncido.

—En los relojes que llevamos están incorporados —le indico de inmediato cuando veo que está a punto de saltarme a la yugular—. No te preocupes, me encargué de que tengamos tres relojes cada uno, por si necesitamos cambiarlos para una fiesta o algo, pero siempre debemos llevar uno puesto.

Observo cómo Allegra fija la mirada en el reloj que lleva en su mano, se lo di cuando nos montamos en el avión, le dije que ambos debíamos llevar el mismo dispositivo sincronizado.

—¿Y los otros dos? —pregunta a modo de exigencia.

—Mañana te los daré, quiero que solo tú y yo sepamos de las funciones de ese reloj y cómo

nos conectan.

—No confías en Capdevila.

—No del todo. Sigo pensando que hay algo que no nos cuenta.

—Es igual que tú, tampoco me cuentas las cosas —me reprocha y la siento dolida.

—Todo a su debido tiempo.

—¿No confías en mí o es que aún sigues pensando que soy una princesa de cristal a la que tienes que proteger? —pregunta mirándome a los ojos de forma desafiante, muy cerca de mí, puedo sentir su aliento y su enfado.

—Me has demostrado que eres una mujer diferente. Y la confianza se gana con el tiempo.

—Por favor, ni que fuésemos unos desconocidos —alardea en forma de reproche haciendo aspavientos con las manos.

—Lo somos. Además, nunca tuvimos una estrecha relación, primita —le recuerdo, sonriente.

—Ya, eso siempre lo dejaste para mi hermana —murmura bajito, pero llego a escucharlo.

—¿Qué has querido decir? —me intereso de inmediato.

—Nada. No desvíes el tema —alza la voz enfrentándome de nuevo—. Hazme partícipe de tus planes porque da la casualidad que estoy incluida en ellos —me reprocha muy enfadada.

—Pensaba hacerlo, créeme —admito mientras miro sus ojos, encendidos.

—Dame las claves del dispositivo que nos rastrea a través de los relojes —exige de golpe—. Por si un día desapareces. Recuerda, que pese a ser mujer, yo también puedo protegerte —me indica de forma sarcástica.

Me quedo en silencio y accedo a ello. La llevo hasta el ordenador y le muestro el programa que he creado junto con las claves.

—¿Algo más que deba de saber? —pregunta con tono molesto.

—Es todo.

—Algo me dice que no lo es —susurra mientras me mira a los ojos y trata de encontrar algo más en ellos—. Siempre tienes algo oculto bajo la manga —se queja.

—Creo que me ves como una especie de mago —carcajeo.

Allegra me fulmina con la mirada y decido no provocarla más.

—¿Vamos a comer algo y luego a inspeccionar esta casa juntos? —le propongo a modo de tregua.

—Ya la recorrí toda con Cárdenas. También decidí cuál será mi habitación.

—Tendremos que establecer una como nuestra habitación y escoger las que ocuparemos de forma individual —determino.

—Nuestros enemigos no se van a meter en la cama que deberíamos compartir —se queja de inmediato.

—Eso nunca se sabe. El escenario debe estar montado y preparado.

—¿Alguna vez algo se escapa de tu alcance? ¿Lo controlas todo? —inquire a modo de reproche.

—Muy pocas cosas se escapan de mi control, como tú. Pero suelo conseguir todo lo que me propongo —le advierto mientras la miro muy de cerca.

Allegra resopla, salimos del despacho y finalmente accede a que recorramos juntos la inmensa casa en la que viviremos por un tiempo. No me gusta que sea tan grande, hubiese preferido algo más pequeño, pero Leonardo insistió en que tenemos que deslumbrar con nuestro dinero y poder a los enemigos.

Mientras preparamos algo de comer en la cocina, hemos descubierto que la despensa y el

frigorífico estaban llenos, Allegra me comenta:

—Ayer estuve hablando con tu hermana. Estaba muy contenta en la prueba de su vestido de novia. Solo quedan dos meses para la boda —me recuerda, como si no estuviese al tanto. Mi madre se encarga de recordarme la fecha cada vez que hablamos.

—Sé qué te preocupa —le indico, puedo leer lo que le pasa por la mente.

—En dos meses estaremos metidos de lleno en la misión. —Asiento convencido de ello ante su comentario—. Pero no podemos faltar a su boda —murmura con miedo.

—Intentaremos por todos los medios no hacerlo. Ya veremos cómo lo organizamos todo.

—Tras la boda vendrán las navidades y Fin de año —comenta con agobio—. Dudo que la misión haya finalizado por entonces.

—No pienses ahora en ello. Iremos viendo todo sobre la marcha. Por el momento solo me preocupa la boda de mi hermana.

—No sé cómo puedes estar tan tranquilo. El hecho de tener que conciliar esta misión secreta con la vida familiar me tiene de los nervios —explota tras días de contención—. Nuestros padres no son unas personas cualquiera que se crean unas simples mentiras. Me aterra cuando llegue el momento en el que estemos frente a ellos.

—Lo haremos muy bien —intento tranquilizarla.

—No soy tan experta como tú en el arte de mentir —me reprocha. La miro alzando una ceja y dice—: Tu padre siempre te creyó el hijo perfecto, te las ingeniaste muy bien para que no llegasen a tus oídos las fiestas y los líos en los que te metías.

—Habilidad. Estudiaba, practicaba ejercicio, hacía vida familiar y luego tenía vía libre. No se preocupaban por mí ya que confiaban en mi responsabilidad —alardeo—. Oliver ha sido más insensato en ese aspecto, dejó que llegase a oídos de mi padre sus malos hábitos.

—Se puede decir que he vivido casi toda mi vida a tu lado y no te conozco.

—Descubrirme y conocerme mejor puede consistir en tu próximo reto —la animo con una amplia sonrisa.

—¿Y a quién me propones que descubra, a Alessandro Albani o a Alessandro Ferrer? —inquire con cierto tono de misterio.

—A Albani vas a empezar a conocerlo desde ya, creo que supondrá un mayor reto hacerlo con Alessandro Ferrer ya que es alguien que va a quedar opacado por un tiempo. Tú puede que solo conozcas la faceta de mí que te haya proyectado tu hermana y mis padres, te aseguro que no soy una cosa ni la otra.

—¿Ángel o demonio? —inquire sonriente.

Le guiño el ojo y me dirijo a la cocina, donde comemos una ensalada y carne a la plancha. Posteriormente escogemos las habitaciones que ocuparemos en esta casa.

Cuando Allegra descubre un vestidor repleto de ropa para ella y otro para mí me mira con sorpresa.

—Esto no lo vi antes —murmura tocando la ropa y mirando las etiquetas que aún llevan puestas—. ¿Es cosa tuya? —pregunta.

—Capdevila me dijo que nos dejaría algunos detalles, supongo que se refería a esto. Así no tendremos que perder el tiempo en comprar ropa cara acorde con nuestra adinerada posición social.

—Y también escogió esta habitación como la principal, la nuestra. Era la que quería para mí.

—Quédatela. Es mejor que uno de nosotros la ocupe. Yo dormiré en la contigua. El vestidor conecta con ella y así no tendré que hacer traslado de ropa.

Allegra asiente mientras continúa mirando toda la ropa con atención.

—Mi hermana Stella alucinaría con todo esto —murmura mientras mira el precio de la ropa que está marcado en las etiquetas que llevan colgada.

—Sin embargo, algo me dice que a ti no te hace ni pizca de ilusión —le indico mirándola con atención.

—Me abruma tanta prenda cara e incómoda de llevar. Tienes que pensar cómo sentarte o agacharte para no quedarte medio desnuda. Soy de mallas, sudaderas anchas y pijamas.

Suelto una sonora carcajada mientras la admiro. Me gusta que sea tan natural y nunca trate de impresionar a nadie.

—Yo también abogo por la comodidad —comento al mismo tiempo que le guiño el ojo y miro toda la ropa que hay para mí.

Creo que estas prendas caras consiguen que Allegra y yo terminemos el día un poco mejor tras los últimos encontronazos. Ella siempre le saca punta a todo lo que hago, pero estoy descubriendo que me divierte dejarla descolocada y me mire con su típica cara de enfado.

15

Allegra

Al día siguiente cuando me levanto voy directa al gimnasio, caliento un poco y luego decido irme a correr por la propiedad y conocer con mis propios ojos todos los metros de terreno que nos rodean. Me sorprende no haberme encontrado con Alessandro en el gimnasio ni por la casa. Tras más de una hora corriendo vuelvo a la casa, solo me cruzo con Greco, al que le pregunto por Albani y me indica que ha ido a recoger unos encargos con Cárdenas y Russo. Nuevamente me cabreo porque sigue sin contar conmigo. Subo a mi habitación, me ducho, me pongo ropa cómoda y bajo a la cocina a desayunar. Mientras me hago un café observo cómo un camión entra en la propiedad y seguido de Aless y Russo descargan dos grandes motos y ambos se encargan de arrancarlas y llevarlas al garaje.

—¿Algún día piensas incluirme en tus planes como parte de todo esto? Podía haberte acompañado por las motos —me quejo muy enfadada.

—Estabas dormida, princesa.

—¡No contaste conmigo! —le grito en actitud defensiva.

—¿Damos una vuelta? —me propone de golpe mientras se monta en una moto, la arranca, se coloca el casco, me da uno a mí y espera que ocupe el lugar de detrás de él—. Ahora te estoy comunicando el plan —dice con esa chulería que lo caracteriza desde que se ha metido en la piel de Albani.

Cojo el casco de sus manos, me lo coloco y, para su gran sorpresa, me monto en la otra moto, la arranco de inmediato y salgo del garaje pasando delante de él. Sonrío mientras acelero y lo siento detrás de mí. Alessandro intenta adelantarme, pero no lo dejo. Le voy a demostrar que sé manejar esta moto tan bien como él y que pese a ser una mujer puedo ser tan buena como él.

Siento cómo la adrenalina corre por mis venas cada vez que acelero más y Aless no es capaz de igualarme. Llegados a un punto, que supone el fin de la finca, me doy la vuelta y es ahí cuando consigue posicionarse a mi lado, pero no dejo que me adelante. Llegamos hasta la puerta de la casa en una reñida carrera que gano.

Me quito el casco y lo miro sonriente, eufórica, por haberle ganado en sus narices.

—¿Estás loca? ¿Qué coño te pasa? —pregunta dirigiéndome una mirada fulminante, puedo ver las llamas en sus ojos.

—¿No te ha gustado que te gane? —pregunto con sorna al mismo tiempo que me bajo de la moto.

—Podrías haberte matado, joder —maldice muy enfadado.

—Creo que te he demostrado que sé correr mejor que tú. Me propusiste una vuelta en moto. ¿Qué pensabas, que iba a ir montada detrás de ti? Nos estamos empezando a conocer, Alessandro Albani, y te voy a demostrar que no soy la princesa que estás empeñado en que sea. Soy una mujer hecha y derecha que sabe valerse en todo momento por sí misma. ¿Te queda claro? —alzo la voz acercándome a él mientras me mira de forma desafiante, sentado en la moto y con el casco sobre sus piernas—. Cuando estés preparado me avisas y echamos otra carrera —le indico guiñándole un ojo y dejándolo ahí plantado. Me doy media vuelta y me dirijo a mi cuarto feliz de haberle demostrado a Alessandro Albani que no soy lo que espera de mí.

El resto del día no coincido más con él, cuando bajo a cenar me topo con Russo en la cocina y me dice:

—Manejas la moto de maravilla. Me gustó ver cómo le ganabas al jefe.

—Gracias.

—Si quieres un día podemos echar una carrera —me propone con entusiasmo.

—Estamos aquí para trabajar, no para pasar el tiempo en carreras peligrosas, ¿entendido? —nos sobresalta la voz de Alessandro entrando en la cocina. Russo y yo nos quedamos callados de golpe, ni lo habíamos escuchado aparecer—. Déjame a solas con ella —le exige a Russo.

Este se marcha en silencio mientras que Aless y yo nos miramos en silencio.

—¿Dónde aprendiste a montar en moto así? —pregunta con interés a la misma vez que se echa un vaso de agua fría y me mira de soslayo.

—Mi padre me enseñó y luego me aficioné a echar carreras con unos amigos los fines de semana —revelo.

—¿Tu padre sabía eso? —inquieta levantando una ceja y mirándome con atención.

—Por supuesto que no, yo también tuve la gran habilidad, como tú, de ser una niña buena y aplicada en casa para luego hacer lo que quería fuera de ella —le respondo sintiéndome poderosa.

Alessandro chasquea la lengua y luego atisbo una leve sonrisa en sus labios.

—Eres una caja de sorpresas, Allegra Fábregas —murmura.

—Ya te dije que no soy ninguna princesa —le advierto.

Los dos días siguientes los pasamos organizando al milímetro nuestra aparición estelar en casa de Faheem.

Me miro delante del espejo de mi habitación y apenas me reconozco. Esta noche es nuestra primera incursión en este mundo, Aless y yo asistimos a una reunión que Faheem ha organizado en su casa. No lo voy a negar, estoy nerviosa. No sé qué vamos a encontrar allí ni cómo serán las personas con las que trataremos por mucho que las hayamos estudiado con anterioridad. Esta noche tenemos dos objetivos, entablar relaciones con Faheem y su círculo más cercano y tratar de meternos en el despacho de este peligroso hombre para encontrar algo que nos lleve hasta sus próximos objetivos con el fin de ir por delante de él.

Miro mi reloj y compruebo que faltan quince minutos para la hora exacta en la que quedé con Aless en vernos en el salón de nuestra casa. Nuevamente me miro al espejo y suspiro mientras me pregunto qué dirá cuando me vea así. Llevo un vestido en color negro ajustado a mi cuerpo, con un generoso escote por delante y por detrás, es largo y tiene una raja en un lado de la parte delantera. He escogido unas sandalias de tacón altas, llevo noches practicando con ellas, no quiero que el hecho de llevarlas pueda reducir mis movimientos ni sentirme como un pato, y tras muchas horas de ensayo puedo decir que domino los tacones mejor que mi hermana, eso sí, si antes ya los odiaba en estos momentos los aborrezco con toda mi alma. Pero forman parte del show, al igual que todo el maquillaje que lleva mi rostro y mi pelo liso, perfectamente planchado. He de admitir que lo tengo más largo que nunca, en todos estos meses no he acudido a cortármelo y como siempre llevo una coleta no había apreciado que casi me llega a la cintura.

Repaso las joyas que he escogido, pendientes, collar y brazalete deslumbrantes, cojo mi móvil y la cartera y me dispongo a encontrarme con Alessandro Albani. Esta será la primera noche en la que lo vea en su papel ante los demás y estoy nerviosa por ello.

Llego al salón y él ya se encuentra ahí con Greco, Russo y Cárdenas. Cuando los cuatro hombres sienten mi presencia y reparan en mí se quedan callados de golpe. Fijan sus miradas en mi cuerpo y observo cómo los cuatro tragan con dificultad sin poder articular palabra alguna. Una voz interior me felicita por el resultado. Aless sale pronto del trance, de inmediato despide a los tres hombres.

—En vuestras posiciones esta noche. Según lo planeado debe ser tranquila, una toma de contacto nada más.

Ellos asienten y se marchan.

Cuando nos quedamos a solas me repasa con la mirada de arriba abajo, al detalle, no me pasa desapercibido, más bien llego a sentirme un poco incómoda por su mirada escrutadora. Su silencio comienza a molestarme, no necesito su aprobación, al igual que él no necesita la mía.

—Estás espectacular —murmura dedicándome una amplia sonrisa—. Si te llego a encontrar en la fiesta entre la multitud me hubiese costado reconocerte. Creo que voy a ser un hombre muy envidiado esta noche.

—Gracias, me he esmerado en el disfraz —comento de forma mordaz—. Creo que voy vestida bien acorde a la amante y socia de un hombre peligroso. Tú lo has tenido más fácil, con un simple traje de chaqueta vas listo —me quejo. He tardado más de tres horas en arreglarme, y estoy segura de que él lo ha hecho en menos de quince minutos. Me quedo mirando su pelo engominado, nunca lo había visto así peinado, y le indico—: Ese toque te da un aire de mafioso increíble.

Me dedica una sonrisa y pregunta:

—¿Sabrás moverte con eso? —Tiene la mirada clavada en mis altísimos zapatos de tacón.

—No te preocupes, cuando represento un papel controlo todos los aspectos —alardeo—. He ensayado.

—Si hay que correr no quiero tener que llevarte en brazos —bromea.

—No lo harás, correr descalza se me da de maravilla. —Le guiño un ojo, le sonrío y le pregunto—: ¿Preparado? —Hemos hablado mil veces sobre la reunión en casa de Faheem esta noche, cómo comportarnos en todo momento y qué hacer, sin embargo, siento que hay algo que se nos escapa.

—Preparado. ¿Lo estás tú? —pregunta dirigiéndome una mirada profunda.

—Sí —contesto de inmediato.

Él me extiende la mano, se la tomo y murmura mientras salimos caminando:

—Qué empiece el espectáculo.

Un coche que no había visto hasta el momento nos espera en el jardín, cuando Aless me abre la puerta para que entre en él veo a Russo al volante.

—Ya estamos con las sorpresas, joder —me quejo por no saber de este coche ni que él sería nuestro chófer esta noche.

—Ahora eres mi mujer, déjate sorprender —bromea Alessandro con una amplia sonrisa.

—No me hace ni puta gracia —le replico—. Deja las sorpresas para cuando encuentres a tu mujer de verdad.

—Mientras voy a practicar contigo —comenta de forma animada cuando ya arranca el coche. A través del espejo puedo ver cómo Russo sonrío.

—Estás muy gracioso esta noche, ¿son los nervios, Albani? —le indico forzando una sonrisa. Me moleta que esté como una rosa mientras que yo me siento como un flan.

El resto del camino lo pasamos en silencio, yo opto por cerrar los ojos y repasar los planos de la casa de Faheem mentalmente y cómo movernos en ella esta noche. Por fotografías conozco a todas las personas que asistirán. Las hemos estudiado, al igual que nos hemos movido por toda Nápoles hasta conocerlo bien a fondo en estos días. Trabajar al lado de Aless es atrayente. Es una persona que no puedes dejar de admirar pese a que me moleste a menudo su don de órdenes y exigencias.

Cuando entramos en la propiedad de Faheem siento que el coche aminora la marcha, abro los ojos y miro todo con atención. Observo una fiesta en el jardín de la mansión, hay infinidad de luces y muchos invitados. Es algo por todo lo alto.

Antes de bajarnos del coche le pregunto:

—¿Vas armado? —miro hacia mi mini bolso y mi atuendo y le indico que para mí es imposible llevar una pistola.

—Esta noche la fiesta no va de tiros, princesa —murmura con una sonrisa—, pero, por si la cosa se pone fea, los chicos sí lo estarán y los tendremos cerca. —Cuando advierte que voy a replicar dice—: No puedo presentarme por primera vez en una fiesta de Faheem armado.

—Esto nos queda grande, admítelo —murmuro con la vista clavada en todo lo que nos rodea.

—Habla por ti —comenta al mismo tiempo que se baja del coche y me ayuda a salir del mismo.

Me da la mano, entrelaza sus dedos con los míos de una forma tan especial que me hace bajar la mirada y observar ambas manos unidas, al mismo tiempo que se me acelera el corazón cuando caminamos en dirección a la fiesta. Por supuesto, nos recibe el mismísimo Amín Faheem. Cuando lo veo en persona se me eriza la piel, clava sus ojos en mi cuerpo y me repasa al detalle mientras sonrío. Ese hombre irradia poder y peligro por los cuatro costados.

—Al fin nos conocemos en persona —comenta Aless.

—Alessandro Albani, hijo —murmura mirándolo de arriba abajo—. Eres igual a tu padre. De no ser porque han pasado los años juraría que estoy frente a él de nuevo. Por mí también han pasado los años, ya no soy aquel hombre atractivo de treinta años.

Yo lo miro preguntándome si alguna vez ha podido ser atractivo o es su ego el que no le permite verse de verdad en el espejo.

—Te presento a Allegra —dice sin más. Creo que da por sentado que el hecho de que vaya de su mano ya lo dice todo.

—Eres un hombre muy afortunado. Es toda una belleza —comenta como si yo no estuviese presente.

Siento cómo Aless me aprieta la mano, sé que me infunde calma. Le extiendo la mano a Faheem y le digo:

—Encantada de conocerlo —intento utilizar el tono más dulce y amigable que es posible.

—Pasen a mi fiesta —nos anima—. Muchos de mis amigos los esperan. En breve me reúno de nuevo con vosotros.

Aless y yo damos un par de pasos, se nos acerca un camarero y cogemos unas copas de champán.

Llegamos hasta algunas personas con las que coincidimos en la fiesta de Madrid, las saludamos y charlamos con ellas.

Durante toda la noche me molesta cómo Alessandro Albani entabla amistades y

conversaciones importantes mientras que yo tengo que permanecer a su lado como un florero, no era así como esperaba todo esto, pensaba que mi papel iba a ser más participativo.

Cuando ya llevamos en la fiesta unas dos horas Aless me susurra en el oído:

—Ha llegado el momento.

Lo miro y sé que ahora es cuando tenemos que escabullirnos de la fiesta e ir hasta el despacho de Faheem y tratar de encontrar algo sobre sus próximas operaciones y objetivos. Leonardo nos ha indicado que tiene una agenda verde donde apunta todo, es un hombre chapado a la antigua y no le gustan los ordenadores.

—Creo que esto es muy arriesgado para una primera toma de contacto —me quejo de nuevo.

—Son las órdenes de Capdevila. No sabemos cuándo tendremos otra ocasión de estar en esta casa. Muy pocas veces recibe a gente aquí. Y puede que pasen meses hasta que me proponga entrar en sus negocios. No podemos esperar tanto, yo quiero volver a mi vida cuanto antes.

—Si fuese un ordenador sería fácil copiar los datos, pero una agenda... Además, ese despacho estará cerrado a cal y canto. ¿Vamos a forzar una cerradura mientras los invitados salen y entran en su casa?

—No pongas más trabas o pensaré que estás cagada de miedo —comenta con la mirada al frente, mientras camina y tira de mi mano con fuerza.

Entramos en la casa y nos paseamos por ella, cruzándonos con más invitados mientras simulamos buscar el baño. De repente, Aless me abraza mientras susurra:

—Esta es la perspectiva que necesitaba. Faheem acaba de salir de su despacho con dos hombres más, ambos son invitados de esta fiesta. Vamos, no ha cerrado con llave.

—¿Y si hay alguien dentro? —pregunto con miedo. No vamos armados y no tenemos escapatoria.

—Nos disculparemos —murmura con tranquilidad mientras me lleva tomada de la mano de nuevo.

Yo miro detrás nuestra por si alguien nos sigue, pero estamos solos.

Alessandro abre la puerta como si fuese la de su casa y me hace pasar. Aun huele a tabaco y hay varios vasos vacíos encima de la mesa.

Es un despacho muy grande y amplio, encima de la mesa está la famosa agenda verde, nos acercamos a ella y la abrimos sintiendo que hemos triunfado. Descubrimos que tiene muchas anotaciones, casi todas ellas en árabe.

—Vigila mientras yo hago fotos —me ordena Aless.

Me acerco a la puerta y pego el oído.

—Viene alguien —alerto mientras mi mirada se pasea por el despacho y descubro que no tenemos dónde escondernos. Nos van a descubrir.

16

Allegra

Escucho unos pasos cada vez más cerca. Miro a Alessandro, buscamos una salida, pero no hay otra puerta y si salimos por la ventana nos metemos de lleno en la fiesta del exterior. No tenemos vía de escapatoria.

Aless me indica que nos escondamos detrás de un sillón, pero nos cogerían. No sabemos qué se va a tratar de nuevo en esa estancia ni cuantas personas vienen. Se escuchan varios pasos.

De repente, se me ocurre una idea. Corro hasta la mesa, me siento en ella, separo mis piernas, me abro el vestido y tiro de Aless posicionándolo frente a mí. Me apodero de sus labios, introduzco la lengua en su boca, enredo mis dedos en su pelo y me entrego a sus labios posesivos, que me besan de una forma tan pasional que no esperaba, despertándome ciertas oleadas de placer que consiguen estremecerme. Supongo que Aless se está esforzando tanto como yo porque es consciente de que tiene que aparentar ser un beso real y apasionado cuando nos descubran. Yo comienzo a abrirle los pantalones, no pueden ver un simple beso. Tienen que pensar que la urgente necesidad que nos ha llevado hasta aquí es algo más.

De golpe, la puerta se abre, Alessandro y yo nos sobresaltamos y paramos de besarnos, sin separarnos, miramos a las personas que nos han interrumpido con las respiraciones agitadas. Creo que mi objetivo se ha cumplido. Esas dos personas, reconozco a uno como la mano derecha de Faheem, se quedan mirándonos atónitos.

—¡Joder! —brama Aless.

Yo represento muy bien mi papel y escondo la cabeza en su pecho mientras él se abrocha los pantalones con prisa.

Los hombres sonríen mientras nos adecentamos.

—Este es el despacho del señor Faheem —comenta su mano derecha con cierto tono seco.

—Perdón. Abrí la puerta sin más. Ni me di cuenta de dónde estábamos. Solo quería desahogarme —murmura Aless sin pudor alguno.

—Tranquilo, con una hembra con ella —dice de pronto la voz de Faheem a la espalda de su mano derecha—, te entiendo, Albani.

Mi corazón late muy deprisa, Alessandro me tiene agarrada de la mano y ninguno sabemos qué va a pasar ahí, si nuestra representación ha sido creíble o nos han cogido a la primera de cambio como novatos.

—Jared, acompaña a la señora para que se refresque un poco. Yo me quedo con el señor Albani, vamos a hablar de negocios. Usted me parece un hombre tan interesante como su padre —ordena.

Aless me mira y asiente a las palabras de Faheem, salgo del despacho temblorosa, le dirijo una última mirada antes de que la puerta se cierre sin saber si puede que sea la última vez que lo vea. Igual ese hombre le da un tiro en la cabeza si le quita el móvil y descubre las fotografías de su agenda.

Entro al baño y me miro al espejo, suspiro y trato de recomponerme el maquillaje mientras me miro los labios hinchados, me los pinto de nuevo y me quedo parada pensando en el beso tan

placentero, excitante e inesperado que Aless y yo nos hemos dado. He soñado tantas veces con besarlo que estoy en una nube. Es el mejor beso que me han dado, y eso que ha sido forzado. Aún puedo sentir su aliento y el sabor de su boca permanece en la mía. Me paseo inquieta por el interior del baño, salgo y decido ir al jardín en busca de los chicos. Tengo que poner en conocimiento de Greco, Russo y Cárdenas que Alessandro puede estar en peligro.

Salgo al jardín, busco a los chicos y me sobresalto cuando alguien cógeme mi mano y tira de ella.

Cuando descubro que es Alessandro, tomo una bocanada de aire y me abrazo a él en un impulso.

—Todo está bien—susurra en mi oído—. Faheem solo quería incluirme en su círculo. Pronto tendremos una reunión importante.

—¿De verdad? —pregunto eufórica, mirándolo a los ojos.

—Tu actuación ha sido todo un éxito. Has estado fantástica —me felicita mientras me abraza y me da un breve beso en los labios delante de todos que no espero.

—¿Ya nos podemos ir? —pregunto agitada.

—No, vamos a bailar un poco. Demostremos que somos una pareja que se atrae, como nos descubrieron en el despacho —murmura, y el simple recuerdo hace que se me erice la piel.

Las palabras de Aless me hacen volver a los momentos vividos, ese beso desenfrenado, probar sus labios, sentirlo tan entregado y descubrir cómo se siente una mujer en sus brazos ha sido increíble.

Alessandro me toma de la cintura con posesión y nos adentramos en la pista de baile. Me pega a su cuerpo y bailamos muy juntos mientras intento controlar mi nerviosismo por tenerlo tan cerca.

—Creo que cuentas con el hecho de que tendré que besarte y tener muestras de afecto contigo en público —me indica en un susurro en el oído que me sobresalta.

—Lo sé. Capdevila no me dijo que esto iba en el lote, pensé que mi trabajo sería de logística en la seguridad, no de fulana.

—Sabes que conmigo estás segura —susurra en mi oído de forma tranquilizadora.

—Sí, lo sé, más que nada porque si te pasas conmigo cuando todo esto acabe tendremos que seguir viéndonos en reuniones familiares y si le cuento a mi padre que no te has portado bien te dará una buena paliza.

Aless esboza una amplia sonrisa y me da un beso en el cuello que consigue revolucionar todo mi interior. Aún no me recupero de los tórridos besos del despacho cuando el asunto continúa. Me repito que tengo que ser más fuerte y hacerme inmune al encanto de este hombre. Si siempre estuve enamorada de él, desde que he probado sus labios me tiene rendida, pero eso es algo muy mío. Alessandro jamás lo sabrá.

Pasamos una hora más en la fiesta de Faheem, volvemos al coche y cuando estamos de camino a casa Aless le indica a Russo:

—Todo ha ido muy bien. Casi nos pillan en el despacho de Faheem, pero eso sirvió para que me invitase a quedarme y me propuso hacer negocios juntos.

—¿Pudisteis ver la agenda verde? —pregunta Russo con interés.

—No —dice Alessandro de inmediato. Me mira serio y no sé por qué le miente. Yo me quedo callada, espero a estar a solas con él para preguntarle el motivo por el que no le ha dicho que fotografiamos muchas páginas.

Cuando llegamos a casa Aless y yo nos despedimos de los chicos, ellos se marchan a su lado

de la casa mientras que Aless y yo nos dirigimos al nuestro.

—Por qué... —comienzo a preguntar, pero no me deja terminar la frase. Se apodera de mis labios y susurra en mi oído—: Aquí no.

Lo miro sin entender nada. Mi corazón late revolucionado por ese beso que no entiendo ya que nadie nos observa. Me lleva de la mano hasta mi habitación, saca mi móvil de mi bolso, lo apaga y hace lo mismo con el suyo. Luego me lleva hasta el baño.

—¿Qué pasa? —susurro una vez ahí.

—Aún no controlo toda la casa. No sé si hay cámaras o micros.

—¿Qué?!

—Ya te dije que no me fío del todo de Capdevila.

—Ni de Russo ni de los chicos. No le dijiste que accedimos a la agenda y la fotografiaste.

—No lo haremos por el momento. Quiero que sepas que mis planes no son contarles todo a Leonardo y a los chicos. Voy a confiar en ti y sabrás todo como yo porque siempre vas a estar a mi lado.

Lo miro con miedo mientras asiento.

—Estoy contigo —le aclaro—. Nunca te traicionaría. Somos familia y haría lo que fuese por mi familia.

Aless asiente y saca un móvil de su bolsillo, es con el que hizo las fotos y hasta el momento no me doy cuenta de que es uno diferente al que ha dejado encima de la cama junto al mío.

—Vamos ver la agenda de Faheem —dice mientras abre las fotos. Solo hay diecinueve fotografías, no nos dio tiempo a más. Nada está escrito de forma explícita. Existen anotaciones en árabe, en italiano y números.

—Es un jeroglífico —murmuro atenta a la pantalla.

—Lo imprimiremos y lo estudiaremos entre los dos.

—No sé árabe —le indico.

—Tranquila, yo lo domino —revela mientras lo miro con asombro.

—¿Cuántos idiomas controlas? —pregunto.

—Inglés, italiano, español, croata, árabe y algo de francés. ¿Y tú? —se interesa.

—Español, croata, italiano e inglés.

—Nos apañaremos. Creo que entre los dos contamos con las habilidades necesarias para llevar esto sin que salga de aquí.

—¿Por qué no te fías de Capdevila? —insisto.

—Porque creo que nos utiliza para algo más de lo que nos dijo.

—¿Piensas que esté metido en esto con Faheem?

—No lo sé, pero me gusta andarme con cuidado.

—¿Tu padre nunca te habló de él?

—No. Y eso es lo que me hace desconfiar de Leonardo. No puedo preguntarle a mi padre muchas cosas, por eso me tengo que andar con pies de plomo.

—Bien. —Estoy de acuerdo con él, confío en el instinto de Aless.

—¿Te preguntó Faheem por tu padre y todo este tiempo que ha estado desaparecido?

—No de forma concreta. Él sabe lo que Leonardo se encargó de difundir en la fiesta de Madrid. Alessandro Albani está vivo, siguió en la sombra todos estos años, alejado, pero no está en condiciones de que nadie lo vea. Y ahora yo, su hijo, he venido a hacer negocios.

—Una noche intensa —murmuro mientras me siento en uno de los escalones que llevan hasta la enorme bañera de hidromasaje.

—Pero todo ha salido muy bien —comenta con una gran sonrisa—. Tenemos algo de Faheem, él confía en mí y está interesado en hacer negocios conmigo.

—Primera prueba superada —murmuro expulsando el aire contenido en mis pulmones.

—Y con nota, mis felicitaciones nuevamente. Estuviste genial en el despacho de Faheem. Una actuación magistral.

—¿Por qué me besaste antes de subir aquí? —pregunto con interés. Estábamos solos.

—Era la única forma de callarte, no quería que hablásemos de esto ahí abajo —justifica—. Lo siento —se disculpa de inmediato.

—No pasa nada.

—Lo sé. Tú eres diferente y eso me tranquiliza. El hecho de que no te gusten los hombres puede ser una ventaja en nuestro caso —revela.

—¡¿Qué?! —pregunto de golpe, con asombro—. ¿De dónde has sacado eso? —le exijo alterada, mientras lo taladro con la mirada.

—Tranquila, me lo dijo tu hermana —aclara de inmediato.

—Stella. La voy a matar —susurro entre dientes mientras ardo de rabia por dentro.

—No pasa nada, no te juzgo. Cada cual es libre de tener la condición sexual que quiera. Solo te pido que si tienes alguna relación en este tiempo seas discreta. —Lo miro con los ojos encendidos—. Tranquila, soy consciente de que somos jóvenes y esta misión llevará su tiempo. La abstinencia no entraba en la misión. Cada uno somos libre de tener lo que sea con otras personas cuando queramos, pero dado que estamos proyectando una relación, tendremos que andarnos con cuidado, sobre todo tú. A Alessandro Albani no se le ponen los cuernos —murmura con una amplia sonrisa—. Tendría que matar a quién que ose tocar a mi mujer.

Lo miro mientras tengo ganas de gritar. Estoy muy cabreada, solo quiero que desaparezca de mi vista para poder asimilar toda esta conversación a solas.

—¿Es todo? Me gustaría quitarme este vestido de puta —ladro muy enfadada.

Alessandro asiente, me dedica una sonrisa y se dispone a salir del baño.

Observo cómo recoge su móvil de encima de mi cama y se marcha.

Una vez a solas me arranco el vestidito que he llevado toda la noche, con el que todos los hombres de la fiesta me han devorado con los ojos y aun así, tras nuestros besos, Aless me considera lesbiana. No voy a perdonar a mi hermana por esto. Así que eso va diciendo a mis espaldas. ¡No puedo creerlo! No la llamo en estos momentos y la pongo en su lugar porque no puedo revelar que estoy con Aless.

Me tumbo en la cama, cabreada y frustrada, sin entender por qué me molesta tanto que Alessandro me considere lesbiana, quizás porque, de esa forma, soy alguien prohibida para él y nunca me verá como a una verdadera mujer, la cual siempre se ha considerado un bicho raro en el que él jamás se fijaría.

Me quedo dormida pensando en sus besos, en todo lo que sentí cuando sus labios se apoderaron de los míos, su lengua se enredó con la mía y me hizo estremecer como nunca lo pensé posible. Anhele un beso suyo durante demasiado tiempo, sin embargo, creo que es peor haberlo recibido, porque ahora solo puedo pensar en volver a probar sus labios de nuevo.

17

Alessandro

Entro en mi habitación y de inmediato me deshago de toda la ropa y me meto en la ducha con rapidez. Desde que me besé con Allegra en el despacho de Faheem llevo un calentón encima que no sé qué coño me pasa. Joder, maldigo furioso. Llevo unos meses sin una mujer en mi cama y mi cuerpo reaccionó ante el de Allegra a la primera de cambio. Sus labios y su cuerpo me embaucaron y debo de admitir que me hicieron perder la razón. El estado de excitación en el que me encontró la mano derecha de Faheem era real. Apenas fueron unos segundos envuelto por las piernas, los labios y el contacto de Allegra, pero me encendieron de una forma como no recordaba antes.

He de admitir que de no saber por su hermana que es lesbiana la habría llevado a mi cama esta misma noche sin escrúpulo ninguno. Sin embargo, en estos momentos no sé ni cómo calificarme por sentirme así de traído por una mujer a la que los hombres le son indiferentes. Nunca me he sentido rechazado por nadie y me siento completamente frustrado por desearla y saber que no sucumbiría a mis encantos por mucho empeño que le pusiese.

Mientras me ducho me masturbo y libero toda la tensión que necesito. El cuerpo y los besos de Allegra aparecen en mi mente y gruño con fuerza y rabia por esto. Desafortunadamente, no puedo pensar en ella como una mujer para mí y sin saber por qué esto me pone de muy mala hostia.

Paso una noche de perros, no pego ojo y solo hago dar vueltas en la cama. Cuando consigo quedarme dormido me despierto soñando, empalmado y maldiciendo que sea Allegra la mujer que aparecía en el sueño y a la que le hacía tantas cosas maravillosas que me proporcionaban un increíble placer.

Bajo a desayunar algo tarde, son las diez de la mañana, y encuentro a Allegra con un café en la mano y una caja a su lado.

—Buenos días —la saludo sin demasiado entusiasmo.

—Buenos días. Se te han pegado las sábanas, Albani. Ya he estado dos horas en el gimnasio y me he duchado.

—Sí, no pasé buena noche —comento mientras me hago un café bien cargado.

—¿Qué planes tenemos para hoy? —pregunta Allegra.

—Vamos a ir de compras e iremos a mi casa en Bari.

—¿Hasta Bari? —pregunta con asombro.

—Sí. No podemos usar mi casa cuando estemos allí. Tengo que comprar una buena casa como Alessandro Albani, en eso quedé con Capdevila. De paso iré por la empresa a firmar unos documentos. Si se nos hace tarde haremos noche en mi casa y regresaremos mañana.

—¿Vamos solos? —pregunta con interés.

—Sí. Los chicos se quedan aquí encargados de los asuntos turbios de Alessandro Albani —comento.

—Bien. Me pongo en marcha. —Allegra sale de la cocina mientras que yo me quedo mirándola como un adolescente, solo lleva un sujetador de deporte y unas mallas cortas, dejando

al descubierto el resto de su perfecto cuerpo. Sacudo la cabeza y me reprendo verla más allá de una mujer de mi familia o una compañera de trabajo.

Esta noche, en sueños, he llegado a desear que no fuese lesbiana y ese pensamiento me tiene preocupado.

Allegra y yo ponemos rumbo a Bari en coche, lo considero más seguro y nos exponemos menos. En las horas que dura el trayecto ella va mirando con atención las fotografías que tomé de la agenda de Faheem. No saca nada en claro, solo que es un hombre organizado, precavido y meticuloso.

Primero hacemos una parada en mi casa de Bari. Allegra elogia el lugar, nunca había estado ahí. Es un chalet, no muy grande, pero con todas las comodidades y algún que otro lujo. La dejo en mi casa y me marchó a la oficina, donde me esperan millones de documentos por firmar.

Cuando vuelvo a casa es casi media noche, me encuentro con Allegra que ha imprimido las fotos que tomamos de la agenda. Está sentada en la alfombra del salón de mi casa con todos los folios esparcidos y llenos de notas alrededor. La observo allí concentrada y la admiro.

—Ya veo que has estado trabajando —comento con la mirada clavada en ella y sus piernas. Lleva una amplia sudadera y unas mallas muy cortas en negro. Va descalza, sin maquillar y con una coleta mal recogida. ¿Por qué me atrae tanto? Me reprocho cabreado conmigo mismo.

—También he encontrado una casa adecuada para Alessandro Albani aquí en Bari.

—Vaya, qué eficaz. Te lo agradezco. Mi día en la oficina ha sido un caos —me quejo, cansado.

—¿Qué tal todo?

—Mucho trabajo, pero, tras pensarlo bien, le he comunicado a mi padre que me tomo unos meses de vacaciones. Creo que es lo mejor.

—¿Y cómo se lo ha tomado? —se interesa, muy sorprendida.

—Mal. Me ha llamado egoísta y algunas cosas más, pero finalmente he llegado a un entendimiento con él, llevaré lo más urgente desde la distancia.

—¿Cómo has justificado estas largas vacaciones? —pregunta con interés.

—Le he dicho que me he enamorado por primera vez y quiero que salga bien. Dedicarle tiempo. Finalmente, mi padre lo ha entendido. He sido un hijo ejemplar desde que me contó su pasado. He tocado su fibra y le he dicho que nunca me he tomado unas largas vacaciones en condiciones y que lo necesito. Parece ser que lo he convencido.

—Me alegro. Está bien que solo te centres en Alessandro Albani, de lo contrario ibas a explotar con la doble vida.

—Sí. Me ha costado tomar la decisión, pero creo que ha sido lo más acertado. Además, mi padre ha creído todo.

—¿Dónde le has dicho que estarás?

—No le he especificado uno en concreto. Le dije que viajando por el mundo. Me despedí de él y de la familia hasta la boda de Carla.

—La boda de tu hermana —murmura con agobio—. Te pedirán que acudas con tu nuevo amor —me indica.

—Aún queda para eso, le he pedido a mi padre que lo mantenga en secreto, ya veremos cómo lo arreglamos. ¿Has encontrado algo? —pregunto mirando con atención todo el desorden de papeles esparcidos por mi salón.

—Hay fechas, lugares y citas o acontecimientos. Supongo que cuando entres más en su círculo todo esto tendrá sentido.

—Según Capdevila hay un cargamento de armas muy importante y otro de droga. Son los principales que tenemos que intervenir y no dejar que lleguen a su destino. Tenemos que trancar varias entregas de Faheem para ir debilitándolo.

—Es un hombre muy rico, multimillonario —especifica Allegra con preocupación.

—Si sus entregas comienzan a fallar dejarán de confiar en él y perderá poder, que es el objetivo.

—¿Cuándo tienes que reunirte con él para hacer negocios? —se interesa.

—Recibí un mensaje esta mañana. Quiere que cene con él y varias personas mañana.

—¿Irás solo? —pregunta, alarmada.

—Por el momento no me lo ha especificado, pero creo que sí. Es una reunión entre los grandes.

—Claro, y yo no entro en ella —murmura con decepción.

—Tu papel lo creó Leonardo, quéjate a él. A mí me dio el papel de Alessandro Albani, un tío importante, y a ti el de mi socia en pequeños asuntos.

—Y el de tu amante, no lo olvides —especifica a modo de queja.

—No lo olvido —comento con la mirada fija en sus intensos ojos negros y sus perfectos labios, que invitan a besarlos. De nuevo sacudo la cabeza y alejo esos pensamientos de mi mente. No sé qué es lo que me pasa desde lo sucedido entre nosotros en el despacho de Faheem. Es ver a Allegra y se me enciende el cuerpo. Definitivamente tengo que buscar a una mujer con la que apagar este fuego antes de que me consuma.

Pasamos la noche en mi casa, acompaño a Allegra hasta el cuarto de invitados y cuando fijo la mirada en la cama tengo que marcharme corriendo cuando imágenes con esa mujer ahí me asaltan por sorpresa.

Me voy a mi habitación y me tumbo en la cama después de desnudarme. El beso que nos dimos en el despacho de Faheem vuelve a mis recuerdos mientras maldigo que un simple beso me esté atormentando tanto desde que sucedió. ¿Qué me pasa con Allegra? Es una mujer que nunca llamó mi atención, cuando la descubrí en la misión su presencia me molestaba, pero conforme la he ido descubriendo tengo que admitir que es una persona que te atrapa con la personalidad tan arrolladora y diferente que tiene. Maldigo que sea lesbiana, de lo contrario irrumpiría en su habitación y apagaría este fuego que me consume nuevamente.

18

Allegra

Espero despierta a Aless de su importante cita con Faheem. Estoy inquieta y nerviosa. Sé que ha acudido con Russo y Greco, Cárdenas se quedó en la propiedad conmigo, pero no puedo evitar pensar que ese peligroso hombre descubra a Alessandro y pueda matarlo de buenas a primeras. Consulto a cada instante sus constantes vitales por el reloj y mi corazón no se queda tranquilo hasta que lo veo bajarse del coche desde la ventana de mi habitación. Tengo que contenerme para no bajar corriendo las escaleras y recibirlo con un abrazo. Ha entrado en casa con los chicos y supongo que tendrán planes que trazar y luego me contará.

Espero con la paciencia que puedo en mi habitación hasta que lo escucho en la suya. Traspaso el vestidor que une nuestros cuartos y llamo a la puerta. Aless me abre mientras que yo me topo con su increíble pecho desnudo de cintura para arriba. Va descalzo y solo lleva los pantalones del traje de chaqueta a medio abrochar, caídos sobre sus caderas mientras que yo clavo mi mirada en su perfecto abdomen.

—¿Qué tal ha ido todo? —pregunto con ansia, tratando de controlar mi reacción al verlo así. Se me ha disparado el pulso.

—Muy bien. Estoy dentro de su círculo más íntimo. Va a contar conmigo para sus futuros negocios.

—Bien —suspiro, relajada—. ¿Todo ha ido sobre ruedas? —pregunto con temor.

—Sí. Ha nombrado un importante negocio de armas, pero no dio más detalles. Solo le manifesté mis ganas de participar. En agradecimiento a su confianza he organizado una fiesta en esta casa dentro de una semana. Faheem será nuestro invitado de honor.

—¿Una fiesta? —pregunto con asombro—. No estamos aquí para hacer fiestas.

—Así es el mundo de ellos. Todo surge y sale en las fiestas. Por ello Capdevila insistió en esta impresionante mansión —me recuerda—. No es para disfrutemos de ella, es símbolo de nuestro dinero y poder. Faheem traerá a varios amigos muy influyentes para que los conozca.

—¿Es seguro hacer una fiesta aquí tan pronto? —pregunto, inquieta, pensando en todo lo que tendremos que mover.

—Haremos que sea seguro. Tenemos que comportarnos como ellos. Derrochar lujo y dinero, que vean nuestra casa y nuestro poder para que terminen de confiar en mí y cuenten conmigo en todos sus negocios.

—Yo no sé nada de organizar fiestas —me excuso de inmediato.

—Los chicos se encargarán de contratar a alguien. Existen empresas especializadas.

—Vale —murmuro mientras me quedo un poco más tranquila.

—¿Te ocurre algo? —pregunta mientras me mira serio.

—No, no es nada. Solo que tu hermana me llamó ilusionada y me propuso si podría acudir con ella a la última prueba del vestido de novia. Me excusé y le mentí diciéndole que ya tenía mi vestido para su boda, de alguna forma quería mostrarle interés por su boda, y ahora quiere ver mi vestido —comento, agobiada.

—Seguro que en el vestidor hay alguno adecuado, muéstrale una foto y listo —propone.

—Ya los vi. Te aseguro que todos son vestidos dignos de ser tu amante, pero ninguno decente para asistir a una boda familiar —ladro cabreada como si él tuviese la culpa de ello.

Aless suelta una sonora carcajada.

—Puedes ir a comprar uno —propone.

—Iré mañana. Se lo debo a tu hermana —comento son desilusión. Odio ir de compras.

—Bien, que te acompañe alguno de los chicos. No quiero que vayas sola.

—Sé cuidarme —le replico.

—Allegra, esta gente con la que nos codeamos no se andan con tonterías. Quiero que estés segura en todo momento. No necesito otro problema más —me indica serio, en plan autoritario.

—Tú sales y entras de casa en muchas ocasiones solo, sin seguridad —le reprocho.

—Te aseguro que sé cuidarme mejor que si los llevo a ellos. Además, no quiero que sepan todos mis pasos ya que le informan de todo a Capdevila.

—¿Qué harás mañana? —me intereso.

—Movimientos, tengo que hacer creíble ante Faheem que tengo un negocio muy productivo y contactos.

—¿Todos están controlados por Capdevila, cierto? —pregunto con miedo. Si hacemos algo fuera de lo acordado perdemos la inmunidad. Estamos aquí, en esta misión, para atrapar a un hombre peligroso.

—Sí —su afirmación me deja más tranquila. A veces, cuando miro a Alessandro tengo que recordarme que todo es un papel, pero es que lo representa de maravilla. Hasta yo misma me lo creo cuando lo veo ante los demás como el mismísimo Albani.

Al día siguiente me levanto y tras pasar dos horas en el gimnasio y no ver a Aless, la puerta del despacho está cerrada e intuyo que esté reunido por ello no lo molesto. Le envío un mensaje y le indico que pasaré la mañana fuera, de compras. Necesito encontrar un vestido bonito para la boda de Carla que enseñarle y un regalo especial.

Le pido a Greco que me deje en un centro comercial y le digo que lo llamaré cuando haya terminado.

—Estaré cerca, Allegra. Son las órdenes de Alessandro —me deja claro el hombre.

—No te quiero detrás de mí como un guardaespaldas —especifico señalándolo con el dedo—. Me hace sentir incómoda.

—No sentirás mi presencia —asegura—. Pero no puedo desobedecer al jefe, me juego mi puesto. Ahora es él quién manda.

—Eso espero —le indico, molesta. Creo que pago con él mi frustración de ir de compras.

Entro en varias tiendas, me pruebo un par de vestidos, pero ninguno me convence del todo. Decido ir en busca de un regalo personal para Carla y entro en una joyería, le compro una pulsera grabada como recuerdo y un par de copas como regalo de pareja.

Cuando salgo contenta y feliz por el regalo que he encontrado para mi prima me topo de frente con Alessandro.

—¿Qué haces aquí? —pregunto asombrada—. ¿Algo va mal? —inquiero de golpe mirando a nuestro alrededor. Desde que estamos en esta misión siempre que me mira serio nos imagino corriendo y huyendo de nuestros enemigos.

—No. Yo también tengo que hacer algunas compras y me pareció bien pasearme contigo por el centro comercial. Somos una pareja de cara a los demás, ¿no? Pues comportémonos como se espera. Nunca se sabe quién nos vigila.

Aless me coge de la mano, entrelaza sus dedos con los míos y comenzamos a caminar juntos. Cuando siento su contacto sobre mi piel tengo que hacer grandes esfuerzos para que este no me afecte y él no lo note.

—¿Qué tienes que comprar? —me intereso.

—Un chaqué para la boda de mi hermana. Me ha llamado esta mañana exigiéndome que me compre uno. Miré en el armario de Alessandro Albani y no había ninguno. Conociéndola, si no le envió una foto del dichoso chaqué no me dejará en paz.

—Tenemos una misión —comento, risueña, mientras miro nuestras manos unidas, caminando por el centro comercial como una pareja más.

—¿Has encontrado un vestido? —se interesa.

—No me convence ninguno. Es que no sé si son adecuados para la boda de tu hermana. No quiero defraudarla y todos los que me he probado no me siento bien con ninguno de ellos.

—Puedo darte mi opinión —se ofrece con gentileza. Lo miro con atención porque me extraña esta actitud en él. Cuando no da órdenes y tiene el ceño fruncido me resulta raro.

—Creo que será de gran ayuda —acepto—. Seguro que aciertas mejor que yo. A ti siempre te han ido mucho las fiestas y todo eso.

Aless me sonrío, tira de mi mano y entramos en una tienda de mujer que tiene unos vestidos muy bonitos en el escaparate.

—Las damas primero —susurra en mi oído. Luego le dice a la dependienta—: Necesitamos un vestido increíble para mi mujer. Es para una boda. Tienes que ser la más guapa después de la novia.

Miro a Aless con el corazón desbocado cuando lo he escuchado decir *mi mujer*.

La dependienta nos lleva hasta un amplio perchero y comienza a sacar vestidos. No sé por cuál decidirme. Creo que mi problema es que no me veo con ellos.

—Creo que será mejor que se los pruebe —me aconseja la dependienta.

Me decido por tres, uno rojo, uno azul y otro de muchos colores mezclados en tonos pasteles. Todos son largos, con faldas en gasa y volumen en ellas.

Me los pruebo y se le enseño los tres a Aless. Él los elogia todos. Lo cierto, es que son muy increíbles.

—¿Cuál te gusta más? —le pido su opinión.

—Lo tres te quedan perfectos —resuelve.

—Sí, pero ¿cuál crees que es el más adecuado para la boda de tu hermana? —pregunto exasperada.

—Pregúntale a mi hermana, o a la tuya —sugiere mientras teclea en el móvil, centrado en algo ajeno a mí. Pongo los ojos en blanco, él me sonrío y le indica a la dependienta—: Nos llevamos los tres.

—¿Cómo? —pregunto con asombro.

—Seguro que encontramos algunas ocasiones en las que puedas lucir los otros dos que no escojas para la boda.

Cuando la dependienta se retira para cobrarlos le susurro a Aless:

—Son muy caros. No voy a gastar esa escandalosa cantidad de dinero en tres trapos.

Me los puedo permitir, pero me parece un dineral innecesario.

—Paga Alessandro Albani —me susurra en el oído, luego me mira sonriente y saca su tarjeta.

—No —manifestó de forma contundente.

—Sí —afirma de forma categórica. Se adelanta y extiende su tarjeta a la dependienta, que lo

mira babeando mientras yo me acerco a él y me posiciono a su lado, recordándole a esa mujer que es mío.

Lo cierto es que no culpo a la dependienta por comerse con los ojos a Aless, todas las mujeres lo hacen, pero me molesta que esto se produzca delante de mí mientras representamos ser una pareja. Al entrar le ha dicho que yo era su mujer, sin embargo, no ha dejado de mirarlo y tratarlo con extremada coquetería y amabilidad mientras que a mí casi me ha ignorado.

Salimos de la tienda cargados con los tres vestidos y luego vamos en busca de un chaqué para Aless. Lo encontramos en la primera tienda que entramos y cuando lo veo vestido así por poco me derribo. Está increíble. Tiene el don de que todo le siente bien.

—Después de esta jornada tan agotadora, te invito a comer —propone.

—¿No tienes que seguir haciendo negocios con los malos? —pregunto de forma jocosa.

—Ya los hice hoy muy temprano, y salió bien. Ahora tengo que llevar la vida que se espera de mí. Salir a gastar cantidades indecentes de dinero con la mujer que tengo a mi lado y consentirla.

—Te veo muy cómodo en esta vida —le indico.

—Es la que nos queda por un tiempo —me recuerda resignado—. Disfrutémosla.

Le dedico una media sonrisa mientras pienso en que ojalá lo nuestro fuese de verdad. Pasar tanto tiempo a su lado solo está haciendo que me enamore más de este hombre y descubra que pese a lo autoritario que puede llegar a ser es increíble.

19

Alessandro

Me anudo la corbata frente al espejo mientras espero que la fiesta de esta noche en mi casa vaya sobre ruedas. Amín Faheem va a asistir con su hijo, me lo va a presentar, y según me he informado este hombre tiene tanto poder como su padre dentro del negocio. Debo ganarme su confianza y tratar de averiguar algo más sobre sus asuntos ya que en estas semanas desde que fotografiamos algunas páginas de la agenda verde de Faheem, ni Allegra ni yo, hemos encontrado nada que nos sirva.

Tengo a Capdevila insistiendo sobre la dichosa agenda verde, pero no le voy a decir que tengo en mi poder algunas páginas hasta que descubra el verdadero interés en todo esto. Estoy seguro de que hay algo que no me cuenta.

Toco a la puerta que conecta mi habitación con el vestidor de Allegra y ella me indica que puedo pasar. La observo con un vestido color verde lima, ajustado a su cuerpo que con su intenso cabello negro y sus grandes ojos y pestañas negras le queda impresionante. No estoy acostumbrada a verla así, cuando lo hago todo mi cuerpo reacciona de forma involuntaria y me recuerda que necesito a una mujer en mi cama con urgencia, no masturbarme como un adolescente cada noche, pero lo cierto es que desde que estoy metido en esta misión mi mente solo ha estado capacitada para los negocios. Mi parte sexual se despierta cuando Allegra está cerca, vestida de una forma impresionante como lo hace en estos momentos, en la que ese vestido marca cada curva de su perfecto cuerpo y hace que lo desee sin límites sintiéndome un depravado.

—Estás perfecta —le indico con la boca seca.

—Usted está arrebatador, señor Albani —bromea con una sonrisa—. Si acuden muchas mujeres esta noche a la fiesta tendré que estar pendiente de que no se te echen encima y olvides que eres un hombre con un comprometido.

—Será difícil que alguien te supere —la elogio al mismo tiempo que la deseo y me reprocho por esto. No la puedo desear. La miro mientras me molesta de una forma enorme serle indiferente.

—Bajemos a recibir a nuestros invitados, señor Albani —me indica Allegra. Es ella quién toma la iniciativa de cogerme de la mano cuando salimos de la habitación juntos y este gesto me produce un cosquilleo en todo mi cuerpo. La miro mientras me pregunto qué tiene Allegra Fábregas que no había visto antes y ahora no deja de perseguirme. Trato de convencerme de que es su cuerpo y mis ganas de sexo, pero, en el fondo, sé que es algo más que nunca me ha sucedido con otra mujer. Y tiene que ser precisamente con ella, alguien prohibida.

Recibo a mis invitados con Allegra a mi lado, la presento como mi pareja y socia en algunos negocios.

Faheem y su hijo, Abel, son los últimos en llegar a la fiesta. Cuando veo como Abel mira a Allegra tengo ganas de sacarlo de mi casa a empujones, pero me contengo.

La noche transcurre tranquila mientras le enseño a mis invitados mi lujosa propiedad y las fiestas que soy capaz de organizar.

Mientras hablo con Faheem y un par de personas diviso a Allegra, se toma una copa sola más alejada de los demás en el jardín. Observo cómo Abel se dirige a ella y de inmediato me disculpo con mis invitados.

Cuando llego junto a ellos Abel le dice algo a Allegra, pero no he conseguido escuchar qué. Me acerco a ella, la tomo la de cintura y le estampo un beso en la boca. Dejándole claro a Abel que ella es mía. Sigue mirándola de una forma que no me gusta.

—Hacéis una bonita pareja, Albani. Me ha gustado conocerte —se despide, pero dice estas palabras mirando a Allegra—. Hasta la próxima.

Yo solo soy capaz de asentir. Sé que tengo que ganarme la confianza de ese tío, pero no pienso exponer a Allegra para ello.

—¿Qué te ha dicho? —le exijo cuando nos quedamos a solas. Ella se queda en silencio por unos segundos.

—Que si me canso de ti él estaría encantado de recibirme en su casa. Me ha expuesto el dinero y el poder que tiene, y todo lo que podría darme.

—¡Cabrón! En el mismo día que me conoce me traiciona así —bramo con rabia.

—Y si cambiamos de planes y me acerco a Abel... —propone.

—Ni lo sueñes —zanjo de inmediato alzando la voz—. ¿Te crees que un hombre como él se iba a conformar con unos besos y caricias como las que nosotros nos damos de cara a los demás? —inquiero mirándola serio—. Tendrías que ser su amante en toda regla y no sabes las cosas que a un hombre como él le gustan en la cama. Ha alardeado de ello esta noche, incluso nos ha invitado a orgías que hace por todo lo grande. Estoy seguro de que no te gustaría participar en algo así —le prevengo con rudeza.

Allegra me mira con los ojos muy abiertos.

—Yo solo había pensado en salir con él a comer para sacarle información en plan futura socia —justifica, pero observo cómo se retuerce las manos.

—Ellos no tienen en cuenta a las mujeres para esos temas, por el contrario, eres una completa ingenua si piensas que se iba a conformar solo con eso —ladro, enfadado.

—¿Has aceptado la invitación a esas orgías? —inquiere de golpe, mientras lo siento como un reproche.

—No. —Allegra relaja la expresión de su cara—. ¿Y sabes por qué? —pregunto agitado, taladrándola con mis ojos.

—Porque si no les muestro que te quiero en exclusiva para mí, que eres solo mía, voy a tener un problema con Abel por tu culpa. He leído en los ojos de ese hombre cómo te desea. Y alguien como él no está acostumbrado a rechazos, así que solo me queda confiar en que sea como su padre y respete a las mujeres de sus socios. ¡Joder, la historia se vuelve a repetir! —maldigo mientras Allegra me mira sin saber a qué me refiero.

—¿Qué dices?! —pregunta, extrañada.

—No me hagas caso —murmuro. No es momento de darle explicaciones.

—Todo lo tienes que hacer tú, siempre me dejas al margen de todo, protegiéndome como si fuese una princesita de cristal —se queja.

La miro a los ojos y sé que es valiente y decidida, en ese aspecto se parece a mí, por ello decido tomar una importante decisión, para ponerla a salvo.

Cojo de la mano a Allegra, tiro de ella y hago que camine a mi paso ligero por el jardín hasta que llegamos donde están todos. Por suerte Faheem y su hijo aún no se han marchado.

Cuando llego al salón alzo la voz, pido a todos que me escuchen y manifiesto:

—Señores, antes de que se acabe la fiesta quiero comunicarles que en algunos meses daré una mucho mayor que esta y todos vosotros estaréis invitados —cojo la mano de Allegra, la llevo a mis labios y deposito un beso en ella—. Allegra es mi prometida, pero muy pronto nos casaremos.

Allegra me mira con sorpresa y los ojos muy abiertos por la inesperada noticia. Para que nadie repare en su expresión me acerco a ella y la beso delante de todos. Profundizo el beso y luego le susurro:

—Muéstrate muy enamorada de mí. Sonríe y mírame como si te murieses por mis huesos.

—Cuando haces estas cosas sin decirme nada me muero por rompértelos todos —me dice entre dientes y puedo apreciar cómo me fulmina con la mirada.

Mientras nos aplauden nos acercamos a los invitados que nos felicitan. No pierdo de vista a Allegra. Sé las ganas que tiene de terminar con esta misión y a lo que nos exponemos todos, sin embargo, con el anuncio de este matrimonio lo que he hecho es alejarla de esos planes. Por nada del mundo voy a permitir que se meta en una cama con Abel ni con ningún otro hombre por esta misión, antes dejo que me maten.

Con el anuncio pido varias botellas de champán, brindamos y la fiesta se alarga dos horas más.

Cuando despedimos al último invitado Allegra cierra la puerta de la casa, me mira y me exige alterada:

—¿A qué ha venido eso? No estaba en los planes anunciar un matrimonio entre nosotros. Ahora solo falta que me tenga que casar con Alessandro Albani.

—Ya veremos —murmuro sin demasiado humor.

—¡Estás loco! —me reprocha, alterada, mientras me sigue detrás.

—No. La loca eras tú. Leí en tu mirada lo que pensabas hacer con Abel. Sé que quieres terminar con esta misión cuanto antes, pero meterte en la cama con el hijo de Faheem no es el camino, te lo aseguro —bramo, exasperado, dándole la vuelta y enfrentándola.

—¿Estás tratando de protegerme? —me pregunta con el mentón alzando.

Le sostengo la mirada, me quedo en silencio por unos segundos y luego le respondo de forma contundente:

—Sí. Vi reflejado en tus ojos el cambio de planes que pensabas hacer a mis espaldas. Era una locura.

—¿Y por qué lo haces? —estalla, alterada.

—Por mi familia. Mis padres ni los tuyos me perdonarían algo así.

—Tú sí puedes protegerme a mí, pero yo no a ti —brama, furiosa.

—Así están las cosas. —Le sostengo la mirada mientras ardo de rabia por dentro.

—¿Y ahora qué? —pregunta, inquieta.

—Ahora tengo la certeza de que ni tú ni Abel tendréis algo a mis espaldas. En este mundo no se traiciona a un socio por una mujer importante, de lo contrario pueden correr ríos de sangre.

—Eres un capullo —me reprocha—. No tienes la certeza de eso.

—Sí la tengo. Amín se encaprichó de mi madre y mi padre tuvo que actuar igual que yo para salvarla. Solo que tú has ido más allá. Quisiste jugar con Abel a este juego.

De repente, me acerco a ella, la tomo con brusquedad por la cintura, la beso de forma ruda y salvaje mientras paseo mis manos por su cuerpo con caricias atrevidas.

—¿Es esto lo que quieres de Abel? Mira cómo te sientes en esos momentos —le grito mientras la observo con la respiración agitada, mirándome con los ojos muy abiertos, espantada

—. Él va a ser mucho más exigente que lo que acabas de experimentar, si quieres te lo muestro ahí arriba porque quizás estés tan desesperada por acabar con esta misión que no te importe acostarte con él, pero quizás, alguien como tú, necesite que le enseñe algunas cosas que puede que no hayas hecho antes —le espeto, muy furioso.

De repente siento cómo el puño de Allegra se estrella contra mi mejilla.

—Eres un hijo de puta en toda regla —ladra antes de darse media vuelta y marcharse escaleras arriba.

—Algún día me lo agradecerás. De nada —grito, contrariado por todo lo que está mujer despierta en mí, mientras llevo la mano a la comisura de mis labios y compruebo el hilo de sangre que me ha dejado en él. Allegra Fábregas golpea con fuerza.

20

Allegra

No puedo dormir en toda la noche, lo sucedido con Alessandro me tiene alterada. Sé que no debí propinarle ese puñetazo, pero me sentí muy ofendida por cómo me trató. También sé que lo hizo para abrirme los ojos y alejarme de la locura que se me pasó con la cabeza ante la proposición de Faheem, pero cuando Aless me besó perdí toda capacidad de razonar. Que me dijese lo que me dijo fue como un jarro de agua fría. Estuve a punto de gritarle que no soy lesbiana ni una ingenua en la cama, pero decidí marcharme y serenarme lejos de él.

A la mañana siguiente evito ir al gimnasio temprano cuando sé que está él. Salgo a correr por la propiedad y me encuentro con Cárdenas. Terminamos la carrera juntos y luego desayunamos en la cocina. Alessandro aparece y la mirada seria y fría que me dirige me hace temblar. Cárdenas siente la tensión entre nosotros y desaparece con una excusa tonta para dejarnos solo.

Alessandro se sienta a mi lado y observa mi mano, la tengo un poco hinchada del puñetazo que le propiné ayer. Le miro la mandíbula y a él apenas se le aprecia el golpe debido a la barba recortada que lleva.

—Debiste ponerte hielo anoche. Pegas con fuerza —murmura mientras se lleva la taza de café a los labios.

—Creo que te debo una disculpa —le indico con un tono de voz seco y distante.

—Yo también te debo una. No debí tratarte así, pero solo quería...

—Lo sé —lo interrumpo.

—Discúlpame —me pide mirándome a los ojos, en ellos puedo leer arrepentimiento.

—Podemos olvidar el incidente de anoche —le propongo.

—Me parece bien, pero no olvides que eres la futura mujer de Albani —me indica más relajado y sonriente.

—Ni tú que esa mujer golpea duro.

—Me gusta como eres, Allegra —susurra en modo de confesión, inclinándose hacia mi oído —. Nunca dejas de sorprenderme y eso es algo que jamás había encontrado en una mujer — revela al mismo tiempo que sus palabras hacen que mi corazón dé un vuelco por completo.

Una semana después

La vida desde que llegamos a Nápoles se ha convertido en una rutina. Me levanto muy temprano, entreno en el gimnasio, a veces lo hago con Aless y otras sola porque él ya ha pasado por allí antes que yo, desayuno y me reúno con Alessandro Albani junto con Greco, Russo y Cárdenas. Él da órdenes, nosotros las cumplimos y vamos avanzando cada día más. Alessandro ha conseguido entrar dentro del círculo de Faheem y su hijo y ya están trabajando juntos. Esta noche se entrega un importante cargamento que hemos coordinado Aless y yo. Me gusta trabajar con él, es muy metódico y aunque no se lo digo, siempre aprendo algo a su lado. Cuando está

frente al ordenador sumergido en el trabajo lo miro de soslayo y aprecio un verde más intenso en sus ojos debido al reflejo de la luz de la pantalla, me gusta cómo le cae el pelo en la frente o cómo le queda cuando se lo revuelve de forma involuntaria porque está cansado. Lo cierto es que es tan atractivo que todos sus movimientos llaman mi atención y me paso el día controlando mi mirada para que no intuya que soy como el resto de mujeres que lo rodean. Sin embargo, cuando recuerdo que piensa que soy lesbiana no sé si reírme o matar a mi hermana.

Cuando los chicos salen del despacho con las órdenes concretas de qué deben de hacer esta noche le indico a Aless:

—A veces me pareces un mafioso de verdad. Lo controlas todo demasiado, no se te escapa nada de un mundo del que hace meses desconocías. No sé cómo has aprendido tantísimo en este tiempo. Aunque tú tenías ventaja desde el principio —reconozco con pesar—. A mí me engañaron en esta misión, lo supe todo mucho después.

—Me he aplicado intensamente —responde dedicándome una sonrisa.

—Lo de esta noche es importante, que nuestro primer negocio con Faheem salga bien —específico.

—Sí —afirma tomando una bocanada de aire—. Si todo sale según lo planeado después de este negocio vendrán muchos más y podremos destruirlo desde dentro cuando sepamos de todas sus entregas.

—¿Qué vamos a hacer el resto del día? —pregunto algo inquieta. Ya solo nos queda esperar a esta noche que los chicos nos digan que el cargamento ha llegado y está seguro.

—Supervisar que todo vaya bien y nada se salga del plan.

—¿Capdevila está al tanto de todos los detalles de esta misión? —inquiero.

—Sí. No tuve más remedio. Greco, Russo y Cárdenas lo saben todo. Era imposible montar el operativo sin ellos. Además, ante Faheem ellos son mis hombres de confianza e imprescindibles en mi negocio.

—A veces pienso que nuestros padres nos podrían ayudar muchísimo en todo esto —lanzo con nostalgia, serían unos grandes aliados en la distancia—. Estamos muy solos, Alessandro. Tú desconfías de Capdevila, y el resto de personas que nos rodean son de los malos de verdad.

—Ellos deben permanecer a salvo y lejos de todo esto —me recuerda con voz queda, taladrándome con la mirada—. Hacemos todo esto por nuestras familias, para que ellos estén al margen del peligro que nosotros afrontamos en primera línea.

—En ocasiones siento que estamos viviendo lo mismo que nuestros padres, la historia se repite —murmuro con pesar. Aless me mira en silencio, serio, y luego esboza una media sonrisa.

—El destino nos la ha jugado, Allegra. Esto nos pasa por parecernos demasiado a nuestros padres, quizás debimos ser como Oliver y Stella. Seguro que Capdevila no se hubiese fijado en nosotros.

Ambos estallamos en carcajadas, nos miramos con intensidad y apartamos los ojos el uno del otro como si estuviésemos mirando algo prohibido.

—Te invito a comer —propone de golpe.

—¿A comer? Eso sería una distracción, tenemos que estar pendiente de la operación.

—Quiero dar una imagen de seguridad, que se filtre que como por ahí con mi prometida quiere decir que lo tengo todo más que controlado para esta noche.

—Bien, creo que así nos relajaremos un poco.

Subo a mi habitación, me cambio y cuando bajo ya Aless me espera listo, guapísimo, con unos vaqueros oscuros y camiseta negra, para salir. Él me mira y sonrío. He escogido la misma

ropa que él. Nos montamos en el coche y nos dirigimos a un restaurante que Aless tiene ganas de probar, según me comenta de camino. Lo miro mientras conduce centrado en el tráfico y solo pensar que tenemos una cita el corazón se me revoluciona. Llevo días pensando cómo decirle que no soy lesbiana, pero luego se me pasa por la mente que no tengo posibilidad alguna con él y no sé si prefiero que piense que no me gustan los hombres y así no toma mis miradas ni actitudes como las de una mujer que babea por él.

Cuando llegamos al lugar tenemos reservada la mejor mesa, con unas vistas maravillosas. Resulta una comida muy amena. Siento a Aless diferente, no hablamos de la misión en la que estamos inmersos, simplemente nos dedicamos a recordar anécdotas de cuando éramos pequeños. Ambos llegamos a la conclusión de que, pese a ser primos y haber estado mucho tiempo juntos, nunca conectamos de una forma especial.

Salimos del restaurante, damos un paseo y a media tarde volvemos a casa, Aless conduce y no llevamos a los chicos de seguridad ya que ellos supervisan todo lo de esta noche.

Cuando vamos por la autopista dos grandes coches, negros con cristales tintados, nos interceptan. Tenemos que frenar de golpe, mi cabeza casi choca contra el salpicadero y cuando alzo la mirada veo a cuatro hombres armados que se bajan de los vehículos y se dirigen a nosotros. Miro a Alessandro, este sacude la cabeza, impactado por el brusco frenazo, y no nos da tiempo a nada más. Nos sacan del coche a la fuerza, a punta de pistola, y nos meten en los coches que nos han parado en mitad de la autopista.

Alessandro intenta resistirse y le propinan un gran golpe que lo deja doblado. Nos introducen en la parte trasera del coche maniatados y con los ojos tapados.

—¿Quiénes sois? —exige Aless.

—Cállate —ladra el conductor.

—¿Queréis dinero?

—Te queremos a ti y a ella. Son las órdenes de nuestro jefe.

—¿Quién os envía? —continúa preguntando Aless con la respiración agitada.

—Nada de preguntas o tendremos que taparos la boca.

—¿De qué va esto Alessandro? —susurro con miedo.

—No lo sé —me indica mientras siento en su voz el mismo miedo que existe en mi interior.

Tras un largo rato en coche nos bajan. Tengo miedo de que me separen de Aless, pero él procura estar a mi lado y ambos sentimos el roce de nuestros brazos.

Nos guían a ciegas por un lugar, escuchamos cerrar una puerta a nuestra espalda y luego no oímos nada más.

—¿Qué pasa? —inquiero mientras nos hacen caminar a la fuerza.

—Shhh —dice Aless.

Tras unos minutos en los que parece que hemos llegado al destino final siento que me quitan la venda de los ojos. También lo hacen con Aless, que está a mi lado. Observo que nos encontramos en una especie de zulo, sin embargo, la sangre se me hiela por completo cuando veo a Abel Faheem delante nuestra. ¿Es él quién está detrás de este secuestro? ¿Nos habrá descubierto? ¿Nos va a matar? ¿Me quiere a mí?

Alessandro y yo los observamos en silencio, recorremos el lugar con la mirada, a Abel y a cuatro hombres armados detrás de él que nos apuntan con pistolas. Ambos reconocemos que no tenemos escapatoria.

—¿Qué coño pasa, Abel? ¿Qué es todo esto? —brama Aless fuera de sí. En cuanto da un paso para acercarse al hijo de Faheem lo encañonan en la cabeza con una pistola.

—Eres un puto traidor. Nunca terminé de confiar en ti —escupe Abel entre dientes mientras nos mira a ambos—. Y tú, preciosa ¿también eres una traidora o una víctima de Albani?

Miro a Aless con el corazón en la boca. Creo que este es nuestro fin. Abel nos ha descubierto. Nos torturará para que le digamos todo y luego nos matará. No creo que Capdevila pueda hacer nada por nosotros. Abel Faheem debe de tener a un ejército que proteja el lugar en el que nos tiene y de aquí no hay escapatoria posible. Estamos muertos.

21

Alessandro

—Abel, hablemos. ¿Qué coño pasa? —le exijo en tono autoritario, mirándolo de frente, sin miedo. Todo lo contrario, ofendido por el trato que nos está dando y por la desconfianza.

—El cargamento ha sido interceptado antes de tiempo. La información solo la teníamos tú y yo —ladra, furioso.

—¡Joder! Y tus hombres y los míos —le recuerdo alzando la voz.

—Mis hombres no me traicionarían jamás. ¿Qué me dices de los tuyos?

—Son de absoluta confianza.

—Pues la brecha está en algún lado, Albani —me espeta muy enfadado.

Me tomo unos segundos para analizar la situación y le pregunto:

—¿Quieres decir que nos has secuestrado y no estás seguro de que sea yo el chivato?

—Estoy seguro de que eres tú —afirma de forma contundente.

—¡Demuéstramelo! —le exijo alzando la voz. Si nos van a matar al menos no voy a demostrar temor. Lucharé hasta el final.

—En cuestión de horas lo podré hacer, y voy a matarte, Albani —añade mirándome sonriente.

—¿Tengo que esperar aquí? —pregunto con tranquilidad mientras repaso el lugar. Es un zulo con un colchón en el suelo y un baño. Está limpio al menos.

—Es lo que hay, Albani.

—Bien, desátame. Esperaré paciente a que vengas a ofrecerme tus disculpas cuando descubras que soy de fiar —le manifiesto mostrándome enfadado y ofendido.

Abel me mira de arriba abajo, luego lo hace con Allegra, me arrimo a ella, en señal de protección, él se da media vuelta y le hace un gesto a los hombres que nos apuntan con pistolas. Nos desatan y nos dejan allí tras salir todos y cerrar la puerta con llave.

Cuando nos quedamos a solas Allegra se refugia en mis brazos, está temblando, la abrazo mientras recorro con la mirada todo el lugar, tratando de averiguar dónde podemos estar.

—Aless... es el fin —comienza a decir en voz baja.

No dejo que diga ni una sola palabra, me apodero de sus labios y la silencio, al mismo tiempo que la descolo cuando la beso con pasión, y luego le susurro al oído:

—Hay cámaras. Nos vigilan. No digas nada. —Ella asiente con temor, me vuelve a abrazar y así permanecemos varios minutos.

Puedo sentir cómo el corazón de Allegra está a punto de salirse del pecho, pero no puedo decirle nada de lo que me gustaría para tranquilizarla, solo sostenerla contra mi pecho y rogarle:

—Confía en mí, vamos a salir de esta vivos. —Ella alza la mirada y clava sus ojos en mí, muy abiertos, como si estuviese loco por lo que digo.

—Vamos a morir —murmura bajito.

—Puede que algún día, pero hoy no. Me he encargado de ello —le indico seguro de mí mismo, pero Allegra no me cree.

La llevo hasta el colchón y nos sentamos, abrazados. Solo nos queda esperar. Tras unos minutos en silencio le propongo:

—Relájate. Deja el miedo a un lado.

—Como si fuese tan fácil. Sabes si Capde... —pregunta, pero no la dejo terminar de decir el nombre. Nuevamente la beso y le suplico que no pronuncie nada que nos pueda comprometer.

Me levanto y me paseo por la habitación mientras me revuelvo el pelo, intranquilo. Sintiéndome una completa marioneta en manos del hijo de puta de Capdevila. Siempre supe que me ocultaba algo, aún no he descubierto qué, pero algo me dice que estoy a punto de hacerlo y entonces seré yo quien tenga la sartén por el mango en todo este asunto.

La puerta del lugar donde estamos se abre de golpe y un hombre entra con una pistola en la mano, me apunta y me obliga a que vaya con él. A Allegra le indica que se quede ahí. La miro y veo en sus ojos puro terror. No puedo hacer nada por ella, solo transmitirle una mirada serena y esperar que lea lo que mis ojos quieren decirle, pero siento que el pánico se ha apoderado de ella y no ve más allá de la situación en la que nos encontramos.

—Alessandro —murmura, como si fuese una despedida, mientras me mira con lágrimas en sus ojos a punto de brotar.

Le dedico una sonrisa y salgo con el hombre que me apunta con una pistola. Me sorprende que no me venden los ojos, pero no vamos muy lejos. Entramos en un lugar cercano, es como una especie de despacho, sin embargo, en el poco recorrido que he hecho solo he visto puertas cerradas. No sé si es un container o un zulo de alguna propiedad, lo que sí sé es que allí llevan a cabo sus trabajos más sucios.

Cuando veo a Abel y Amín frente a mí anuncio con tranquilidad:

—La familia al completo. Os estáis equivocando y ya podéis ir pensando muy bien en cómo reparar esto —me atrevo a amenazarlos.

—No cantes victoria aún, Albani. Estamos registrando toda tu casa y dispositivos —anuncia Abel con una sonrisa triunfadora.

—Bien. ¿Cuánto tiempo os llevará? —pregunto con tranquilidad, me siento en una silla que hay delante de ellos y me cruzo de brazos mientras los miro con suma calma. Ambos me miran algo descolocados.

—Puede que unas horas más —anuncia Amín, desconcertado ante mi actitud relajada.

—Si encontramos algo eres hombre muerto y me quedo con tu mujer —amenaza Abel. Estoy a punto de levantarme y tumbarlo de un golpe solo por nombrarla, pero me contengo. Respiro hondo y le pregunto:

—¿Y si no encuentras nada? ¿O lo que encuentras te confirma que soy de fiar? ¿Cuál será mi compensación por semejante humillación y el miedo que está pasando mi mujer?

—Si eso sucede te doy mi palabra de que te convertirás en mi incondicional. Entrarás a formar parte de todos y cada uno de mis negocios —ofrece Amín mientras que su hijo lo mira con sorpresa. Está claro que no esperaba la respuesta de su padre.

—¿Cuál es el porcentaje? —pregunto.

—Estás muy convencido de que no encontremos nada —me reprocha Abel.

—Y así será. —Le sostengo la mirada. Abel es mucho peor que su padre.

—Un veinte por ciento —anuncia Amín.

—¡Eso es mucho! —se queja su hijo.

—Un veinticinco —me atrevo a subir.

—Ya veremos —contesta Amín—. Por lo pronto tú y tu mujer pasaréis a una habitación en condiciones de esta casa —anuncia. Mis alertas se activan al saber que estamos en una propiedad—. Hasta la hora del veredicto final os trataremos como invitados.

—No podréis salir de la habitación ni comunicaros con nadie —deja claro Abel.

Este hace un gesto al hombre que permanece en la puerta con una pistola en la mano y me guía hacia la habitación directamente. Sin despedidas salgo de allí dirigiéndoles una mirada severa.

Cuando abren la puerta de una lujosa habitación y me indican que pase veo a Allegra sentada en la cama. Entro y la puerta se cierra con llave a mis espaldas. Cuando ella me ve corre hacia mí desesperada.

—Alessandro —susurra abrazada a mí cuello mientras la siento llorar—. Pensé que te habían hecho algo y ahora vendría a por mí.

Inspecciono la habitación mientras mantengo a Allegra pegada a mi cuerpo. Estoy seguro de que tenemos cámaras y micros que nos vigilen. Cuando ella se separa un poco de mí y me mira con una mirada tan cálida y cargada de sentimientos todo mi interior da un vuelco inesperado que no sé cómo controlar.

—Estás bien —murmura mientras me acaricia el rostro con ambas manos—. Pensé que no te vería más.

De repente, Allegra se lanza a mi boca y me besa de una forma pasional. Por unos segundos, interrumpo el beso, la miro a los ojos bien y determino que o la beso de nuevo o me vuelvo loco. Siento cómo sus labios hacen maravillas sobre los míos al mismo tiempo que me siento arder por dentro. La alzo en mis brazos y la obligo a que me rodee las caderas con las piernas y así voy con ella hasta el baño. Tengo muchas cosas que decirle, pero no puedo hacerlo en la habitación.

Mientras nos besamos como nunca lo había hecho con nadie, de una forma intensa, excitante y ardiente, voy desnudándola y me desnudo, ella no protesta. Está tan entregada a mis besos y a mis caricias que solo siento su deseo. Nos metemos en la ducha cuando estamos completamente desnudos, abro el chorro de agua que cae del techo y ambos nos colocamos debajo sin dejar de besarnos de una forma voraz y desesperada. Cuando siento sus jadeos sobre mi boca eso hace enloquecerme más, pero me paro en seco cuando en mi mente aparecen las palabras de Stella diciéndome que su hermana es lesbiana.

—Tranquila, saldremos de esta —le indico a Allegra mientras trato de normalizar mi respiración—. Lo tengo todo controlado. Nunca me fie de Capdevila e hice algunas actuaciones al margen de lo permitido —le confieso—. No tengas miedo y confía en mí —le suplico mientras le acaricio la mejilla con mis dedos—. Seguramente estemos vigilados en esta habitación. Solo podremos hablar libremente aquí— la prevengo—. Si alguien nos ve pensarán que te susurro palabras de amor al oído mientras estábamos bajo la ducha dando rienda suelta al placer.

—¿Tenemos cámaras aquí? —pregunta ella, alerta, desvía la mirada y hace un recorrido por el baño, pero yo le tomo el rostro de inmediato entre mis manos y hago que me mire.

—Cámaras o micros, estoy seguro. Tenemos que comportarnos como una pareja que no tiene nada que ocultar —le ordeno de forma tajante.

—¿Dónde te llevaron?

—A hablar con Abel y Amín.

—¿Te hicieron algo? —pregunto al mismo tiempo que pasea sus manos por mis brazos y mira con atención mi pecho.

—No.

—¿Y nuestras familias? —inquieta mirándome a los ojos con preocupación.

—Al margen de todo esto —la tranquilizo mientras le doy un beso en la frente.

Allegra me abraza con fuerza, sin pudor alguno ni importarle que estemos desnudos mientras el agua nos cae directamente en la cabeza a ambos. La siento temblar entre mis brazos y solo quiero protegerla, transmitirle que está a salvo, estamos a salvo. De ello me he encargado en las últimas semanas, puede que mi error fuese no decirle nada, pero no podía hacerlo. Era demasiado arriesgado.

22

Allegra

Mientras permanecemos abrazados siento a Aless muy vivo en cierta parte de su anatomía masculina, me separo un poco de él y lo miro sin pudor alguno. Aprecio que está empalmado y su miembro es enorme, magnifico, como todo él. Me muerdo el labio mientras que lo miro a los ojos en silencio. Carraspea un poco e intenta justificar su estado:

—Lo siento, han sido algunos meses en los que solo me he centrado en el trabajo y hace algún tiempo que no tengo sexo de verdad. Tenerte así...

Sonrí perdida en sus ojos, me coloco de puntillas y le susurro en el oído:

—Yo estoy igual. —Contoneo las caderas, restregándome contra él a conciencia mientras lo miro valiente y atrevida. Cuando salió de ese zulo y pensé que lo iban a matar me reproché no haberle dicho lo qué sentía por él desde siempre. No voy a permitir que siga creyendo que soy lesbiana. Sé que será imposible que se enamore de mí, pero si el tiempo que nos quede podemos disfrutar del sexo juntos sería más de lo que nunca soñé.

Aless lleva la mano hasta mi sexo, introduce los dedos en él y comprueba que estoy más que lista para él.

—¿Qué pasa, Allegra?! —pregunta, desconcertado, mientras me mira con el ceño fruncido.

—¿Tengo que explicarte la atracción física que se produce entre un hombre y una mujer en situaciones como esta?

—Tú... pensé que esto no te iba —comienza a decir mientras sacude su cabeza con fuerza.

—¿Necesitas que te confirme con palabras que no soy lesbiana, que nunca he estado con ninguna mujer ni es mi deseo estarlo, para que me empotres de una vez por todas contra la pared y follemos como nuestros cuerpos nos piden a gritos en estos momentos?

—¡Joder! —brama Aless al mismo tiempo que me toma con fuerza por las nalgas, me alza en sus brazos, reposa mi espalda contra la pared de la ducha y entra en mí de golpe, de una sola y potente embestida, haciendo que emita un grito cuando lo siento tan vivo, tan duro y tan caliente en mi interior.

Nos miramos a los ojos con un intenso deseo mientras entra y sale de mi interior con embestidas brutales y siento que esto es lo que he estado deseando durante toda mi vida. Me mira a los ojos con un intenso deseo en ellos mientras me siento completamente perdida en sus brazos, a su merced.

Tras un orgasmo increíble, como el que no he sentido nunca antes, ambos nos abrazamos y caemos rendidos en el suelo de la ducha. Aless no deja de abrazarme y yo me siento tan bien a su lado que no quiero apartarme nunca más de él.

—Allegra —susurra mientras acaricia mi rostro—. Lo que acabamos de hacer... —comenta y lo siento como un lamento. Sé que no hemos usado protección, pero la situación nos ha tomado por sorpresa.

—No te preocupes. Está todo bien —le indico mientras lo miro a los ojos. Siento su mirada verde clavada en mí, esa forma nueva de mirarme y la sonrisa que tiene dibujada en su rostro hacen que el corazón me dé un vuelco por completo y no pueda evitar inclinarme un poco y

besarlo como llevo años deseando hacerlo.

La situación de peligro extremo en la que nos encontramos me ha hecho ser valiente y que salga de mí todo lo que llevo ocultando años.

Entre miradas cómplices salimos en silencio de la ducha. Aless me envuelve en una toalla y nos abrazamos de nuevo.

Cuando salimos del baño y aprecio en la habitación en la que nos encontramos mi mundo suspendido en una nube vuelve a la realidad. Veo a Alessandro muy relajado, seguro de sí mismo y siento miedo. Miedo de lo que haya podido hacer a mis espaldas y de las consecuencias que esto nos pueda acarrear.

Aless me lleva hasta un vestidor que está lleno de ropa y ambos nos colocamos algo cómodo. Evitamos hablar, sobre todo evito lanzarle las mil preguntas que tengo en mente. Siento su mirada, la cual trata de tranquilizarme. Sus intensos ojos verdes me dicen que confíe en él mientras me pregunto si puedo hacerlo y pensar que saldremos de esta con vida.

En silencio, nos sentamos en la cama, suspiramos y me abrazo a él. Necesito tenerlo cerca. El tiempo que me dejaron sola en ese zulo y pensé que lo estaban matando fue una completa agonía de la que aún no me recupero.

—Pronto estaremos en casa. No tenemos nada que ocultar. Nosotros no somos el chivato que busca Faheem —me dice en voz alta y clara.

Lo miro y le sigo el juego.

—No sé cómo han podido pensar eso de nosotros. Está claro que hay que revisar muy bien a quienes tenemos a nuestro lado.

Cuando cae la noche nos traen algo de comer. Nos dejan una bandeja con succulenta comida y se marchan sin decir nada. Ni Aless ni yo probamos nada, ninguno nos fiamos. Tan solo bebemos agua de dos botellas que aparentemente están sin abrir.

Nos tumbamos en la cama e intentamos dormir o hacer como los que duermen. Aless me atrae hacia su pecho y yo me refugio en este mientras lo escucho suspirar y siento el ritmo de su respiración muy alterado.

—¿Estás bien? —le pregunto algo preocupada mientras lo miro incorporándome un poco en su pecho.

Él me dedica una media sonrisa y dice:

—Sí. Es el efecto que me produce tenerte así de cerca, sana, salva y muy viva. Ya hablaremos —me indica mientras lo siento como un reproche. Sé que se refiere a porqué no le aclaré antes que no era lesbiana.

Esbozo una sonrisa y vuelvo a abrazarme a él sin saber si lo que ha dicho es cierto o solo ha sido parte de la farsa que representamos ante las cámaras y micros que deben vigilarnos.

En mitad de la noche, cuando ambos estamos medio dormidos, la puerta de la habitación se abre con brusquedad. De inmediato Alessandro y yo nos sentamos en la cama. Él se coloca por instinto delante de mí para protegerme. Puedo apreciar cómo Aless busca algo en la mesita de noche, sin embargo, pronto se da cuenta de que no está su pistola y no estamos en casa.

—Albani, el jefe te espera en su despacho —dice un hombre. Me fijo bien en él y me tranquiliza que no vaya armado, al menos, que no nos apunte con una pistola directamente.

Alessandro mira al hombre, serio y distante. Se incorpora de la cama con tranquilidad y me extiende su mano.

—Ella viene conmigo —se atreve a exigir.

—Las órdenes son que vayas solo.

—No iré a ningún lado sin mi mujer, sino que venga Faheem aquí.

Miro a Aless como si se hubiese vuelto loco, ¿qué quiere? ¿provocar un enfrentamiento y que saquen las pistolas?

—Vamos —determina el hombre, cediendo a la petición de Alessandro.

Me toma de la mano con fuerza y seguimos al hombre que ha irrumpido en nuestra habitación.

Miro por la ventana y es de noche oscuro. Deduzco que pueden ser las cuatro de la madrugada o así. Si nos han hecho acudir al despacho de Faheem a estas horas no auguro nada bueno. Mientras caminamos con la mano que llevo libre acaricio el antebrazo de Aless. Él une su otra mano a la mía y me mira mientras yo admiro su entereza y trato de averiguar qué esconden sus ojos.

Cuando nos adentran en un lujoso despacho nos encontramos con Amín y Abel, ambos nos miran en silencio.

—Tomad asiento —nos indica Amín. Él está sentado en un imponente sillón tras una gran mesa. Su hijo permanece de pie a su lado.

Aless y yo obedecemos la orden y permanecemos en silencio mientras mi corazón está a punto de explotar.

—Hemos encontrado al topo —anuncia Abel. Aless asiente con tranquilidad.

—¿Unas disculpas y me puedo marchar a mi casa, con mi mujer a terminar de pasar la noche en mi cama? —inquire Aless con tono molesto mientras yo no salgo de mi asombro con su actitud.

—Todo ha sido un error —admite Abel—. Lo siento, Albani. Ahora sabemos que eres de fiar. No solo no encontramos nada en tu casa y en tus ordenadores, sino que encontramos las operaciones de los últimos años y las futuras con nosotros. Está todo muy bien atado. Tienes un gran sistema que nos gustaría copiar. Debemos admitir que no estamos tan actualizados como tú en tecnología.

—Bien, me alegra que me hayáis quitado del punto de mira —replica Aless, que continúa haciéndose el molesto—. ¿Quién es el topo? —pregunta con interés.

—Un empleado nuestro, Abdú, él y Cárdenas —especifica—, dieron el chivatazo a la policía.

—¿Qué has hecho con ellos? —inquire Alessandro con calma mientras yo lo miro alerta.

—Ya sabes cómo se paga una traición en este mundo —murmura Faheem.

Aless solo asiente.

—Ya que me habéis mirado con lupa, ¿el resto de mi organización está limpia o debo encargarme de alguien más?

—Todo en orden —admite Abel.

—Entonces, podemos irnos —anuncia Aless levantándose de la silla y tirando de mi mano.

—Albani... nos gustaría... —comienza a disculparse Abel.

—Ya tendremos tiempo de poner todo en orden entre nosotros. Ahora solo quiero volver a mi casa —exige muy enfadado.

—Bien. Tenéis un coche en la puerta que os llevará hasta un punto donde os espera Russo —anuncia Amín.

Luego nos extienden los relojes que nos quitaron al maniatarnos las manos cuando nos secuestraron. Por ello también estaba preocupada, aunque no se lo manifesté a Aless en voz alta. Si moríamos nuestra familia no sabría nada.

Alessandro los toma en su mano y se dispone a salir del despacho, pero Abel le pregunta en

tono amigable:

—¿Podemos reunirnos mañana?

—Yo te llamo —le indica Aless con aire de superioridad.

Cuando salimos al exterior nos damos cuenta de que estamos en una casa en las montañas, solitaria. Nos montamos en el coche que nos espera en el coche y salimos de la propiedad de Faheem. Al cabo de veinte minutos el coche se aparta de la carretera y ahí vemos que nos espera Russo.

Aless se dirige al coche, le abre la puerta del conductor a Russo y le exige de malas formas, haciéndolo bajar:

—Yo conduzco.

—Alessandro, Cárdenas... —comenta de inmediato Russo.

—Lo sé —lo corta en seco cuando ya nos adentramos en la carretera, luego observo que tira nuestros relojes por la ventana.

—Hay que notificarlo a Capdevila, no me he atrevido a hacerlo hasta que estuvieseis al salvo —comenta cuando vamos en el coche y Aless conduce.

—Vamos a mi casa en Bari —ordena Aless de gole—. Que Greco se dirija allí de inmediato. Nada de hablar con Capdevila hasta que yo lo ordene y nos hayamos reunido.

Russo, que va sentado en el asiento del copiloto mira a Aless en silencio, pero no se atreve a contradecir su orden.

Miro a Alessandro, inquieta, sin entender este giro de timón que acaba de tomar. ¿Por qué vamos a su casa en Bari? ¿Qué ha cambiado?

23

Alessandro

Cuando llegamos a mi casa le pido a Russo que espere a Greco en el salón mientras me doy una ducha. Invito a Allegra a que haga lo mismo en el cuarto de invitados y luego se reúna con nosotros en el despacho. Ella me mira seria y distante, pero no tengo tiempo de entablar una conversación y darle todas las explicaciones que se merece. Sé que le debo algunas, pero antes quiero zanjar un asunto mucho más importante con Russo y Greco.

Bajo al salón y Russo me comunica que Greco tardará veinte minutos en llegar. Lo invito a comer algo, me dirijo a la cocina y compruebo que solo tengo cereales y galletas.

Me hago un café bien cargado y abro un paquete de galletas bajo la atenta mirada de Russo.

—¿Cómo fue todo, jefe? —se interesa.

—Desagradable —murmuro mirándolo con desconfianza.

—Lo de Cárdenas me tiene muy afectado. ¿Cómo saliste vivo de esta? Cuando Faheem se puso en contacto conmigo para que fuese en tu busca casi ni me lo creo. Pensé que era una trampa, pero me la tenía que jugar.

—Cómo salí vivo —repito con lentitud mientras lo miro con rabia y trato de contenerme—. Los entrenados y los policías de verdad sois vosotros —ladro con rabia—. Y resulta que si no hubiese sido por mí aquí nadie estaría respirando a estas horas, solo Capdevila que tiene el culo a buen resguardo —bramo, muy enfadado.

—¿Qué has logrado pactar con ellos? —murmura mirándome con miedo—. ¿Estamos en sus manos? —pregunta.

—No. Más bien estáis en mis manos —puntualizo con voz queda.

Allegra aparece en la cocina y nos mira en silencio.

—Come algo —le ofrezco el paquete de galletas—. No tengo nada más.

—Puedo ir a comprar algunas cosas —se ofrece Russo.

—Tú no te mueves de aquí —le indico alzando la voz, tanto que Allegra me mira con desconcierto.

Se hace un breve silencio en la cocina hasta que Russo dice con cierto tono:

—Estás un poco alterado, Albani.

Con estas palabras pierdo los papeles por completo. Me dirijo a Russo y le doy un puñetazo en la cara tumbándolo en el suelo.

—¿Qué coño te pasa?! —grita mirándome con ganas de atacarme, pero se contiene.

Allegra viene hasta mí y me toma por el brazo mientras me susurra:

—Cálmate, Alessandro. ¿No te estás excediendo? —Miro a Allegra y niego con un gesto. Me suelto de su agarre, siento que el coche de Greco ha llegado y ordeno—: Todos a mi despacho. Ya.

Cuando Greco entra en mi despacho y ve a Russo recién golpeado nos mira a todos.

—El jefe está algo peleón. A ver si nos explica qué coño pasa —brama Russo taladrándome con la mirada.

Me coloco detrás de mi mesa, Allegra se posiciona cerca de mí mientras invita a Greco y

Russo a que tomen asiento frente a mí.

—Ahora mismo vamos a aclarar todo. No os preocupéis. Allegra, ocupa mi sillón. —Me aseguro que ella esté en una posición que controle. Cuando se sienta me coloco a su lado y les exijo al par de hombre que tengo sentados frente a mí—: Ahora me vais a contar todo lo que no hizo Capdevila desde un principio.

Russo y Greco intercambian una mirada cómplice en silencio, pero ninguno dice nada. Ambos se encogen de hombros y simulan no saber nada. Su actitud hace que pierda los nervios nuevamente y decida acabar con este interrogatorio y tomar otra vía más rápida y eficaz. Llevo mis manos a la espalda, saco una pistola y los apunto a los dos.

—O me decís toda la verdad sobre esta puta misión o corréis con la misma suerte en manos de Faheem que Cárdenas. Os entrego a él acusados de cómplices de vuestro compañero —les advierto con una mirada felina.

—Alessandro, ¡¿qué haces?! —grita Allegra llevándose las manos a la boca.

—Confía en mí —le pido sin mirarla. Sé que en estos momentos puede suponer demasiado, pero no tengo tiempo de explicarle todo lo que quiero.

—Se te ha subido el cargo a la cabeza, tío —ladra Russo, intenta ponerse en pie, pero cuando me acerco y le quito el seguro a la pistola y lo apunto a la cabeza se sienta y me mira aterrado.

—Estoy esperando a que habléis —les ordeno con la poca paciencia que me queda—. ¿Por qué fui el elegido para esta misión y por qué Capdevila adelantó los planes con Cárdenas sin consultarme y frustró la operación para tratar de atrapar a Faheem en el primer negocio? ¿A qué se debe tanta impaciencia? —exijo alzando la voz.

Cuando admiten que voy en serio y que pese a ellos ser dos, Allegra estaría de mi parte y somos mejores, ambos asienten en silencio y es Greco quién comienza a decir:

—Es por su hijo. Faheem lo tiene secuestrado.

—¡¿Qué?! —bramo fuera de sí—. ¡Hablad! —grito muy enfadado apuntándolos con la pistola.

—El hijo de Capdevila también es un policía. Se empeñó en crear a alguien como tu padre, formó a su hijo y le dio la misión de atrapar a los mayores mafiosos. Pero Máximo fracasó. Faheem lo descubrió. Sabemos que no lo ha matado. Lo somete a torturas de forma constante y envía los vídeos para que a ningún otro policía se le ocurra volver a meterse en la piel de alguien como ellos para atraparlos —relata Greco.

—Capdevila se subió tanto a las nubes que pensó que su hijo sería alguien extraordinario como lo fue tu padre pese a no acabar la misión con éxito. Fíjate que el nombre que le impuso fue Máximo, dijo que siempre lo recordarían. De hecho, así lo hacemos cada vez que vemos un vídeo de tortura —dice Russo.

—¿Y yo qué coño pinto en todo esto? —bramo sin control.

—Capdevila quiere rescatar a su hijo, pero era casi imposible que otro agente tomase los mandos de una misión como la que tú llevas a cabo. Te vio en Madrid en una ocasión, sabía de ti y sabía que tu padre hizo negocios con Faheem y nunca llegaron a una enemistad. Ideó que Alessandro Albani volviese a revivir, pero tú eras mejor que tu padre y estaba seguro que estarías entrenado. Faheem nunca sospecharía de ti como un policía. Eras la persona adecuada, la única para salvar a su hijo y terminar con la misión que este dejó a medias. Así Capdevila se jubilaría con toda clase de méritos dentro del cuerpo.

—¿Por qué nunca me contó esto? —pregunto alzando la voz.

—Era la segunda parte del plan. Estaba esperando a que tomases más contacto con Faheem

para darte la orden de que rescatases a su hijo. De ahí el empeño tan grande por la agenda verde de Faheem, creemos que en ella está apuntado el lugar donde tienen a su hijo y varias personas más.

—¿Por qué adelantó todo y me puso en peligro? —les pregunto maldiciendo a Capdevila.

—Llegó un vídeo nuevo, la peor de las torturas hasta ahora. Es padre y supongo que se dejó llevar. Pensó que si abortábamos la misión y te llevaban al lugar donde está su hijo podríamos rescatarlo.

—Mi cabeza por la de su hijo —murmuro sintiéndome traicionado.

—Pensaba llegar con un operativo que os rescatasen a ambos, pero Cárdenas murió en este y Capdevila hizo todo para que quedase como un traidor a los ojos de Faheem y el resto saliésemos bien parados. Te salvó, Albani.

—¡Una mierda! —grito fuera de sí—. Faheem se metió en mi casa, en mis ordenadores, en mis teléfonos y en mis negocios —enumero con énfasis—. De no ser porque yo ya tenía un plan trazado a espaldas de Capdevila me hubiese descubierto y matado. No le debo nada a Capdevila, al contrario, tengo que cobrarme mi vida. La que él no pudo proteger. Me tiró a los leones a la primera de cambio sin medir las consecuencias. Ahora uno de sus hombres y vuestro compañero está muerto. Ha pagado el error de vuestro jefe.

—No lo puedo creer —murmura Allegra con los ojos muy abiertos al descubrir que nos habían utilizado—. ¿Y yo que pinto en todo esto? —pregunta con un hilo de voz.

—Alessandro Albani necesitaba a su lado a una mujer con ciertas capacidades y habilidades, eras alguien perfecta ya que tú también habías sido entrenada por tu padre. Ante sus socios serías su amante y no se le acercaría ninguna mujer del bando contrario porque Albani ya estaba cazado. A veces, a través de las amantes se consigue mucha información. Eso fue lo que le pasó al hijo de Capdevila, Faheem le tendió una trampa con una mujer que lo descubrió todo. No quiso que la historia se volviese a repetir.

—Un plan maestro para rescatar a su hijo —murmuro con tanta rabia en mi interior que si Capdevila llega a estar cerca lo mato—. Sin embargo, no le importó jodernos la vida a Allegra y a mí ni ponernos en serio peligro.

—Nosotros solo cumplíamos órdenes —se excusa Greco.

—Bien, de ahora en adelante las órdenes las doy yo. Alessandro Albani ya nada tiene que ver con la policía, ahora soy alguien independiente. Un mafioso de verdad. Me he pasado al lado de los malos —anuncio con pasmosa tranquilidad mientras que Allegra me mira con los ojos muy abiertos, sin dar crédito a mis palabras.

24

Allegra

Estoy sentada oyendo a un hombre que no reconozco. Tengo mil preguntas y reproches en mi mente, pero no quiero hacérselos delante de Greco y Russo. Necesito estar a solas con Alessandro y que me explique este cambio tan drástico en la misión. Espero que eso de que se ha pasado al bando de los malos sea un farol, porque no estoy preparada para verlo convertido en alguien como Faheem y su hijo, además, ¿cómo quedaría yo en todo esto?

—¿Qué quieres decir, Albani? —inquiere Russo con el ceño fruncido.

—Que estás conmigo o contra mí, pero yo ya no estoy a las órdenes de Capdevila.

—¿Y qué piensas hacer? —pregunta Greco.

—Salvar mi vida y la de Allegra, como he hecho hasta el momento. De no ser por mí en estos momentos estaríamos siento torturados como el hijo de Leonardo —les recuerda con dureza, mientras los mira de forma implacable. Sus ojos arden.

—¿Sabes lo que implica actuar solo sin el respaldo de Capdevila? —le indica Greco.

—Sí, hasta el momento sí. Seguir vivo y con el poder de Alessandro Albani. En breve seré mucho más poderoso, Faheem ya confía plenamente en mí.

—¿Cómo lo hiciste? —pregunta Russo.

—Como comprenderás, eso no te lo voy a desvelar. Pero creo que os he demostrado que estoy muy por encima de vosotros y tengo capacidades más que suficientes para ser el jefe. Si decidís ir os doy veinticuatro horas antes de notificarle a Faheem que ya no sois mis hombres de confianza, si decidís quedaros es bajo mis condiciones y mis órdenes —determina.

—Nuestro jefe es Capdevila —le recuerda Russo.

—Volved a España —les anima—. Yo terminaré con esto —dice muy seguro de ello—. No me hacéis falta.

—Nos ha salvado la vida —murmura Greco mirando a Russo—. Si Faheem llega a encontrar todo en su ordenador o el teléfono ninguno estaríamos aquí. Ha sido un maestro ocultándolo todo a esa gente. Una jugada que nosotros nunca previmos.

Ambos hombres se miran en silencio por unos segundos y determinan a la vez:

—Nos quedamos. Capdevila está cegado por las condiciones en las que se encuentra su hijo. No va a tomar decisiones correctas en esta misión. La muerte de Cárdenas es un ejemplo de ello. Haré un informe a los superiores para que nos asignen a otro jefe —resuelve Russo.

—No quiero otro jefe. Ahora el jefe soy yo, fin del asunto —les deja muy claro Aless.

—Si te conviertes en uno de ellos estarás perdido —le recuerda Greco.

—Pacta mi inmunidad si hago que caiga Faheem y todos sus negocios —le ordena.

—Eso es casi imposible —murmura Greco.

—Entonces moriré siendo Alessandro Albani, alguien oscuro, peligroso y con negocios muy turbios.

—Estamos jodidos —susurra Russo.

—Mucho —responde Greco.

—Si estáis de mi lado os protegeré, si decidís marcharos me olvido de vosotros —les indica

de forma fría.

Ambos hombres se miran y dicen a la vez:

—Nos quedamos contigo, Albani. Esto se pone feo y solo tú tienes los cojones de salir de esta.

—Bien, marchaos a Nápoles y haced de mi casa una verdadera fortaleza. Más que antes. Allegra y yo regresaremos cuando sea seguro, mientras permaneceremos aquí.

Russo y Greco se marchan de inmediato y en cuanto cierran la puerta miro a Alessandro y le exijo con las manos en la cintura, fulminándolo con los ojos:

—Supongo que a mí sí me darás más explicaciones de las que les diste a ellos.

Aless asiente, deja la pistola sobre la mesa, me extiende la mano, se la tomo con reticencia y dice:

—No sé si estés preparada para escuchar esto. —Lo miro alerta y siento que está a punto de revelarme algo realmente importante. Nos sentamos en las sillas que antes ocuparon Russo y Greco y nos miramos en silencio frente a frente unos segundos, luego Alessandro comienza a decir—: Nunca me fie de Capdevila, es algo que ya sabes, siempre intuí que me ocultaba algo, por ello, días después de proponerme la misión y saber que no podía negarme actué por mi propia cuenta y comencé a hacer negocios como Alessandro Albani.

—¿Qué?! —pregunto con el corazón a punto de estallarme.

—Monté un gran operativo en mi ordenador, en mi móvil y cree muchos documentos. Comencé a hacer contactos a espaldas de Capdevila, a moverme por este mundo y a hacer cosas de las que no me siento orgulloso —revela.

—¿Has matado a alguien? —pregunto con voz queda.

—Por el momento no, pero sin duda lo haría para proteger a mi familia, o a ti —añade dirigiéndome una intensa mirada, que después de lo sucedido entre nosotros no sé cómo interpretar—. No sabes la impotencia que sentí cuando te descubrí como parte de esta misión, si hubiese podido matar a Capdevila lo hubiese hecho, pero con tu llegada supe que no eras la única sorpresa, que ese viejo se guardaba algo más. Por ello actué a las espaldas de todos, incluso de la tuya. Y eso nos ha salvado la vida —resume.

Me quedo pensativa por unos segundos, asimilando todo lo que me ha dicho.

—Tuviste que trabajar muchísimo para crear todo. ¿Cómo lo hiciste? —me intereso con asombro.

—Aprendí de mi padre, me contó muchas cosas durante estos años.

—¿Y el dinero? Sé que tienes dinero, pero se necesita muchísimo más del que tienes para todo lo que has hecho.

—Mi padre me reveló una vez el escondite donde tenía muchísimo dinero por si un día lo necesitábamos para una emergencia. Esto lo era. Lo hice por mi familia —alega.

—¿Cuál es tu patrimonio en estos momentos, Alessandro Albani? —pregunto con miedo.

Él me sonríe antes de contestar.

—Pronto me convertiré en multimillonario, sin contar con lo que Capdevila puso a nuestra disposición. He sabido invertir muy bien en negocios turbios que me han salido muy bien. Ya repuse el dinero que cogí prestado.

—Has hecho cosas ilegales antes de firmar la inmunidad —pronuncio con miedo.

—Por eso no sabías nada. Quise protegerte lo máximo posible.

—Temo por ti —murmuro.

—Saldré de esta. Muy a las malas no viviré tan mal como Alessandro Albani el resto de mi

vida —resuelve con tranquilidad mientras yo lo miro sin saber quién es de verdad.

—¿Y yo? ¿Cuál es mi papel en todo esto ahora? —inquiero, preocupada. Estoy tan metida en esta misión como Alessandro, pero yo quiero recuperar mi antigua vida algo que en él ya no veo tan claro.

—Te protegeré, por mi familia —añade, y siento como si me alejase de él en vez de estar más unidos que nunca.

25

Alessandro

Hace tres días, desde que llegamos a Bari, que no salimos de mi despacho. Allegra y yo estamos pegados a los ordenadores creando y reforzando todo el entorno de Alessandro Albani, haciéndome más fuerte y más invencible ya que de ello dependen nuestras vidas y he sacado de juego a Capdevila.

Cada vez que levanto la cabeza y veo a Allegra entregada a su trabajo y realizándolo de una forma tan eficiente me alegro de tenerla a mi lado en estos momentos, en el fondo sé que determinadas cosas solo podría delegarlas en ella porque está tan capacitada como yo en manejar los sistemas informáticos. Sé que desde que me confesó que no era lesbiana y tuvimos el mejor sexo de toda mi vida tenemos una conversación pendiente, pero, hasta el momento, no hemos tenido tiempo para ello.

Cuando la miro me entran unas ganas terribles de besarla, el recuerdo de enterrarme en su interior me perturba, me perdería en su cuerpo durante horas, días, haciéndole de todo, pero no quiero distraerla, ni yo tampoco. La atracción que sentimos es demasiado fuerte, puedo palparlo cada vez que nuestras miradas se cruzan, nos miramos con intensidad y luego desviamos los ojos como si hubiésemos sentido una fuerte descarga eléctrica. Por ello decido dejar esto apartado a un lado hasta que pueda dedicarle el tiempo y la atención que se merece. Pese a tener que controlar en todo momento las ganas de asaltarla, besarla y hacerle el amor de una forma lenta y placentera hasta que perdiese la razón entre mis brazos.

Mañana por la mañana nos trasladamos a Nápoles y luego tengo una reunión con Faheem y su hijo. Esta noche tengo muchas cosas que reforzar para que la red de Alessandro Albani sea inquebrantable, de lo contrario, pasaría una noche de lujuria con Allegra. Siento cómo ella me mira, cómo ha estado a punto en un par de ocasiones de hablar sobre lo que pasó entre nosotros, pero creo, que al igual que yo, sabe que no es el momento, ni de hablar de ello ni de volverlo a repetir pese a que ambos nos muramos de ganas.

A la cita con Faheem acudo solo, Allegra insiste en el camino de vuelta a Nápoles en acompañarme, pero no lo permito en esta ocasión, al igual que tampoco quiero que vengan Greco y Russo. Ella me recalca en varias ocasiones en que es peligroso que acuda solo, pero yo siento que en estos instantes es más seguro que nunca. Abel y Amín se sienten en deuda conmigo por lo sucedido y tengo que aprovecharme de esta vulnerabilidad para ganar terreno donde me interesa, adentrándome en su organización y haciéndome más fuerte.

Antes de marcharme a la reunión Allegra me pregunta si voy armado, le hago saber que no y ella me mira muy preocupada. Esto logra emocionarme. Nunca me había mirado una mujer con la importancia y el miedo que ella refleja en estos momentos en sus ojos.

—Todo va a ir bien —le prometo mostrándole una sonrisa cálida. He de admitir que en los últimos días con ella a mi lado he estado un poco seco y distante, pero no me podía permitir un acercamiento. Esta mujer me atrae demasiado y he hecho acopio de toda mi voluntad para no saltar sobre ella y hacerle todo lo que se me pasaba por la mente.

—Estaré pegada al ordenador, rastreándote y controlando tus constantes vitales en todo momento.

—Gracias. —Me acerco y le doy un breve beso en los labios que ella no se espera. Desde que tuvimos sexo no hemos vuelto a tener más contacto físico, pero algo en mi interior me pide hacer esto antes de marcharme.

La reunión con Faheem y su hijo es larga y productiva. Salgo de su casa muy satisfecho. He conseguido más de lo que quería, solo he tenido que acceder a ir esta noche a una gran fiesta que dan en su casa. Han insistido en que lleve a Allegra y tendré que hacerlo, me guste o no, ella es parte de todo esto. Solo me queda protegerla.

Cuando aparezco por casa Allegra sale a mi encuentro en cuanto abro la puerta. Siento que inspecciona mi estado y luego sonrío al verme vivo y coleando.

—Te dije que todo iría bien. Y así ha sido —confirmo—. Me he convertido en uno de los principales socios de Faheem y su hijo. Mis contactos y cómo tengo montado todo tecnológicamente los ha dejado alucinados. Quieren que los ayude a organizar su negocio como lo tengo yo. Voy a tener acceso privilegiado a todo lo suyo y esto será un arma muy importante para destruirlos y volver a nuestra vida de antes —anuncio con esperanzas.

—¿De verdad piensas que se puede acabar con personas como ellos? —pregunta con desilusión, la siento algo apagada.

—Si se hace bien, sí.

—Las cosas han cambiado —dice preocupada.

—Confía en mí —le pido llevando una mano a su mejilla y acariciándola mientras siento su calidez. Este leve contacto con su piel hace que mi corazón empiece a latir con fuerza.

—¿Existen más cosas que no me cuentas? —pregunta mirándome a los ojos entornados, tratando de averiguar la verdad en ellos.

—No —le miento para que esté tranquila. Necesito a una Allegra entregada y segura junto a mí.

—¿Crees que nuestros padres seguirán ajenos a todo esto? —inquire, alerta.

—Me ocupo de ello de una forma especial.

—Y no me lo vas a contar —comenta con tristeza.

—Algún día.

—¿Cuándo vas a confiar en mí y a tratarme de una forma igual? —me reprocha, crispada—. Me pediste que no te viese como Aless, mi primo, que ahora eras Alessandro Albani y así lo hice, sin embargo, creo que tú me sigues viendo como a esa niña que conociste desde pequeño. No es justo —se queja—. Haces todo a mis espaldas y me tratas como...

—Termina la frase —la apremio, serio.

—Da igual, Alessandro —menciona mi nombre con cierto deje que no me gusta. Me mira de forma distante y la siento diferente.

Suspiro, trato de calmarme y procuro no meterme en una conversación la cual auguro no terminará bien entre nosotros.

—Esta noche tenemos que acudir a una gran fiesta que dan Faheem y su hijo. Somos sus invitados de honor.

—Vaya, qué alegría ir incluida en el plan —comenta de forma sarcástica—. Me encanta ir vestida con modelitos putones y comportarme como tu amante —dice de forma hiriente.

—Allegra, de cara a los demás ese es tu trabajo. Pero creo que no tengo que recordarte el buen trabajo que hemos hecho juntos estos días. Sin ti no lo hubiese logrado.

—Pero no me gusta aparecer ante Faheem como tu simple amante. Pensé que aparte de ello tendría más presencia, como tu socia en los negocios que hacéis juntos.

—Eres una socia colaboradora, nadie realmente importante para Faheem. Además, tú sabes lo que significan las mujeres para él. Con ellas no hace negocios ni las toma en serio —le recuerdo.

Chasquea la lengua, se pasea incómoda y termina por decirme:

—¿A qué hora es la fiesta?

—A las nueve.

—Estaré lista a esa hora.

—Ponte un vestido digno de mi futura mujer. Tienes un lugar privilegiado a mi lado. No eres mi amante de turno.

—¿Y si esto no sale bien? ¿Por cuánto tiempo voy a ser tu mujer? Ahora nada es como antes.

—No tengo respuesta para eso, Allegra. No puedo decirte cuándo terminará esta pesadilla. Solo puedo ofrecerte que te salgas de todo esto. Yo lo solucionaré y volverías a tu vida de antes, con ciertas condiciones —añado.

—No. Terminaré esto a tu lado —dice de forma rotunda—. Representaré mi papel —murmura mostrándome una sonrisa.

—Ahora todo es más peligroso que cuando empezamos. Ya no tengo el respaldo de Capdevila. Me he convertido en Alessandro Albani de verdad —le dejo patente.

—¿Intentas darme miedo?

—No. Solo que tomes conciencia del hombre que tienes al lado.

—¿Podrás con esto? —pregunta de frente.

—Te aseguro que por mi familia puedo con cualquier cosa. Haré lo que sea por protegerlos.

26

Allegra

Subo a mi habitación y entro en el vestidor, cabreada, no me apetece nada otra fiesta con Amín y Abel, y decido escoger el vestido más provocativo que haya entre todos. Me decanto por uno en color rosa fucsia, muy corto, pegado a mi cuerpo y con un generoso escote. Sé que cuando me lo ponga apenas tendré margen de movimiento ya que cubre muy poco, pero llevarlo esta noche será como especie de venganza contra Alessandro. Estoy harta de que me oculte cosas, no asista a las reuniones importantes con él y sí tenga que hacerlo a estas fiestecitas que odio y además vestida de puta.

Me maquillo en exceso y me recojo el pelo en un moño alto dejando algunos mechones sueltos. Escojo unos grandes pendientes en dorados, que resalten, y unas sandalias muy altas también en color dorado, por último, me pinto los labios en un rosa fuerte como el vestido y cojo un mini bolso dorado.

Salgo de mi habitación y cuando comienzo a bajar las escaleras observo que Alessandro habla con Greco y Russo en la puerta, por su tono de voz deduzco que le da las órdenes a seguir esta noche.

En cuanto mis tacones resuenan contra el mármol del suelo de las escaleras los tres alzan la vista hacia mí y se me quedan mirando fijamente.

Aless me repasa de arriba abajo y observo cómo sus ojos arden. Puedo apreciar su mandíbula contraída y un leve tic en ella.

—¡Joder! ¡Estás increíble, Allegra! —murmura Russo con los ojos clavados en mí—. Cuando dejes de representar el papel de amante del jefe tú y yo podemos conocernos mejor, o tener una cita fuera de nuestras carreras matutinas —comenta con una amplia sonrisa. Entre Russo y yo existe cierta complicidad de todos los ratos que hemos pasado corriendo juntos desde que llegamos a Nápoles.

Alessandro le dirige una mirada tan fría que Russo se calla de golpe y se queda serio.

—No vuelvas a insinuar nada igual —le ordena, tajante—. Allegra es mía —añade con cierto tono de posesión que no sé cómo asimilar.

—Lo siento, jefe —se disculpa de inmediato Russo.

Greco lo toma del brazo y ambos salen al exterior mientras que Aless y yo nos medimos con las miradas. Me encuentro parada frente a él en mitad de la escalera. Me observa desde abajo con unos ojos que me hacen sentir cierto escalofrío que trato de disimular.

—Sube a cambiarte ahora mismo —ordena de forma implacable—. No pienso poner un pie contigo en casa de Faheem con ese vestido, si se le puede llamar vestido —murmura—. ¿Quieres buscarme una ruina? —brama fuera de sí, taladrándome con su mirada verde en llamas.

—Te recuerdo que todos los que tengo son parecidos a este. Es lo que suelen usar las mujeres que se codean con hombre como tú —le espeto con rabia.

—Escoge alguno de los tres que compraste para la boda de mi hermana. Algo más decente —puntualiza—, no quiero estar toda la noche pendiente de los hombres que te coman con los ojos.

—¿Qué más te da? Representamos un papel —le recuerdo con garra.

—Cámbiate de ropa, Allegra —me ordena de nuevo de forma tajante—. No vas a venir así vestida conmigo a ningún lado. Y no quiero llegar tarde —brama consultando su reloj mientras se pasea intranquilo delante de mí.

Decido darme media vuelta y subir a cambiarme, pero, antes de comenzar a poner un pie en el primer escalón que me lleva hacia el final de la escalera para dirigirme a mi habitación le digo:

—No sé por qué te escandalizas tanto con este vestido, mi hermana los ha llevado parecidos. ¿No crees que me quede bien? —le pregunto mientras adopto cierta pose de modelo y lo miro con atención mientras le muestro una sonrisa forzada.

Observo cómo Aless me dirige una mirada fulminante.

—Desaparece de mi vista antes de que pierda todo mi control —me ordena intentando controlar su ira. Observo cómo cierra los puños con fuerza y suspira de forma profunda.

Me doy la vuelta y comienzo a subir los escalones contoneando las caderas a conciencia ya que sé que está ahí mirándome con atención.

—Definitivamente quiere acabar conmigo —escucho un murmullo apenas audible que hace que esboce una sonrisa de triunfo en mis labios que él no logra ver.

Cuando llego a mi habitación voy directa al vestidor y mientras me quito el vestido que llevo observo los tres vestidos que compré para la boda de Carla, aún no he decidido cuál ponerme, pero decido que esta noche llevaré el vestido azul cielo. Voy a pasar de puta a ángel, a ver qué le parece el cambio a Alessandro. Igual me hace subir de nuevo porque con este vestido parezco una mujer elegante, refinada y con clase.

Parada frente al espejo me observo con un vestido de gasa, asimétrico y largo, con bastante volumen, me siento casi una princesa de cuento de hadas. No me gustan los vestidos así, pero con este me siento increíblemente bien. Más tapada y más cómoda que con el que llevaba antes. Doy varias vueltas y me fijo en la caída de la tela y cómo se mueve a cada paso que doy.

Suavizo un poco mi maquillaje y termino por cambiarme el tono de los labios a un color nude.

Ha pasado media hora desde que subí cuando comienzo a bajar las escaleras de nuevo. Encuentro a Alessandro al pie de ellas, paseándose como un león enjaulado. Mientras bajo cada escalón con cuidado reparo en lo guapísimo que está y lo bien que le sienta el esmoquin negro y el pelo engominado. Sus ojos me miran con un brillo especial y esto hace que mi corazón dé un vuelco.

—Pareces una princesa. Ahora sí estás espectacular. Te has convertido en la mujer perfecta para presumir de ella esta noche —me elogia mostrándome una sonrisa que hace desaparecer toda su rabia anterior.

—Siempre a sus órdenes, señor Albani —cometo con sarcasmo, molesta.

Él se acerca a mí, me coge de la mano y murmura mirándome a los ojos:

—Me importas demasiado como para haberte llevado a la fiesta de Faheem con ese vestido fucsia. —Mi corazón se acelera ante sus palabras, y luego añade—: Esta noche lo entenderás.

Nos montamos en el coche y descubro que es Russo quien conduce y nos lleva hasta la casa de Faheem.

Cuando nos bajamos Alessandro le revela:

—No voy armado, tú y Greco estad atentos por si algo ocurre.

—Sí, jefe.

Cuando entramos en casa de Faheem descubrimos una fiesta impresionante, todo está lleno de gente y al parecer somos los últimos en llegar. Aless y yo nos sorprendemos cuando nos

aplauden y nos felicitan. No entendemos nada. Amín toma la palabra, pide silencio y anuncia a sus invitados:

—Mi gran amigo y socio, Alessandro Albani y su futura mujer. Quiero que todos los conozcáis, además esta noche celebramos su despedida de solteros en esta fiesta sorpresa. Pronto serán marido y mujer y esperamos que nos ofrezcan una celebración tan especial como esta.

Miro a Alessandro y siento que está tan sorprendido como yo, solo que él sonríe y toda la tensión que manifiesta la mano que me tiene tomada no lo refleja su cara. Le da las gracias a Faheem y a su hijo, saluda a todos y luego se vuelve hacia mí, me mira y se acerca para besarme. Mientras lo hace susurra:

—Relájate.

Intento sonreír y lo miro, luego agradezco a Amín y Abel con un gesto esta sorpresa.

Nos adentramos en el gran salón de la casa que ha sido transformado por completo para la celebración y doy gracias a que Alessandro no me suelta la mano en ningún momento.

Cuando nos quedamos un minuto a solas, después de saludar a mucha gente, Aless me pregunta:

—¿Más relajada?

—Tú te mueves como pez en el agua mientras yo no doy crédito a todo esto. Como la misión se alargue nos vemos casados —le indico, abrumada.

—¿Tan mal me ves como tu marido? —pregunta con sorna mientras me mira sonriente—. Te aseguro que muchas harían cola para ocupar tu lugar.

—Quizás la pregunta sea ¿cómo me ves tú como tu mujer? Estoy segura de que no me parezco en nada a las de tu estilo.

—En eso tienes razón, eres diferente a todas las mujeres que he conocido. Ya te lo he dicho en varias ocasiones. De ahí que creyese que eras lesbiana cuando me lo dijo tu hermana ya que jamás te conocí un novio —alega—, sin embargo, no te he pedido perdón por ello. No debí juzgarte por una simple suposición de Stella. Cada uno es de una manera y no se debe encasillar a nadie por su forma o estilo de vida.

—Disculpas aceptadas —murmuro después de mirarlo unos segundos en silencio y ver en la transparencia de sus ojos que sus palabras son sinceras.

—¿Una copa? —me ofrece Aless. Asiento y acepto, creo que la necesito después de pensar que puedo terminar siendo su mujer como parte de todo este juego. Aunque he de admitir que disfruto cada vez que me mira como si me quisiese, me coge de la mano, está pendiente de mí y me besa delante de todos.

Pasado un rato, varias mujeres se acercan a mí, se presentan, todas han llegado con sus influyentes y ricos maridos, y me ofrecen su ayuda por si necesito algo para la organización de mi futura boda. Es el único momento en el que Alessandro se aleja de mí y lo pierdo de vista, sin embargo, no tarda mucho en regresar a mi lado.

Cuando creo que Aless me va a proponer marcharnos a casa, hace tiempo que lo deseo, me dice:

—Allegra... Faheem acaba de invitarme a algo que él lo considera un regalo —comenta algo incómodo.

—¿De qué se trata? —pregunto con curiosidad.

—Esta fiesta termina con espectáculos subidos de tono en los que existe cierto desenfreno —relata.

Lo miro imaginándome lo que trata de decirme. Me quedo callada ya que no sé si me está

invitando a que acuda con él o a que me marche sola a casa.

—¿Qué esperas de mí? —pregunto con la voz cortada mientras me mira serio y con atención.

—Puedes venir o no. Solo te estoy previniendo. No sé con lo que nos encontraremos ahí exactamente, pero no puedo rechazar la invitación. No quiero que se moleste conmigo. Ha preparado todo en mi honor.

—¿Las mujeres de estos hombres los acompañan? —pregunto mirando a mi alrededor, con la vista clavada en las mujeres con las que he hablado antes.

—Algunas, otras se marchan a casa y son conscientes de lo que se quedan haciendo sus maridos aquí —explica y comienzo a entender esto un poco más.

—Bueno... es una invitación para ti —comento, incómoda—. Si quieres disfrutar de esto solo yo me marchó a casa —le propongo mientras lo imagino con otras mujeres y siento que el corazón se me parte en dos—. Puede que sea un estorbo para ti.

—Si soy un completo egoísta, prefería que vinieses conmigo. No sé con lo que me voy a encontrar ahí dentro. Llevándote a mi lado todo me resultaría más cómodo, pero no quiero que lo pases mal.

Lo miro a los ojos y sonrío. Le extiendo mi mano, él me la toma y le indico:

—Vamos a ver con lo que nos encontramos. No te separes de mí y creo que todo irá bien—le suplico.

—Tienes mi palabra.

Caminamos juntos hasta la puerta que nos llevará a la fiesta final. Cuando entramos Abel nos recibe en una estancia muy grande con mesas, sillas, sofás y un escenario al fondo.

—El espectáculo está a punto de comenzar. Sentaos. Hay habitaciones disponibles con vistas al escenario. Podéis ver, pero no os ven. También podéis pactar un intercambio de pareja o pasarlo bien todos juntos. Las chicas del espectáculo, una vez este finaliza, están disponibles —explica mientras yo siento mucho calor en mi cuerpo.

Miro a Alessandro y él solo carraspea. Me toma de la mano mientras Abel nos guía hacia unos cómodos sofás en primera fila.

—¿Tú has estado en un lugar así antes? —le pregunto en voz baja mientras miro todo con atención. Observo cómo un tío le toca las tetas a una mujer mientras otro le mete la mano por debajo de la falda delante de todos.

—Te sorprenderías de todo lo que he llegado a ver.

27

Alessandro

—Estoy aquí y no pienso dejarte sola —le susurro a Allegra en el oído cuando siento su incomodidad y nerviosismo a través de su mano.

Ella me mira y me dedica una sonrisa forzada. Sé que no lo está pasando bien. Intento relajarme, pido un par de copas y brindamos con Abel y Amal, una de sus mujeres. Los tenemos sentados enfrente. El espectáculo comienza con cuatro mujeres bailando semi desnudas en el escenario. Hay música de fondo y poca luz.

En mitad del espectáculo, he de reconocer que es muy subido de tono, para calentar la sangre a todos los presentes, tomo a Allegra por la cintura y la acerco más a mí. Le beso el cuello y le susurro en el oído:

—Vamos a retirarnos. —Ella me mira con ojos tranquilizadores y en su rostro puedo apreciar cierta expresión de alivio por marcharnos—. Abel, me gustaría ir con mi mujer a una habitación privada para finalizar esta gran noche que me has preparado, amigo. Gracias —le indico haciendo grandes esfuerzos en mis palabras y la sonrisa que le dedico. Cuando siento la mirada de Allegra posada sobre mí tengo que acercarme a ella y besarla para que se relaje y confíe en lo que hago.

—¿No esperáis al final del espectáculo? —inquieta algo molesto Abel.

—No, la idea de disfrutar del espectáculo a la misma vez que de mi mujer a través de las ventanas de la habitación que mencionaste me tiene impaciente —alego.

—¿Queréis compañía? —ofrece de golpe.

—No comparto a mi mujer con nadie —le dejo claro en tono seco y duro.

—Ni yo a mi futuro marido —dice Allegra de golpe mientras lleva la mano a mi pecho y lo acaricia mientras me mira de forma ardiente.

—Bien, Albani, disfrutad del resto de la noche —se despide Abel—. Espero que mi fiesta haya estado a la altura.

—Sin duda alguna, Abel. Me siento muy agradecido.

Tomo a Allegra por la cintura, la arrimo a mi cuerpo y caminamos hacia las habitaciones. Nos dan una llave y entramos en ella en silencio. Una vez a solas Allegra se aleja de mí, da un par de pasos, y cuando la observo de frente, con las manos en la cintura, los ojos clavados en mí y su boca a punto de decir mil barbaridades, doy dos zancadas, le tomo el rostro entre mis manos y la beso para evitar que suelte en voz alta todo lo que lleva por dentro.

—No digas nada —susurro contra sus labios haciendo presión con mis manos en su rostro—. No me fío que haya micros o cámaras.

—¡Joder! —maldice Allegra—. ¿Y qué hacemos entonces? —susurra mientras me besa el cuello—. ¿Por qué propusiste venir aquí? —pregunta mientras lame el lóbulo de mi oreja y consigue erizarme la piel.

—Luego te lo explico —susurro en sus labios antes de apoderarme de estos de una forma pasional.

Soy consciente de que me estoy aprovechando de la situación, pero la deseo tanto desde la

última vez que estuvimos juntos que ya no puedo contenerme más. Su proximidad consigue envolverme por completo, nunca me había pasado nada igual con otra mujer.

—¿Qué vamos a hacer aquí? —murmura Allegra con la respiración alterada, puedo sentir que está tan caliente como yo. En el brillo de sus ojos puedo leer el deseo.

—¿Alguna propuesta? —pregunto paseando mis manos por su cuerpo, acercándola más al mío mientras aspiro el aroma de su cuello. Su olor me vuelve loco por completo.

—¿Ahora me pides opinión? —pregunta al mismo tiempo que caemos sobre la cama y nos besamos con desesperación.

—Allegra, creo que sientes el estado en el que me encuentro, sin embargo, no quiero que hagas nada que no quieras —le indico.

—Quiero —susurra sobre mis labios, sentada a horcajadas sobre mí.

Comienza a deshacerme de la chaqueta, pero no dejo que me quite la camisa. Le susurro en el oído:

—Dejemos la ropa. —Intercambiamos unas miradas cómplices mientras yo le subo el voluminoso vestido, le arranco el tanga y ella me abre el pantalón. Si hay cámaras no quiero que Abel o Faheem tengan ni una sola imagen de Allegra desnuda.

Cuando entro en su interior nos miramos con las respiraciones alteradas, nos tomamos unos segundos en silencio, en los que solo hablan nuestros ojos, sujeto fuerte a Allegra por la cintura y mientras la beso comienzo a penetrarla con más fuerza. Es tan increíblemente bueno hacerlo con ella que consigue volverme loco, transpórtame a otra dimensión en la que nunca he estado antes.

Culminamos en un orgasmo brutal y ambos caemos sobre la cama, rendidos y empapados en sudor. Sostengo a Allegra sobre mi pecho y le confieso:

—Nunca lo había hecho con tanta ropa. —Ambos estallamos en carcajadas. La abrazo y le revelo mientras le acaricio la mejilla—: Ha sido increíble.

—Sí —dice ella.

—¿Me das unos minutos que me recupere y nos marchamos a casa? —le propongo.

—Me parece una idea estupenda. Necesito una ducha.

Cuando salimos de ese lugar nuestro coche nos espera y Russo está al volante.

—¿Una noche complicada, jefe? —pregunta cuando nos adentramos en el vehículo.

—Un poco —le indico mientras Allegra y yo nos dedicamos una mirada cómplice.

Aún llevo el sabor de sus labios en mi boca y sus gemidos retumban en mis oídos.

El resto del camino hasta la casa lo hacemos en silencio. Cuando llegamos, nos miramos antes de subir las escaleras hacia la habitación y ninguno sabe qué decir ni qué hacer después de lo sucedido.

—Ahora ya me puedes dar todas las explicaciones que antes no podías —me anima de golpe cuando mis ojos y mis pensamientos están centrados en sus labios y su increíble cuerpo.

Sacudo la cabeza y me centro en dale la explicación que me pide.

—Propuse ir a esa habitación antes de que acabase el espectáculo porque Abel no había dejado de mirarte en todo el tiempo, no lo hacía al escenario, sino a ti. No sabía cuál podría ser su plan, igual nos planteaba algo y tenía que terminar la noche rompiéndole la cara. Por ello decidí fingir que no podía aguantar más y retirarnos solos a una habitación.

—Bueno, fingir, fingir... ¿tengo que recordarte el estado en el que estabas cuando nos besamos? —comenta Allegra con una sonrisa pícar.

—Tú no estabas mucho más entera que yo —le rebato.

Ambos nos sonreímos y comenzamos a subir las escaleras. Cuando llegamos al pasillo de

nuestras habitaciones cada cual se dirige a la suya, sin embargo, parece que los dos sentimos la misma atracción cuando nos giramos antes de entrar, nos miramos y esto nos basta para salir corriendo el uno hacia el otro. Nos fundimos en un abrazo y besos desesperados en mitad del pasillo donde comenzamos a deshacernos de la ropa como locos. Cojo a Allegra en brazos y la llevo hasta mi cama, sin dejar de besarla. Allí le hago el amor con exquisita ternura, saboreando cada momento, como llevo soñando días, bebiéndome de ella cada reacción y acunándola sobre mi pecho el resto de la noche, deseando no dejarla marchar.

Hacía muchísimo tiempo que no dormía con una mujer entre mis brazos mientras dormía de forma plácida.

Cuando la luz del día entra por la ventana y nos despierta siento que Allegra quiere salir de la cama a hurtadillas, pero no lo permito. La tomo por la cintura, la abrazo, la pego a mí y le susurro:

—Ni se te ocurra abandonar mi cama sin decirme nada. No quiero bajar a desayunar, mirarte a los ojos y hacer como si esto no hubiese sucedido.

—Lo hemos complicado todo —murmura.

—Ojalá todas las complicaciones fuesen tan placenteras como esta —le revelo mientras le beso el cuello y aspiro su increíble aroma.

De repente, Allegra se sienta en la cama y me dice:

—Alessandro, no quiero convertirme en tu amante de verdad porque sea la mujer que tienes más cerca y el sexo conmigo te resulte cómodo.

—¿Eso piensas? —le pregunto ofendido.

—Tú mismo me dijiste que soy muy diferente a todas las mujeres con las que habías estado —alega.

—Y eso te hace la más especial de todas. No sé qué tienes, Allegra, pero me vuelves completamente loco —confieso mientras me apodero de su boca de una forma voraz. No sé qué tiene esta mujer que no me sacio de ella nunca.

28

Allegra

La inesperada confesión de Aless consigue marearme. Si no llego a estar en su cama y entre sus brazos me hubiese caído redonda al suelo. Interrumpe nuestro beso y pregunta con una amplia sonrisa en sus labios y un brillo especial en sus ojos verdes:

—¿No tienes nada que decir?

—Sí. He de confesar que la locura es mutua —revelo, me acerco a él y lo beso.

Aless me saca de la cama, nos duchamos juntos, donde volvemos a hacer el amor y bajamos a desayunar entre gestos y sonrisas cómplices. Me siento como en una nube. Mi pecho está rebosante de felicidad. Cada vez que lo miro me parece increíble que este hombre sea mío por ahora y esté loco por mí. Es como un sueño del que no quiero despertar. Si para que sea mío tiene que durar esta misión para siempre y él ser Alessandro Albani firmaría sin pensarlo.

Mientras desayunamos Alessandro me mira y confiesa:

—Pasaría el día entero contigo en la cama. —Sus palabras consiguen erizarme la piel y acelerarme el corazón—. Pero tenemos mucho trabajo en mi despacho.

—Lo sé, el deber nos llama. Pero podemos dejar el placer para esta noche —le propongo. Él esboza una sonrisa, me besa y susurra:

—Lo estoy deseando.

Cuando entramos en su despacho y nos ponemos delante de los ordenadores Alessandro se transforma por completo. Admiro su capacidad de cambiar como un camaleón, yo aún estoy afectada por sus besos y lo vivido la pasada noche entre nosotros. Cada vez que lo miro lo imagino desnudo dándome placer y pierdo la noción de lo que tengo delante, pero a él parece que los recuerdos no le afectan tanto como a mí.

Llevamos más de cinco horas repasando todo lo que es Alessandro Albani, sus negocios, rutas entregas y cargamentos para el próximo negocio, cuando no puedo evitar la pregunta:

—¿Me podrías explicar cómo has hecho esto tú solo en meses? Este es un trabajo de años. Tienes una organización como la de hombres que llevan en esto muchísimo tiempo —le indico con verdadero asombro.

—He trabajado muchas horas, apenas he dormido —justifica centrado en la pantalla de su ordenador.

—Me parece increíble. Ya no es solo hacer todo esto, son los contactos antes de relacionarte con Faheem —comento con sorpresa.

—Sí, esos mismos que nos salvaron la vida. Si no hubiese actuado al margen de Capdevila estaríamos muertos o siendo torturados. Faheem habló con mis contactos y le confirmaron que no soy un traidor y llevo tiempo en esto —me recuerda.

—¿Tenemos noticias de Capdevila? —pregunto con interés.

—No. Supongo que tendrá miedo de mi reacción. Me ha mentido y ha jugado conmigo.

—¿Crees que se convierta en nuestro enemigo? —inquiero.

—No. Al fin y al cabo, nos necesita para dar con el paradero de su hijo. Supongo que aparecerá pronto con algo que ofrecernos —aventura.

—¿Y si nos delata con Faheem? Ya no estamos bajo su mando.

—No lo hará —asegura.

—¿Cómo lo sabes? —pregunto con interés.

—Solo nosotros podemos salvar a su hijo, o es hombre muerto.

—¿Cómo vamos a salvarlo? —pregunto con miedo.

—No lo sé, pero haremos todo lo posible —murmura—, aunque esto no tiene porqué saberlo Leonardo —me advierte.

Asiento y lo miro de una forma tierna. Sé que no solo es un hombre decidido, valiente y arriesgado, también es alguien justo y con un gran corazón, aunque se empeñe en ocultarlo haciéndose el malote desde que está en la piel de Alessandro Albani.

Pasamos varias horas más trabajando en el despacho, Greco y Russo pasan un par de ellas con nosotros, Aless le da órdenes y puedo apreciar que lo miran serio y sorprendido.

—Tío, tú te dedicabas a esto antes de que Capdevila te contactase —afirma Russo muy seguro de ello.

—¿Cómo has conseguido toda esta organización en tan poco tiempo? —pregunta Greco.

—Al parecer soy más eficiente que vosotros, los entrenados —presume.

—Todo esto no lo has podido hacer tu solo —murmura Russo con cierto tono de desconfianza en su voz.

—¿Me estás acusando de algo? —lo enfrenta Aless poniéndose en pie.

Ambos hombres agachan la cabeza y hacen un gesto negativo.

—No cuestionéis mis asuntos. Recordad que estáis vivos gracias a mí. De ser por Capdevila ahora mismo sabe dios dónde estaríamos todos —les recuerda.

—Tienes razón —admite Russo—. Pero ten cuidado donde te metes —le advierte con un gesto serio.

—No te preocupes.

Ambos hombres salen del despacho mientras me quedo en silencio, pensativa, mirándolos.

—¿Confías en ellos?

—Sí. Saben que están en mis manos. Solo yo puedo sacarlos de esta misión con vida. Si Faheem se entera que son policías los encontrará donde sea.

—Eso no ocurrió con tu padre, por cierto, ¿Faheem nunca sospechó de él?

—Mi padre fingió su muerte muy bien, es algo que hacen muchos narcos. Una gran jugada que Faheem ha halagado. Se cuestionó si era policía o no, pero nadie lo pudo probar y ahora que yo he regresado y he confirmado que nunca dejó el negocio no existen dudas. Mi padre siempre será recordado como uno de los grandes —manifiesta con orgullo.

—¿Faheem no querrá ver a tu padre en algún momento?

—Ya le dije que está muy delicado de salud en una cama.

Suspiro mientras pienso en todos los frentes abiertos que tenemos y cómo saldremos de ellos ilesos.

—Me preocupa la boda de tu hermana —murmuro cambiando de tema.

—Estaremos allí —asegura de forma contundente.

—¿Cómo vas a blindar esa boda?

—Es un enlace sencillo, la familia y poco más. Y siempre hemos permanecido en el anonimato.

—Nos tendremos que encargar de que ningún invitado, amigos de los novios —especifico—, suba alguna foto a las redes que nos comprometa.

—Lo haremos —murmura, me mira sonriente, se levanta de su asiento y se acerca a mí con

un brillo especial en su mirada que me eriza la piel—. Me gusta tenerte a mi lado.

—Bien que te quejaste en un principio —le recuerdo cuando me toma por la cintura y me acerca a su cuerpo.

—Digamos que en estos momentos he descubierto las ventajas de que estés a mi lado —susurra en mi oído antes de besarme.

—Espero ser algo más que simple placer para ti en todo esto —comento mientras le acaricio el pecho.

—Eres mucho más —confirma antes de sentarme sobre la mesa del despacho y comenzar a desnudarme.

29

Alessandro

Dos semanas después

Dentro de tres días es la boda de mi hermana y tengo tantos asuntos pendientes que no sé cómo lo voy a hacer para estar un día antes en Dubrovnik y permanecer dos después de la boda como pretende mi madre.

En estas semanas no he parado de trabajar. He contado con Allegra a mi lado en todo momento, pero me hubiese gustado dedicarle más tiempo, hacer más cosas juntos aparte del trabajo, pero lo cierto es que no nos lo podemos permitir. Continuamos acostándonos de vez en cuando, sin embargo, no le hemos puesto nombre a lo que tenemos. Todo lo que nos rodea es tan inusual que no sabemos qué somos, solo dos personas que se atraen demasiado y pasan algunas noches juntos.

Estoy haciendo mi maleta cuando observo, a través de la puerta del vestidor que está abierta, que Allegra hace lo mismo.

—¿Preparada? —le pregunto. Hace casi una semana que no tenemos tiempo de hablar a solas de cosas nuestras. El trabajo siempre nos absorbe. Hace días que llego a casa a altas horas de la noche. Allegra se queja por no acompañarme e incluso la he sentido algo celosa por el hecho de que pueda verme o tener algo con otra mujer.

—Sí. Tengo muchas ganas de ver a mis padres y a toda la familia.

—No será fácil —le recuerdo.

—Lo sé. Hace días que no duermo pensando en ello y recordando todo lo que no puedo decirles. No lo hemos hablado, pero tendremos que llegar por separado pese a que viajemos en el mismo avión. Y luego tendremos que tratarnos como siempre delante de nuestras familias —me recuerda.

—Cuando aterricemos yo me iré a mi apartamento unas horas, apareceré después que tú para que no nos vean llegar juntos.

—Me parece bien.

—En tres horas tenemos que estar en el aeropuerto —le indico a Allegra, está empezando a hacer la maleta ahora, igual que yo.

—Tranquilo, estaré a tiempo —dice algo seria.

En las últimas semanas he sentido a Allegra más distante conmigo. Sigue comportándose como toda una profesional, hace un gran trabajo a mi lado, sin embargo, no estamos bien. El sexo sigue siendo increíble con ella, pero, aparte de esto, siento que no conectamos en lo personal. No sé qué espere ella de mí.

En estos momentos de mi vida no puedo tener una relación con nadie, no puedo permitirme la distracción de una mujer que me importe más que mi trabajo, por ello no quiero plantear nada serio con Allegra. Me gusta, me atrae y estar con ella es maravilloso, sin embargo, necesito dejarlo en el plano de solo sexo. No me siento preparado para dar un paso más. A lo largo de mi vida he evitado las relaciones serias, jamás me he considerado un hombre para formar una familia y en estos momentos de mi vida lo veo imposible.

Me reúno con Allegra en el salón de la casa y nos encaminamos al aeropuerto en mi coche. Excepto nosotros, ni siquiera Russo ni Greco, saben dónde estaremos los próximos cuatro días. Solo le hemos dicho que nos vamos de viaje de negocios y recibirán órdenes nuestras en todo momento.

Nos dirigimos al aeropuerto en silencio, ninguno de los dos hablamos en el trayecto, ya en el avión Allegra se limita a dormir, o cerrar los ojos para no tener conversación alguna conmigo gran parte del trayecto. Estoy a punto de pedirle que me diga qué le ocurre, sin embargo, creo que nos vendrá bien este distanciamiento de cara a nuestras familias, así seremos los mismos de siempre, unos primos sin demasiada relación.

Momentos antes de aterrizar Allegra me plantea:

—Le dijiste a tu padre que dejabas todo en la empresa por un tiempo porque te habías enamorado y querías tiempo para ti, para esa relación. ¿No le extrañará que acudas solo?

—Le expliqué que es pronto para presentarla a la familia. Ya habría otra ocasión.

—¿Y no le va a parecer raro? Si tan enamorado estás es lógico que quieras traerla contigo— insiste.

—¿Qué querías, que contratase a alguien que se hiciese pasar por mi novia? —le indico, molesto—. Mi padre lo entendió y listo. Fin del asunto. No hay que darle más vueltas.

—Solo quería estar segura de que estaba todo bien atado.

—No te preocupes, eso corre de mi cuenta.

Allegra se gira un poco en el asiento y cierra los ojos de nuevo.

Cuando el avión aterriza y voy a recoger su maleta de mano ella se coloca a mi lado, me da un pequeño empujón y me dice:

—Yo puedo sola. —La miro y suspiro en silencio. Salimos del avión sin decir nada más y en cuanto estamos pasando por el túnel que nos lleva a la zona de llegadas Allegra me indica—: Voy a adelantarme, no quiero que nos vean llegar juntos. Nos vemos en la boda.

—Será raro acudir a una fiesta y no tenerte a mi lado como mi pareja, espero no confundirme —le indico a modo de broma.

—No te preocupes, seguro que Stella se las arregla para tenerte muy ocupado —lanza estas palabras con cierto resentimiento y se marcha con paso ligero mientras me quedo mirándola, suspiro y pienso en Stella. En esos momentos comprendo la tensión y distancia de Allegra estos días.

Me dirijo en la dirección contraria a Allegra, acudo al baño y luego cojo un taxi que me lleva directo a mi casa. Para mi familia mi vuelo llega esta noche, tengo unas horas para descansar y ver qué tal va todo por Dubrovnik antes de acudir a la cena que ha organizado mi madre el día antes de la boda.

Quiero mucho a mi hermana desde pequeño, Carla y yo siempre tuvimos una conexión especial, sin embargo, siento que no voy a disfrutar de su boda porque tengo demasiados frentes abiertos y mi mente no estará para diversiones. No puedo permitirme ni un solo despiste que me deje al descubierto.

30

Allegra

Cuando llego y me abrazo a mi madre no puedo evitar emocionarme y ponerme a llorar, ocurre lo mismo cuando veo a mi padre. Lo miro a los ojos y siento que hay tantas cosas que me gustaría contarle... pero, de inmediato, desecho estos pensamientos y me centro en ellos y la alegría que muestran por tenerme a su lado tras unos meses de ausencia.

Al cabo de un rato aparece mi hermana, se acerca a mí y me da un beso. Me mira con demasiada atención y me indica:

—Estás diferente, Allegra. ¿Te has enamorado? —murmura con una sonrisilla molesta.

—Y tú, hermana, ¿has encontrado algo mejor en qué invertir tu tiempo que ir de fiesta en fiesta? —pregunto de forma mordaz.

—Disfruto de la vida, no como tú que eres una aburrida.

—Yo me busco la vida, tú vives de papá y mamá —le recuerdo.

—Sigo estudiando —comenta.

—¿Cuántos años llevas en la universidad? Te van a nombrar alumna permanente.

—Chicas, por favor, no empecéis —intercede mi padre—. Hace unos meses que no os veis.

—Tienes razón, papá. —Miro a mi hermana e intento ser un poco más amable con ella.

—¿Quieres descansar un poco, mi vida? En un par de horas tenemos una cena en casa de tus tíos —anuncia mi madre para mi sorpresa—. Sí, tu tía Mel nos invitó, en principio solo iban a ser las familias de los novios, pero tú sabes todo lo que Carla me quiere y también nos invitó. No podemos fallarle, tiene muchas ganas de verte —me ruega al apreciar en mi cara las pocas ganas de asistir.

—Tenemos que ir, no le podemos hacer ese feo a la familia del futuro marido de Carla. Sus padres son dueños de tres de los mejores hoteles de Dubrovnik —dice mi hermana, ella tan materialista como siempre.

Carla se casa con Bruno, él es hijo único y futuro heredero de una cadena de hoteles de lujo en la ciudad. Conoció a su futuro marido en un congreso que se celebraba en un hotel que él dirigía. Ella resbaló en la entrada debido a la lluvia y él se interesó por su estado. Desde que intercambiaron las primeras palabras se enamoraron, así lo cuenta mi prima. Yo no creo en el amor a primera vista, llevo años enamorada de Aless, pero cuando escucho su entusiasmo me hace muy feliz que ella haya experimentado algo tan bonito. Por el contrario, yo siento que nunca me podré sacar a Aless del corazón. En estos momentos, más que nunca, desearía no sentir nada por él, sin embargo, mis sentimientos y mi corazón van de independientes con respecto a mi razón.

—Está bien —accedo.

Subo a mi habitación, me doy una ducha y cuando estoy en albornoz delante de la maleta escogiéndome qué ponerme esa noche mi hermana aparece a mi espalda.

—Procura no ponerte nada que espante a la familia de Bruno —me indica con cierto tono de reproche.

Me giro y la miro con una sonrisa forzada.

—¿Me puedes aconsejar algo? —le pregunto en tono amable mientras la miro, ella lleva un vestido rojo ajustado a su cuerpo, como todos los que utiliza, y esta noche no iba a ser menos ya que Aless estará en esa cena.

—Todo lo que tienes es muy... aburrido. ¿Qué te has comprado para la boda? —pregunta con curiosidad.

—Sorpresa. En ese vestido ya no hay remedio, pero me podrías ayudar en el de esta noche. Puedes dejarme uno —le planteo pensando en sorprender a Aless. No quiero que piense que va a encontrar a su prima Allegra de antes.

—Oh, de verdad que el cambio de aires te ha abierto la mente. Por supuesto, déjate asesorar por mí —dice emocionada—. ¿Puedo maquillarte y peinarte? —pregunta sonriente, jamás había visto a mi hermana tan amable.

—Sí, pero algo discreto. No quiero verme disfrazada.

—Allegra Fábregas va a lucir como una mujer sexi por una vez en su vida —vitea mientras me toma de la mano, me lleva a su vestidor y me escoge un vestido en color champán.

Cuando me lo pruebo pienso que es muy corto, sin embargo, me siento bien ya que la parte superior es ancha, con un hombro caído y la espalda en pico.

—Te queda de maravilla. Tienes unas piernas preciosas. Tendrás que llevar unos tacones, te buscaré los más bajos que tenga —me indica mientras se agacha y comienza a buscar entre los millones de zapatos que tiene.

—No te preocupes, no vamos a caminar mucho, podré con ellos —comento con modestia mientras recuerdo las fiestas a las que asistí con Aless y permanecí en pie durante horas con tacones de infarto.

—Estas sandalias color nude te irán perfectas. Ahora vamos a maquillarte y peinarte —anuncia con entusiasmo. Yo la miro con una sonrisa mientras pienso que esta era la clave para llevarme bien con mi hermana y que fuese amable conmigo; ser como ella en el aspecto coqueto—. Cuando todos te vean se van a quedar con la boca abierta —comenta mientras comienza a maquillarme. En mi mente solo aparece la imagen de Aless, no quiero que el cuerpo de Stella sea el único que le llame la atención esta noche.

Cuando mi hermana termina su obra de arte me mira casi emocionada.

—Estás increíble, Allegra —murmura tomándome de la mano y llevándome frente a un espejo, antes no ha dejado que viese nada—. ¿Qué tal te ves?

Me miro y apenas me reconozco. Por increíble que parezca, me gusta el resultado, parezco una modelo. Esas altas sandalias con la mini falda me hacen unas piernas muy largas. El pelo me lo ha peinado con hondas y me sientan muy bien, me dan un rollo más desenfadado, y el maquillaje, aunque me parece algo subido de tono reconozco que no es tanto, solo que estoy acostumbrada a llevar la cara lavada. Me ha aplicado unos polvos suaves, me ha sombreado los ojos en color marrón, me ha acentuado mis largas pestañas, me ha puesto colorete y mis carnosos labios en color nude me gustan.

—Vaya... No parezco yo —murmuro ante ella mientras recuerdo las veces que me vi así al representar a la amante de Alessandro Albani, si mi hermana me hubiese visto sí que hubiese flipado. Ahora voy normalita, pero he de hacerme la sorprendida ya que para ella es la primera vez que voy así.

—De eso se trataba, de cambiarte. Vas sencilla y sexi —me indica.

—Me gusta pese a que no sea mi estilo.

—Estás muy guapa, hermana. Podrías acostumbrarte a este estilo —anuncia con alegría—.

Estoy segura que si sales más a menudo así consigues novio a la primera.

—No te emociones Stella, solo para ocasiones especiales —le indico y ambas terminamos en carcajadas. Mi hermana me abraza y por primera vez en algunos años me siento unida a ella. La quiero, solo que no comparto su estilo de vida y ella solo sabe criticar la mía y sacarme de mis casillas.

—Vamos a deslumbrar a todos, ¿preparada? —me insta mi hermana.

Le cojo la mano y bajamos a la planta de debajo de la casa de nuestros padres. Ellos nos esperan ahí ya listos y cuando nos ven aparecer puedo apreciar sus caras de asombro al verme así vestida y arreglada.

—Allegra, hija, estás impresionante —dice mi padre con asombro mientras me mira de arriba abajo.

—Estás espectacular, mi vida —comenta mi madre, se acerca a mí y me da un beso, emocionada.

—Ha sido obra mía —alardea mi hermana—. Tras años de insistencia he conseguido que asista a una fiesta vestida como se debe.

—Está increíble. Stella, has hecho un trabajo estupendo —me halaga mi madre.

Los miro a todos y me siento rara. ¿Tan decepcionados los tenía con mi forma de vestir? He de admitir que mi madre, mi tía, mi hermana y mi prima son unas víctimas de la moda, yo siempre he pasado de ello, me resultaba aburrido y tedioso tenerme que arreglar y desperdiciar horas en ello cuando con un chándal o unos vaqueros me sentía mejor.

—Intentaré que siga vistiendo así más a menudo —dice Stella. La miro y le sonrío.

—Puede que haya llegado la hora de cambiar un poco, pero solo un poco —le especifico cuando veo que se emociona.

—Vámonos, llegamos tarde —anuncia mi padre.

En todo el trayecto en coche mi hermana y yo vamos en el asiento trasero del vehículo, ella no deja de mirarme y sonreírme, se siente orgullosa de cómo me ha transformado.

Llegamos a casa de mis tíos y ya están ahí los padres de Bruno y los futuros esposos para recibirnos. Primero saludo a mi prima Carla con efusivos besos y abrazos, ella me mira de arriba abajo y me susurra en el oído que estoy impresionante. Luego saludo a su novio, me presenta a sus futuros suegros y finalmente saludo a mis tíos. Oliver y Mel están tan guapos como siempre, parece que el tiempo no pasa por ellos. Observo a mi tío con detenimiento y siento un vuelco en el corazón con su parecido a Aless, y al mismo tiempo no puedo evitar comparar a mi tía conmigo. Ella estuvo al lado de Alessandro Albani en aquella misión. Ahora la historia se repite y Aless y yo estamos en la misma situación, solo que él no se va a enamorar de mí como mi tío lo hizo de mi tía Melania. Suspiro y cuando me doy la vuelta me encuentro con mi primo Oliver. Se acerca a mí, me da un abrazo tan grande que consigue levantar mis pies del suelo y da una vuelta conmigo en brazos.

—Madre mía, Allegra, estás increíble. Casi no te he reconocido. Has cambiado muchísimo —comenta con los ojos muy abiertos mientras me taladra con la mirada.

—No creas, primo, el cambio ha sido cosa mía. Sigue como siempre —le susurra Stella en el oído, pero alcanzo a escucharlo—, pero después de esta noche seguro que la vemos más veces así de guapa.

—Te queda muy bien —me halaga Oliver.

—Pareces otra —dice mi tía y mi prima a la vez.

—¿Y Alessandro? —pregunta mi hermana de golpe mientras mira por todo el salón. Se le

nota que está ansiosa por verlo.

—Acaba de llegar, está arriba duchándose y cambiándose —dice mi tía.

De repente, como si un imán atrajese mis ojos, los desvíó hacia la escalera de la casa, que desemboca directamente en el salón, por ella baja los escalones Aless, ataviado con un traje de chaqueta negro, camisa blanca sin corbata y la chaqueta abierta. Lleva el pelo un poco mojado y no se ha afeitado, su barba recortada le queda increíblemente bien. No puedo evitar que el corazón me dé un vuelco por completo cuando siento sus ojos clavados en los míos. Ambos nos miramos como si estuviésemos solos en medio del salón, sin embargo, esto se rompe cuando mi hermana, que está a mi lado, comenta en voz alta:

—Madre mía, si está mucho más guapo. ¿Has visto ese estilo bajando las escaleras? Si es que tiene una elegancia innata. Parece un actor de Hollywood, con ese toque malote y canalla que nos encanta a todas las mujeres y nos ponen a cien.

31

Alessandro

Cuando mis ojos reconocen a Allegra, vestida así junto a su hermana, siento una fuerte corriente eléctrica por todo mi cuerpo que casi me paraliza en mitad de la escalera.

Bajo el último escalón y me siento un pasmarote sin saber a dónde dirigirme, siento todas las miradas clavadas en mí, sin embargo, hacia el único lugar al que quiero acudir es junto a Allegra. No puedo dejar de admirarla. Está impresionante. Sus largas y perfectas piernas me dejan la boca seca, su pelo alborotado de esa forma me hace recordar cuando la he tenido entre mis brazos recién follada y sus voluminosos labios siempre invitan a besarla.

Salgo de mis pensamientos cuando Stella se acerca a mí, me da un casto beso delante de todos y susurra en mi oído:

—Cariño, no me devores con la mirada de esa forma. Todos se van a dar cuenta de que esta noche terminaremos en la cama. Yo también te he echado de menos.

Sus palabras las siento como un jarro de agua fría y me hacen volver a la realidad.

Mis tíos se acercan y los saludo de forma efusiva, finalmente soy yo quien da un par de pasos para dirigirme a Allegra y saludarla delante de todos.

—Cuánto tiempo, prima. —Le doy un beso en la mejilla y luego la abrazo con fuerza mientras le susurro en el oído—: ¿Por qué te has vestido así? —No tengo la intención de que suene como un reproche, pero lo hago.

—Será que le he cogido gusto a estos modelitos —responde en mi oído y luego me dedica una mirada desafiante. No sé qué coño pretende Allegra esta noche, pero sea lo que sea ha conseguido sorprenderme por completo.

Saludo a los suegros de mi hermana y entablo una breve conversación mientras no le pierdo ojo a Allegra, que habla de forma animada con mi hermano. No pasa desapercibido a mi vista cómo Oliver mira a nuestra prima, y eso me molesta hasta el punto de sorprenderme de ello yo mismo.

Tomamos unas copas de champán y luego pasamos a la cena, mi madre tiene preparada una gran mesa para todos con una exquisita comida. Venía hambriento, pero se me ha cerrado el estómago al ver a Allegra así vestida y descubrir cómo mi hermano pequeño coquetea de forma descarada con ella. Stella no se separa de mi lado, se sienta junto a mí y cuando descubro que tengo enfrente a Allegra y a mi hermano estoy a punto de abandonar la mesa, pero sé que es una noche importante para la familia y no le puedo hacer eso a mi hermana.

Durante la cena Oliver y Allegra no dejan de hablar, sonreírse y coquetear, estoy de un mal humor que apenas pruebo bocado. Stella me pregunta:

—¿Qué te pasa?

—Nada. Estoy cansado —justifico mientras bebo de mi copa de vino y miro cómo Allegra sonríe a mi hermano.

Hasta el momento nunca me había dado cuenta de esta complicidad entre ellos, lo cierto es que ignoraba a mi prima, la misma mujer que en estos momentos hace que me revuelva en la silla con incomodidad y esté a punto de golpear a mi hermano por poner los ojos en ella.

Tras los postres salimos a la terraza a tomar unas copas, advierto que Allegra se dirige al baño de arriba de la casa y no pierdo ocasión de seguirla. Aprovecho que Stella habla con los padres de mi futuro cuñado y me ha dejado un momento libre.

Cuando Allegra va a entrar en el baño me cuelo con ella y cierro la puerta.

—¿Qué coño haces?! —me espeta enfadada mientras la acorralo detrás de la puerta con mi cuerpo. Tengo ambas manos colocadas a ambos lados de su cabeza.

—¿Qué haces tú! —le reprocho escupiendo las palabras—. Con Oliver. Lleváis toda la noche coqueteando —añado muy enfadado.

Allegra se relaja un poco, se queda unos segundos pensativa y luego me dice:

—Tranquilo, estamos en igualdad de condiciones. ¿Por qué te pones así? Tú también llevas toda la noche coqueteando con mi hermana. ¿Tú puedes y yo no? Al menos yo no me he acostado con dos hermanos, pero quizás deba probarlo para saber qué se siente —me espeta, furiosa.

—No juegues con Oliver —le advierto con los dientes apretados.

—No juegues con Stella —me replica con una mirada dura y desafiante.

—¡Joder, Allegra! —maldigo acercándome más a ella y aspirando el aroma de su cuello.

—¿Qué diablos te pasa? —me pregunta enfadada.

La miro en silencio, la observo bien, estoy a escasos milímetros de su boca, quiero besarla, pero sé que si lo hago estaré perdido y no podré parar.

—Eso me gustaría saber a mí —murmuro con coraje al mismo tiempo que abro la puerta y me largo antes de que sea demasiado tarde y nos descubran.

Me reúno de nuevo abajo con todos, me sirvo una copa, la necesito y Stella se acerca a mí y me susurra al oído:

—Cuando quieras nos vamos a tu apartamento. Hace mucho que no nos vemos, Alessandro.

La miro y estoy a punto de tomarla de brazo y arrastrarla hasta allí para deshacerme del calentón que llevo encima por culpa de su hermana, pero en ese momento veo cómo mi hermano le dice algo a Allegra al oído y puede que le esté proponiendo lo mismo que Stella a mí. Tengo que dominarme para no ir hasta Allegra y salir con ella de allí.

—Estoy cansado, Stella. Además, he bebido unas copas. Esta noche me quedaré en casa de mis padres —le indico para quitármela de encima.

Ella me mira sin creermelo, pero le hablo en serio. No quiero llevármela a la cama y complicar más las cosas con Allegra.

Tras una velada que se me hace pesadísima, todos nos despedimos hasta el día siguiente donde nos veremos en la ceremonia de la boda.

Me quedo hasta el final despidiendo a todos hasta que compruebo que Allegra se marcha con sus padres y su hermana.

Me quedo a solas con mi familia, mis padres y mi hermana, que no tardan en marcharse a dormir. Mi hermano me propone una copa y no la declino.

—¿Qué tal todo, hermanito? —inquiere Oliver deshaciéndose de la chaqueta y abriéndose más la camisa mientras se sienta en el sofá del salón—. Llevas perdido muchos meses. ¿Algo importante? No me digas que al fin has encontrado a una mujer que consiga retenerte. Papá y mamá dicen que tu cambio reside en eso, no encuentran otra justificación, sin embargo, has venido solo.

—Mucho trabajo —respondo mientras me pongo cómodo en el sofá.

—La empresa de papá la has dejado colgada y ahora el viejo insiste en que tome tu lugar —se

queja—. Llevo dos meses trabajando duro con él.

—¡Vaya! —exclamo con sorpresa—. ¿Y sigues vivo? A tu edad no sabías lo que era trabajar ni la responsabilidad.

—He cambiado —murmura tras darle un trago a su copa.

—¿Y eso? —inquiero con sorpresa—. ¿Alguna mujer? —pregunto con sorna mientras mi interior espera con ansia una respuesta afirmativa.

—Por el momento ninguna que acapare mi interés más de la cuenta, sin embargo, esta noche al ver a Allegra... Está impresionante, ¿no te has dado cuenta? Siempre me he gustado, pero hoy me ha dejado impactado. Se ha convertido en toda una belleza.

—Sí, ha cambiado mucho. ¿Pero tú estás seguro de que eres su tipo? —pregunto con cautela.

—Yo creo que le gusto. Nos llevamos bien y siempre que nos vemos hablamos y nos reímos mucho. Voy a aprovechar estos días que estará aquí por la boda de Carla para acercarme más a ella —revela y estoy a punto de levantarme y cogerlo por el cuello.

Bebo de mi copa y trato de calmar mis nervios mientras pienso con rapidez.

—A mí me dijo Stella que su hermana era lesbiana —suelto de golpe. Sé que lo que estoy haciendo es muy bajo, pero necesito alejar a Oliver de Allegra y es la única arma con la que cuento en estos momentos desesperados. Si yo lo pensé por un tiempo puede que él lo crea también.

Mi hermano me mira con los ojos muy abiertos, descolocado, se queda unos segundos en silencio, meditando lo que le acabo de decir y luego murmura:

—Siempre la vi como una mujer diferente a la demás, pero jamás pensé que le gustasen las mujeres, pero lo averiguaré —concluye la conversación mientras yo lo miro con ganas de cogerlo por el cuello nuevamente.

No quiero que la mire ni se haga ilusiones con ella. Allegra es mía. Y es cuando tengo este pensamiento posesivo que me doy cuenta de que ella ha conseguido calar en mí. No es como el resto de mujeres, y cuando pienso en la posibilidad de que pueda estar con otro hombre quiero matar a este así sea mi propio hermano. ¿Qué me has hecho Allegra Fábregas? Has pasado de ser invisible para mí a convertirte en el centro de todos mis pensamientos.

32

Allegra

Llego a mi habitación en casa de mis padres, me desnudo y me meto en la cama en ropa interior. Las sensaciones que me embargan son contradictorias, por un lado, me siento feliz de haber descolocado por completo a Aless y que no haya dejado de mirarme en toda la noche, casi ignorando a mi hermana, que se ha venido con un monumental cabreo ya que ella tenía previsto que su noche acabase de otra forma. Por otro lado, siento rabia y frustración mientras que el rostro de Aless no se aparta de mi mente. He podido sentir una gran punzada de celos cada vez que mi hermana se acercaba a él, lo miraba sonriente, babeando y lo tocaba. Tenía que contenerme para no ir hasta ella y apartarlo. Cierro los ojos y me siento fatal. Es cierto que me ha gustado Aless y estoy enamorada de él desde pequeña, pero jamás se fijó en mí. Con mi hermana tuvo una relación, es cierto que rompieron hace años, pero ella siempre tiene la esperanza de que volverán algún día. Siento como si la hubiese traicionado, pero no es así, sin embargo, no puedo deshacerme de esto que me aprisiona el corazón tras verlos a ambos juntos.

Doy vueltas en la cama sin poder dormir, tengo calor, me levanto, abro un poco mi balcón y dejo que entre la brisa fresca. Me quedo un rato observando el mar en la oscuridad y luego vuelvo al interior de mi habitación. Cuando estoy metiéndome en la cama siento la presencia de alguien, me vuelvo, alerta, y me encuentro con Alessandro entrando por mi balcón.

—Te has equivocado de habitación, la de Stella es la siguiente —le indico mirándolo alterada, parada frente a la cama.

Ha entrado en mi habitación como un ladrón, todo vestido de negro. Aprecio que se ha cambiado de ropa y ahora lleva unos pantalones de chándal y una camiseta negra.

Aless me observa con una mirada brillante, sus ojos verdes me traspasan en la oscuridad mientras me observan con detenimiento de arriba abajo. Descubro que voy en ropa interior mientras que él me devora con los ojos.

—Tápate, por favor —me ruega con pesar al mismo tiempo que cierra los ojos.

—Tú eres el que está invadiendo mi intimidad —le reprocho, enfadada. Sin moverme ni un ápice de donde estoy.

—¿Quieres bajar la voz? —inquire acercándose a mí en dos grandes zancadas.

—Vete, Alessandro. Está claro que te has confundido de habitación, puede que la falta de práctica... —le indico, haciéndole saber que no es la primera vez que se cuelga en la habitación de mi hermana por el balcón. De adolescentes lo hacía mucho.

—¿Me crees tan estúpido como para colarme en la habitación de la hermana equivocada? —inquire enfadado, tomándose por ambos brazos y acercándose más a él.

Me quedo en silencio unos segundos, pensativa, y una alerta se despierta en mí.

—¿Ha pasado algo relacionado con Alessandro Albani? —pregunto con miedo. Es la única razón que se me ocurre para que Aless invada mi cuarto en plena noche. Quizás tengamos que irnos de inmediato.

—Esto es lo que ha pasado con Alessandro Albani —murmura al mismo tiempo que me estampa contra su cuerpo y se apodera de mis labios de una forma voraz.

Me dejo llevar por su exquisito sabor y esa forma de besar que me hace perder el sentido por completo. Siento cómo las manos de Aless me acarician todo el cuerpo y comienza a besarme el cuello en dirección a mis pechos.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto entre gemidos, producto de sus besos y todo lo que me hace sentir su cuerpo pegado al mío.

—¿Tú qué crees? Esto es lo que has provocado esta noche —susurra en mi oído mientras hace sentir contra mi vientre su potente erección.

Me separo un poco de él, lo miro a los ojos un poco confundida, me quedo pensativa unos segundos y le pregunto esbozando una sonrisa:

—¿Tanto poder tengo sobre ti?

—Compruébalo tú misma —me reta al mismo tiempo que me atrae hacia su cuerpo y me arrastra hasta mi cama.

Mientras nos desnudamos, entre jadeos, le pregunto:

—¿Aquí, en mi habitación y con mis padres al fondo del pasillo?

—Dime que tú no lo deseas, que podrías parar esto ahora mismo. —Lo miro con unos ojos ardientes y el deseo más puro que he sentido jamás.

—Es una locura —susurro en su oído mientras lo abrazo y le acaricio la espalda.

—¿Acaso no lo es toda nuestra vida? —pregunta alzando la mirada hacia mis ojos. Lo tengo encima de mí y por nada del mundo quiero que se vaya. Lo necesito como respirar.

Tiro del cuello de Aless, enredo mis dedos entre su pelo y lo beso invitándolo a que culminemos lo que hemos empezado. El estado casi febril en el que nos encontramos ambos es demasiado como parar esto.

Aless me hace el amor de una forma diferente a las anteriores, lo siento más pasional, más entregado y más tierno. Me lleva a un orgasmo que acalla con su boca y ambos nos miramos en silencio, sudorosos y con el corazón desbocado.

Cuando hemos recuperado el aliento, estoy abrazada al pecho de Aless, le acaricio el abdomen y me atrevo a preguntarle al mismo tiempo que me incorporo para mirarlo a los ojos:

—Me gustaría saber a quién he tenido esta noche en mi cama, ¿A Alessandro Albani o a Alessandro Ferrer?

Él se queda pensativo por unos segundos y responde:

—Desde hace algún tiempo me siento solo como Alessandro Albani, creo pasará mucho hasta que vuelva a ser Alessandro Ferrer. ¿Supone un problema para ti? —inquire mirándome con atención.

—Supongo que podré vivir con ello. Alessandro Albani me atrae demasiado —confieso.

—A las tías os gustan los malos —susurra mientras me acaricia el pelo.

—Y los tíos dais el paso cuando veis peligrar lo que os interesa —le espeto de frente. No soy tonta y sé que esta reacción es debida al interés que hoy Oliver mostró en mí. Cuando me asaltó en el baño pude ver con claridad los celos reflejados en su mirada.

—¿Cómo eres tan inteligente! —exclama con orgullo mientras me abraza y me besa—. Supongo que eso es lo que más me atrae de ti y me vuelve loco —confiesa.

Me refugio en su abrazo y me quedo pegada a él sintiéndome emocionada por atraerlo y volverlo loco. Él produce muchos más sentimientos en mí, pero ya los conocerá a su debido tiempo.

Aless no abandona mi cama, nos quedamos dormidos y cuando siento voces fuera de la habitación lo despierto zarandeándolo con fuerza. Se incorpora alerta, me mira y le indico:

—Vete.

—Vaya forma más romántica de despertarme —se queja con una media sonrisa.

Aless salta de mi cama, recoge su ropa esparcida por el suelo, y se viste con prisa. Cuando va a salir por el balcón la puerta de mi habitación se abre de golpe, menos mal que es hábil y se esconde en el baño.

Mi madre irrumpe en mi habitación y me dice:

—Vamos, hija. Hoy es el gran día.

—Mamá, es muy temprano —me quejo, haciéndome la remolona en la cama, estoy desnuda.

—Baja a desayunar, en breve llegan los maquilladores y peluqueros —me indica.

—Vale, me ducho y bajo.

Mi madre se marcha de mi habitación, cierra la puerta y yo me levanto de inmediato y echo el pestillo. Luego voy al baño donde sigue escondido Aless.

—Ya se fue —le indico apurada mientras que él me recorre el cuerpo desnudo con una mirada intensa.

Aless tira de mi cintura con sus manos y me atrapa entre sus brazos.

—Si no fuese porque si tu padre me descubre aquí me corta las pelotas me duchaba contigo y te hacía mil cosas ahí dentro —indica con la mirada clavada en la ducha.

—Tienes que irte —le indico entre besos.

—Necesito un favor, distrae a tu padre para que pueda salir más seguro.

—¿Alessandro Albani necesita ayuda? —inquiero a modo de broma. Él me dedica una sonrisa mientras le susurro en el oído—: No lo puedes todo tú solo. Me ducho, bajo y distraigo a todos, está atento al móvil para cuando te avise.

Me meto en la ducha y siento la mirada de Aless en todo momento mientras enjabono mi cuerpo y mi pelo con esmero. Cuando salgo y me lío en una toalla él me indica:

—Sé lo que has hecho. Eres la culpable de esto. —Coge mi mano y la lleva hasta su miembro. Lo siento duro a través del pantalón.

—¿Voy a recibir algún castigo? —pregunto sintiéndome poderosa.

—No lo dudes —contesta con una amplia sonrisa. Me da un beso y salgo de la habitación para vestirme con prisa y que pueda marcharse cuanto antes sin que lo vean.

Desayuno con mi familia y mientras lo hacemos le indico a Aless que ya se puede marchar. Cuando está en el coche me dice:

—Misión cumplida con éxito. Te veo en la ceremonia. Estoy deseando saber qué vestido escogiste para trazar en mi mente la forma más rápida de quitártelo.

Siento un leve cosquilleo en mi vientre y sonrío como una boba al pensar que tiene planeado algo para nosotros esta noche. Mi hermana se da cuenta de mi entusiasmo y me susurra al oído:

—Estás liada con alguien que te hace muy feliz, ¿me lo cuentas?

La miro con el corazón en un puño y doy gracias a que aparece un ejército entero de maquilladores y peluqueros y tenemos que dejar la conversación para otra ocasión. Sin embargo, en mi mente tengo que trazar un plan para cuando mi hermana siga insistiendo. Por el momento, por nada del mundo puede saber que estoy liada con Aless.

33

Alessandro

Hoy es un gran día para toda mi familia. Observo a mis padres, orgullosos, mientras admiran a su hija, vestida de novia, antes de marcharnos todos a la ceremonia, y los veo rebosantes de felicidad y emocionados. Espero algún día poder ofrecerles una dicha tan grande y se sientan tan orgullosos de mí como lo están de mi hermana mayor en estos momentos.

Nos hacemos varias fotografías en familia y, ahí todos juntos, me doy cuenta del verdadero significado de la palabra familia, por lo que ha luchado mi padre toda su vida y ahora me ha tocado a mí. Miro a mis padres, con el amor que sienten y transmiten tras los años que llevan juntos y siento envidia de ellos. ¿De verdad se puede conseguir algo tan duradero y bonito tras tanto tiempo? Ellos son el vivo ejemplo y me siento muy orgulloso de ser su hijo.

Admiro a mi hermana mayor, guapísima en el día más importante de su vida y la abrazo, emocionado. Haría lo que fuese por ella y por protegerla. En esos momentos siento de verdad que merece la pena todo lo que estoy haciendo, por ellos, porque sus vidas sigan como hasta el momento y sean felices.

Admiro a mi padre cuando se monta en el coche con su primogénita, el padrino está espectacular. Cada día lo veo más joven, los años no pasan por él. Solo pido que cuando llegue a su edad sea igual a él en todos los aspectos.

Oliver, mi madre y yo nos marchamos en otro coche, ya todos nos esperan en el hotel del futuro marido de mi hermana, allí se celebrará la ceremonia y la posterior celebración.

Cuando me bajo del coche del brazo de mi madre y camino junto a ella mientras saludamos a los invitados mis ojos buscan de forma involuntaria a Allegra. Jamás me he interesado por el vestido que llevase una mujer, sin embargo, ahí me encuentro, deseoso de descubrir cuál haya sido su elección para la boda de mi hermana. Cuando finalmente la encuentro, al lado de su padre y de su hermana, esbozo una amplia sonrisa al descubrir que luce el vestido que era mi preferido de los tres que compró. Está radiante y maravillosa, su vaporoso vestido de gasa con muchas tonalidades es precioso y muy llamativo. Tiene el pelo recogido para lucir mejor una especie de capa que solo lleva en el lado izquierdo.

Stella está a su lado, me mira con insistencia hasta que le hago un gesto con la cabeza, luego le dedico una mirada especial a Allegra, que solo ella y yo entendemos y le guiño el ojo en señal de mi aprobación al bonito vestido que lleva.

La ceremonia resulta ser muy emotiva, las personas más allegadas a los novios pronunciamos unas palabras delante de todos y el discurso de Allegra me llega al corazón cuando habla del amor, de la complicidad y de la familia en una pareja. Lejos de querer salir corriendo, deseo compartir todo eso que ha dicho junto a ella. ¿Pero qué está haciendo esta mujer conmigo? Pensé que solo se trataba de una buena química sexual entre nosotros, pero me estoy dando cuenta de que es algo más. Por el momento no sé qué nombre ponerle a estos extraños sentimientos que me embargan, solo sé que me molesta ver a Allegra con otro hombre y quiero estar con ella más de lo que he deseado a ninguna mujer antes.

Cuando dormí con Allegra en su cama me di cuenta de que no solo disfruto con ella en el

sexo, disfruto mientras la tengo a mi lado, dormida o despierta y la miro sintiéndola solo mía.

Observo que Oliver se sienta junto a Allegra en la ceremonia y lo maldigo en silencio. Yo permanezco en un lugar privilegiado con mi madre, pero mi hermano siempre va a lo suyo y no respeta nada ni en un día como este.

Tras la emotiva ceremonia, en la que no puedo evitar dejar de mirar a mis espaldas para ver a Allegra, cada vez que lo hago Stella me sonrío y percibo que voy a tener que quitármela de encima ya que piensa que mis miradas e interés en su dirección van dedicados a ella, pasamos a una recepción de copas y canapés. Somos unos cien invitados, pero me cuesta encontrar a la mujer que capta todo mi interés.

Stella me aborda en mi trayecto y me susurra al oído:

—Cuando la boda termine nos podemos escapar y pasar la noche juntos.

—Stella, es la boda de mi hermana y lo voy a dar todo. Estaré a su lado hasta que esto termine. Se lo merece —me excuso.

—¿Y no podemos escaparnos a algún rincón o subir a alguna habitación de este inmenso hotel? Seguro que no sentirán nuestra ausencia por un rato —propone.

—No es el día —le corto en seco.

Ella me mira seria y pensativa.

—¿Estás con alguien? —pregunta de golpe, mirándome con interés—. Nunca habías rechazado mis proposiciones, como a ti te gustan, sin compromiso —añade.

—No —niego de inmediato—. Es solo que me apetece disfrutar de este momento con mi familia. He pasado mucho tiempo alejado de ellos.

—Bien, ¿hasta cuando estás aquí? —pregunta con interés—. Podemos quedar en tu apartamento mañana o pasado.

—No lo sé, ya iremos hablando. Discúlpame, voy a saludar a unos amigos —me excuso con ella para seguir buscando a Allegra.

Al no encontrarla decido buscar a mi hermano, tampoco lo encuentro y esto me molesta. En mi mente comienzo a pensar todo tipo de cosas. Oliver es un tío guapo, fuerte y atractivo, sabe camelar a las mujeres y es muy simpático. Casi ninguna se le resiste, y no quiero que Allegra descubra todos esos encantos y decida que él es mejor que yo. ¿Estoy celoso de mi hermano? me pregunto molesto. Sí, lo estoy. Quiero a Allegra para mí, y en este preciso instante descubro que no voy a permitir que se aleje de mí y pueda tener oportunidades con otros hombres.

34

Allegra

Tras una ceremonia en la que me he emocionado y llorado, después de felicitar a mi prima, fundirnos en besos y abrazos siendo ya una mujer casada, voy al baño a retocarme el maquillaje, yo no soy así, pero tengo la cara hecha un mapache y mi hermana me dijo que fuese a ponerme un poco más decente.

Cuando salgo del baño me topo con Oliver, al parecer me esperaba ahí. Se acerca a mí y siento que quiere decirme algo, pero, por su actitud, deduzco que no sabe por dónde abordar el tema.

—Una ceremonia preciosa y super emotiva. ¿Sucedó algo? —inquiero mirándolo con atención.

—Sí, todo maravilloso. Mi hermana está guapísima, y tú —añade mirándome de arriba abajo—. Verás, hay algo que quería preguntarte —dice algo reticente.

—¿Qué?! —inquiero con asombro.

—Es algo que me dijo mi hermano anoche. —Me mira y se queda pensativo—. Bueno, da igual. Dejemos esta conversación para otro momento. Puede que no sea el momento y me haya precipitado.

—No. Dime —lo animo—. ¿Qué te dijo Aless? —pregunto con suma curiosidad.

—Allegra, tú me gustas —confiesa para mi asombro—. Aless se dio cuenta de mi interés y me dijo que eras lesbiana. Yo suelo notar esas cosas, pero no sé... confírmame tú. Soy un tío de mente abierta y eso, que si es tu condición sexual yo la voy a respetar y seguiremos llevándonos genial como hasta ahora —añade con cierta inquietud mientras me mira algo nervioso a la espera de mi respuesta.

Suspiro a la misma vez que maldigo a Alessandro por decirle esa gran mentira a su hermano. Miro a Oliver a los ojos y le aclaro:

—Me considero una mujer diferente a las demás, como habrás podido comprobar siempre. No me parezco a mi hermana en nada, por eso ella piensa que soy lesbiana y se lo comentó a Aless, pero nada más lejos de la realidad. Me gustan solo los hombres —le dejo claro mientras que en el rostro de Oliver aparece una amplia sonrisa.

De un impulso me estrecha en sus brazos y luego me da un beso en la mejilla.

—No sabes cuanto me alegro —susurra en mi oído—. Allegra, me gustas muchísimo, creo que tú y yo podríamos... —revela.

Me separo un poco de él, lo miro a los ojos y le indico:

—Oliver, hoy no es el día. Además, yo me marcho muy pronto lejos de nuevo por temas de trabajo.

—Lo sé. Solo quería que supieses que me gustas y estoy dispuesto a que pueda surgir algo entre nosotros —me plantea con tranquilidad.

Por suerte, mi madre y mi tía se acercan a nosotros, vienen en dirección al baño de mujeres y nos saludan.

—Está saliendo todo genial —murmura mi tía Mel con orgullo. Está radiante de felicidad y

guapísima.

Luego unos hombres llaman la atención de Oliver y se marcha con ellos mientras yo dejo a mi madre y a mi tía en el baño y voy en busca de Alessandro, aún no nos hemos acercado desde que empezó esta boda y tengo que echarle una buena bronca que no puede esperar. ¡¿Cómo ha podido decirle a su hermano que soy lesbiana?! Deduzco con el fin que lo ha hecho.

Cuando doy con Aless lo encuentro tomando una copa de champán junto a mi hermana. Ella está muy cerca de él y lo mira de forma seductora. Tomo una bocanada de aire y me acerco a ellos, decidida y tremendamente celosa por las miradas que mi hermana le dirige.

—¿Interrumpo? —les pregunto a ambos colocándome frente a ellos.

—Sí —afirma mi hermana sin pudor alguno.

Alessandro me mira, pone los ojos en blanco y dice:

—Para nada, Allegra. Estás guapísima. Me encanta tu vestido, te queda genial —me elogia delante de mi hermana con descaro, pero ella ni se inmuta de estos piropos, claro, como para ella no soy competencia...

—Gracias —respondo de forma cortante y seca mientras lo miro seria. De inmediato Aless sabe que me pasa algo, pero mi prima Carla aparece y me pide que le ayude a quitarse el velo y ponerse un poco más cómoda para cuando pasemos a la mesa.

Desaparezco con mi prima mientras dejo a Aless a solas con mi hermana. Cuando regresamos a la celebración de inmediato pasamos a las mesas. Descubro que estoy sentada con Oliver, Aless, mi hermana y unos amigos en común. Oliver se sienta a mi lado y termino con Aless y mi hermana enfrente. Ambos nos dirigimos una mirada, nos sonreímos, sin embargo, yo le muestro a Aless la que será mi venganza. Le voy a enseñar a no mentirle a su hermano sobre mí.

Antes de que comiencen a servirnos la comida todos los invitados descubrimos que en nuestros platos hay una tarjeta con un número. Los novios toman la palabra y nos indican:

—Ese es nuestro primer regalo. Tenéis una habitación pagada en este hotel para que paséis la noche.

Un murmullo de sorpresa y aplausos sucede al anuncio del reciente marido de mi prima.

Aprecio cómo mi hermana mira a Aless, le hace ojitos y alza la tarjeta. Invitándolo con descaro. Alessandro no repara en ello, se levanta, coge una botella de vino, rellena su copa y pide un brindis por los novios al que toda la mesa nos unimos.

El resto de la comida mi hermana se la pasa coqueteando con Aless y yo, para devolvérsela, me dejo llevar por los coqueteos de Oliver mientras disfruto cada mirada seria y molesta que me dirige Alessandro.

Los novios salen a bailar y tras ellos el resto de los invitados. Oliver me toma de la mano y somos de los primeros en pisar la pista junto con los novios y mis tíos. Luego observo que Stella y Aless llegan a bailar juntos, los miro y siento que el estómago se me revuelve cuando mi hermana lo acaricia de forma íntima y esto no pasa desapercibido a mis ojos.

De repente, siento como una mano me toma con fuerza por la cintura y escucho:

—Cambio de parejas. —Aless le entrega a su hermano a Stella, me coge con fuerza y nos alejamos de ellos para continuar bailando entre los demás.

—No me mires con esa cara cuando eres tú el que le has dicho a Oliver que soy lesbiana. ¿Cómo has podido hacer algo así? —le reprocho muy enfadada.

Alessandro se queda callado, me mira serio, se toma unos segundos y me dice:

—Era la forma más rápida de alejarlo de ti —justifica convencido de ello mientras lo miro muy enfadada.

—¿Cómo has podido?! —le recrimino, dolida.

—¿Pero no ves cómo mi hermano te come con los ojos? —justifica, alterado.

—Con los mismos que mi hermana te come a ti —contraataco y consigo dejarlo callado y pensativo mientras continuamos bailando.

—Lo siento, pero vi a mi hermano decidido a ir a por ti —murmura—. Tenía que quitarte de su cabeza y recurrí a algo de lo que no me siento orgulloso. Discúlpame. En esos momentos actué por impulso. No lo pensé.

—En nuestra situación no nos podemos dejar llevar por impulsos —le recrimino.

—Bueno... creo que eso fue mejor que ir hasta él y apartarlo de tu lado delante de todos.

—No tienes derecho a ello —le recuerdo, enfurecida.

—Sí los tengo —afirma, contundente—. Eres mi prometida y nos vamos a casar. No puedes estar tonteando con otro.

—Cuando te quedas sin argumentos no está bien que recurras a Alessandro Albani. Aquí solo somos Aless y Allegra, dos primos que nunca se han llevado demasiado bien. Así que sigue sin demostrar interés por mí y todo irá bien.

—¿Estás interesada en Oliver? —pregunta, serio.

—A diferencia de ti, no me gusta jugar con dos hermanos a la vez.

Me separo de él y me alejo, por suerte, unas amigas tiran de mi brazo y nos ponemos a bailar mientras observo que Alessandro se mezcla entre los invitados y ambos nos miramos en la distancia sin apartar los ojos el uno del otro.

35

Alessandro

En plena fiesta desenfundada en la boda de mi hermana recibo una llamada que no puedo obviar. Es de un contacto al que le debo todo lo que es Alessandro Albani en estos momentos.

Me retiro de la fiesta, a un lado más alejado de los jardines donde se celebra, y hablo con tranquilidad, sin el bullicio de fondo.

—¿Qué sucede? —pregunto con voz seria, algo preocupado. Esta persona sabe que me encuentro en la boda de mi hermana, si me interrumpe en estos momentos es que algo realmente grave sucede.

—Ya he descubierto porque Faheem no ha puesto a la venta el último cargamento y de qué se trata su próximo gran negocio. Tenemos que reunirnos para que te informe de todo y estés al tanto para cuando te proponga entrar en ese gran negocio. Su proyecto más ambicioso.

—¿Tú crees que lo hará?

—Seguro. Te estima mucho y confía en ti.

—¿Cómo has obtenido la información? —me intereso.

—Alguien que custodia toda la droga sabe su destino, un almacén farmacéutico —especifica.

—¿Cómo?! —pregunto perplejo.

—Ya te lo contaré, pero tiene que ser en persona. Tenemos que vernos mañana sin falta.

—¿Dónde? —me intereso, hasta el momento nuestros encuentros han sido en países y lugares insólitos.

—Coge un vuelo que haga escala de un par de horas en Berlín. Nos veremos en los baños del aeropuerto.

—Está bien, allí estaré.

Tomo una bocanada de aire, saco un cigarrillo de mi bolsillo, hace años que no me fumo uno, sin embargo, lo necesito para calmarme un poco y pensar con claridad.

Luego cojo dos vuelos para mañana a primera hora destino París con escala en Berlín. Vuelvo a la fiesta de la boda de mi hermana, busco a Allegra y la encuentro con unas amigas y Oliver su lado, pendiente de ella y mirándola como el lobo que se quiere comer a caperucita. Chasqueo la lengua, voy en busca de mi hermana y su marido, me despido de ellos, les indico que me ha surgido un tema importante de trabajo y tengo que marcharme mañana temprano. Luego me despido de mis padres y finalmente voy a por Allegra. La encuentro a solas con mi hermano, ya no están rodeados de amigos como antes, él está muy cerca de ella, observo cómo la coge por la cintura y se arrima a su oído de forma peligrosa mientras que Allegra ríe a carcajadas de lo que sea que el payaso de Oliver le haya dicho.

—¿Interrumpo? —pregunto parado frente a ellos, serio, con las manos metidas en los bolsillos, ya que lo único me que apetece es ponérselas a Oliver encima para alejarlo de Allegra.

—La verdad que sí —responde mi hermano mirándome con una sonrisilla.

—Allegra, necesito hablar contigo de un asunto —le indico ignorando a mi hermano.

—Ya está todo aclarado, no es lesbiana —murmura Oliver, lleva un par de copas encima y está demasiado alegre.

—Piérdete, hermanito, necesito hablar con Allegra a solas de ese mal entendido —aprovecho la ocasión para deshacerme de Oliver.

Se hace un breve e incómodo silencio entre los tres hasta que Oliver se acerca a la mejilla de Allegra, le da un beso y se marcha.

—Cuando termines de hablar con este aburrido búscame, queda mucha noche por delante —le indica a Allegra.

Espero a que Oliver se aleje lo suficiente para acercarme a Allegra y manifestarle:

—Nos tenemos que ir.

—Sí, claro, lo que tú digas. Voy a disfrutar de esta fiesta, una real en la que puedo ser yo —me indica con rabia, haciéndome notar la doble intención en sus palabras.

—Han surgido problemas. Nos vamos —sentencio sin darle más explicaciones. Tomo a Allegra del brazo y la obligo a caminar a mi lado a paso ligero.

—¿Estamos en peligro? ¿Nuestras familias? —inquieta con preocupación mientras me mira y observa nuestro alrededor.

—Por ahora no, es una información delicada —le adelanto.

—¿A dónde vamos? —pregunta cuando ve que nos adentramos en el hotel y nos dirigimos en dirección a los ascensores.

—A mi habitación —le indico a la misma vez que cogemos el ascensor. Subimos solos, nos miramos en silencio y no puedo evitar lanzarme a los labios de Allegra y besarla como he deseado hacerlo durante toda la fiesta.

Ella me responde con ganas y deseo, el mismo que pugna en mi interior. Salimos del ascensor entre besos y abrazos y así entramos en la habitación que me corresponde según la tarjeta que estaba en mi mesa.

—No nos dejemos llevar, ¿qué ocurre? —Allegra interrumpe el beso y me mira preocupada.

—Mi contacto más importante va a darme una información delicada. Será mañana en una escala que haremos en el aeropuerto de Berlín.

—¿Haremos? —pregunta, confusa.

—Sí, vendrás conmigo. —Allegra esboza una sonrisa.

—¿Voy a conocer a tu contacto? ¿Vas a empezar a confiar más en mí? —pregunta con alegría.

—Puede.

—Ya era hora —se queja.

—Solo he tratado de protegerte hasta el momento.

—Pues no lo hagas. Estamos en esto juntos —me recuerda, sin embargo, yo la miro y me pierdo en sus ojos, al mismo tiempo que la cama que tenemos detrás me invita a pasar la noche con ella antes de enfrentarme a un nuevo problema —. Te he deseado desde que te vi aparecer hoy. Estás impresionante —le susurro en el oído.

Allegra me mira, la tomo por la cintura con fuerza y me apodero de sus labios de nuevo.

—No vuelvas a decirle a nadie más que soy lesbiana o la próxima vez te daré tal paliza que estarás en cama una semana —me amenaza produciéndome una enorme sonrisa mientras admiro sus ojos llameantes. Cuando se enfada es increíble, me atrae mucho más.

—Lo siento. Tienes mi palabra. La próxima vez seré yo el que le dé una paliza al tío que se te acerque —resuelvo mientras le beso el cuello.

—No tienes derecho —murmura mientras la llevo hasta la cama.

—Te voy a demostrar que sí los tengo —le susurro en el oído, la beso y nos desnudamos.

Terminamos haciendo el amor como locos. Nuevamente descubro que estar con Allegra no se asemeja a nada de lo que haya tenido antes, lo que ella me hace sentir es único y esto me asusta.

Durante el resto de la noche, que la pasamos en la cama, siento que dormir con Allegra entre mis brazos es de las cosas más placenteras que me ha pasado en la vida.

Nos levantamos temprano y abandonamos la habitación con la ropa deportiva de cortesía que nos han dejado. Desde luego mi hermana pensó en todo en su boda. Ambos pasamos por nuestras casas para recoger las maletas, por suerte todos se quedaron anoche en el hotel y no tenemos que despedirnos de nadie.

Allegra se queja de no haber tenido tiempo de decirle nada a su familia, les dejará un mensaje en el teléfono, pero no hay tiempo de más. Ponemos rumbo al aeropuerto y de camino a este cuando Allegra descubre el destino final me pregunta:

—¿Qué vamos a hacer en París?

—Haremos llegar un par de fotos disfrutando como una pareja enamorada en la ciudad del amor y luego justificaremos con ello estos días de ausencia.

—¿Siempre lo tienes todo tan bien atado? —pregunta.

—No siempre. En ocasiones surgen ciertas cosas que me descolocan y no sé cómo manejar — respondo mirándolas a los ojos.

—¿Cómo qué? —inquieta con interés.

—Como tú —respondo dándole un beso en la frente que la deja sin palabras—. Vamos, que llegamos tarde —la apremio.

Cogemos nuestro vuelo y cuando hacemos escala me reúno con mi contacto en el baño de hombres del aeropuerto.

Cuando le indico a Allegra el lugar de la reunión donde me pasarán la información me mira seria y me espeta con recelo:

—Solo me has traído aquí para alejarme de Oliver. Cómo no me he dado cuenta antes. Todo seguirá igual, Alessandro Albani, tú sabiéndolo todo y yo como tu simple amante y ayudante.

—Eres mucho más que eso, Allegra. Ya hablaremos.

Miro mi reloj y compruebo que no tengo más tiempo. Entro al baño de hombres y cierro la puerta para que no pueda entrar nadie más, mi contacto ya está dentro y se ha asegurado de que estamos solos.

36

Allegra

Me siento tan traicionada y tan poco valorada al lado de Alessandro que decido recoger mis cosas y marcharme sola en otro avión. No me apetece ir a París con él. Me levanto con ímpetu del asiento y al hacerlo se vuelcan de mi bolso un par de cosas y se esparcen por el suelo. Me agacho a recogerlas y cuando estoy de rodillas para coger un paquete de pañuelos al final de debajo del asiento veo que dos hombres, con pintas de sospechosos, se quedan en la puerta del baño donde ha entrado Alessandro a reunirse con su contacto. De inmediato me pongo alerta, esos hombres se dirigen una mirada y sé que van a hacer algo. Pienso con rapidez y decido actuar en vez de dejar que intervengan en la conversación entre Aless y quién sea su contacto. Decido caminar rápido hacia las puertas del baño, llevo la cabeza agachada, simulo que voy pendiente del móvil y choco con brusquedad, a conciencia, con ambos hombres que están en la puerta del baño. Me tiro al suelo y grito fingiendo que me he doblado el pie. Ellos me miran y perciben que un montón de gente están pendientes de nosotros, por lo que no pueden actuar en lo que sea que tuviesen pensado.

—Vamos a buscar un médico —dicen ambos a la vez y salen corriendo.

Yo me quedo sentada en el suelo, delante de la puerta del baño de hombres, custodiando que esos dos sospechosos no entren mientras varias personas se acercan a ayudarme y yo no dejo de seguirlos con la mirada.

De repente, Alessandro sale del baño y me encuentra ahí.

—¿Qué pasa?! —pregunta agachándose a mi lado.

Le echo las manos al cuello, lo abrazo, y le susurro:

—No estamos solos.

Él me mira de forma peligrosa y luego recorre con la mirada toda la sala del aeropuerto.

—¿La ayudamos? —preguntan unas personas.

—Soy su marido, yo me encargo —dice Aless. Con agilidad me levanta del suelo mientras que yo simulo caminar a su lado con algo de dificultad.

—¿Qué ha pasado? —pregunta mientras teclea en su móvil.

—Dos hombres con pintas de sospechosos se acercaron al baño e intentaron entrar. Lo impedí con este numerito —le explico.

—Gracias.

—¿Te han traicionado? —pregunto mirándolo a los ojos.

—Mi contacto jamás lo haría. Le debe demasiado a Alessandro Albani —murmura.

—¿Lo has avisado? —pregunto.

—Sí. Sus hombres ya están buscando a esas personas.

—¿Se trata de Faheem o de Capdevila? —inquiero con miedo.

—Me temo que nuestro amigo Faheem no se termina de fiar de mí, debe haber llegado a su conocimiento nuestra ausencia e igual nos estaba buscando —murmura.

—¡Joder! ¿Y ahora qué hacemos? —pregunto con interés.

—Volver a Nápoles —determina de golpe—. Aprovecharemos tu caída como excusa. Sigue

fingiendo —me pide mientras teclea en su móvil.

Alessandro pasa dos horas pendiente de su teléfono en las que me ignora por completo. Cuando embarcamos en un nuevo avión que nos llevará a Nápoles, viajamos en primera, le pregunto:

—¿No me vas a decir de qué se trata la información que te han pasado? Puedo llegar a entender que no me reveles quién es tu contacto, pero igual debo de saber qué trama Faheem.

—Está loco —murmura—. Va poner en el mercado unas pastillas milagrosas que la gente podrá tomar para dormir menos y aprovechar más los días y la vida. Su eslogan es: No pueden alargarte la vida en años, pero sí en tiempo. Va a ocultar que llevan drogas. Las quiere comercializar como un medicamento. El ser humano solo necesitará dormir dos horas al día si toma estas pastillas. A la gente le falta tiempo en sus vidas, ¿no crees que en cuanto salgan al mercado lo revolucionarán y serán un completo peligro?

—¿Era eso detrás de lo que se encontraba el hijo de Capdevila? —pregunto con asombro.

—Sí, y el tráfico de armas —especifica, serio—. Tienen previsto introducir una gran cantidad de forma ilegal y de manera regular. Los buenos —me hace un gesto con las manos imitando unas comillas—, intentaban parar esto, pero los cogieron. Ahora estamos metidos de lleno en esto tú y yo y a saber cómo sale todo y dónde vamos a parar.

Siento a Aless más cercano, su confesión, con la calma y la claridad con la que me ha hablado me ha dejado un poco preocupada. No suele ser así, hasta el momento lo ha controlado todo y me ha dejado al margen de las cosas importantes, sin embargo, en estos momentos está compartiendo información delicada conmigo, ¿qué ha cambiado? Cierta sensación de inquietud se apodera de mí.

—Puedes confiar en mí. Estamos juntos en esto —le recuerdo al mismo tiempo que le tomo una mano entre las mías. Él baja la mirada hacia nuestras manos unidas y luego me dedica una sonrisa.

—Solo he intentado protegerte hasta el momento. No pienses que te he dejado a un lado porque no confíe de ti o te considere menos por ser una mujer. Es solo que existen cosas que no puedo compartir contigo. Algún día te prometo que te las contaré.

Lo miro y leo sinceridad en su mirada transparente.

—Puedes compartir conmigo lo que quieras, en el momento que sea. Siempre voy a estar ahí —le indico poniéndole en bandeja toda mi confianza.

Alessandro esboza una sonrisa seductora, aparece cierto brillo canalla en sus ojos y se acerca a mi oído, donde susurra:

—Gracias. Podemos empezar por compartir cama todas las noches. He descubierto que dormir junto a ti es la mayor paz que recibo al final del día —revela. Lo miro con sorpresa mientras mi corazón bombea con fuerza contra mi pecho al mismo tiempo que siento que esto es un paso más en lo que sea que tenemos, pero estar cerca de él siempre es un placer.

—Tener en mi cama cada noche a Alessandro Albani... —murmuro haciéndome la interesante—. Un hombre duro, oscuro, peligroso, que me oculta muchas cosas, pero del que tengo la absoluta certeza que me quiere proteger en todo momento y a toda costa —le indico, pensativa—. Me gusta tenerte cerca y compartir cama contigo —le revelo mirándolo a los ojos.

Él se acerca, se apodera de mis labios y los sella con un beso maravilloso que me deja jadeante. Sea lo que sea lo que tenemos es mucho más de lo que alguna vez imaginé y me conformo con ello.

37

Alessandro

Regresamos a la casa en Nápoles y cuando llegamos lo primero que me encuentro es con una videollamada de Capdevila. Russo insiste en que lo atienda.

Me pongo delante del ordenador junto con Allegra, tal y como Leonardo nos pide y lo miro serio y desafiante. Desde que Faheem nos retuvo para comprobar si éramos de fiar o no, no hemos tenido un cara a cara. Por los chicos sé que la misión sigue adelante, pero yo ya no le voy a informar de nada.

—¿Qué quieres?! —le pregunto de malas formas.

—Me tienes en una completa agonía aquí sin saber nada —se queja.

—Y así vas a seguir. Me metiste en esto engañado y ahora yo solo tendré que salir.

—Mi hijo... —murmura, abatido.

—No sé nada de él —lo corto de forma brusca—, comprenderás que en este tiempo me haya cuidado más de proteger mi vida y la de Allegra —ladro con enfado.

—Solo tú puedes llegar hasta él —me ruega, desesperado.

—No te prometo nada, si está en mi mano lo rescataré, pero antes tengo que asegurar mi vida y la de ella, algo que a ti no te importó cuando nos metiste en esto. Solo pensaste en salvar a tu hijo.

—A mi hijo y todo lo que ese hombre iba a hacer en el país —alega.

—Bien, ahora yo trataré de remediarlo, pero a mi manera. No quiero órdenes ni seguimientos de tu parte, solo colaboración cuando la necesite —le dejo claro.

—Estoy fuera de juego. Me han obligado a jubilarme tras lo sucedido. Russo y Greco enviaron sus informes y los superiores decidieron dejarte el mando debido a tus contactos y gran capacidad. Pero recuerda que he estado dentro muchos años, lo que necesites puedo serte de ayuda si encuentras una negativa en los superiores, solo te pido a cambio que encuentres a mi hijo.

—No te prometo nada.

Cierro la pantalla del ordenador y suspiro.

—Es un padre desesperado —murmura Allegra a mi lado.

—Y nosotros dos víctimas con nuestras vidas en juego —le recuerdo con rabia. Yo vivía muy bien hasta que el hijo de puta de Capdevila se presentó en mi despacho.

Nos reunimos con Greco y Russo y revisamos el aumento de la seguridad en todo lo que nos rodea.

Cuando salimos del despacho escucho que Russo le dice a Allegra:

—Te he echado de menos en las carreras matutinas de estos días. ¿Te espero mañana?

—Sí —le responde ella de inmediato.

No me gusta como Russo la mira, soy hombre y sé que quiere algo con Allegra. No lo culpo, es una mujer increíble y ante sus ojos solo representamos ser una pareja. Por ello decido acabar con esto.

Termino de cerrar el ordenador en el despacho y me acerco a ella, tomo a Allegra por la

cintura, la arrimo a mi cuerpo y le susurro delante de Russo:

—¿Nos vamos a la cama? Estoy muerto.

Me mira un poco desconcertada y asiente en silencio. Yo me quedo mirando a Russo con atención tras marcar mi territorio. Russo nos mira asombrado, pero no dice nada.

—Hasta mañana —se despide Allegra.

La cojo de la mano y tiro de ella para subir las escaleras a sabiendas de que Russo se quedó allí mirándonos.

La dirijo directamente a mi habitación y tras cerrar la puerta ella estalla:

—¿A qué ha venido eso delante de Russo?!

—¿El qué? —pregunto haciéndome el tonto mientras me deshago de la camiseta.

—No hagas eso, es muy Albani —me reprocha, enfadada, parada frente a mí.

—¿A qué te refieres? —inquiero acercándome a ella con pasos lentos, mientras la miro a los ojos.

—Le has dejado claro a Russo que estamos liados fuera de la misión y ahora te quitas la camiseta y te plantas así delante de mí para que esta discusión no vaya a más. No soy de piedra, ¿sabes? Y eres muy consciente de todos tus atributos —me reprende.

Me acerco más a ella, la tomo por la cintura mientras que Allegra posa las manos sobre mi abdomen y me lo acaricia provocándome oleadas de placer con su simple roce y cercanía.

—Russo lleva tiempo echándote el ojo, me he dado cuenta. No quiero malos entendidos ni tener que partirle la cara, por eso le dejé claro de una forma sutil que eres mía.

—Tuya —murmura acercándose de forma peligrosa a mis labios—. Vaya, resulta que me estoy enterando. Pensé que solo era de Alessandro Albani —comenta con una sonrisa.

—Cuando me acuesto con una mujer de forma continuada me gusta ser el único. Allegra, esto es complicado, pero si pasamos las noches juntos en esto no cabe nadie más —le dejo claro de forma tajante.

—Me parece bien. Me gusta eso de no tener que compartirme —murmura sobre mis labios mientras me da un beso fugaz.

—No me has compartido nunca —le dejo claro.

—¿Estás seguro? —inquiere con el ceño fruncido—. Has tenido muchas reuniones sin mí con Abel y mi hermana no te dejó en la fiesta de la boda de tu hermana.

—¿Celosa? —pregunto sonriente, cuando siento que tuerce el gesto y se pone seria le confieso—: Desde que entraste en esta misión solo has sido tú. Allegra, esto es complicado, pero lo que siento contigo jamás me había pasado antes.

Allegra entrelaza las manos alrededor de mi nuca y me mira con una amplia sonrisa.

—Yo tampoco había sentido nada parecido antes.

—Me alegra que sea mutuo —me apodero de sus labios y enredo mi lengua con la suya. La alzo en mis brazos y la llevo hasta mi cama.

Nos deshacemos de la ropa y le hago el amor de una forma muy lenta, besándole y acariciándole cada rincón de su cuerpo. Quiero que recuerde esta noche para siempre.

A la mañana siguiente volvemos a hacer el amor cuando amanece. La dejo rendida en la cama y bajo al gimnasio.

Cuando veo a Russo esperando a Allegra, listo para correr, le indico:

—Allegra aún duerme. No creo que le queden fuerzas para correr.

Russo me mira serio y murmura:

—Eres un cabrón con suerte en todos los sentidos, Albani.

Se da media vuelta y se marcha mientras que yo esbozo una amplia sonrisa y me dirijo al gimnasio.

El resto del día apenas veo a Allegra ya que tengo asuntos que resolver en los que ella no puede meter las narices. Cuando esto ocurre suele cabrearse conmigo, y la entiendo, pero no puedo meterla de lleno en todo lo que estoy yo. Necesito protegerla y mantenerla al margen de ciertas cosas.

Cae la tarde y no la encuentro por ningún lado de la casa, Greco y Russo me confirman que no ha salido de la propiedad. Reviso las cámaras de seguridad de la casa y finalmente la encuentro en la terraza de su habitación. Está recostada sobre una tumbona mientras admira las vistas del atardecer con la isla de Capri al fondo. Desde que he llegado a esta casa no he tenido tiempo de contemplar tan hermoso paisaje. Cierro el ordenador y voy en busca de Allegra.

Entro en la terraza y ella apenas se inmuta con mi presencia. En silencio, me siento a su lado y murmuro:

—Bonitas vistas.

—Increíbles. No me había parado a ver el atardecer desde aquí. La sensación de paz y serenidad que transmite es maravillosa. Te olvidas de todo.

—¿Puedo? —le pregunto pidiéndole permiso para acomodarme con ella en la tumbona. Allegra me hace un lado y la abrazo—. Te doy permiso para que te olvides de todo menos de mí en estos momentos —susurro en su oído.

—¿Ya vienes con los aires de Alessandro Albani? —inquire mirándome, sonriente.

Me inclino sobre ella y le doy un beso, lo profundizo y luego le indico:

—No digas nada. Deja que te abrace y disfrutemos de este momento único.

Allegra entrelaza sus manos con las mías y juntos vemos el atardecer más maravilloso de nuestras vidas.

—Lo único que puedo agradecerle a esta misión es tenerte así —susurro en su oído tras un largo rato en silencio, escuchando solo el fuerte latir de nuestros corazones.

—¿Solo así? —pregunta mientras se revuelve en mis brazos, se sienta a horcajadas sobre mis piernas y se apodera de mis labios.

—Hazme cambiar de opinión —la reto con una sonrisa.

—Prepárate para morir de placer —susurra sobre mis labios, me besa, se deshace de mi camisa y continúa con sus besos por mi cuello, por mi pecho y mi abdomen. Cuando llega a la cinturilla de mis pantalones alza una mirada lujuriosa hacia mis ojos mientras que se muerde el labio.

—Joder, Allegra —mascullo de placer en cuando siento sus manos bajar mis pantalones—. Espero que sepas lo que haces —murmuro cuando siento su calidez. Cierro los ojos y dejo que su maravillosa boca me haga gemir de placer como no lo he hecho nunca.

Cuando tiro de su pelo, antes de apoderarme de sus labios, le confieso:

—Eres increíble.

—Lo cierto es que no sabía muy bien lo que hacía, pero, por tus reacciones creo que lo he hecho muy bien —confiesa.

—¿No lo habías hecho antes? —pregunto con sorpresa.

Ella niega con un gesto de la cabeza.

—Lo consideraba algo demasiado íntimo —revela. Me apodero de sus labios y le confieso:

—Me alegra que haya sido conmigo. Ahora creo que es mi turno.

Allegra me mira un poco sorprendida.

—Hazme el hombre más feliz sobre la tierra y dime que no lo has hecho antes con nadie —le susurro en el oído apoderándome del lóbulo de su oreja y mordiéndolo.

—Serás el primero —revela y mi corazón está a punto de estallar.

Al día siguiente recibo una llamada de Abel para invitarme a una fiesta. No puedo negarme, en cada una de sus fiestas se trama algo y se conoce a gente muy influyente. Insiste en que acuda acompañado y no tengo más remedio que pedirle a Allegra que me venga conmigo, eso sí, en esta ocasión voy a ir armado. Después de los dos hombres sospechosos del aeropuerto mientras estaba reunido con mi contacto no puedo estar tranquilo.

Les indico a Greco y Russo que esta noche tendrán que ejercer más que nunca de seguridad privada mía y de Allegra ya que la fiesta que da Faheem es en un local público del que es dueño.

Le comunico a Allegra que esta noche tenemos fiesta y no le hace ni pisca de gracia.

—Y yo que pensé que íbamos a dormir juntos de forma placentera esta noche.

—Será a la vuelta —le indico con un guiño del ojo.

—Vale, voy a elegir un modelito putón —se queja mientras se dirige al vestidor bajo mi atenta mirada.

—No te excedas —la prevengo mientras que la miro con deseo. Allegra no es consciente de lo que logra despertar en mí, pero me da miedo confesarle el poder que podría llegar a tener, por eso, por el momento, prefiero que lo nuestro se quede como está, sin hablar en voz alta de los sentimientos y sin promesas que no se puedan llegar a cumplir.

Ella alza un vestido ajustado color morado y asiento con un gesto de mi cabeza. Saca unas sandalias doradas y un bolso a juego.

—Voy a transformarme —murmura con desgana.

Me alejo en mi vestidor y escojo un traje de chaqueta negro con una camisa blanca, sin corbata. Cuando me ducho y me visto me miro al espejo y resoplo. Siempre me han gustado las fiestas, salir y divertirme, pero en estos momentos puedo jurar que cuando algún día vuelva a mi vida normal valoraré más lo que es pasar tiempo en casa, tranquilo y relajado, y con mi familia.

Cuando vuelvo al vestidor a ponerme los zapatos veo a Allegra completamente arreglada y siento ganas de besarla y llevarla a la cama, pero no tenemos tiempo. Me acerco a ella por detrás, la tomo por la cintura, la acerco a mi cuerpo y le susurro en el oído:

—Estás impresionante. Estoy deseando ver qué llevas debajo.

—Tú también estás muy guapo —me indica, sonriente, mientras la miro y me reprocho cómo no me di cuentas antes la gran mujer que es, lo atractiva y lo deseable en todos los sentidos.

—Una pareja envidiable, perfecta —comento con orgullo al ver nuestro reflejo en el espejo.

Le doy un beso a Allegra en el cuello y nos marchamos.

Greco y Russo nos esperan, no me pasa desapercibida la mirada que Russo le dirige a Allegra cuando sale de la casa de mi mano y me mira sonriente, nos montamos en el coche y acudimos a la fiesta de Abel. Desde que estoy en este mundo he descubierto que los negocios nacen en las fiestas, luego en un despacho solo se concretan los detalles.

Abel nos recibe en la entrada de la discoteca y solo cómo mira a Allegra, que va de mi mano, me entran ganas de dejarle muy claro que ella es exclusivamente mía. Nos acompaña hasta un reservado y nos anima a que tomemos unas copas mientras él continúa recibiendo a más invitados.

Tras una hora Abel me avisa para que pasemos a un despacho y cerrar varios asuntos con otras personas. No me gusta dejar a Allegra sola, pero no tendré más remedio.

Cuando entro en el despacho con Abel su padre preside una mesa con cuatro hombres más, saludo a Amín y me presentan al resto de hombres. Mi sorpresa es mayúscula cuando Abel se despide de nosotros y me sorprende que no se quede en la reunión. Se excusa con el hecho de que tiene que atender al resto de invitados fuera y cerrar otros negocios.

Me quedo algo inquieto en esa misteriosa reunión, algo no me gusta. Amín comienza a hablar de temas triviales y me atrevo a pedirle si podemos ir al grano. De repente, siento que una alarma salta en mi reloj. Es una señal de emergencia de comunicación. Miro mi móvil y aprecio que en el lugar en el que estamos no tengo cobertura. Definitivamente algo va mal fuera si se ha activado esa alarma, ya que solo pueden hacerlo Allegra, Greco o Russo.

Me pongo en pie en plena reunión y me excuso:

—Tengo que salir un momento. —Sin esperar respuestas ni reacción salgo del despacho y me encamino a buscar a mis hombres y a mi mujer. Llevo la mano sobre la pistola que mantengo en mi espalda porque no sé con lo que me pueda encontrar.

Cuando bajo a la discoteca todo es normal, ningún revuelo, busco a los chicos hasta que es Greco quién se acerca a mí de forma decidida, por la expresión de su cara puedo apreciar que nada bueno sucede.

—¿Qué pasa?! —pregunto sobresaltado, mientras mi mirada busca a Allegra. No está en el lugar del reservado en el que la dejé.

—Allegra, creo que le han echado algo en la copa. Comenzó a sentirse mal y una mujer se ofreció a llevarla a descansar. Abel se fue al rato y nadie ha vuelto a aparecer. Esto no me gusta, Alessandro.

—Hijo de puta, Abel —maldigo—. Vamos a por ella—. Comenzamos a caminar en la dirección que los chicos me indican al mismo tiempo que les advierto—: Esto se puede poner muy feo.

Delante de la puerta que me señalan Greco y Russo por la que entró Allegra hay dos matones de Abel, les pido que me dejen pasar y se niegan. No tengo tiempo de convencerlos sabiendo que ella está dentro, los ataco y en cuestión de segundos ambos quedan reducidos mientras los chicos me miran con la boca abierta.

—Joder, tío —murmura Russo mirando a los dos gorilas tumbados en el suelo, inconscientes.

Tumbo la puerta de golpe y al otro lado me encuentro con una habitación. Allegra está en la cama, una mujer se encuentra a su lado desnudándola y Abel está a los pies de la cama mirando.

—¿Qué le has hecho, hijo de puta?! —le exijo a Abel mientras lo arrinconó contra la pared y le coloco la pistola debajo de la barbilla. Miro a Allegra y compruebo que está tumbada sobre la cama y apenas tiene voluntad.

—Yo qué sé, le habrán echado algo —alega—. Solo he cuidado de ella —se excusa mirándome con los ojos muy abiertos. Busca a su seguridad, pero cuando ve que no aparecen se pone nervioso.

—¿Y estabas aquí mientras la desnudaban? —pregunto haciendo presión con la pistola en su cara—. Russo, encárgate de Allegra —le ordeno sin dejar de mirar a Abel con una gran ira.

Greco se acerca a mi lado y susurra:

—Alessandro, no cometas una tontería.

Aprecio la mirada de Abel, tiene miedo, creo que sabe que en estos momentos soy capaz de matarlo sin ningún escrúpulo.

—Ella es mía. Nadie la toca —le dejo claro—. La próxima vez te mato —le advierto.

Miro hacia Greco y Russo, ya tienen a Allegra en brazos y me hacen una señal de que

podemos marcharnos. No quiero encontrarme con un enfrentamiento ni peleas hasta la salida del local, así que decido irme cuanto antes. En estos momentos lo principal es Allegra.

Retiro la pistola de la cara de Abel, él me sonríe y dice:

—Buena decisión, amigo. No te conviene tenerme de enemigo.

Sin poder contenerme, le golpeo con fuerza en la cara, le sale sangre por la nariz, él se la toca y cuando la ve en sus manos me mira dirigiéndome una mirada asesina donde comprendo que nuestra buena relación ha terminado y comienza una guerra. Por lo que le golpeo con ganas en el estómago y luego me encargo de dejarlo inconsciente para que no pueda llamar a nadie que nos entorpezca nuestra salida. Miro a la mujer que estaba en la cama desnudando a Allegra y observo una media copa que hay en la mesilla. Me acerco a ella, la apunto con la pistola y le exijo:

—Bébetela.

—No, no —murmura con miedo.

—Bébela, toda —exijo—. Ahora, o te mato aquí mismo —le exijo apuntándola de frente. Ella lo hace con manos temblorosas y tarda apenas unos segundos en caer inconsciente en la cama.

Greco ha arrastrado a los dos gorilas de la puerta a la habitación, siguen inconscientes como Abel.

—Vamos, Albani —me apremia Russo, lleva cargada en brazos a Allegra.

—Abel lo tenía todo planeado —murmuro con rabia mientras abandono la habitación y nos dirigimos a la salida del local sin llamar demasiado la atención.

38

Alessandro

Mientras Russo conduce a casa hago un par de llamadas mientras sostengo a Allegra entre mis brazos, pongo a dos personas importantes en alerta de que me acabo de convertir en el enemigo principal de Faheem, sé que he actuado por un impulso, pero no podía dejar las cosas así. Abel ha traspasado la línea y no soy de los que se quedan mirando. Sé que esto me va a traer muchos problemas, y muy serios, pero los asumiré.

Les indico a Greco y Russo que refuercen la seguridad y se preparen para todo. Llevo a Allegra al yate que tenemos listo siempre para huir en caso de emergencia con acceso directo desde nuestra casa y dejo a los chicos con ella mientras que yo recojo todo lo importante de la casa. No me demoro mucho. Regreso al yate y compruebo que Allegra continúa dormida en la cama, me quedo con ella y envío a los chicos a por el resto de cosas.

—En veinte minutos nos marchamos. Abel ni su padre pueden conocer el lugar en el que nos encontremos desde este momento. Estoy seguro de que querrán venganza por lo sucedido y cómo lo dejé, y no se lo pienso poner nada fácil —les ordeno a ambos.

Greco y Russo se marchan a recoger todas las cosas, sé que son rápidos y eficaces, dentro de poco estaremos poniendo rumbo a otro lugar. Por lo pronto permaneceremos unos días en el barco hasta que organice todo y trace los nuevos planes.

Me acerco a Allegra, tumbada en la cama y medio inconsciente, le acaricio la cara y me mira sonriente.

—Qué guapo eres —balbucea.

—Vamos a ponerte un poco más cómoda y cuando zarpemos te meteré en la ducha a ver si así te despejas un poco.

—¿Dónde estamos? —pregunta desubicada, mirando a nuestro alrededor.

—En el yate. Estás bien, Allegra. Conmigo siempre estarás bien. Te protegeré —le prometo mientras la acerco a mi pecho y la abrazo.

He de admitir que sentí muchísimo miedo cuando descubrí que Abel se la había llevado y todo fue una trampa para quedarse a solas con ella y hacerle esa canallada. Hombres como él no tienen escrúpulos.

—Estar así a tu lado y tenerte pendiente de mí es increíble —murmura Allegra—. ¿Sabes que siempre soñé contigo y estar así juntos? Estoy enamorada de ti desde que tengo uso de razón —revela mientras arrastra las palabras y me mira con atención—. Por eso nunca pude llegar a tener una relación formal con nadie, comparaba a todos los tíos contigo y ninguno era igual de guapo y fuerte como tú —revela palpando mis brazos y mi abdomen.

Yo le sonrío con el corazón desbordado de alegría ante esta confesión. Me siento tranquilo de que en estos momentos se encuentre en mis brazos. No me arrepiento de mi actitud con Abel, haría cualquier cosa por Allegra Fábregas y eso lo estoy descubriendo en estos momentos. No sé cómo coño ha sucedido, en qué momento se metió en lo más profundo de mi corazón, pero se ha convertido en el verdadero sentido de mi vida y por la persona que lo daría todo. La observo, mientras me sonrío con los ojos rojos y entornados, y sé que no es el momento de confesárselo.

Se avecinan situaciones difíciles y no sé si Allegra las llegue a comprender.

Russo toca a la puerta y llega con el médico que he llamado para que revise a Allegra, necesito comprobar que está bien en todos los sentidos.

—La han drogado. Quiero que revise cómo se encuentra —le ordeno al médico.

—¿Puede salir de la habitación, señor? —me pide el doctor.

—Es mi mujer. No la dejaré sola. Tampoco interferiré en su trabajo —zanjo el tema a la misma vez que me cruzo de brazos y espero que empiece a examinarla.

Estoy atento a toda la exploración que le hace y cuando termina con ello determina que los efectos pasaran a lo largo de unas horas y que ella se encuentra bien.

Me quedo más tranquilo a la misma vez que despido al médico con un apretón de manos, le indico que mis hombres se encargarán de sus honorarios y no me alejo de Allegra.

Pasados unos minutos Greco me comunica que está todo listo para zarpar. Les doy la orden de hacerlo y nos alejamos del puerto de la casa en Nápoles en la que hemos vivido desde que todo esto empezó.

Cuando observo que nos adentramos en el mar me relajo, me deshago de la chaqueta y me remango la camisa. Miro a Allegra en la cama, medio dormida y decido llevarla conmigo a la ducha, igual así se le baja un poco todo lo que tiene y se refresca.

Le quito la ropa interior, me desnudo, la cojo en brazos y la llevo al baño.

—¡Qué bien hueles, joder! ¿Por qué eres tan perfecto? —murmura con la cara enterrada en mi cuello mientras la deposito en el plato de la ducha. No la suelto en ningún momento, no se sostiene por si sola y verla así me hace maldecir a Abel y una rabia incontrolada hacia él se apodera de mí por haberle hecho esto.

—Vamos a darnos una ducha —le indico colocándola en pie mientras la sostengo contra mi cuerpo y la agarro por la cintura.

—¡Joder, que bueno estás! —dice mientras pasea sus manos por mi pecho, tocando cada músculo. Verla así, pese a todo, me produce una enorme sonrisa.

—Se hace lo que se puede, tú tampoco estás mal —le sigo el juego.

—Ay, ¡qué fría está! —grita Allegra, quejándose del agua cuando le cae en la cabeza.

—Así te despejarás más.

—¿Para verte mejor? Creo que eso es imposible. Te tengo en la cima de todos mis prototipos. No solo eres guapo, atractivo, sensual, sino que ese toque canalla que tienes me vuelve loca. También eres inteligente y audaz. El hombre perfecto —murmura colgándose de mi cuello y mirándome con atención, con una sonrisa burlona en sus labios.

Me causa mucha gracia verla así.

—Si todavía le voy a tener que agradecer al cabrón de Abel haberte dado esa droga —murmuro dándole un beso en los labios, con el corazón hinchado de felicidad por descubrir cómo me ve Allegra—. Vamos —la apremio para sacarla de la ducha.

—¿Te vas a ir? Siempre te vas, cuando abro los ojos ya no estás. Llevo años soñando contigo, besándote en sueños, pero ahora que he descubierto tus besos reales sé que son mejores de lo que nunca imaginé —balbucea, sonriente, mientras toca mis brazos.

—No me voy a ir. Me quedaré a tu lado para cuidarte y protegerte. Te lo prometo —le susurro al oído.

—¿Por qué? —pregunta ella con los ojos entornados mientras me mira pensativa.

Me vuelvo a acercar a su oído y le susurro:

—Porque te quiero, Allegra, pero guárdame el secreto. Aún no puede saberlo nadie —le

confieso. Ella esboza una sonrisa y me besa.

Pese a su estado, la beso de una forma tan intensa mientras la abrazo que me considero un completo canalla por desearla de esta forma, por querer hacerle el amor una y mil veces más pese al estado en el que se encuentra.

Salgo con ella de la ducha antes de que no pueda dominarme más, Allegra tampoco me lo está poniendo fácil, me besa, me acaricia, me abraza y está muy receptiva para tener sexo, puedo sentir sus ganas y su deseo.

La envuelvo en un albornoz, yo lo hago en una toalla de cintura para abajo y la llevo de nuevo a la cama.

Tras la ducha se queda dormida, yo la acuno en mi pecho, no la voy a dejar sola ni un solo instante hasta que se recupere, y me centro en lo que vendrá. No solo voy a tener que enfrentarme a Faheem y a su hijo, también a mi padre y a Flavio. Me he salido del plan y ellos no contaban con algo como esto. Puede que haya puesto en peligro a todas las personas que quiero, sin embargo, no me arrepiento de mis actos.

Pasamos casi el resto de la noche navegando. Es casi al amanecer cuando siento que los motores del barco se paran, me levanto y observo por la ventanilla que hemos llegado a la costa de Grecia, donde estaremos unos días.

Me meto en la cama e intento despertar a Allegra, necesito saber cómo se encuentra después de estas horas pasadas.

—Allegra —la llamo mientras le acaricio la mejilla con suavidad.

Ella entreabre los ojos y me mira, recorre el lugar con sus ojos y pregunta:

—¿Dónde estamos?

—En el yate.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué no me acuerdo de nada? ¿Cómo llegué hasta aquí? —pregunta de forma enérgica, sentándose en la cama y mirándome de una forma en la que me confirma que vuelve a ser la Allegra de siempre.

—¿Cómo te encuentras? —me intereso mientras la miro a los ojos.

—Bien, un poco mareada, no sé, será por el barco —justifica mientras se revuelve el pelo, pensativa—. Estábamos en la fiesta de Abel, tú te fuiste a una reunión... Es lo último que recuerdo. ¿Por qué estamos en este barco? ¿Qué ha pasado? —pregunta sobresaltada. Ella sabía que el yate estaba ahí en caso de tener que escapar en una situación de emergencia.

—Abel te drogó —le revelo de golpe. No le voy a mentir y estoy seguro de que no quiere que la trate como a una niña.

—¿Qué? —grita con los ojos muy abierto—. ¿Qué me hizo? —inquieta con pánico mientras observo cómo se le saltan las lágrimas y su barbilla y sus manos comienzan a temblar.

De inmediato me acerco a ella, la abrazo y le digo:

—No te hizo nada. No te tocó —le aclaro ya mirándola a los ojos—. Llegamos a tiempo. Russo se dio cuenta de todo y me avisó. Salí de la reunión corriendo y te rescaté de Abel. Estabas en una habitación cerca del baño con una mujer que comenzaba a desnudarte mientras Abel estaba allí mirando.

—Esa mujer se sentó a mi lado cuando te fuiste, fue muy amable y me ofreció algo de beber —recuerda con horror—. ¿Qué quería hacerme Abel? —pregunta con un leve hilo de voz, espantada.

—No lo sé. Igual solo quería verte, tocarte o ir más allá. De un tipo como él podemos esperar todo.

—¿Estás seguro de que no me tocó ni me hizo nada? —pregunta con miedo.

—No le dio tiempo. Y de haberlo hecho no estaría vivo en estos momentos —sentencio con voz queda.

—¿Qué pasó cuando llegaste? —inquieta con los ojos muy abiertos.

—Defendí lo que es mío. Golpeé a la seguridad de Abel, a él lo encañoné con la pistola y lo dejé inconsciente en el suelo.

—Alessandro, ¿sabes lo que has hecho? —pregunta con la mano en el pecho, asustada.

—Sí. Eres mía, y no pienso tolerar que nadie más te tenga, menos alguien como Abel y en contra de tu voluntad. Después de lo que te hizo no podía hacer como si nada hubiese pasado. Supongo que nos hemos convertido en enemigos y tendré que prepararme para su ataque.

Allegra se abraza a mí temblando mientras susurra:

—Gracias por salvarme de ese hombre.

Me separo un poco de ella y le digo mirándola a los ojos:

—Allegra, eres de mi familia y sabes que haría cualquier cosa por mi familia —le confieso con el corazón en la mano. Me gustaría decirle mucho más, pero en los difíciles momentos en los que nos encontramos no creo que sea prudente exponer nuestros sentimientos.

39

Allegra

Miro al hombre que tengo frente a mí, sus intensos ojos verdes están clavados en los míos, y siento millones de mariposas en todo el cuerpo. Lo amo con locura. Si siempre me he considerado enamorada de él, en estos momentos estoy descubriendo que mis sentimientos por Aless son mucho más profundos de lo que jamás llegué a imaginar. Tomo una bocanada de aire, suspiro, mientras pienso qué sentirá por mí. Si detrás del deseo y la atracción existirá algún sentimiento parecido a los míos.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —pregunto con miedo.

—Ya hablaremos de eso un poco más tarde. Ahora solo necesito que te recuperes por completo —me indica al mismo tiempo que acaricia mi mejilla y siento ganas de besarlo y perderme en su cuerpo.

Por mi mente pasa el leve pensamiento de qué habría podido hacer conmigo Abel si Aless no llega a tiempo, y un fuerte escalofrío sacude todo mi cuerpo. Él lo siente y me mira preocupado.

—Eh, todo está bien —susurra en mi oído al mismo tiempo que me abraza y me da un beso en el cuello. Aspiro su aroma y me refugio en su pecho, alzo la mirada y le suplico—:

—Hazme el amor. —Necesito sentir sus manos y sus besos por todo mi cuerpo para desechar el asco que siento al pensar en lo que Abel quería hacer conmigo.

—Allegra... No estás bien —contesta dirigiéndome una mirada cálida y sincera.

Suelto una carcajada, me acerco a su boca y le susurro al mismo tiempo que le acaricio el pecho:

—Te aseguro que tú eres la cura al espanto que siento en estos momentos por lo que podría haberme sucedido. Solo tus abrazos y tus besos me pueden devolver a una realidad placentera.

—Decidida, me apodero de su boca y lo tumbo en la cama, colocándome encima de él.

—Allegra, no quiero que te arrepientas de esto.

—Nunca podría arrepentirme de hacer el amor contigo. Lo he deseado durante demasiado tiempo —confieso al mismo tiempo que le beso el cuello.

Aless gruñe, me da la vuelta y se coloca encima de mí.

—Haré que no olvides esta noche jamás —susurra en mi oído y luego me besa. Lo siento como una gran promesa.

Aless me hace el amor con verdadera devoción. Nunca me he sentido tan amada. Termino en un orgasmo maravilloso que culmino con lágrimas de emoción.

—Ha sido increíble —le susurro a Aless sin aliento.

Él me abraza y me besa, luego me mira a los ojos, ambos lo hacemos en silencio y siento que me quiere decir algo importante, pero no dice nada, se limita a acunarme en sus brazos hasta que nos quedamos dormidos.

Me despierto cuando entra bastante luz en el camarote del barco. Estoy sola en la cama, me incorporo un poco y descubro que no hay ni rastro de Aless tampoco en el baño, la puerta está abierta y se encuentra vacío.

Decido darme una ducha, me coloco una camiseta de él y descalza y con el pelo mojado salgo

en su busca. Al primero que encuentro es a Greco. Se interesa por mi estado, puedo leer la preocupación en sus ojos y luego le pregunto por Aless.

—El jefe está reunido en el despacho desde hace unas horas —me informa mientras que aprecio preocupación en su voz.

—¿Qué hora es? —pregunto. No he encontrado mi teléfono ni tengo un reloj cerca.

—Si quieres comer algo puedes subir a cubierta y pido que te lleven algo. Seguro que al jefe no le queda mucho más.

—Vale —accedo—. Dile cuando termine que lo estoy esperando.

Subo a cubierta y me siento en un gran sofá blanco mientras aprecio que nos encontramos ante la gran inmensidad del mar con la costa de fondo. Al rato Greco me trae un rico desayuno y lo miro extrañándome de que sea él quien se encargue de algo así.

—Solo estamos en el barco, Russo, tú, yo y el jefe —murmura Greco.

—Estamos jodidos —comento mirándolo a los ojos mientras me revuelvo el pelo, inquieta.

—Un poco —me indica al mismo tiempo que se da la vuelta y desaparece.

Tengo muchas preguntas, pero quiero que me las responda Alessandro. Me tomo el café que tengo delante y un poco de pan, luego aparece Aless, se sienta a mi lado, me mira y pregunta:

—¿Qué tal te encuentras?

—Muy bien —respondo dedicándole una sonrisa, me siento feliz, pese a lo complicado de la situación, sin embargo, advierto el ceño fruncido de Aless y de inmediato sé que algo muy gordo se avecina. Él se remueve algo incómodo en el asiento y suspira—. ¿Cuál es la situación? —pregunto con temor.

—Greco y Russo están ocupados, pendientes de la navegación. Nos dirigimos a puerto.

—¿Vamos a escondernos de Faheem? —inquiero mientras lo miro con atención.

—Ya he trazado un plan. Tienes que seguirlo —me indica serio, mientras yo asiento, pero, de inmediato, por el gesto de su cara, sé que yo no voy unida al plan de él, y eso me aterra.

—Habla claro —lo apremio.

Alessandro asiente y me informa:

—Vas a desembarcar en Ibiza, allí cogerás un vuelo que te llevará a una villa privada en Punta Cana, donde permanecerás junto con toda la familia hasta que todo sea seguro.

—¿Qué?! ¿Con toda la familia? —inquiero algo descolocada. No entiendo nada.

—Mis padres, mis hermanos, tus padres y tu hermana —enumera con calma.

—¿Qué tienen que ver ellos con todo esto? —pregunto de forma abrupta.

—Todos estamos en peligro.

—Faheem no sabe nada de ellos, nos querrá a nosotros —le indico algo alterada.

—No sabemos qué información tiene Faheem sobre nosotros concretamente, no me fío después de los hombres del aeropuerto y lo sucedido contigo. Hay un plan de evacuación de toda la familia para que estéis a salvo.

—¿Y tú?

—Yo me quedaré. Alguien tiene que terminar con ese hombre y su hijo para que todos volvamos a vivir con tranquilidad.

Me quedo en silencio unos segundos, pienso en lo que me ha dicho, lo miro y pregunto:

—¿Le has contado todo esto a tu padre? —inquiero con sorpresa. No encuentro otra justificación para que todos nos vayamos a Punta Cana de buenas a primeras, o me está mintiendo y me enviará sola.

Alessandro se queda en silencio, desvía la mirada de mis ojos y revela:

—Sí. Mi padre está en esto conmigo desde hace tiempo.

—¿Cómo?! —pregunto con la mandíbula casi desencajada—. ¿Desde cuándo? ¿Y no me lo has contado? —inquiero con sorpresa.

—Me puse en contacto con él tras el primer encuentro con Faheem aquí en Nápoles. —Lo miro sin poder creerlo—. Hay que reconocer cuando algo es demasiado grande y esto lo era para nosotros. Gracias a que le conté todo a mi padre me puso en contacto con su amigo Flavio y su hijo, y gracias a ellos y todo lo que hemos trabajado juntos cuando Faheem nos secuestró no pudo probar que éramos unos traidores. Todo el trabajo de mi padre y de Flavio se vio reflejado ahí. Faheem creyó que era alguien como él que llevaba años en el negocio. —Lo miro sin poder creer lo que me dice—. Le he contado a mi padre y a Flavio lo sucedido anoche con Faheem y mi padre ha ordenado que toda la familia se ponga a salvo en el refugio que tienen desde hace años en Punta Cana por si un día lo llegábamos a necesitar.

—¿Y por qué no puedo seguir adelante contigo como hasta ahora? Ambos estamos en esto —le recuerdo, agitada. No me hace gracia que me saque de la misión. No quiero separarme de él. Si le pasa algo me muero.

—Por dos razones: una de ellas, la más importante, es que mi padre no sabe que estás metida en esto. —Lo miro sin poder creerlo—. Y la otra, es que no quiero que Faheem te encuentre, esto, pese a que nos moleste, es un mundo de hombres, ellos mueven los hilos, y seré yo quien termine la misión.

—¿No le dijiste a tu padre que yo he sido la causa que ha desencadenado todo este caos? —pregunto con sorpresa, sin entenderlo.

—Le conté todo, pero nunca revelé tu nombre. Él solo cree que me enamoré de una mujer que me ayuda en esta misión y por la que haría todo, al igual que le sucedió a él con mi madre. Pero desconoce que esa mujer eres tú —revela. Me quedo impresionada con sus palabras sin saber hasta donde es verdad o mentira lo que siente por esa mujer, pero no es el momento de hablar de nuestros sentimientos.

—¿Por qué no le dijiste a tu padre que estábamos en esto juntos desde el principio? —le recrimino, muy enfadada. Me molesta que me haya dejado de lado.

—Porque ya se enfadó muchísimo conmigo cuando le conté que estaba metido en esto. No entendió que lo hiciese por mi familia. Me equivoqué —admite—, pero me di cuenta tarde. Debí haber hablado con mi padre desde el principio, en vez de aceptar la propuesta de Capdevila. Mi padre no iba a saber que estabas metida en esto ya que no tenía forma de averiguarlo. Solo tenía contacto conmigo y siempre me cuidé de que Flavio no te viese ni apareciese tu nombre.

—¿Joder, Alessandro! ¿Y qué pretendes ahora? —alzo la voz, enfadada.

—Que te reúnas con y me dejes seguir a mí solo.

—Y le mienta a tu padre —añado, crispada—. Haciendo como si no supiese nada.

—Míralo por el lado bueno, no tendrás que enfrentarte a tu padre, que ya está al tanto de todo. Será una forma de que tú también cuides de ellos a través de mí. Estaremos permanente en contacto.

—Estás jugando a dos bandas —le reprocho, dolida.

—Lo sé —admite mirándome a los ojos—. Esto no es fácil para mí, Allegra.

—¿De verdad? Porque empiezo a creer que se te da de puta madre —le espeto dolida—. Aún recuerdo todas las mentiras que me dijiste cuando supuestamente convenciste a tu padre para no trabajar por un tiempo en la empresa. Y resulta que él ya sabía todo —explota, alterada.

—Empecé todo esto por proteger a mi familia, y es lo que estoy haciendo —confiesa

mirándome a los ojos—. En estos momentos, te juro, que me gustaría hacer otra cosa, pero no puedo. Es mejor así —dice en forma de lamento.

—Alejarte de mí después de todo lo que ha sucedido entre nosotros —le recuerdo herida.

—Es lo mejor —insiste—. Te quiero a salvo y a mi lado no lo estarías. Tu padre y el mío cuidarán mejor de todos vosotros.

—Ya no soy útil a tu lado —le recrimino.

—Te recuerdo que estuviste a mi lado por imposición. No te elegí —me deja claro de una forma muy dura. Siento que mi corazón se rompe con sus palabras.

Lo miro controlando las ganas de llorar y la decepción que siento en esos momentos. No quiero que me vea como una mujer rota.

—Encantada de haberte conocido, Alessandro Albani. —Lo miro con frialdad, me coloco en pie y comienzo a alejarme.

—Necesito que me prometas que mantendrás todo lo nuestro en secreto —escucho su voz fría a mi espalda.

Me giro, lo miro de forma desafiante y le contesto:

—Lo haré, por mi familia.

40

Alessandro

La mujer que amo con toda mi alma se da la vuelta, abatida, y desaparece ante mis ojos en el interior del barco. Sé que la he decepcionado y le he mentado, pero lo hago porque la quiero y necesito que esté a salvo. No le puedo decir esto, prefiero que me vea como a un ser sin sentimientos antes que crearle esperanzas en algo entre nosotros cuando no sé si terminaré vivo, sin embargo, ella, quiero que esté alejada y tenga una vida feliz y en paz. A mi lado, como Alessandro Albani, en estos delicados momentos por los que paso, no es recomendable que esté. Solo debo centrarme en proteger a toda mi familia, y si Allegra se encuentra cerca de mí ello me debilitaría. No puedo decírselo porque sé que no lo entendería.

Cuando me quedo a solas cojo mi teléfono y llamo a mi padre. Cerramos algunos asuntos y concreto todo para reunirme con Flavio y su hijo. Tengo que agradecerles todo su apoyo. Gracias a la gran organización que poseen desde hace años Alessandro Albani podrá conseguir sus objetivos y terminar con Faheem.

Estoy en mi despacho, centrado en mi ordenador, cuando la puerta se abre de forma abrupta y entra sin llamar Allegra.

—¿Dónde está mi teléfono? Y si hay una alarma familiar de reunirnos todos, ¿cómo es que mi padre aún no se ha comunicado conmigo? —me exige saber.

—Lo ha hecho —le confirmo colocándome en pie y dando unos pasos hacia ella, que me mira alterada—. Tenía tu teléfono tras lo sucedido con Faheem. Te llamó varias veces y luego te dejó varios mensajes con las indicaciones que tenías que seguir. Le has respondido afirmativamente a todo y le has dicho que lo llamarás hoy —le indico exponiéndome a su enfado.

—¿Cómo has podido?! —pronuncia cada palabra de forma lenta, mirándome con los ojos brillantes de rabia.

—No tenía otra opción —trato de disculparme.

Allegra me mira unos segundos en silencio antes de decir:

—Siento que me has usado como un *Kleenex*, Alessandro Albani. Ahora que ya no me necesitas me echas de tu lado.

Sus palabras me duelen, pero tiene razón. Comprendo su enfado e indignación, pero yo solo quiero que esté a salvo de todo. Si alguien tiene que continuar para siempre metido en esto que sea yo. Necesito que ella siga con una vida normal y sea feliz.

—Lamento que lo veas así, pero te entiendo.

Me dirige una mirada desafiante, recorriéndome de arriba abajo y me exige con la palma de la mano extendida:

—Mi teléfono.

Me doy la vuelta, lo saco del cajón y se lo entrego. Antes le advierto:

—No hagas ninguna tontería. Tú y yo continuaremos en contacto a escondidas de nuestros padres, será una forma de protegerlos, un segundo plan —le expongo.

—¿De verdad crees que una vez que tu padre está metido en esto, y el mío —añade—, tenemos posibilidad alguna de engañarlos?

—En todo este tiempo no han descubierto nada sobre ti —me indica muy seguro.

—El día que todo esto nos estalle en la cara no sabremos manejarlo —me espeta, alterada.

—Se trata de nuestros padres. Solo debemos temer a sus enfados y gritos. Algo que no me preocupa.

Allegra toma una bocanada de aire, asiente y se marcha. Escucho el sonoro portazo que da al llegar a su habitación y lamento no ir hasta ella, abrazarla y manifestarle que este distanciamiento me duele tanto como a ella.

Pasa el resto del día en su camarote sin dejarse ver. Al caer la noche, ya estamos en el puerto de Ibiza y le llevo una maleta con sus cosas. Toco a la puerta y entro. La encuentro tumbada en la cama y me preocupo por ella.

—¿Estás bien?

—Cansada, la mierda esa que me dieron ayer me tiene aplomada —me indica de forma cortante.

—Te he traído tus cosas. Tu vuelo sale mañana a las ocho de la mañana. Russo te acompañará y velará por tu seguridad hasta que te montes en el avión. Allí te encontrarás con toda la familia ya que ellos vienen en un vuelo que hace escala —le informo.

—Vale. Estupendo. Adiós, Alessandro Albani —se despide de forma fría dándome la espalda.

—¿Esta es nuestra despedida? —inquiero con un profundo dolor en mi corazón—. ¿Y si no nos volvemos a ver más? ¿No nos merecemos algo que recordemos? —le planteo a riesgo de que me catalogue de ser un sin vergüenza, pero la amo y decido arriesgarme.

Allegra se queda unos segundos en silencio. La expresión de enfado que refleja su cara se relaja, da un paso hacia mí y murmura con rabia:

—Eres un capullo. —Me agarra por la camiseta con los puños apretados mientras mi corazón se acelera al tenerla tan cerca—. ¿Quieres una despedida que no olvides jamás? —inquiere rozando mis labios con los suyos.

—La estoy deseando —admito llevando las manos a su cintura, atrayéndola a mi cuerpo y mirándola a los ojos con total sinceridad.

Allegra se apodera de mis labios, nos besamos de una forma hambrienta, mientras ambos somos conscientes de que es una despedida. Nos arrancamos la ropa con urgencia y terminamos en la cama dando rienda suelta a todo lo que sentimos.

Esta última vez con ella era todo lo que necesitaba para confirmar lo que llevo mucho tiempo sospechando, Allegra siente algo más por mí que puro deseo y atracción física. Sus sentimientos están tan implicados como los míos y esto es algo que me hace un hombre muy feliz.

Cuando la tengo derrotada, sudorosa y desnuda, abrazada a mi cuerpo le susurro:

—Si todo este asunto con Faheem termina bien y volvemos a nuestras vidas de antes tú y yo tenemos una conversación pendiente muy importante. —Es todo a lo que me puedo comprometer en estos momentos.

Allegra levanta la cabeza, me mira, sonrío y me besa.

Cuando abro los ojos de nuevo ella ya no se encuentra a mi lado, me incorporo de golpe y veo que ya no está su maleta. Me ha dejado una nota en la mesita de noche:

Me quedo con esta noche y esa conversación que tenemos pendiente.

Cuídate.

41

Allegra

Hoy se cumplen dos meses desde que llegamos a Punta Cana con toda la familia, mis padres junto con mi hermana, mis tíos y mis primos, menos Aless, todos permanecemos en una gran villa privada de diez habitaciones, piscina y con acceso directo a la playa. Tenemos seguridad durante todo el día y no podemos salir de ahí. Llevo dos meses aguantando las quejas de mi hermana y de mis primos, quieren hacer sus vidas como siempre, sin embargo, no comprenden como yo el verdadero riesgo que corren nuestras vidas.

Mi tío y mi padre se pasan todo el día metido en el despacho, mi madre y mi tía sentadas delante de los sofás de la piscina charlando entre ellas con caras serias, y mis primos se divierten como pueden en la piscina, en la playa y montan fiestas en la villa entre ellos a las que yo no suelo asistir. Desde que he llegado el clima y las comidas no me han sentado nada bien, me siento cansada y sin ganas de nada. He dejado de entrenar en el gimnasio, solo camino un poco por la mañana temprano por la playa y nado al caer la tarde en la piscina.

Durante todo este tiempo he tenido muy pocas noticias de Aless, apenas se ha puesto en contacto conmigo un par de veces al mes. Ignora mis mensajes y mis llamadas. Mi padre y mi tío no dicen nada, son muy herméticos y solo nos comunican que tendremos que permanecer por algún tiempo más en este lugar, algo que me desespera.

Dentro de cinco días será fin de año. Me preocupa cómo lo pasará Aless, y con quién. Aquí todos se quejan porque él es el único que no tiene que permanecer en este lugar encerrado. Mi tío lo justifica como que él es el único entrenado que sí sabe protegerse solo y que alguien tiene que quedarse en Dubrovnik para cuidar de la empresa. Yo ni siquiera sé dónde está Alessandro de verdad, ni qué hace. Vivo con la constante incertidumbre de si un día nos levantaremos con la noticia de que le haya pasado algo grave.

—¿Qué vamos a hacer en fin de año? Ya que estamos aquí encerrados podemos hacer una gran fiesta —propone Oliver. Creo que es el que lo lleva mejor de todos. Está viviendo la gran vida. No hace nada, se lleva todo el día en la piscina, bebiendo y comiendo. Suele decir que no están nada mal estas vacaciones obligadas. La que peor lleva todo esto es mi hermana, echa de menos sus fiestas, salir de compras y sus amigas. Y mi prima Carla, está recién casada y estar lejos de su marido no lo lleva nada bien. Se pasa el día llorando.

—Sí, hagamos algo —dice Stella—. Ya que estamos en este lugar pasémoslo bien. Venga, Carla, ánimate. Y tú también, hermanita. Las dos estáis siempre con cara de pena, de la prima lo entiendo, pero tú... Sigues trabajando desde aquí, no salías de fiestas, no tenías amigos ni has dejado al amor de tu vida a miles de kilómetros —enumera mi hermana en forma de reproche.

La miro en silencio y decido no contestarle, no tengo ganas de entablar una discusión, solo murmuro con desgana:

—Vale, hagamos algo.

Mi prima Carla también acepta y vamos en busca de nuestras madres. Las encontramos en la cocina, nos sentamos en los taburetes de la gran barra y les proponemos una fiesta de fin de año que jamás olvidemos.

A la hora de comer mi padre y mi tío dan el visto bueno a la fiesta, ellos lo controlan todo. Hasta el mínimo movimiento.

En la mitad de la comida, estamos todos en la enorme mesa del salón, cuando empiezo a encontrarme mal, decido retirarme a mi habitación y echarme en la cama, siento mucho calor y mal cuerpo, pero de pronto la vista se me nubla, siento que las piernas me fallan y pierdo el conocimiento antes del salir del salón.

Cuando abro los ojos me encuentro en un hospital. Me alarmo porque en dos meses es la primera vez que salimos de la villa. Estoy tumbada en una camilla y veo a mi padre al lado.

—Hija, te están haciendo unos estudios. En breve estarán los resultados —me indica, preocupado.

—¿Y mamá? —pregunto alarmada.

—Se ha quedado en la villa con los demás. Solo hemos venido el tío Oliver y yo.

—Solo ha sido un mareo. Este clima debe de tenerme la tensión por los suelos —justifico—. Podemos irnos, ya me encuentro bien —propongo incorporándome en la camilla en la que me encuentro.

—Nada de eso. Desde que estamos aquí no hay día en el que no te hayas sentido mal. Lo achacamos al clima, a la comida, a la situación... Pero puede que sea algo más grave.

Miro a mi padre, seria, suspiro y agarro su mano fuerte. En el fondo sé que lo que me ocurre no es normal. Algo me pasa, no soy yo. Me siento extraña. Todo este tiempo lo he achacado a la lejanía de Alessandro y el miedo al grave peligro que corre, pero en estos momentos siento que algo me sucede aparte de la preocupación.

El médico se acerca a nosotros con una carpeta en la mano y anuncia:

—Ya están los resultados. Está todo bien. No tiene nada. Usted solo está embarazada. Enhorabuena, van a ser padres.

Miro a mi padre, luego al médico y le pregunto con un hilo de voz:

—¿Está usted seguro?

—Por supuesto, está usted embarazada de casi cuatro meses —revela con una sonrisa, mirándonos.

Mi padre se tiene que sentar a mi lado y me alarmo por él al verlo tan pálido.

—No se preocupe, es el primer hijo, ¿no? —pregunta el médico mirándonos a ambos.

—El primer nieto —especifica mi padre, serio, mirando al médico con cara de pocos amigos.

El doctor se pone colorado por su error, se disculpa y nos deja solos de lo avergonzado que se siente.

Mi padre me mira en silencio mientras que yo me encojo de hombros sin saber qué decir. La noticia me ha dejado tan impactada como a él. Joder, embarazada de casi cuatro meses, en qué tenías la cabeza para no darte cuenta en estos meses, Allegra. Me reprocho de inmediato mientras que cierta sensación de ahogo y miedo se apodera de mí.

—No sabía que tenías pareja —comenta mi padre. Lo miro con lágrimas en los ojos sin saber qué decir. Estoy tan impactada como él. Me abraza y susurra—: Al menos dime que sabes quién es el padre.

Me aparto de él, lo miro y asiento.

—No esperaba este embarazo, me coge por sorpresa —le revelo apenas sin voz. Siempre he tenido una confianza especial con mi padre, pero desde que empezó todo esto y le miento cada dos por tres me siento fatal cada vez que lo miro a los ojos.

Una enfermera nos interrumpe, nos llama por nuestros nombres falsos, aquí soy Valeria, todos

viamos con pasaportes falsos, y nos comunica que todo está bien y nos podemos marchar a casa. Tendremos que volver para las revisiones rutinarias.

Cuando le voy a pedir a mi padre el por favor de que mantenga esta noticia en silencio por unos días, vamos saliendo del hospital, mi tío se acerca, me abraza y me dice:

—No es el mejor momento, pero estaremos todos contigo. Un hijo siempre es motivo de alegría.

Miro a mi tío y rompo a llorar al pensar que es el abuelo de mi bebé. Involuntariamente me llevo una mano al vientre y ruego porque mi hijo no se convierta en un próximo Alessandro Albani. Deseo con todas mis fuerzas tener una niña y que nuestras vidas vuelvan a la normalidad.

De camino a casa, en el coche, solo puedo pensar en Aless. No le puedo decir que estoy embarazada, sin embargo, igual se entera por la familia. Cierro los ojos, suspiro, agobiada, mientras pienso cómo decirle algo tan importante que cambiará nuestras vidas para siempre. Tiene derecho a saberlo. Es el padre. No es un hijo buscado por ninguno, pero ha sucedido. No tengo ni idea de cómo se vaya a tomar la noticia, pero ya no hay marcha atrás.

Cuando llegamos a casa la primera que me recibe es mi madre, me abraza y me besa, agitada, preguntándome qué tengo y cómo me encuentro. Mi tía está a su lado. Mi padre y mi tío me acompañan para que me siente en el amplio sofá que preside la sala y todos se colocan a mi alrededor mientras me miran en silencio.

—¿Qué tienes, hija? —pregunta mi madre llorando.

—Nada grave, mamá —le revelo tomándola de las manos mientras la miro con el corazón revolucionado sin saber cómo darle la noticia.

—Entonces, ¿por qué tu padre tiene esa cara? —pregunta asustada con la mirada clavada en la expresión de mi padre.

Se hace un silencio hasta que digo:

—No lo esperaba, al igual que yo. Estoy embarazada, mamá —revelo de golpe. No tiene caso que lo oculte.

Mi madre y mi tía se quedan mudas de la impresión, mirándome con los ojos muy abiertos.

—¿Embarazada? —pregunta mi madre de forma muy lenta—. ¿Quién es el padre? —inquieta de inmediato.

De repente, observo que mis primos y mi hermana han llegado al salón y tienen cara de espanto porque han alcanzado a escucharme.

—¡¿Tú embarazada?! —pregunta con tono de desprecio mi hermana mientras me mira con los ojos muy abiertos—. Pero si nunca te hemos conocido un novio —justifica de inmediato.

—Creo que no tengo que dar explicaciones a nadie sobre mi vida —exploto poniéndome en pie y alzando la voz—. Estoy embarazada. Es mi vida. Y a nadie le interesa quién es el padre de mi hijo, solo a mí —añado con rabia.

Me doy media vuelta y me marcho a mi habitación, dejándolos a todos en silencio en el salón. Solo tengo ganas de llorar y estar a solas tras recibir esta semejante noticia que no esperaba.

42

Allegra

Pasada media hora mi madre toca a la puerta de mi habitación, entra y se sienta en la cama a mi lado. Me abraza y susurra:

—Perdóname, hija. Ni siquiera te he preguntado cómo estás. La noticia me ha dejado muy impactada. No lo esperaba. Siempre pensé que tus malestares se debían al cambio de clima y la apatía que te producía este encierro.

—Yo estoy igual, mamá. No me lo esperaba. Con el cambio horario, climático y las comidas mi cuerpo ha sufrido muchos cambios y he tenido la mente en el asunto ese que nos retiene aquí sin reparar que podría estar embarazada.

La versión que nuestros padres han dado a todos es que nos encontramos en este lugar porque su empresa de seguridad ha descubierto algo muy importante de personas influyentes y necesitamos protegernos hasta que estas personas sean arrestadas. El pasado de mi padre y de mi tío Oliver sigue oculto para Stella y Oliver. Por actitudes y gestos sé que Carla es conocedora de la verdadera razón por la que estamos aquí, igual ella sabe más de Aless, en varias ocasiones he estado a punto de sincerarme con ella, pero finalmente no me he atrevido.

—Tu padre me dijo que todo está bien. Tú y el bebé —especifica.

—Sí, lo normal de un embarazo, supongo —carcajeo al pensar lo que se me viene encima y lo que voy a aprender. No sé nada de niños, nunca me he interesado por ser madre.

—Puedes contar con mis consejos y los de tu tía Mel.

—Gracias, mamá. Los necesitaré. —Me abrazo a ella y me siento tan bien que quisiera permanecer así por mucho tiempo.

Al cabo de un rato ambas en silencio mi madre pregunta con cautela:

—Hija, ¿y el padre del niño? Ahora comprendo tu tristeza estos meses. Estar lejos de él... Estamos en una situación difícil. Supongo que si se lo dices querrá venir y puede que no sea muy conveniente.

—No te preocupes, esperaré a que todo esto pase —le indico de inmediato.

—¿Tienes contacto con él? —pregunta con interés.

—Sí, algo —le revelo nerviosa, sin saber especificar más por miedo.

—Comprende mi temor, mi vida. No sabíamos que tenías pareja, esto nos ha caído un poco de susto y nos interesamos por el padre de ese niño. Si se va a hacer cargo de él...

Ante el planteamiento de mi madre me quedo pensativa, creo que Aless ha pensado tan poco en ser padre y tener hijos como yo. No creo que la noticia le sienta nada bien, sin embargo, tampoco creo que reniegue de su hijo.

Miro a mi madre y le indico:

—El padre de mi hijo siempre lo protegerá. —Estoy segura de ello. Aless está haciendo todo este gran sacrificio por su familia, ¿qué no haría por un hijo de su sangre?

En el rostro de mi madre se dibuja una amplia sonrisa mientras que me abraza emocionada y por mis mejillas corren lágrimas de angustia.

Al finalizar la tarde bajo a la piscina, todo está muy en silencio en la casa, no sé dónde estarán

todos, pero agradezco esta paz. Me siento en una tumbona y me quedo mirando hacia el mar. Lo cierto es que tengo unas vistas maravillosas, un atardecer increíble que en todo este tiempo no había apreciado. Me había centrado en los problemas, en el trabajo y en la soledad que sentía sin Aless cerca. Su ausencia ha servido para darme cuenta cuanto lo amo, más de lo que jamás hubiese llegado a imaginar. Cada uno de estos días, desde que llegamos a Punta Cana, no he sabido lo que es vivir sin miedo. Miedo por Aless, por que se produzca una llamada y con ella la noticia de que algo malo le ha pasado. Tan solo hoy, con la revelación de mi embarazo, he sentido un momento de felicidad. Pensar que parte del amor de mi vida está dentro de mí me hace sentir una alegría enorme.

De repente, siento que mi tía Mel se sienta a mi lado.

—¿Estás bien, cariño? —pregunta preocupada.

—Sí, tía. Ha sido una sorpresa para todos. Ni yo misma lo esperaba —le revelo mientras me llevo una mano al vientre.

—Así llegó Carla —rememora—. Yo creía que había perdido al amor de mi vida y ella llegó cuando menos la esperaba para sanar todo mi dolor. Comprendo que puedas estar asustada, pero ser madre es la experiencia más maravillosa que he vivido en la vida. Estoy segura que tú la vivirás igual. Quizás no es el mejor momento de tu vida, ni en la de su padre, pero os hará muy felices. —Ambas nos miramos con amor y mi tía termina diciendo—: Tu embarazo me ha ilusionado mucho. Un bebé en la familia. Cuenta conmigo para lo que sea.

Asiento a sus palabras con un nudo en la garganta y lágrimas en los ojos mientras me siento muy mal por ocultarle la verdad. La miro y me pregunto cómo reaccionará cuando sepa que mi hijo será su primer nieto. Siento miedo, me abrazo a ella y deseo cerrar los ojos y que todo pase lo antes posible.

Mi maravillosa tía, siempre la he admirado, me deja sola, me acurruco en la hamaca y termino de ver la puesta de sol mientras rememoro la última que vi en Nápoles junto a Alessandro y todo lo que pasó luego entre nosotros.

Me arropo con una toalla y me quedo ahí por un largo rato hasta que se hace de noche, como no tengo ni pizca de hambre subo directa a mi habitación para dormir. De camino a ella me topo con mi hermana, que para mi gran sorpresa me acompaña a mi habitación, entra conmigo y cierra la puerta.

—Hermanita, puedes confiar en mí. ¿Tú hijo es de Oliver? —pregunta en un tono bajo de voz—. Vi la cara que se le quedó a Oliver y me consta que te tira los tejos desde antes de la boda de Carla. Y de eso hace ya meses.

—No —niego de inmediato.

—¿Quién es el padre, lo sabes? ¿Este embarazo es producto de una relación o de un descuido de una noche? —pregunta de forma mal intencionada.

—Eso es cosa mía.

—Puedes contármelo con confianza entre confidencias de hermanas —me anima.

—Nosotras nunca hemos tenido ese tipo de confidencias —le recuerdo algo crispada.

—Nunca es tarde para empezar —insiste con una sonrisa en su boca.

—Stella, el embarazo me da sueño. ¿Puedes dejarme sola? —Con un gesto de la mano la invito a salir de mi habitación.

Mi hermana asiente con pesar, pero antes de marcharse me recuerda:

—Puedes contármelo cuando quieras.

Se marcha, cierra la puerta y siento la frialdad de mi hermana. Solo se interesa por saber quién

es el padre de mi hijo, ni siquiera me ha preguntado cómo me siento en estos difíciles momentos por los que paso ni se ha ofrecido a ayudarme en lo que pueda necesitar.

Me meto en la cama y me quedo dormida abrazada a mi vientre pensando en mi hijo y en Aless. Siento el impulso de llamarlo y contarle la noticia, pero finalmente cuando recuerdo que en los dos meses que llevo aquí apenas se ha interesado en mí decido esperar a que sea él quién me contacte y entonces darle la noticia.

Durante toda la noche sueño que los tres somos muy felices hasta que me despierta un gran trueno y vuelvo a la realidad. Escucho la lluvia en un amanecer oscuro y con viento mientras estoy acurrucada en la cama sin ganas de levantarme.

Unos toques leves toques en la puerta me despiertan y es mi padre, me trae el desayuno y este gesto hace emocionarme. ¿Por qué estoy tan sensible? Yo nunca he sido así.

—¿Cómo está mi guerrera? —pregunta. Siempre me ha llamado así.

—Bien —le indico incorporándome en la cama y mirando la buena pinta que tiene toda la bandeja que me ha puesto delante.

—Yo me siento más viejo solo de pensar que voy a convertirme en abuelo, pero estoy feliz de tener un nieto.

—Gracias, papá. Sé que siempre estás ahí para todo. —Le doy un beso y me arrepiento más que nunca de no haber confiado en él durante este tiempo y haberle contado que fui parte de la misión junto con Alessandro Albani.

Mi padre me propone dar un paseo por la playa y accedo a ello. Caminamos por la orilla del mar y siento que quiere preguntarme tantas cosas que no se atreve... Conociéndolo sé que habrá tratado de averiguar algo sobre el padre de mi hijo, pero también sé que no habrá encontrado nada y esto es lo que lo tiene así de descolocado.

Lo miro mientras caminamos juntos y le digo:

—Cuando todo esto termine conocerás al padre de mi hijo. —Sé que con ello se quedará más tranquilo.

—Espero que no me decepcione —murmura, pensativo.

—No lo hará. Creo que te gustará. Además, te aseguro que va a ser un gran padre como tú.

—Más le vale o se las tendrá que ver conmigo —revela con una amplia sonrisa en su boca.

Cuando volvemos a la casa mi padre se reúne con mi tío en el despacho, donde suelen pasar casi todo el día. Me cambio y decido ponerme un bikini para meterme en la piscina, me apetece un baño después de la caminata. Allí me encuentro con Oliver. Mi primo hace largos en la piscina sin parar. No lo interrumpo hasta que termina los ejercicios y observa que estoy sentada en el borde de la piscina con los pies metidos dentro del agua.

—Buenos días, Allegra.

—Hoy te has levantado pronto —le indico. Desde que llegamos a este lugar Oliver suele acostarse tarde y levantarse a las mil.

—No te lo voy a negar, la noticia de tu embarazo me ha dejado un poco descolocado. No lo esperaba. Ni siquiera sabía que estabas con alguien. Siempre que he intentado algo contigo en este tiempo nunca me dijiste que había otro hombre, ahora puedo llegar a entender tus rechazos —argumenta.

En estos meses no ha perdido cada ocasión de intentar seducirme y que tuviésemos algo. Yo siempre le he dado largas, pero nunca se había dado por vencido.

—Bueno... la relación con el padre de mi hijo es complicada —le revelo con cautela.

—¿Quieres decir que cuando volvamos a la vida normal no formareis una familia? —inquiere

con el ceño fruncido, está delante de mí, metido en la piscina con los ojos entornados debido al sol que le pega de frente.

—No lo sé —murmuro con desánimo.

—¿Es por ti o por él? —pregunta con interés.

Lo miro en silencio y suspiro.

—Es complicado —insisto.

Oliver asiente, se acerca a mí, coloca sus manos sobre mis piernas y me dice:

—Estoy aquí para lo que haga falta, Allegra. Me gustas muchísimo. Puedo ser el padre de tu hijo —se ofrece y yo me quedo fría como el hielo.

De inmediato me alejo de él, saco las piernas del agua y me coloco en pie. Lo miro desde arriba y le indico:

—Me basto y me sobro sola para criar a mi hijo.

Me doy media vuelta y me siento en la tumbona. Se me han pasado las ganas de entrar en el agua. Agradezco que aparece mi prima Carla y mi hermana. Vienen dispuestas a bañarse con sus bikinis y toallas en mano.

—¿Qué tal está el agua, Oliver? —le pregunta Stella.

—Increíble, métete —la anima y mi hermana se tira de cabeza.

Mi prima Carla se sienta a mi lado y me comenta:

—Tenía ganas de hablar contigo a solas, ayer preferí dejarte tranquila. ¿Qué tal estás? ¿Cómo te encuentras? Supongo que nada de esto es fácil. Creo que te encuentras en la misma situación que yo, con el hombre que amas muy lejos. Podíamos haber compartido tantas confidencias en estos meses si me lo hubieses contado...

—Lo siento, Carla —me disculpo con ella apenada.

—No te preocupes, de ahora en adelante me tienes aquí para lo que sea. Y que sepas que estoy encantada de ser tía.

Cuando pronuncia la palabra tía el corazón me da un vuelco, la miro y pienso que nunca ha estado más cerca de la realidad. El sentimiento de culpa me consume cuando miro a toda mi familia y me pregunto; ¿me perdonarán que les haya ocultado quién es el padre de mi hijo y cómo estrechamos nuestra relación?

—Gracias, Carla.

—Y ahora, vamos a organizar bien la fiesta de Fin de año. Llevamos aquí dos meses, la navidad apenas la celebramos, pero dentro de cuatro días será diferente. Ya he encargado un montón de cosas. Recibamos el nuevo año con alegría e ilusión. Verás que pronto termina todo y volvemos a la vida de antes.

Me abrazo a mi prima con fuerza, me alegra verla tan animada y optimista. En todo este tiempo ha sido un alma en pena llorando por su reciente marido y quejándose todo el tiempo de la situación.

43

Alessandro

Llevo dos malditos meses metido en una misión que nunca deseé y alejado de la mujer que amo. Me encuentro en Tenerife con el hijo de Flavio, él me está ayudando en toda la operación que estamos montando para que los Faheem caigan para siempre. Flavio le debe a mi padre que lo eliminase de su lista de mafiosos y quedarse con los negocios de Alessandro Albani cuando murió para todos, a cambio este lo ayudó cuando lo necesitaba. Con los años estamos donde mismo, Flavio y su hijo nos están ayudando a cambio de sacar a Faheem de circulación y ellos quedarse con sus negocios y rutas.

Una noche de confidencias, cigarrillos y licor a la luz de la luna en una terraza de una villa en Tenerife, le cuento al hijo de Flavio que estoy perdidamente enamorado de Allegra cuando se extraña de que en este tiempo no haya accedido a irme con ninguna mujer de las numerosas proposiciones que he tenido. Lejos de reírse de mí me comprende y me anima a que vaya a ver a la mujer de mi vida si tanto la extraño. Entre ambos trazamos un plan para presentarme en el refugio de mi familia y supervisamos todos los detalles para que esta visita sea segura. Finalmente decido viajar con mi cuñado, Bruno, estoy seguro de que mi hermana se pondrá muy contenta de ver a su marido tras tanto tiempo separados. Y llegando con él mi coartada se ve reforzada ya que vamos ambos a ver a la familia que hace dos meses de la que estamos distanciados.

Le doy las gracias a Roberto por haber organizado todo conmigo. En estos meses que llevamos trabajando juntos nos hemos convertido en grandes amigos. Es cierto que él y su padre no tienen negocios legales, pero son unas personas estupendas que en dos ocasiones nos han salvado la vida a mí y a mi padre y eso jamás lo olvidaremos.

Con respecto a Faheem y su hijo desde que lo agredí por lo que le hizo a Allegra me declaró la guerra. Nuestros negocios terminaron y me amenazó con hundirme y matarme. Junto con Roberto le seguimos la pista desde cerca, estamos estrechándole el círculo y pronto haremos que caigan para siempre. Es cierto que han reforzado toda su organización, pero a mí me dio tiempo de ver mucho cuando se la actualicé, contamos con esa gran ventaja. Nuestro plan no es que lo coja la policía, si no han podido hacerlo en años, no lo vamos a conseguir ahora. Nosotros hemos ideado robarle todo el cargamento y así no tendrá nada que ofrecerles a las personas que ya le cobró todo el dinero, y entonces serán estos quienes se encarguen de Faheem. Todo está casi listo, en unos meses habremos acabado con él. Es un plan perfecto y todo está estudiado al milímetro para que nada falle.

Tras despedirme de Roberto por unos días me marché a la cama, me tumbo en ella y sonrío al pensar en lo poco que me queda para ver a Allegra y la gran alegría que le daré a todos cuando aparezca en casa para recibir con mi familia el nuevo año.

A la mañana siguiente me reúno con mi cuñado en el aeropuerto, ponemos rumbo a Miami y de ahí cogemos un avión privado hacia Punta Cana.

Durante todo el trayecto siento a mi cuñado con miedo, en todo momento me pregunta si es seguro que vayamos a la casa donde se esconde toda la familia. Me alegra que se preocupe por la

seguridad de mi hermana y entienda este distanciamiento obligado.

Cuando viajamos en el avión privado pienso en lo cerca que estaré de Allegra muy pronto. Estoy ansioso por verla. No sé cómo lo haré para no confesarle todos mis sentimientos, que tras este tiempo alejados se han intensificado, sin embargo, temo porque no sé cómo tomará mi llegada tras esos meses separados y el poco caso que le he hecho, pero era mejor así. Me muero por mirarla a los ojos y comprobar que sigue sintiendo algo por mí, que esta lejanía no ha apagado esa llama entre nosotros.

Antes de coger el vuelo privado me he puesto en contacto con mi hermano, necesito su ayuda para aparecer con nuestro cuñado y darle una gran sorpresa a la familia. Solo mi padre, mi tío y mi hermano saben de mi llegada. Estaremos cuatro días en la villa, luego Bruno y yo volveremos a alejarnos de todos ellos durante otro tiempo.

Oliver nos recoge de forma discreta y cómo le he indicado y nos lleva a la villa. Llegaremos a la hora de cenar y le daremos una gran sorpresa a todos. Oliver ha salido de la villa con la excusa de recoger unos envíos. Es al único que mi padre y mi tío le dejan hacerlo.

Cuando entramos en la villa mi corazón se acelera, Allegra, la mujer de vida, está muy cerca y ansío con todas mis fuerzas estrecharla entre mis brazos, sentir su piel y amarla durante horas.

Oliver se adelanta para comprobar que estén todos en el salón y luego nos hace una señal para que entremos. En cuanto pongo un pie en el salón de la casa mis ojos buscan a Allegra. Se encuentra en pie con un vaso en la mano. Ella me mira, fija sus intensos ojos negros en los míos y el tiempo parece detenerse, es como si estuviésemos solos. Mi respiración se acelera y siento ganas de correr a abrazarla, pero siento que alguien irrumpe en medio, me abraza y me besa. Cuando tomo conciencia de la realidad veo que se trata de Stella.

—Oh, Aless, qué alegría que estés aquí —grita sin dejar de abrazarme—. Por favor, dime que esto se ha acabado o que has venido para quedarte con nosotros. Te he extrañado tanto... — comenta de forma eufórica mientras yo le tomo los brazos y la aparto un poco de mi lado.

—Déjame que salude a mi familia —le indico con los ojos clavados en Allegra, recorriendo su cuerpo de arriba abajo mientras siento que me dirige una mirada fría.

Abrazo a mi madre y a mi padre y luego me dirijo hacia la mujer que amo, mi hermana está llorando y besando a su marido. Me acerco a Allegra con paso lento, sin dejar de mirar sus intensos que me observan con un brillo especial, esos que tantísimo he echado de menos en este tiempo. Allegra no se mueve de donde está mientras siento su respiración agitada de la emoción al verme. Sé que me reprochará que me haya presentado así, pero no quería perderme su cara de sorpresa.

44

Allegra

Mi pulso se dispara cuando veo aparecer, como por arte de magia, ante mis ojos a Alessandro. Tengo que pestañear un par de veces para darme cuenta de que no se trata de un sueño. No llega solo, viene acompañado de Bruno, el marido de mi prima Carla. Cuando veo que ella corre hacia el amor de su vida estoy a punto de hacer lo mismo hasta que mi hermana se adelanta y ocupa mi lugar. Es entonces cuando me choco contra la realidad, miro a mi alrededor y me pregunto qué está pasando para que Aless esté aquí. Lo miro con el corazón desbocado mientras Stella lo abraza y lo besa. Hace dos meses que no lo veía en carne y hueso. Tiene el pelo más largo y aprecio que está más fuerte a la vez que más delgado. Sus ojos verdes no dejan de mirarme en ningún instante, ni cuando abraza a mi hermana, ni a sus padres. Esa mirada con un brillo especial consigue hacerme temblar como nunca antes. No quiero aparentar este nerviosismo ante él, pero no puedo remediarlo. Es el efecto que Aless siempre produce en mí.

El hombre que amo se acerca a mí, me mira de forma penetrante mientras mi pecho sube y baja a una gran velocidad. No puedo controlar mi respiración. No sé qué hacer, si abrazarlo o darle un buen puñetazo por todo lo que me ha ignorado en estos meses.

—¿No me vas a dar un abrazo? —pregunta con una sonrisa en su rostro.

Asiento de inmediato, necesito como nada en el mundo sentirme arropada por el calor de su cuerpo, y Aless me envuelve en sus brazos. Cuando estoy ahí aspiro su olor, mis fosas nasales se impregnan de su aroma y siento que me mareo.

—¿Por qué estás aquí? ¿Ha pasado algo? —inquiero con temor.

—Solo es una visita sorpresa y fugaz. No podía estar más tiempo alejado —susurra.

Miro a mi padre y a mi tío y de inmediato deduzco que sabían de la aparición de Aless. Ellos no los miran tan preocupados como yo ni se han acercado a interrogarlo.

—Me alegro de verte —le susurro en el oído. Me guardaré los reproches para luego.

—Y yo. No sabes cuanto —revela bajito mientras permanecemos abrazados. Luego me suelta y me mira serio—. Estás más delgada —aprecia de golpe.

—Tú también. Supongo que no han sido unos meses fáciles.

Aless chasquea la lengua, me mira de una tan forma seria y profunda que hace estremecerme. Luego Stella se acerca, lo toma del brazo y se lo lleva de mi lado.

Oliver se acerca a mí, me echa el brazo por los hombros, me abraza y me susurra:

—¿Te encuentras bien? Estás muy pálida.

—Sí, pero será mejor que me siente —contesto mientras miro a mi hermana colgada del brazo de Aless y este que no deja de mirarme a mí y a Oliver. Taladra a su hermano con los ojos.

—Te voy por algo de beber y de comer —se ofrece Oliver mientras me acompaña hasta el sofá. Soy consciente de que Alessandro no deja de observarnos en ningún momento y esto logra alterarme.

El resto de la familia está feliz con la llegada de Aless y Bruno que no reparan en mi malestar y me alegro. Están llenando unas copas para brindar y festejar que todos pasaremos el fin de año juntos.

Aless coge una botella que le entrega su madre mientras que mi hermana y Carla se encargan de repartir las copas entre todos. Cuando va a llenar mi copa Oliver dice:

—Ella no puede.

Lo miro y lo reprendo con la mirada de forma severa, también al resto de mi familia, pero están tan eufóricos con la llegada del marido de mi prima y de Aless que no me echan cuenta.

—Solo me mojaré los labios —le indico a Aless cuando me mira de forma interrogativa.

—¿Te pasa algo? —inquieta, preocupado.

—Estoy tomando unos medicamentos. Es todo —justifico sin mirarlo a los ojos.

Alessandro rellena mi copa mientras siento su mirada penetrante y luego lo hace con la del resto. Antes de brindar Oliver se acerca a mi oído y me pregunta:

—¿Por qué no se lo has dicho?

—No quiero que las felicitaciones se centren en mí en estos momentos. Ellos son los protagonistas después de tanto tiempo sin verlos. Ya habrá lugar de dar la noticia —comento con nerviosismo. No estaba preparada para la llegada de Aless ni que se enterase de mi embarazo así. En cualquier momento alguien de la familia lo puede comentar y no quiero que se entere de esa forma. Me gustaría decírselo yo misma.

Todos brindamos y mientras lo hacemos, tengo a Aless frente a mí, su mirada escrutadora logra ponerme muy nerviosa. Sé que intuye que algo me pasa. Ha apreciado mi delgadez, mi palidez y Oliver le ha dicho que no puedo beber, suficiente para un hombre como él que lo controla todo. Estoy segura de que esa misma noche tendré que decirle qué me pasa porque insistirá en ello.

Luego pasamos a la mesa, donde hay servida una succulenta cena y mi hermana no pierde ocasión de sentarse al lado de Alessandro y acapararlo durante toda la velada. Apenas pruebo bocado en la cena, Aless me mira con atención y luego lo hace a mi plato lleno de comida.

Cuando ya no puedo soportar más la cercanía y coqueteos entre Aless y mi hermana decido retirarme a mi habitación antes de perder los nervios. Carla y su marido hace un rato que lo han hecho. Mis padres y mis tíos deciden irse a la cama y yo aprovecho la estampida.

Oliver se queda en la terraza con Stella y Aless tomándose unas copas mientras que yo me voy a la cama inquieta, conozco a mi hermana y sé que hará hasta lo imposible por seducir a Aless y llevárselo a su habitación. Los celos me consumen, pero no puedo hacer nada.

Cuando llevo un buen rato en mi habitación salgo a la terraza en silencio y a oscuras movida por la curiosidad. Observo que Aless y Stella están solos en el jardín, cerca de la piscina. Ella se le acerca y lo besa en los labios, y es ahí cuando todo en mi interior se rompe y decido meterme en la cama odiando a Alessandro Ferrer por haberme enamorado de él. Mi corazón está roto. No dejo de llorar y de sentirme una estúpida por haber caído en los brazos de alguien como él. Estaba claro que solo fui una diversión más en aquellos momentos en los que no tenía a otra mujer cerca ni de confianza. No fui nada importante. Era la mujer que tenía más a mano y entre nosotros existía química sexual, fin del asunto. Sin embargo, lo considero un ser ruin y un sin vergüenza por jugar conmigo y con mi hermana a la vez. Y en estos momentos lo odio aún más porque es el padre de mi hijo, un lazo que nos unirá siempre de por vida.

45

Alessandro

—Mi habitación es la penúltima puerta de la planta de arriba, al final del pasillo está la habitación de Allegra, antes de llegar a la mía se encuentra la de Oliver y frente a mi cuarto está el de tu hermana. Las habitaciones de tus padres y los míos se encuentran abajo —detalla Stella en mi oído. Me encuentro centrado en sus indicaciones ya que me urge saber cuál es la habitación de Allegra, luego su hermana me besa y esto me coge totalmente desprevenido. Estaba tan absorto pensando en cómo colarme en la habitación de la mujer que quiero hacer mía nuevamente esta noche que cuando siento los labios de Stella sobre los míos solo puedo agarrarla por los brazos con delicadeza y apartarla de mí.

—No lo vuelvas a hacer Stella —le advierto, serio y tajante.

—¿Qué pasa? Estamos solos, todos se han ido a dormir. Llevo dos meses encerrada en este lugar. Te necesito —me suplica acercándose a mí de nuevo y tratando de besarme, pero me alejo de ella.

—Te dejé claro en la boda de Carla que todo había terminado entre nosotros —especifico de forma rotunda.

—No te estoy proponiendo una relación —comenta ofendida—. Solo que lo pasemos bien los días que estés aquí. Me muero por ti —confiesa acercándose y acariciando mi pecho como una gata en celo.

—Pásalo bien con otro —murmuro de forma fría y seca.

—Lo he intentado con tu hermano, pero el muy estúpido está colado por Allegra — comenta de forma intencionada para darme celos.

—¿Hay algo entre ellos? —pregunto de forma abrupta, serio, taladrándola con la mirada.

—A saber —comenta con desdén y hace que una gran furia crezca de repente en mi interior.

—¿Qué hacéis por aquí parejita? —interrumpe Oliver, se acerca a nosotros con una copa en su mano.

—Stella, déjame a solas con mi hermano —le exijo con la mirada fija en Oliver.

Ella me mira y siento que va a darme una negativa, pero repara en mi expresión y se calla, se da media vuelta y se marcha en dirección a la casa no muy contenta.

—¿Qué pasa, no vas a tirártela esta noche? —inquieta Oliver con tono divertido mientras toma asiento frente a mí y le da un sorbo a su copa, sonriente—. No te ha dejado desde que llegaste, la primita iba a saco. Se nota que está algo desesperada.

—Ya me ha contado que tú no le has hecho mucho caso —le espeto parado frente a él.

—Nunca me ha gustado Stella. Es demasiado *barbie*. A mí me gustan otro tipo de mujeres. Como he tenido la opción de salir de este paraíso en varias ocasiones he buscado mis encuentros, pero a la pobre como no la dejan alejarse mucho no ha parado de tirarme los trastos, se nota que está algo desesperada, pero por respeto a los tíos no me la he llevado a la cama. No soy como tú —me reprocha.

Chasqueo la lengua, decido obviar su comentario e ir al grano de lo que realmente me interesa.

—¿Te va más alguien como Allegra? ¿Entre ella y tú en este tiempo aquí ha pasado algo? —le pregunto de forma directa, serio, mientras aprieto los puños.

—Qué más quisiera yo. Lo he intentado —reconoce el muy cabrón, y tengo que dominarme para no estampar mi puño contra su cara—, pero, al parecer, hay alguien en su vida.

—¿Te lo ha dicho ella? —insisto un poco más calmado.

—Bueno, más bien los hechos. ¿Una copa, hermanito? —me ofrece, sonriente y achispado. No ha parado de beber desde que llegué.

Niego con un gesto de la cabeza, miro hacia la habitación de Allegra desde la posición en la que me encuentro y observo que ya está a oscuras, sin embargo, no puedo esperar hasta por la mañana para hablar con ella.

—Tengo asuntos que resolver —me despido de él y me encamino a la casa.

Me dirijo a la habitación de Allegra directamente y solo espero que no haya cerrado con llave, porque de ser así pienso saltar por el balcón. Es demasiado importante lo que tenemos que hablar.

Abro la puerta de su cuarto con cuidado y me cuelo dentro, miro hacia la cama en la penumbra y no la encuentro ahí. De repente, una sombra se gira y la veo al lado de las cortinas, a lado del balcón. Nuestras miradas se encuentran en la oscuridad y ambos nos quedamos en silencio. Comienzo a acercarme a ella de forma sigilosa cuando se gira de frente con brusquedad, se ajusta la bata semi transparente que lleva sobre su cuerpo desnudo y me encara con coraje.

—¿Ya te has cansado de mi hermana y ahora vienes aquí? —me reprocha con una mirada hiriente.

—¿Qué estás insinuando? —inquiero, enfadado, mientras me acerco a ella sin dejar de mirarla y repararla al detalle de arriba abajo.

—Os he visto hace un rato besándoos en el jardín —me recrimina, furiosa, mientras me encara—. Te ha faltado tiempo para llegar y rendirte a mi hermana. Se nota que la has echado de menos —comenta con rabia, escupiendo las palabras.

—¡¿Ah sí?! —pregunto con cierto tono molesto—. Pues creo que no te quedaste lo suficiente —le espeto de golpe, acercándome a ella de forma peligrosa mientras que sentirla así de celosa me gusta—. Debiste hacerlo porque la rechacé de inmediato y le dejé claro que no volviese a acercarse a mí. Luego llegó Oliver y hemos estado hablando en el jardín.

—¿De qué habéis hablado? —pregunta alterada, dejando a un lado el tema de Stella. Que se centre más en Oliver que en el beso que me reprocha hace que todas mis alertas se despierten.

—De ti —le espeto de frente, la tomo por la cintura con mis manos, la acerco a mi cuerpo y me apodero de sus labios de una forma brusca y hambrienta.

Nos besamos con un ansia desenfrenada, hace demasiado que deseaba volver a probar su sabor y recorrer cada centímetro de su boca. Mientras nos besamos de forma apasionada y sé que Allegra ha perdido por completo su voluntad llevo mi mano a su vientre y se lo acaricio a conciencia. Me aparto unos milímetros de ella, la miro a los ojos y le pregunto serio:

—¿Cuándo pensabas decirme que estás embarazada?

El rostro de Allegra se descompone por completo. He dado en el clavo. La siento temblar entre mis brazos y balbucea:

—¿Te lo ha dicho Oliver?

—No me creas tan ingenuo, Allegra. Conozco tu cuerpo de memoria. En cuanto de vi aprecié en un cambio en ti. Estabas más delgada, pero había algo más. Perdiste la estabilidad y tuviste que sentarte, quizás lo demás no lo notasen, pero yo sí. Luego Oliver dijo que no podías beber

champán, apenas has probado bocado en la cena y en cuanto te he visto medio desnuda con esta bata transparente sobre tu cuerpo lo he tenido claro, tus pechos y tu vientre han cambiado. Me ha bastado acariciarte para tener la certeza que de estabas embarazada. —Se hace un silencio profundo entre nosotros mientras solo nos miramos a los ojos—. Así que mi hermano es conocedor de tu embarazo —comento algo molesto a su anterior pregunta mientras sigo mirándola serio y enfadado por no haberme comunicado la noticia.

—El hijo es tuyo, Aless —me aclara de inmediato, nerviosa.

—De eso no me cabe la menor duda —le expongo con seguridad mientras la miro de una forma intensa.

—Toda la familia sabe que estoy embarazada, no es algo que solo sepa Oliver —me aclara de inmediato.

—¿Por qué me lo has ocultado? —le reprocho sin piedad, decepcionado con ella.

—Apenas hace tres días que lo sé. Me sentí mal, me llevaron al hospital y la noticia nos dejó a todos impactados. Lo creas o no, no me lo esperaba. Mi mente ha estado en otras cosas durante todo este tiempo —justifica apenada.

—¿De cuánto tiempo estás? —le pregunto con interés.

—Casi de cuatro meses —revela casi con temor—. Ni siquiera lo sospeché, estos meses han sido una completa locura y un descontrol —justifica.

—Así que conoce la noticia toda la familia —murmuro, crispado.

—No saben que tú eres el padre —se apresura a decir—. Quería contártelo, pero no sabía cómo. La noticia me cogió tan de sorpresa que aún la estoy asimilando. Además, no tienes derecho a exigirme que no te haya llamado, ¿debo recordarte que no atiendes mis llamadas? ¿Qué querías, que te lo dijese por un mensaje? —me reprocha, alterada—. Y ahora te has presentado aquí y por arte de magia lo adivinas todo en cuestión de horas.

—La única magia que he hecho es conocer como la palma de mi mano el cuerpo de la mujer que amo —confieso de golpe mirándola a los ojos.

Le acaricio el rostro mientras observo brotar lágrimas por sus ojos y cómo corren como manantiales por sus mejillas. La estrecho junto a mi cuerpo, me apodero de sus labios y la beso con pasión. La cojo en brazos, la llevo hasta la cama, le deshago el nudo de la bata y admiro su cuerpo desnudo ante mí.

—¿De verdad estás enamorado de mí? —pregunta con temor, sin creermelo. No quiero que piense que se lo he dicho solo porque va a darme un hijo. Necesito que sepa con certeza que es lo que siento desde hace tiempo pese a no habérselo confesado. Por ello me quito la camiseta ante sus ojos, levanto mi brazo y le enseño el nuevo tatuaje que me hice hace un mes en el costado izquierdo, cerca de mi corazón.

—¿Te has tatuado mi nombre? —pregunta asombrada por completo.

—Ya te lo he dicho, te amo. Y esta es la prueba de que es algo que siento desde hace tiempo. Y también es algo que quiero para siempre, como el resto de tatuajes que llevo en mi cuerpo —le aclaro mientras lleva la mano hacia mi piel y repasa su nombre con sus dedos, asombrada—. ¿Tú no tienes nada que decirme? —inquiero sonriente, mirándola a los ojos tras mi confesión.

—Yo estoy enamorada de ti desde que tengo uso de razón —revela sonriente, con más lágrimas en sus mejillas mientras alza una mano y la posa en mi abdomen, acariciándolo y suplicándome con una mirada cargada de deseo que vuelva a besarla.

—Disculpame, amor, enamorarme es un placer que no había descubierto antes. No sabía qué se siente ni cómo podía cambiarme.

Me apodero de sus labios y le hago el amor como he soñado durante todo este tiempo.

46

Allegra

Un cosquilleo en mi vientre me despierta y cuando abro los ojos observo que Aless me da besos. Al sentir que me muevo alza la cabeza, me mira con unos ojos verdes brillantes de felicidad que hacen que el corazón me dé un vuelco por completo mientras me dice:

—Anoche no hablamos demasiado, pero necesito que sepas que quiero a este hijo pese a que no estuviese en nuestros planes.

Sus palabras consiguen que me emocione y varias lágrimas broten de mis ojos. Maldigo las hormonas que me tienen tan sensible mientras aparto las lágrimas y le sonrío.

—Ha sido algo accidental. Ha llegado sin preguntar —murmuro mientras lo miro sintiéndome la mujer más feliz. Ni en mis mejores sueños hubiese imaginado un reencuentro como el que estamos viviendo. Aless enamorado de mí y feliz de tener un hijo.

—Seguro que hicimos algo para que viniese —susurra Aless en mi oído y luego me besa el cuello mientras siento sus húmedos besos hasta mis pechos desnudos—. Todo este tiempo alejado de ti ha sido una completa tortura —revela mientras se acerca a mis labios y se apodera de ellos con auténtica devoción.

—Aless —protesto sobre su boca cuando advierto sus claras intenciones de hacerme el amor de nuevo—. No estamos solos. —Alza la mirada y me la sostiene en silencio mientras me indica con un gesto que le da igual—. Estamos en una casa llena de gente, nuestra familia —especifico—. Y no saben que tenemos una relación ni que eres el padre de mi hijo —le recuerdo.

—Eso tiene fácil solución —concluye mientras me mira con atención mostrándome una maravillosa sonrisa—. No veo razón alguna por la que ya tengamos que ocultar lo nuestro. No quiero que lleves esto sola. También es mi responsabilidad, además quiero que todos sepan que te amo —revela con una mirada transparente mientras a mí me da un vuelco por completo el corazón. Supongo que tengo que acostumbrarme a que me diga que me ama y está enamorado de mí. Es algo tan nuevo e inesperado que aún no lo asimilo. Me encuentro en una nube de felicidad de la que no me quiero bajar.

Amo a este Aless que no le tiene miedo a nada, sin embargo, no podemos dejar llevarnos por impulsos en estos momentos. Debemos ser prudentes.

—Hemos mantenido en silencio mi implicación con Alessandro Albani —le recuerdo—. Tu padre y el mío no son tontos, saben mi tiempo de embarazo. Si decimos que tenemos una relación y eres el padre de mi hijo empezaran a atar cabos. ¿No crees que es mejor que digamos todo cuando termine la misión? Les he prometido que cuando termine todo les presentaré al padre de mi hijo —le propongo.

Se queda en silencio, lo medita, pero su móvil vibra sobre la mesita de noche. Alarga la mano y lo coge. Le escucho decir:

—He ido a dar una vuelta. Ahora voy. —Cuelga y me indica—: Mi padre, me reclama en su despacho. Joder, yo pasaría todo el día contigo en la cama. —Se revuelve el pelo, sale de la cama y comienza a vestirse delante de mí mientras no le quito ojo de encima.

Una gran emoción me invade el pecho cada vez que pienso que me ama. Cuando termina de

vestirse y de ponerse los zapatos se inclina en la cama y me da un beso en los labios.

—Tenemos mucho que hablar aún. Te quiero, Allegra. No estaba en mis planes revelártelo tan pronto, quería poner fin a todos los peligros que nos acechan, pero en estos momentos necesito que sepas lo importante que eres para mí. ¿Recuerdas que la última noche que estuvimos juntos en nuestra despedida te dije que teníamos una conversación importante pendiente? Me refería a contarte que te amaba.

—Me hubieses hecho muy feliz en estos dos meses si hubiese sabido de tu amor —le confieso—. Se sufre menos cuando conocemos los sentimientos del otro —le reprocho, pero me siento feliz ante su revelación.

—En eso debo de confesar que te llevaba ventaja. Sabía lo que sentías por mí —confiesa con una amplia sonrisa en sus labios.

—¿Cómo? —pregunto asombrada.

—Sospechaba que sentías algo más que deseo sexual por mí, pero obtuve la confirmación el día que Faheem te drogó y me confesaste que llevabas años soñando conmigo y enamorada de mí.

—Tramposo —le recrimino golpeándolo en el hombro.

—Quería hacer las cosas bien, cuando fuésemos libres yuviésemos una vida tranquila y normal —confiesa, sus palabras y sus buenas intenciones hacen desaparecer mi enfado.

—Te quiero, y no tienes idea de cuanto —revelo perdida en sus ojos, emocionada por poder pronunciar estas palabras en voz alta frente a él y que me mire en la forma en la que lo hace, con ese amor desbordante por sus intensos ojos verdes.

—Y yo. Nunca pensé enamorarme como un loco ni formar una familia, pero has hecho que lo que antes veía como un espanto en estos momentos me apasione y lo desee con toda mi alma. Tú sí que has hecho magia conmigo. Te amo de una forma sobre humana —confiesa perdido en mi mirada.

Me stampa un beso fugaz y se marcha sin tan siquiera mirar tras la puerta por la posibilidad de si puede salir sin que alguien lo vea.

Me meto en la ducha, me visto y bajo a desayunar. Mañana es el último día del año y solo puedo pensar en lo feliz que me hace recibir el año nuevo con Aless a mi lado, enamorado de mí y esperando un hijo juntos.

En la cocina me encuentro con mi prima y su marido desayunado, luego entran nuestras madres y mi tía Mel aprecia el brillo de felicidad en la mirada de su hija, luego se vuelve hacia mí y me indica:

—Allegra, te veo tan maravillosa como a Carla. —Frunce el ceño y yo no puedo evitar ponerme colorada.

—A ella le da esa luz en su mirada el embarazo —dice mi prima. Su marido se sorprende de la noticia y se lo confirmo con un gesto.

Oliver y Stella aparecen en la cocina, mi madre se los queda mirando y murmura:

—Aquí llegan dos que no parece que hayan tenido una buena noche.

Ante su comentario estoy a punto de escupir todo el café de la risa.

Stella me mira seria y molesta por mi sonrisilla al comentario de mi madre. Oliver, como siempre, va a su bola.

—¿Y el resto de hombres de esta casa? —pregunta Bruno.

—En el despacho, pero ni sueñes con pertenecer a ese círculo, ni con entrar en ese lugar sagrado —le indica Oliver en tono jocosos. Le guiña el ojo y le sonríe.

—¿Qué planes hay para hoy? —pregunta mi tía Mel. Está radiante de felicidad. La llegada de Aless le ha devuelto la luz a su mirada.

—Preparar todo para despedir el año mañana y disfrutar de este paraíso —dice mi prima Carla—. Estando aquí juntos sí considero este lugar un sitio privilegiado —comenta repasando con la mirada a todos. Luego me mira, cambia su expresión y dice—: Perdón, Allegra, quizás tú no te sientas tan feliz al tener al padre de tu hijo tan lejos.

—No te preocupes, Carla. Estoy bien —le indico—. No me siento sola, tengo a mi bebé —le recuerdo llevándome una mano al vientre.

—Bueno, vosotros descansad, disfrutad de la piscina y el sol que Laura y yo nos encargamos de todos los preparativos para mañana —propone mi tía Mel.

Aceptamos y nos marchamos al jardín. Hace un día maravilloso y nos disponemos a ir a la piscina, tumbarnos al sol y disfrutar de estar todos juntos. Miro a mi alrededor y echo de menos a Aless. Cierro los ojos en la tumbona en la que me encuentro mientras escucho de fondo a Carla, Oliver y Bruno en la piscina. Mi hermana ha optado por tomar el sol como yo, pero ambas permanecemos en silencio sin dirigirnos la palabra.

De repente, siento que alguien se sienta a mi lado, está mojado, abro los ojos y le muestro una sonrisa pensando que es Aless, sin embargo, me encuentro con Oliver de frente. Está recién salido del agua y me mira sonriente.

—¿Has pasado una mala noche? Llevas aquí dormida un par de horas —me indica.

—El embarazo me da sueño —justifico.

—Sabes que me tienes a tu lado en este proceso de forma incondicional, y si el padre de este niño no quiere saber nada de él, yo...

—Oliver, no te preocupes. Hay muchas madres solteras en el mundo —lo interrumpo.

De repente, aprecio que Aless aparece en el jardín. Llega en bañador y, pese a llevar unas gafas de sol, siento que clava su mirada en mí y en su hermano sentado junto a mí.

De inmediato, Stella se levanta de la tumbona que ocupa y se acerca a Aless, lo toma por la cintura, le dice algo al oído y lo tira al agua con ella sin importarle que vaya con camiseta y chanclas.

—¿Te encuentras bien? —pregunta de golpe Oliver. Mi cara al ver a Aless y Stella debe haberse cambiado por completo.

—Sí. Creo que me voy a dar un baño. Tengo calor. —Me aparto de Oliver y me lanzo a la piscina.

Cuando estoy nadando siento que unas manos me cogen por la cintura y me frenan. Me vuelvo y descubro que se trata de Aless.

—Te has lanzado de una forma muy brusca para estar embarazada —me reprende.

—Tenía calor —justifico. Lo cierto es que ni lo pensé.

—¿Qué quería Oliver? —pregunta en forma de reproche.

—Supongo que lo mismo que Stella —se la devuelvo. A mí también me comen los celos cuando los veo juntos, además tengo más razón porque han tenido algo entre ellos.

Aless bufa, se pasa la mano por el pelo mojado y me mira a los ojos.

—Ya me estoy cansando de esto —suelta, exasperado, mientras me mantiene arrinconada en un lado de la piscina.

—Aless, en unos días te marchas. Dejemos todo como está —le suplico.

Él medita mis palabras y termina asintiendo con un gesto contrariado. Luego mira a nuestro alrededor, Oliver y Stella han desaparecido y Carla y su marido se besan en la tumbona. Se

acerca a mis labios y me roba un beso, seguidamente se aleja de mí y comienza a hacer largos en la piscina mientras lo admiro y pienso todo lo que haríamos si estuviésemos solos. Siento un leve cosquilleo en mi vientre y sonrío, feliz, porque sé que ahora es mío, ya no se tratan de imaginaciones ni fantasías. Me lo ha confesado con sinceridad y transparencia. No tengo dudas.

47

Alessandro

Cuando terminamos un almuerzo en familia en la zona del jardín, en el que no he dejado de observar qué come la madre de mi hijo, ella decide retirarse a su habitación para descansar. Cuando estoy dispuesto a seguirla mi padre me indica que quiere verme a solas en su despacho. En esta ocasión no nos acompaña mi tío Adrián.

Pensé que tras la larga reunión de esta mañana donde junto con mi padre y mi tío hemos dejado todo listo para debilitar definitivamente a Faheem estaba todo cerrado y podría disfrutar de Allegra en tiempo que me quedaba en Punta Cana sin más interrupciones.

—¿Qué ocurre? ¿Se trata de trabajo o es personal? —pregunto cuando cierro la puerta del despacho y estamos a solas.

—Me apetecía charlar con mi hijo de un par de temas —anuncia mi padre.

—Tú dirás —le indico tomando asiento frente a él.

—Creo que en todo este tiempo no te he dicho que estoy muy orgulloso de ti, hijo. Es cierto que cuando te pusiste en contacto conmigo y me contaste que Alessandro Albani había vuelto a revivir no tuve la mejor de las reacciones, pero fuiste muy valiente al aceptar todo por salvar a la familia y luego al ponerte en contacto con tu padre cuando valoraste que mi experiencia y mis antiguos contactos podrían salvarte ante alguien con una organización como la de Faheem. Tú no fuiste tan inconsciente como Leonardo de ponerte al frente con un hombre al que no igualabas en poder ni en infraestructuras y que lo más lógico era que te pillase si no llegamos a actuar como lo hicimos junto con la organización de Flavio. Te pareces tanto a mí que a veces siento miedo, pero el orgullo siempre prevalece. Siento que hice un gran trabajo con tu educación, tu formación y cuando te conté quién fui años atrás.

—Gracias, papá. Siempre fuiste un ejemplo a seguir, pero jamás llegué a pensar que te sustituiría como Alessandro Albani —le indico en tono de broma.

—Lamento que mi pasado esté afectando a mi familia. Siempre hice todo por protegerlos —comenta con dolor.

—Lo sé.

—Pero ahora es tu vida la que corre peligro y es algo que no me puedo perdonar. Mi pasado no quedó limpio y tú pagas las consecuencias.

—Ya queda poco. Faheem caerá y luego rescataremos al hijo de Capdevila. Quedaremos limpios con la policía y volveremos a nuestras vidas de antes. Solo es cuestión de unos meses.

—¿Qué tal tu vida como Alessandro Albani? Espero que no te acostumbres. Me han llegado rumores de que eres muy amigo del hijo de Flavio. No te vayas a dejar tentar por ese mundo —me advierte con miedo.

—No te preocupes, papá. Sé muy bien quién soy y qué quiero en mi futuro. Además, ahora tengo un gran motivo para volver a ser el de antes por mucho que me pueda llegar a tentar el peligroso mundo de Albani —determino.

—¿Ese motivo es una mujer? —pregunta mirándome a los ojos, recostado en el sillón mientras me mira atento.

Suelto una carcajada y le pregunto:

—¿Cómo lo has sabido?

—Reconozco esa expresión en tu cara y ese entusiasmo. Es el mismo que tenía yo cuando me enamoré como un loco de tu madre. Ella fue mi gran impulso para matar a Alessandro Albani para siempre —revela.

—Ella llegó sin pensar. No pude evitar enamorarme —reconozco.

—La historia se repite —murmura mi padre—. ¿Y puedo saber más de esa mujer que te ha cambiado la vida? Hasta el momento solo sé que no te importó montar toda esta guerra con Faheem cuando intentó aprovecharse de ella —inquire.

—Te la presentaré cuando todo esto termine —le indico, sonriente, al mismo tiempo que pienso en su reacción y en la de toda la familia cuando Allegra y yo hagamos público lo nuestro.

—¿Dónde está ella? —pregunta. En todo este tiempo no he accedido a desvelar su paradero.

—Segura y protegida. Lejos de mí —añado, algo que no le había dicho hasta el momento.

—¿Estás seguro que es una mujer de fiar? —pregunta, preocupado.

—Cuando la conozcas sabrás que no me he podido cruzar con una mujer más leal que ella. Me ha ayudado mucho y comprende este mundo. Es mucho más de lo que puedo esperar.

—¿Estás seguro que te ama?

—Más que a su vida —revelo con una amplia sonrisa, segurísimo de ello.

—Te voy a dar un consejo que me ha servido desde que fui Alessandro Albani, en la vida y en el amor no todo sale como se planea. Ten mucho cuidado.

Mi padre y yo nos tomamos una copa juntos y luego me retiro con la excusa de descansar un poco, pero me las apaño para colarme de nuevo en la habitación de Allegra. La encuentro dormida en la cama y me tumbo a su lado. Le doy un beso y la abrazo sintiendo que lo es toda para mí. Me reprocho no haber visto en ella antes todo lo que veo en estos momentos. No entiendo cómo teniéndola a ella cerca pude fijarme en Stella.

Allegra me siente, abre los ojos y me sonrío.

—Me gusta que aparezcas así.

—Me siento como un adolescente escondiéndose de sus padres —murmuro mientras la beso.

—Tiene su encanto —susurra con un suspiro mientras me abraza.

—Pues explícamelo que yo no se lo veo —me quejo mirando hacia la puerta de su habitación.

Allegra enreda sus dedos en mi pelo, hace presión en mi cabeza y me besa con pasión. Siento sus ganas y terminamos haciendo el amor pese a que mi intención inicial cuando me recosté con ella en la cama solo era de disfrutar de una siesta juntos.

Luego nos damos una ducha juntos. Salgo de su habitación como un ladrón tras despedirnos hasta la cena y le prometo que esta noche volveré a su cama. No pienso desaprovechar el tiempo que la tenga cerca.

Tras una cena todos juntos nos encontramos en el salón bebiendo y charlando cuando de repente mi hermano hace un llamamiento a la familia. Todos nos quedamos en silencio y Oliver comienza a decir:

—Familia, quiero comunicaros, ya se lo he dicho a Allegra, que estoy dispuesto a hacerme cargo de su hijo y ser como un padre para el niño si ella me acepta.

Todos nos quedamos en silencio de golpe. Allegra lo mira sin saber qué decir. Mi madre se lleva la mano a la boca y mi padre está a punto de coger a Oliver por el cuello. Es evidente que lleva un par de copas encima.

La sangre se me calienta y trato de controlar la ira que se ha apoderado de mí y no hacer un numerito, pero cuando observo que Allegra va a tomar la palabra y no sabe qué decir no lo

permiso y decido ser yo quién hable ante todos.

—Aquí nadie se va a hacer cargo del hijo de Allegra porque ese niño tiene un padre que va a velar siempre por él y ese soy yo. ¿Os queda claro a todos? —revelo alto y claro, sin tapujos.

Observo que mi madre se tiene que sentar de golpe. Allegra me mira con los ojos muy abiertos ante mi inesperada revelación. Una copa se cae al suelo y se hace añicos, es la de Stella, y luego escucho que mi tío brama sin control:

—Me cago en todo, ¿tú? —me mira con los ojos muy abiertos, da un paso hacia mí y lo miro de frente, sin miedo, plantándole cara.

—Fábregas, cálmate —le susurra mi padre tomándolo del brazo—. Los niños ya son mayorcitos.

—¿Tú no tienes nada que decir a esto? —le pregunta muy alterado mi tío a Allegra—. ¿Qué está pasando aquí? —exige saber.

—Aless es el padre de mi bebé —reconoce Allegra ante todos con la voz cortada.

Me acerco a ella, la tomo por la cintura y la acerco a mi cuerpo en señal de protección, haciéndole saber a ella y a toda la familia que no está sola en esto.

—¿Cómo ha sucedido esto? —pregunta mi tía Laura. Sentada en el sofá junto a mi madre mientras mi hermana Carla y su marido se preocupan por las dos, están muy pálidas.

—Bueno, tía, creo que no hace falta que entremos en detalles —le indico—. Allegra y yo somos adultos.

—Joder, con la mosca muerta —comenta Stella con desprecio. En su mirada puedo leer el rencor hacia su hermana.

—No te atrevas a insultar a tu hermana en mi presencia —la defiendo.

Oliver me mira en silencio con ganas de matarme. Allegra y yo nos encontramos en el centro del salón mientras la abrazo con posesión, la siento temblar y el resto nos miran espantados.

—Esto es... —murmura mi tío paseándose por el salón como un león enjaulado—. ¿Por eso no te atrevías a decir quién era el padre de tu hijo? No es que Aless sea el hombre más recomendable. No sabes quién es en realidad —espeta mi tío, furioso.

—Sé lo más importante de él. Que me ama —se adelanta Allegra a revelar frente a todos.

—¿Te ama? —pregunta Stella en tono de burla y luego suelta una carcajada—. Te ha dejado preñada, no le queda otra que quedarse con el paquete completo —suelta con desprecio.

—¡Cállate, Stella! No tienes ni idea de lo que dices —alzo la voz.

—Vaya, ¿entonces no se trata de un revolcón de una noche y sus consecuencias? —pregunta Oliver—. Es lo que te va a ti con las mujeres, no te interesa ninguna —me espeta encarándome.

Suelto a Allegra y lo agarro con fuerza por la camisa con mis manos perdiendo por completo las formas.

Mi madre suelta un grito y de inmediato tenemos a nuestro padre separándonos.

—¡Basta ya! —Alza la voz mi padre—. ¿En qué vamos a convertir a esta familia? —lanza el reproche al aire mirándonos a todos.

—Aquí el responsable de todo es tu hijo —lanza mi hermano, acusándome con ojos de odio.

—¿Perdona? —le pregunta Allegra, indignada—. ¿Es que yo no pinto nada? Aless no se aprovechó de mí ni mucho menos. Esto es algo de dos. Si es cierto que no buscamos a este hijo, no era el momento —deja claro mirando a todos con valentía—. Pero intentaremos ser los mejores padres. Nos queremos —defiende con energía y me siento muy orgulloso de ella.

No puedo evitar acercarme a los labios de Allegra y plantarle un beso delante de todos.

—Es lo que hay. A quién no le guste aquí me tiene. —Miro de forma desafiante a mi hermano

y a mi tío.

Se hace un prolongado silencio en el salón mientras todos nos miran y cuando ya soy incapaz de sostener sus miradas sin perder los nervios decido coger a Allegra de la mano y nos retirarnos juntos del salón. Llegamos hasta su habitación, cierro la puerta y la miro en silencio.

—No ha sido la mejor forma de dar la noticia de lo nuestro, pero el anuncio de Oliver me hizo hervir la sangre y no pude contenerme —le explico a Allegra, alterado.

—Tú y tus impulsos —me reprocha enfadada—. Mira la que has liado.

—¿Y qué querías, que mi hermano se hiciese cargo de mi hijo y de mi mujer por no provocar un escándalo? —pregunto furioso—. Solo he dicho la verdad —concluyo. Allegra alza una ceja, suspiro y admito—: Vale, no lo hice de la mejor forma. Lo solté de golpe y sin tacto alguno —reconozco.

—Creo que en ocasiones te salta la vena posesiva de Alessandro Albani y no la puedes contralar —me acusa de frente.

—¿Eso piensas? —pregunto con decepción.

Allegra asiente en silencio.

—Llevas muchos meses siendo dos hombres en uno mismo. A veces, cuando te miro como Aless, tus acciones me hacen ver a Alessandro Albani, como hace un momento en el salón. Te has enfrentado a todos como alguien superior, y son tu familia —me hace ver con paciencia.

Me quedo en silencio y medito sus palabras.

—Siento decepcionarte —murmuro—, pero solo he reconocido mis derechos.

Allegra se acerca a mí, toma mi rostro entre sus manos y me indica mirándome a los ojos:

—Voy a confesarte un grave problema ante el que nos encontramos —anuncia, seria—. Siempre te he querido, Aless, pero jamás olvidaré que fue Alessandro Albani quién me dio el primer beso y me hizo el amor por primera vez en aquella situación extrema cuando nos secuestraron. Amo a dos hombres completamente diferentes —concluye con una amplia sonrisa mientras la presión que tenía en el pecho desaparece.

Me acerco a ella y le susurro en el oído:

—Tengo una duda, ¿quién es el padre de tu hijo?

Ambos nos miramos sonrientes y me revela:

—Creo que lo concebimos la noche de boda de tu hermana. No pensaba pasar la noche en el hotel y luego salimos corriendo hacia el aeropuerto. Olvidé las pastillas —revela, pero no le doy importancia a ese hecho.

Sonrío y le indico:

—Estábamos con la familia, éramos tú y yo. Aless y Allegra. —Me gusta cuando pronuncia la combinación de nuestros nombres.

—Supongo que gracias a esta situación que hoy nos separa unimos nuestros corazones. Creo que si Alessandro Albani no hubiese vuelto a nacer tú y yo no estaríamos aquí —reconoce.

—En eso tienes razón —le susurro al oído mientras la abrazo—. Meterme en la piel de Albani me permitió conocer lo mejor de mi vida. Te quiero, Allegra. Ahora eres lo más importante que tengo junto con nuestro hijo y tienes que saber que haría todo por mi familia, vosotros. —Le acaricio el vientre y la beso demostrándole todo mi amor.

48

Allegra

Unos suaves toques en la puerta hacen que interrumpamos el beso en el que estamos sumergidos.

—¿Qué quieren ahora?! —se queja Aless sin dejarme ir de sus brazos.

—Tenemos que abrir —le indico ante su gesto contrariado.

Me siento en la cama y él es el encargado de abrir la puerta y veo aparecer a la madre de Aless. Mi tía Mel nos mira con lágrimas en los ojos y dice:

—Siento todo lo sucedido ahí abajo, debo admitir que lo vuestro nos cogió por sorpresa y esto evitó que fuese consciente de la gran alegría que me provoca ser abuela. —Nos mira a los dos y soy yo la primera que se levanta y abraza a mi tía.

Luego Aless se une a nosotras mientras mi tía llora y hace que me emocione.

—Tendrás que cuidar de ella en mi ausencia, mamá —le pide Aless.

Mi tía Mel alza la mirada hacia ambos y me dice emocionada:

—Si antes ya te quería, Allegra, ahora lo hago mucho más por ser la mujer que ha escogido mi hijo y por darme un nieto.

—Gracias, tía.

—Por favor, ¿podéis volver a bajar? —nos ruega—. Creo que todos os deben una disculpa. Lo único que tenemos que celebrar en estos difíciles momentos es la llegada de un nuevo miembro a la familia y que vosotros seáis felices.

Aless se acerca a mí, me da un breve beso en los labios delante de su madre y dice:

—Es la mujer de mi vida. La quiero. —Escucharlo reconocer esto con esa valentía delante de su madre hace que el corazón se me acelere y me emocione. Jamás me imaginé a un Aless enamorado de mí de esta forma.

—Solo hay que miraros para saber que lo vuestro es algo real y fuerte. Existe cierta magia cuando os miráis que no sé cómo no me di cuenta de ello antes. ¿Vamos? —nos anima mi tía a que vayamos con ella de nuevo al salón con el resto de la familia.

—Si nos das unos minutos, mamá. Ahora bajamos nosotros —le pide Aless.

—Os esperamos —dice mi tía antes de marcharse.

Cuando Aless y yo nos quedamos a solas él resopla y se pasea inquieto por la habitación.

—No me apetece nada volver a enfrentarme con todos. Te quiero en mi cama, desnuda y solo para mí —bufa de frustración.

—Ya has oído a tu madre, nos lo ha pedido por favor y seguro que todos están arrepentidos.

—No voy a tolerar ni una sola salida de tono, te lo advierto —me indica serio y tajante.

Su actitud provoca una sonrisa, esta lo descoloca por completo, lo beso, tiro de su mano y nos disponemos a bajar de nuevo para reencontrarnos con la familia.

Cuando llegamos descubro que ni mi hermana ni Oliver se encuentran ahí. Mis padres y mis tíos tienen unas copas en las manos y Carla y su marido charlan con ellos. En cuanto nos ven aparecer, llegamos de la mano, es mi padre quién da un paso adelante y toma la palabra mientras nos mira a Aless y a mí.

—Espero que cuides de mi hija y de tu hijo como espero. —Le extiende la mano a Aless y le

indica con una sonrisa—: Bienvenido a la familia.

—No tienes ni idea todo lo que haría y arriesgaría por mi familia. Ahora Allegra y mi hijo son el centro de mi vida —le aclara a mi padre.

Mi padre me dirige una amplia sonrisa y termina abrazándome mientras mi madre lo hace con Aless.

—Bueno, después de todo, creo que tenemos que brindar por esta pareja —dice mi tío, que comienza a descorchar una botella que champán.

Mi prima Carla viene hacia mí, me abraza y me besa mientras me susurra en el oído:

—Estoy feliz de que este niño sea hijo de Aless. Hacéis una pareja preciosa.

—¿Y Stella y Oliver? —inquiero algo preocupada.

—Se retiraron a sus habitaciones, pero no te preocupes, lo entenderán. Para Oliver eres una ilusión que terminará pasando y lo de Stella y Aless sucedió cuando eran muy jóvenes.

—Ya, pero mi hermana jamás perdió las esperanzas con él. Nunca me he llevado muy bien con ella, pero no me gustaría un distanciamiento definitivo por esto.

—No le has robado nada, Allegra. Con el tiempo lo entenderá. Yo me alegro que la elegida seas tú. Mi hermano se lleva a una gran mujer. —Carla me abraza y hace que me sienta mejor.

Brindamos, yo lo hago con agua, y pasado un rato, cuando Aless percibe mi cansancio porque no puedo evitar dejar de bostezar dice toda la naturalidad:

—Nosotros nos retiramos a dormir —tira de mi mano y nos disponemos a abandonar el salón.

—Bueno, ya que todos lo sabemos podéis dormir juntos —plantea Carla.

—Hermanita, en eso llegas tarde. Desde que he llegado he dormido junto a mi mujer —revela Aless con una sonrisa.

—Tampoco hacen falta los detalles —bufa mi padre.

—Tampoco ha hecho nada que tú y yo no hubiésemos hecho —le dice mi tío con una sonrisa mientras le palmea la espalda y mi padre lo mira serio—. ¿No te acuerdas en nuestros tiempos con Laura y Mel? —sigue hurgando en la herida y consigue que mi madre y mi tía estallen en carcajadas.

Aless y yo nos retiramos a nuestra habitación y cuando me meto en la cama siento que ha sido un día larguísimo que jamás pensé que terminaría así, pero, pese a todo lo que hemos vivido, me siento tranquila y feliz porque todos sepan que Aless y yo nos queremos, estamos juntos y es el padre de mi hijo. En estos difíciles momentos en los que voy a necesitar más que nunca el apoyo de mi familia que sepan la verdad sobre este asunto es una liberación.

Abrazo al hombre que amo, ya ambos en la cama, y le susurro en el oído:

—Pese a todo, estoy muy orgullosa de ti. Te amo, y amo la forma en la que has defendido nuestro amor con nuestra familia.

Aless me acerca más a su pecho, me da un beso en el cabello y susurra:

—Allegra Fábregas, no tienes ni idea de todo lo que haría por ti. Soy otro hombre desde que descubrí que estaba enamorado como un loco y eras el centro de mi vida.

—¿Y cuándo fue eso? —pregunto con curiosidad.

—La primera vez que nos besamos me desestabilizaste por completo, sentí algo desconocido, luego cuando nos acostamos juntos sentí algo que jamás había experimentado, pero conforme te fui conociendo al día a día te admiré y te quise solo para mí. Me molestaba cuando otros hombres te miraban y sentía un sentimiento de protección y posesión que no había experimentado antes. Cuando te tenía lejos sentía que me volvía loco, y cuando estuviste en peligro supe que sería capaz de matar a alguien con tal de protegerte. No fue fácil aceptar que te

amaba, pero los sentimientos me ganaron —revela.

—¡Qué complicados sois los hombres! Yo te quiero desde siempre, amo tus besos, tus abrazos y tu forma de hacerme el amor porque me hace sentir única y especial. —Le muestro una sonrisa y lo beso con todo el gran amor que siento por ese hombre.

49

Alessandro

Me despierto temprano, le doy un beso a Allegra y la dejo que siga durmiendo. Me pongo ropa de deporte y me voy al gimnasio. Cuando entro me encuentro con mi padre, por el sudor de su cuerpo advierto que lleva un buen rato allí.

—Siempre tan madrugador, viejo —comento a modo de saludo mientras mi padre hace pesas sin descanso.

—Hay que estar en forma, lo que nos viene no es fácil —me recuerda.

—No me has felicitado por mi paternidad —le recuerdo.

—Esto no llega en el mejor momento —murmura algo seco.

—Lo sé. Pero tú me enseñaste a hacer frente a todo.

—¿Sabes? Nunca quise enamorarme ni tener hijos. Sabía que era algo peligroso. Lo evité siempre —revela.

—Pues quién lo diría. Te recuerdo que tienes tres retoños y una mujer a la que amas y darías la vida por ella.

—Me enamoré de tu madre en cuanto crucé una mirada con ella. Retenerla a mi lado solo fue una excusa para no perderla. Doy gracias de que Carla llegase cuando todo terminó, pero en tu caso no es así y eso me tiene muy alarmado. Proteger a un bebé me ha dejado sin dormir toda la noche.

—Todo irá bien. Con suerte, cuando nazca todo habrá terminado.

—¿Y si no es así? Aless, te relacionas con gente peligrosa. Temo por tu vida cada segundo, hijo. Si algo te llegase a pasar y dejar a una familia huérfana no me lo perdonaría. Todo esto es por mi culpa —lamenta con muchos remordimientos.

—Somos una familia y estamos en esto juntos. Yo decidí entrar en ello, y saldré como lo hiciste tú. Te tengo a ti, al tío Fábregas, aunque en estos momentos no sea su persona favorita por haber dejado embarazada a su hija —bromeo—, a Flavio y a su hijo y toda su organización. Somos fuertes y podremos con esto.

—Las cosas en este mundo se complican en un solo segundo, Aless —me advierte, preocupado.

—¿Qué te preocupa, papá? —le pregunto acercándome a él y mirándolo de frente.

—Tu valentía. Que lo darías todo por tu familia.

—Es algo que tú también harías —le recuerdo.

—Pero tú solo tienes veintiocho años y una vida por delante que vivir.

De repente, mi madre irrumpe en el gimnasio ataviada con ropa de deporte.

—Vaya, he venido en busca de mi marido y me encuentro a los dos —Se nos queda mirando a ambos y murmura sonriente—: Alessandro Albani. Te parecías tanto a tu padre que hasta ese nombre tuviste que heredar. Cada vez que te pienso en ese papel se me hiela la piel, nadie mejor que yo sabe quién fue tu padre y el miedo que siento ahora por que lo seas tú me tiene en vilo desde que lo sé todo.

Abrazo a mi madre y para romper el hielo le indico:

—¿Tú también entrenas?

—Cada día, tu padre insiste en ello. Hemos vuelto a las exigencias que me hacía cuando era Alessandro Albani. Tenía que saber defenderme, disparar y estar en forma para lo que viniese.

—Tu madre me salvó la vida una vez, creo que eso no te lo he contado —comenta mi padre. Lo miro con sorpresa y animo a ambos que me lo cuenten mientras hacemos ejercicio el último día del año.

Cuando ya estamos terminando Allegra aparece en el gimnasio y también lleva ropa de deporte.

—Estás embarazada —le recuerdo cuando la veo entrar.

—Sí, pero no inútil. Las embarazadas hacen ejercicio —me replica al mismo tiempo que se acerca a mí y me da un beso en los labios.

—Os dejamos solos, pareja —murmura mi padre tirando de la mano de mi madre.

—¿Entrenamiento en familia? —pregunta Allegra.

—Parece que estábamos convocados. Hemos hecho ejercicios mientras mi madre me ha contado cómo le salvó la vida a mi padre cuando era Alessandro Albani. He estado tentado de contarle que tú has estado a mi lado como ella estuvo con mi padre.

—Algún día intercambiamos experiencias.

—¿No te apetece mejor un paseo por la playa y después un baño? —le propongo a Allegra cuando va a comenzar sus ejercicios.

—Me parece una forma maravillosa de terminar el año —me mira con un amor inmenso en sus ojos.

—Mañana por la tarde Bruno y yo nos tendremos que marchar —le recuerdo. Ella me mira con pena, me abraza y le doy un beso en el cabello.

—No desaprovechemos ni un solo segundo para estar juntos —me suplica. Me apodero de sus labios, la beso y nos dirigimos a la playa. No nos podemos alejar mucho de la villa, pero disfrutar de este paraíso con Allegra, pese a estar rodeados de gente y seguridad que nos protege es todo un regalo después de dos meses alejado de ella.

50

Allegra

Cuando regresamos a la villa de la mano, tras un largo paseo por la playa, junto al amor de mi vida, nos encontramos con Stella y Oliver en la piscina, ambos nos miran y Aless y yo no sabemos cómo reaccionar. Oliver sale de la piscina, se seca el cuerpo, se dirige a nosotros y le extiende la mano su hermano.

—Mi enhorabuena, te llevas a una gran mujer.

Mi corazón se tranquiliza cuando siento en Oliver una mirada sincera. Luego me mira a mí y pregunta:

—¿Puedo felicitarte como es debido? Creo que anoche no estuve nada acertado —se disculpa y yo lo abrazo.

Observo a mi hermana que continúa en la piscina, nos da la espalda y no le veo intenciones algunas de salir a felicitarnos como Oliver. En cierto modo, puedo llegar a entenderla ya que siempre tuvo esperanzas con Aless y lo nuestro debe haberle caído como un jarro de agua fría. Decido darle tiempo para que lo asimile.

Aless tira de mi mano y nos encaminamos hacia la casa, ignoramos a Stella y nos marchamos a darnos una ducha juntos. Cada vez que tengo a Aless cerca y solo para mí no puedo evitar contar las horas que nos quedan juntos. No sé cuándo lo volveré a ver de nuevo y esto es algo que me produce angustia en la situación en la que me encuentro. Solo espero que cuando su hijo nazca esté a mi lado.

Como si me leyese la mente, mientras permanecemos debajo del chorro del agua de la ducha dice mientras acaricia mi vientre:

—Cuando nuestro hijo nazca serás mi mujer y estaré a tu lado en el parto. Te lo prometo.

—¿Es una proposición de matrimonio? —inquiero alzando la mirada, pendiente a su expresión.

—Una muy poco romántica, pero la mejoraré —murmura en mi oído y luego me besa.

—Ya tendremos tiempo de todo lo que no podemos hacer ahora. Disfrutaremos de citas románticas, viajes, sorpresas y celebraciones en familia —enumero, sonriente.

—Yo solo deseo tiempo a tu lado sin que esté marcado por un reloj —dice Aless.

—Prométeme que tendremos toda la vida —le ruego abrazándolo y apoderándome de sus labios.

—Sueño con toda una eternidad.

En familia preparamos todo para recibir el nuevo año. Se me hace tan extraño y maravilloso a la misma vez comportarme con Aless como una pareja delante de todos que cada vez que nos acercamos, me abraza o nos damos un beso siento a toda la familia pendiente de nosotros.

Me visto de rojo para recibir el nuevo año y Aless lleva unos pantalones oscuros con una camisa blanca, casualmente su padre y su madre van vestidos igual y parecemos dos replicas, algo que causa risa en los presentes cuando nos ven aparecer.

Cenamos en familia, Stella es la que parece que está un poco más reacia a celebraciones, y recibimos el año entre risas y abrazos.

De repente, cuando yo estoy abrazada a Aless y mi tío Oliver a mi tía Mel escuchamos un disparo que impacta a través de un cristal de una ventana del salón en el hombro de mi tío. De inmediato el pánico se apodera de todos y Alessandro grita:

—¡Al suelo! —me obliga a tumbarme mientras que él y mi padre salen corriendo en dirección a la ventana desde donde llegó el tiro.

Miro a mi tío sentado en el suelo mientras mi tía le revisa la herida, preocupada. Parece algo superficial. Corro al despacho y rebusco entre los cajones del escritorio. Allí encuentro una pistola, la cojo, salgo con ella y voy en busca de Aless y de mi padre, han salido al porche exterior. Miro por la ventana y no veo a los guardias de seguridad. Ellos van armados, si alguien ha accedido hasta la casa me temo que estén muertos o heridos.

Desde mi posición tras los cristales observo cómo un hombre se acerca de forma sigilosa a Aless y a mi padre. Ellos están inclinados sobre un guardia de seguridad herido y se centran en quitarle la pistola. El intruso lleva un arma y va a disparar. No tengo elección, alzo la pistola que llevo en la mano y apunto al tío que ya está cerca de mi padre y de Aless. Cuando tengo claro que está a tiro no me lo pienso, disparo y la bala le impacta en el pecho, cae al suelo y al sentirlo mi padre coge el arma del guarda abatido y lo remata sin pensar. Ver a mi padre en acción me deja casi en shock pese a ser yo quién ha disparado a un hombre. Aless y mi padre miran en la dirección que ha venido la bala, a través de la ventana, atravesando el cristal, descubren que he sido yo y ambos vienen hacia mí de inmediato.

Aless me arrebató el arma. Mis manos tiemblan, es la primera vez que le disparo a una persona, me abraza de inmediato y me dice:

—Un buen tiro, mi amor. Nos has salvado de la vida. ¿De dónde has sacado la pistola? —inquire mirándome con preocupación mientras me examina y comprueba que estoy bien.

—Del despacho de tu padre, intuí que debía tener una a mano.

—Estoy orgulloso de ti, hija. Un disparo certero, y eso que hace mucho tiempo que no te entreno.

—Hay algunas cosas que tengo que contarte, papá —murmuro mientras Aless me indica con la mirada que no es el momento.

Volvemos al salón donde permanece el resto de la familia asustada y agachada. Ver a Aless y a mi padre con pistolas en las manos y moverse en alerta me crea cierta angustia. Mi tío está herido y no sabemos cuántos más serán ahí fuera. Aless tiene el teléfono en la mano y da órdenes a través de él.

—¿El plan de evacuación? —inquire Aless mirando a su padre.

—Tenemos que llegar hasta la playa, ya di la orden de que haya una lancha esperándonos —dice mi tío colocándose en pie mientras mi tía se encarga de que no le salga sangre de la herida. Él parece no echarle cuenta al tiro que ha recibido.

Carla, su marido, mi hermana permanecen agachados como les indica mi tío. Están muy asustados. Oliver está junto a su padre mirándole la herida mientras este le da órdenes.

—¿Cómo nos han encontrado?! —maldice Aless—. Esto no tiene nada que ver con mi visita, me cuidé mucho. ¿Alguien hizo algo prohibido? —pregunta al resto, serio.

Desde que llegamos a Punta Cana tenemos una lista de cosas que no podemos hacer, una de ellas es ponernos en contacto con amigos o conocidos de antes a través de nuestros teléfono o redes sociales.

Stella comienza a temblar y murmura:

—Le hablé a una amiga por Instagram, le felicité el año esta mañana y le dije que ojalá

estuviese allí y que quería volver.

—¡Joder! Lo has puesto todo en riesgo —grita Aless, furioso.

—Stella, lo tenías prohibido —alza la voz mi padre—. ¡Mira las consecuencias!

—Perdón. Estaba muy enfadada por el anuncio de Aless y Allegra, solo quería irme de este lugar y volver a mi vida de antes. No sabía la magnitud de todo esto. Nunca pensé que llegasen para matarnos. Tengo mucho miedo, lo siento —lloriquea mientras mi madre la abraza.

—Pues mira lo que has conseguido, nos van a matar a todos —brama Aless.

—Yo no quería... —dice mi hermana desesperada y muerta de miedo.

—Hay que salir fuera y ver cuántos son, solo hemos abatido a uno —ordena mi tío, que se encamina hacia su despacho y abre la caja fuerte. Saca la documentación de todos y dinero, lo mete en una mochila negra y se la cuelga a la espalda, luego coge tres armas. Le lanza una a Aless, él se introduce otra detrás en la espalda, y otra se la entrega a Oliver. Mi padre lleva la que le ha quitado a nuestros guardas de seguridad.

—Te he entrenado en estos meses, Oliver. Llegó el momento —anuncia tras darle el arma.

—¿Y para mí? —le pregunta en tono de reproche mi tía a su marido al ver que no le da un arma.

—Oliver está capacitado para usarla y defenderte. Ya sabe quién fue su padre. Estos meses se ha convertido en mi confidente y mi pupilo —revela.

Por la cara de mi tía Mel deduzco no sabía nada de esto.

—¿De qué va todo esto? —pregunta mi hermana.

Todos la miramos y excepto ella y Bruno, los demás sabemos qué es lo que sucede realmente.

—Tenemos que irnos —anuncia mi padre.

—Vamos —me anima Aless tomándome de la mano y haciendo que vaya junto a él.

Los hombres se ponen a la cabeza y nos piden a las mujeres que los sigamos. Cuando tengo a Aless delante le quito la segunda pistola que lleva de la cintura, me mira reprendiéndome y le respondo:

—Te aseguro que estoy capacitada. Tú llevas tres armas y yo ninguna. Recuerda el tiro de antes.

Asiente, me da un beso y susurra:

—Ten mucho cuidado, estás embarazada —me recuerda—. Si algo te pasa me muero.

Salimos al exterior y muy cerca de la orilla vemos una embarcación que nos espera. Tenemos que cruzar todo el jardín, llegar a la playa y correr hasta el agua, es un buen trecho en el que estoy segura no encontraremos el camino despejado.

En cuanto ponemos un pie en el jardín mi tío y Aless se topan con dos hombres a los que tienen que disparar, estos caen al suelo y seguimos nuestro camino. Cuando llegamos a la playa tres hombres nos esperan armados, pero mi padre, mi tío y Oliver se encargan de ellos. Mi tío y yo protegemos nuestras espaldas, pero no vemos a nadie más.

—Corred —nos anima mi padre. Solo faltan unos metros para llegar a la orilla a la lancha que nos espera.

De repente, un coche enorme se acerca a nosotros a gran velocidad por la playa. Mi tío nos ordena con un grito que vayamos subiendo todos a la lancha.

Se bajan cinco hombres armados y toman a mi tía Mel. Mi tío Oliver grita y se enfrenta a ellos. Aless dispara y se acerca hacia su madre, lo sorprenden por la espalda y le ponen una pistola en la cabeza. Yo grito al ver la imagen que tengo delante de mí. Todos estamos montados en la lancha menos mi tío, que presencia como tienen a su mujer y a su hijo encañonados. Los

cogen a la fuerza y los meten en el coche sin que podamos hacer nada.

—¿Vamos a dejar que se los lleven? —inquire Oliver, desesperado. Pero mi padre ya le ha quitado el arma.

—Si intervenimos nos matan a todos —le advierte.

Grito el nombre de Aless hasta desgarrarme la garganta cuando veo que el coche se pone en marcha y se lo llevan junto con su madre. Mi tío observa desde la playa como el coche desaparece de nuestras vistas. Se da la vuelta, sube a la lancha y ordena que nos vayamos de inmediato. Se acaban de llevar a su mujer y a su hijo y el temple que tiene es admirable, es en esos momentos cuando recuerdo que él fue el primer Alessandro Albani y siento miedo porque sé que ha vuelto.

—Fábregas, volvemos a los viejos tiempos —anuncia—. Ponte en contacto con Flavio y pídele que nos ayude y que anuncie a sus socios que el verdadero Alessandro Albani acaba de resurgir. Haré lo que sea por mi mujer y por mi hijo.

—Papá, necesitas un médico —le hace ver Oliver. El brazo de mi tío no deja de sangrar.

Mi madre abraza a Stella y Bruno hace lo mismo con Carla, están asustadas y llorando sin parar. Todo lo que nos acaba de pasar es dantesco.

—Es una herida superficial, la bala solo me rozó el brazo. Nada importante. He recibido tiros peores —dice mi tío restándole importancia.

—Pero, ¿quién es tu familia?! —inquire espantado el marido de Carla.

Se hace un silencio y yo soy la única capaz de contestar:

—Una muy complicada que tiene algunos secretos, pero saldremos de esta.

La lancha navega a gran velocidad hasta que nos lleva a un gran barco de pesca. Mi tío saluda a un hombre de color entrado en kilos que nos recibe, nos llevan a un camarote y luego él y mi padre se retiran mientras mi mente va a explotar solo de pensar qué le van a hacer a Aless y a mi tía.

Cuando mi tío vuelve junto con mi padre me piden que los acompañe. La seriedad con la que lo hacen me pone alerta. Entramos en una especie de despacho, aprecio que a mi tío ya le han curado la herida, ambos me miran muy serios y mi padre dice:

—Los objetivos erais Alessandro y tú. Se han llevado a tu tía por error. ¿Tienes algo que contarnos querida hija?

Miro a ambos con atención y siento miedo, no veo en ellos ni a mi tío ni a mi padre, se han transformado en los dos hombres peligrosos que fueron en el pasado.

51

Allegra

Les sostengo la mirada con la cabeza alta y les revelo:

—Capdevila se puso en contacto conmigo después de hacerlo con Aless. Me engañó con el trabajo que te conté. Cuando llegó la hora me presentó a Alessandro Albani, descubrí que se trataba de mi primo, y he estado hasta hace poco metida en la misión con Aless. Yo desconocía todo hasta que me topé con Aless y me contó todo. Intentó que no comenzase en la misión, pero me negué. Yo también quería salvar a mi familia después de saber quiénes habían sido mi padre y mi tío en el pasado —le dirijo una mirada de reproche a mi padre por ocultármelo—. Luego Aless me sacó de la misión por mi seguridad —resumo.

—Dime el verdadero motivo por el que mi hijo decidió sacarte del juego —exige mi tío con el rostro serio y un leve tic en su mandíbula. Aunque creo que ya lo intuye.

—Yo fui el verdadero motivo de su enemistad con Faheem. Abel me drogó mientras le tendieron a Aless una trampa con una reunión. Abel está encaprichado de mí. Aless me salvó. Llegó a tiempo y se enfrentó a él sin medir las consecuencias.

—¡Joder! —brama mi tío fuera de sí—. Aless me mintió. ¿Por qué nunca me dijo que estabas metida en esto?

—¡Estabas metida en una misión de alto riesgo y no me dijiste nada! —alza la voz mi padre—. Voy a matar a Alessandro en cuanto lo tenga enfrente —brama, muy enfadado.

—Solo quiso protegerme —murmuro mirándolos a ambos.

—Ya lo veo —carcajea mi tío.

—Nos ocultó tu presencia cuando le reveló todo a su padre, ¿por qué? —exige mi padre.

—Porque no quería enfurecerlo más —explico.

—¿Y cuándo todo os estalló en la cara? ¿Por qué en todo este tiempo en Punta Cana no me dijiste nada? —exige mi padre.

—Quedé con Aless que no lo haría.

—Habéis llevado esta misión por vuestra cuenta, habéis jugado con nosotros a vuestro antojo —se queja mi tío muy enfadado.

—La situación en la que nos encontramos no es culpa nuestra. Fue Stella quien nos puso en peligro al comunicarse con sus amigas —les recuerdo.

Mi tío y mi padre se quedan en silencio, observándome ambos con atención.

—Mi hija, metida en una misión como la que yo llevé a cabo hace años. Y ahora estás embarazada —comenta exasperado.

—De nada sirven las broncas ni las lamentaciones —les reprendo mirándolos a los ojos, sin sentirme acobardada por las duras miradas que me dirigen—. ¿Ha sido la gente de Faheem quien se llevó a Aless y a la tía Mel? —pregunto centrándome en lo que nos interesa en estos momentos.

—Sí.

—¿Cómo sabéis que los objetivos éramos Aless y yo? —inquiero, pensativa.

—Porque el mismo Faheem me lo ha dicho —revela mi tío, alterado—. Lo he llamado para

decirle que no se le ocurra tocar a mi hijo ni a mi mujer y me ha dicho que se llevó a la mujer equivocada, pero que Mel también le vale —revela con verdadera desesperación.

—¿Qué va a pasar ahora? ¿qué quiere? —pregunto con miedo.

—Que yo entre en el juego. Que vuelva el verdadero Alessandro Albani.

—¿Para qué? —pregunto con horror.

—Porque solo yo puedo hacer que su rival más grande, mi amigo Flavio, no lo destruya.

—Estamos jodidos —comenta mi padre, serio.

—¿Puedo hacer algo? —pregunto con un hilo de voz.

—Por supuesto, contarnos todo lo que mi hijo me ocultó —anuncia mi tío mientras toma asiento y me mira de forma severa.

—Se avecina una noche larga —murmura mi padre mientras sirve dos copas y a mí me entrega un vaso de agua.

Les relato todo desde que descubrí que Aless era Alessandro Albani hasta el día de hoy, sin dejarme nada atrás. Cualquier detalle puede que le sirva a mi tío para rescatar a su hijo y su mujer.

Tras más de tres horas de interrogatorio, mi tío se apiada de mí y me recomienda que me vaya a descansar. Antes de abandonar la estancia me atrevo a preguntar:

—¿Dónde vamos ahora?

—Volvemos a España. He tenido que pedir ayuda a la mafia y a la policía para salvar a esta familia, a ver cómo me las arreglo para cumplir con ambos —revela mi tío.

—¿Cuándo volverán con nosotros Aless y la tía Mel? —inquiero con miedo.

—Tras tu relato, dado que conoces el lugar donde os secuestraron, vamos a arriesgarnos a ir por ellos. Seguro que los llevan allí, con el hijo de Capdevila.

—¿No es muy arriesgado? —pregunto con miedo.

—Sin riesgo no hay victoria —dice mi tío. Lo miro y desconozco al hombre que tengo delante. Tan seguro de sí mismo, tan valiente y tan decidido.

Mi tío se levanta y se marcha, mi padre me tiende la mano para ayudarme a levantarme y me lleva hasta un camerino del barco en silencio. De camino a él le pregunto:

—¿Por qué no está pensando con claridad el tío? Ese plan es un suicidio.

—Porque Amín Faheem se encaprichó de Mel cuando la vio por primera vez hace años. Tu tío tuvo que hacerla su mujer para que ese hombre quitase los ojos de encima de ella. —Me quedo en silencio mientras mi padre asiente—. Sí, lamentablemente, la historia se ha repetido años después —me indica acariciándome la mejilla—. Has pasado por mucho y yo sin saberlo —lamenta.

—Lo hice por mi familia.

—Maldito Alessandro —dice enfadado.

—Él ha cuidado de mí desde el minuto uno. Me quejé mucho por ello y tuvimos muchas discusiones porque jamás me trato de igual a igual, así que creo que le debes agradecimiento, no reproches —le indico con paciencia.

—Estás enamorada de él y no ves más allá de eso —me espeta, furioso.

—Yo solo veo a un hombre que decidió meterse en la piel de un mafioso y exponer su vida solo por salvar a su familia.

Mi padre suspira, contrariado y luego me deja en la cama. Estoy agotada.

Cuando abro los ojos mi madre me comunica que hemos llegado a puerto y tenemos que coger un avión. Aterrizamos en Madrid y todos nos dirigimos a la gran mansión donde me reuní

por primera vez con Aless. La reconozco en cuanto entramos en ella. Nos bajamos de la furgoneta en la que vamos todos y alcanzo a escuchar que mi madre murmura admirando la edificación:

—Jamás pensé que volviese a esta casa.

—¿Has estado aquí antes? —pregunto.

—Fue la casa de Alessandro y Mel durante algún tiempo.

—Lo sé. Aquí empezó todo lo mío con Aless —revelo.

Mi madre ya es conocedora de todo, mi padre le ha contado que estuve con Alessandro en la misión desde el principio. En el avión que nos ha traído hasta Madrid ya toda la familia, incluido el marido de mi prima Carla saben todo sobre quienes fueron mi padre y mi tío, y Aless y yo en estos momentos.

Cuando entramos en el interior de la casa mi tío abraza a un hombre al que llama Lupo. Salta a la vista que se conocen desde hace tiempo por la complicidad que emana de sus gestos.

—Gracias por acudir a mi llamada —le agradece mi tío.

—Siempre a tus órdenes, Albani. Te debo mucho —le indica el hombre.

—Lleva a cada uno a su habitación mientras Fábregas y yo revisamos algunas cosas en el despacho —le ordena.

Miro al hombre y cuando veo que mi madre lo saluda con familiaridad sé que formó parte del pasado en la vida de ellos.

Todos le seguimos en silencio y la primera habitación se la asigna a mi prima Carla y a su marido, les indica que dentro tienen de todo lo que puedan necesitar. Luego le indica a Stella su habitación y mi hermana, presa del pánico, murmura:

—No quiero dormir sola. —Está muy asustada desde que todo esto pasó y se ha enterado del pasado del mi padre y del presente mío y de Aless. Creo que desde entonces me mira con otros ojos y su odio hacia mí por haberle arrebatado al hombre que deseaba ha quedado en un segundo plano.

—Yo dormiré con ella —me ofrezco. Mi hermana me mira de una forma cálida y asiente.

—Oliver estará en la habitación de al lado y tus padres enfrente, además la casa estará vigilada día y noche —le revela Lupo para tranquilizarla. Desde que todo ocurrió no se ha borrado la expresión de pánico del rostro de mi hermana. Debe de estar realmente aterrada cuando no se ha preocupado por su aspecto físico en las últimas treinta y seis horas.

Cuando entramos en la habitación y nos quedamos a solas se sienta en la enorme cama que se encuentra en el centro de la estancia y murmura mientras se retuerce las manos con nerviosismo:

—Todo esto es por mi culpa.

Acudo a su lado, me siento junto a ella y trato de que deje de sentirse tan mal.

—No sabías muchas cosas.

Levanta la mirada y dice:

—Siempre te infravaloré. Solo me queda agradecerte lo que decidiste hacer junto con Aless por toda la familia.

—En estos momentos debemos permanecer todos unidos. —Le extiende una mano y mi hermana me la toma de inmediato.

—Cuenta conmigo para lo que necesites —me ofrece con sinceridad y luego me sorprende dándome gran un abrazo.

52

Alessandro

Tras el secuestro a punta de pistola en la playa, nos llevaron directo a un avión privado y en estos momentos nos encontramos en la misma casa de Faheem donde nos retuvieron a Allegra y a mí cuando sospecharon de nosotros. Al menos no me han separado de mi madre en todo el tiempo. Nos han llevado a la misma habitación que compartí con Allegra y por el momento ni Faheem ni su hijo han aparecido ante nosotros.

—Aless, ¿qué hacemos? —pregunta mi madre una vez a solas.

—Esperar —respondo mirando al techo, a la misma vez que le indico que hay cámaras en la habitación.

De repente escuchamos que la cerradura de la puerta se abre y aparece Amín Faheem. Una sonrisa asquerosa aparece en su boca mientras observa a mi madre con detenimiento.

—Nos volvemos a ver Melania. El destino te ha traído a mí. Mi venganza contra tu marido va a ser mucho mejor de lo que planeé —murmura sintiéndose poderoso e invencible.

—¿Qué quieres, Amín?! —le exijo.

—Por el momento, a tu madre —revela con una sonrisa perversa.

—¡No! —grita mi madre con horror.

—Acompáñame, Melania —le ordena Amín.

No voy a permitir que mi madre vaya a ningún lado con ese hombre porque matarla sería lo menos cruel que podría hacerle. Lo miro y está solo, va armado, pero lleva la pistola en el costado. Seguramente fuera tenga a varios hombres con armas, pero tengo que hacer algo e impedir que se lleve a mi madre, así el intento me cueste un tiro o la vida.

Cuando Amín se da la vuelta me abalanzo sobre él, le quito la pistola y lo apunto a la cabeza directamente, de inmediato, por el revuelo dentro de la habitación, entran sus matones, pero se quedan quietos cuando ven que tengo a su jefe en mis manos.

—No saldrías de aquí con vida, Albani. No te la juegues. Podemos llegar a un acuerdo —me propone—. No la cagues. Tu padre no haría algo así.

—A estas alturas, no me fío de tus acuerdos ni de los de tu hijo. Y no me compares con mi padre —añado con rabia—. Ahora vamos a resolver esto a mi manera. Tirad las armas —le ordeno a los tres matones de Faheem. Los hombres hacen lo que les pido cuando Amín hace un gesto con la cabeza—. Coge las armas —le ordeno a mi madre—. Meteos en el baño —le ordeno a los matones. Ellos hacen lo que les pido y luego le indico a mi madre que atranque la puerta con una silla—. Vamos —le ordeno a Amín tirando de él. Hago que camine delante de mí mientras lo apunto en la cabeza y lo agarro por el cuello con una mano. Es toda una ventaja ser mucho más alto que él.

Salimos al exterior de la casa y varios hombres junto con Abel nos apuntan con armas. Miro a mi madre y no veo escapatoria. Hay un coche parado frente a nosotros y le indico a mi madre:

—Mamá, al volante —le ordeno y la acompaño hasta ahí mientras arrastro a Amín conmigo.

Abel me mira con los ojos ensangrentados, puedo leer la sed de venganza en ellos. Daría lo que fuese por darme un tiro, pero tener a su padre como escudo ante mi pecho se lo impide.

Abro la puerta trasera del coche para meterme dentro con Amín, tengo que llevarme al viejo si quiero salir de ese lugar sin que nos fundan el coche a tiros.

De repente, escucho un grito de mi madre, alertándome, miro al tejado de la casa y un hombre con un rifle me apunta por detrás, estoy rodeado, sé que van a disparar desde cualquier punto. Entonces cojo a Amín, lo coloco de escudo, me agacho y el cuerpo de este recibe un montón de balas. Todas la que iban dirigidas a mí. Lo tiro al suelo, me monto en el coche y le indico a mi madre que salgamos a toda prisa. Arranca el coche, sale a toda velocidad y se lleva por delante a tres hombres que nos impiden el paso con armas. Nos disparan, no sé desde donde, pero doy gracias a que sea un coche blindado. Salimos a toda leche a la carretera, me coloco en el asiento delantero y le digo a mi madre:

—Estoy orgulloso de ti, mamá. No bajes la velocidad. —Miro hacia atrás y veo que un par de coches nos siguen. Le indico a mi madre por donde ir e intentamos despistarlos.

—¿A dónde vamos? —pregunta muy nerviosa.

—A mi casa en Bari. Allí tengo dinero, pasaportes y móviles. Cuando sea seguro pararemos y yo conduciré. Pero mientras no quites el pie del acelerador y haz todo lo que te diga.

—Alessandro, Amín Faheem está muerto. ¿Sabes lo que significa eso? —pregunta con terror.

—Que su hijo quiere mi cabeza más que nunca.

—Tu padre tiene que saber esto —murmura con miedo.

—En unas horas estaremos en contacto con él. No temas.

—Gracias, mi vida, por salvarme de ese hombre —dice mi madre con toda su atención en la carretera.

—No iba a dejar que te llevase con él.

—Tras lo sucedido tu padre, Allegra, tú y yo seremos el blanco de Abel Faheem. No va a parar hasta matarnos.

—Lo sé. No es seguro que estemos con el resto de la familia. Querrán nuestras cabezas a toda costa. Hay que avisar a papá para un cambio de plan —anuncio.

Deduzco que mi padre estará en algún lado seguro con el resto de la familia, pero necesito saber cómo se encuentra mi mujer y cerciorarme de su seguridad personalmente. Sé que Allegra sabe defenderse, pero ahora lleva a mi hijo en su vientre.

Cuando considero seguro parar el coche, desde hace media hora ya no nos siguen, me cambio y me pongo al volante, conduzco sin parar hasta un lugar cercano a mi casa, luego tiro el coche por un barranco abajo que da al mar. Cuanto más tarden en encontrar el coche más lejos estaremos nosotros. Cogemos un taxi y este nos deja a un par de calles de mi casa. Antes de acercarme a esta necesito ver desde lejos que no la hayan descubierto y me esperen ahí.

Siento todo un gran alivio cuando encuentro la entrada a mi casa despejada. Entramos y conecto las cámaras y el sistema de seguridad. Mi madre se abraza a mí temblando y la protejo entre mis brazos.

—Estamos a salvo. Esta casa es segura. Ahora voy a llamar a papá desde un teléfono seguro, voy a concertar un vuelo privado, vamos a coger pasaportes y dinero y nos marchamos. Si quieres darte una ducha en mi habitación encontrarás ropa de Allegra.

Mi madre se queda en silencio, mirándome con atención y luego comenta:

—Eres igual que tu padre cuando lo conocí como Alessandro Albani. Jamás imaginé verte en este papel.

—Espero que tus palabras sean un halago, madre. Me estoy jugando el cuello —le indico en tono de broma, sé que está muy asustada.

—Me enamoré de él creyendo que era Albani. Y ahora tú me tienes impresionada.

—Gracias. —Le doy un beso y un abrazo—. Voy a organizar todo. Puedes moverte por la casa a tu antojo. No hay peligro.

Llamo a mi padre y le cuento lo sucedido. Se alegra porque mi madre y yo hayamos escapado de Amín, pero cuando le revelo que él está muerto me ordena que nos reunamos todos en Madrid lo antes posible.

Mi madre y yo cogemos un vuelo privado y llegamos a Madrid junto a mi padre en cuestión de horas. Cuando me pasa la dirección donde están todos descubro que es el mismo chalet que Capdevila me entregó cuando empezó la misión.

En cuanto me bajo del coche y cruzamos la puerta de entrada Allegra se abraza a mí y mi madre a mi padre.

Tras besos y abrazos a la mujer que amo y comprobar que está en perfecto estado, le paso la mano por el vientre y ella me susurra que todo está bien, le pregunto a mi padre al no ver a nadie más:

—¿Dónde están los demás? —Me extraña el silencio que nos rodea.

—He enviado a tus hermanos con tus tíos y Stella a otro lugar. Toda la furia del hijo de Amín irá en tu contra y en la mía.

—¿No sería más seguro que mamá y Allegra se vayan con el tío? —propongo.

—No —se queja de inmediato Allegra de forma rotunda.

—Estaremos mejor los cuatro juntos. Nadie como nosotros para proteger a nuestras mujeres —resuelve mi tío—. Además, ambas están entrenadas —añade.

—¿Cuál es el plan? —pregunto mirando a mi padre.

—Pacté con Amín volver como Alessandro Albani. Me pidió que frenase a Flavio en su ataque contra su organización. Me he puesto en contacto con mis antiguos compañeros policías y con los antiguos de la mafia. Hay que volver donde comencé —anuncia seguro de sí mismo—. Nos trasladaremos a mi finca en Sotogrande. Aquel lugar es muy seguro y lo conozco como la palma de mi mano. Además, tenemos el mar como vía de escape.

—¿Ese lugar sigue existiendo y tienes acceso a él? —pregunta mi madre con la mirada fija en mi padre.

—Hace algunos años que lo compré y Lupo se encargó de reforzarlo y convertirlo en una fortaleza por si un día teníamos que regresar. Siempre pensé que tras mi jubilación sería un buen lugar al que volver con mi mujer.

—¿Y por qué me lo has ocultado? —le exige mi madre alzando la voz, enfadada. Mirándolo de forma desafiante—. Me dijiste que nunca más volverías a ocultarme nada. Lo hiciste con lo de Aless al principio, hasta que nos trasladamos a Punta Cana y ahora me entero de esto. ¡No me puedo fiarte de ti! —lanza con una mirada molesta—. Bien, Albani —lo llama por este nombre acercándose a él de forma amenazadora, nunca había visto así a mi madre—, a partir de este momento no me exijas nunca más que no te oculte nada, porque has sido tú quién has roto el pacto —le grita.

Allegra y yo permanecemos en silencio mientras observo cómo mi padre intenta calmarse para aplacar la furia que pugna en el interior de su mujer en estos momentos.

—¿Podemos seguir con el plan? —intento que se relajen un poco y dejen esta discusión— ¿Y una vez nos traslademos allí? —inquiero.

—Hay que acabar con Abel Faheem o nunca seremos libres —determina mi padre—. Flavio nos ayudará a cambio de que le ayudemos en otros negocios. Si todo sale bien quedamos libres

con la policía al entregarles a Abel y parte de su negocio se lo queda Flavio.

—¡No! —dice mi madre con miedo.

—Tengo que volver a retomar los contactos de Alessandro Albani para salvar a mi familia —le indica mi padre.

—No —grita mi madre con desgarro en su voz—. Me juraste que no volverías a esto.

—No nos queda otra que volver a este mundo para ser libres del hijo de Faheem. No descansará hasta que venga la muerte de su padre —le explica con paciencia.

—No te preocupes, mamá. En esta ocasión somos dos Alessandro Albani, todo saldrá bien.

—No creas que eso me tranquiliza, hijo —murmura mi madre—. Ahora mi miedo es doble.

De repente irrumpe un hombre que no conozco en el salón de la casa y se dirige a mi padre.

—Jefe, todo listo. Nos podemos marchar a la finca de Sotogrande.

—Alessandro, hijo, te presento a Lupo. Es de mi total confianza y estuvo conmigo y tu tío hace años en la misión.

Le extiende la mano de inmediato y le digo:

—Mucho gusto.

El hombre se me queda mirando con atención.

—El gusto es mío al conocer al nuevo Albani. Eres igual a tu padre, muchacho. No me recordarás, pero te conocí hace años en Dubrovnik, luego ya me trasladé a España de nuevo. Será un honor estar a tus ordenes también.

53

Allegra

Tras unas horas que se me hacen interminables en coche al fin llegamos a Sotogrande. Cuando entramos en la finca aprecio que es enorme. La casa también es muy grande, entramos en ella y descubro que es mucho más de lo que esperaba.

—Aless, Lupo y yo tenemos que pasar unas horas en el despacho reunidos —anuncia mi tío—. Mel, enséñale a Allegra la casa. Está todo como recordarás. Llévala al búnker y muéstrale cómo se accede a él en caso de que lo necesitemos —le indica a su mujer.

De inmediato mi tío, Lupo y Aless desaparecen. Miro a mi tía y suspiro. Ella me indica con un gesto de la mano que pasemos al salón y nos sentamos ambas, tenemos aspecto de cansadas.

—¡Cuántos recuerdos me trae esta casa! —exclama mi tía paseando la mirada por el salón—. Jamás pensé que volviese aquí y resulta que mi marido la había comprado —comenta a modo de queja—. Desde hace años pensaba que entre el hombre que amo y yo no existían secretos —murmura con cierta decepción.

—Creo que siempre supo que su pasado podía volver algún día —comento—. Es muy difícil quedar limpio tras un pasado tan oscuro. Tengo mucho miedo por Aless y el futuro de mi hijo —confieso.

Mi tía me abraza y susurra mientras me acaricia el pelo:

—Yo también, no te voy a mentir. Y ahora mi miedo es doble, ya no solo porque estén metidos en esto mi marido y mi hijo, sino porque sé que Alessandro puede llegar a superar su padre. Verlo en acción en casa de Faheem cuando ocurrió todo me hizo ver que no le teme a nada.

—Aceptó la misión por su familia, y ahora estamos todos metidos de lleno. Capdevila es el culpable. Utilizó a Aless y a mí para salvar a su hijo, que aún no sabemos dónde esté.

—Si Capdevila no se hubiese cruzado con nosotros aquel día hace años en Madrid y no hubiese reconocido a Alessandro nada de esto estaría pasando —murmura mi tía.

—Es difícil ver a Aless y no relacionarlo con su padre. Son como dos gotas de agua.

—Después de todo, creo que somos muy afortunadas de tener a estos hombres a nuestro lado —dice mi tía—. Tenemos la certeza de que siempre nos protegerán y nos amarán.

—Aunque no nos cuenten algunas cosas —apostillo con una sonrisa.

—¿Te enseñó la casa? Debes conocerla bien, cada rincón —me indica mi tía.

Tras un amplio recorrido por todas las estancias, en las que me va contando lo que vivió con mi tío, siento que su historia es muy parecida a la mía y esto me une más a mi tía. Luego salimos al exterior y recorremos el extenso jardín.

Cuando volvemos a la casa encontramos a Aless y a su padre en el salón, cada uno con una copa de licor en sus manos, relajados y sonrientes, como si no pasase nada. Admiro la capacidad de transformación de estos hombres.

Me siento al lado de Aless y él me da un beso en los labios, luego pregunto:

—¿Cómo va todo?

—El funeral de Amín nos da ventaja. Su hijo lo ha llevado a Dubái y allí pasará algunos días

hasta que regrese y se ponga en marcha de nuevo.

—¿Y vamos a esperar a que venga por nosotros? —pregunto con miedo.

—No —se adelanta a decir mi tío—. En su ausencia le van a robar todo el cargamento de pastillas, drogas y armas. No tendrá nada para los socios que ya le han pagado cantidades millonarias y estos se pondrán furiosos con Abel.

—¿Quién se va a encargar de ese robo? —pregunto con miedo mirando a Aless.

Se hace un silencio en el salón, padre e hijo intercambian una mirada cómplice, mientras mi tía y yo adivinamos la respuesta.

—¿Nos has traído aquí para dejarnos con Lupo en esta fortaleza y vosotros os marcháis a realizar el robo? —inquieta mi tía con una mano en el pecho mientras mira a su marido con los ojos muy abiertos.

—No vamos solos —revela Aless—. Vamos con la gente de Flavio. Él se quedará con parte del cargamento.

—Es muy arriesgado —susurro con miedo—. No estará Abel, pero tendrá a gente que custodie los cargamentos.

—Contamos con ello —dice mi tío. Lo miro y siento a un hombre tan decidido y valiente como su hijo. Verlo en la faceta de Alessandro Albani produce respeto.

—¿Cuándo os marcháis? —pregunto con miedo mirando al padre de mi hijo.

—Mañana por la noche —anuncia Aless.

—Te vas a librar de esta, Albani, porque cabe la posibilidad de que no te vea más —le reprende mi tía colocándose en pie y mirando a mi tío. Intercambio una mirada con Aless y sé que se avecinaba una gran bronca entre ellos por todo lo que le ha ocultado—. No perdamos el tiempo —murmura mi tía. Se levanta, coge a su marido de la mano y desaparecen.

Aless y yo nos miramos sonrientes.

—Creo que deberíamos seguir su ejemplo —le propongo una vez que nos han dejado solos en el salón.

—Nunca seguir los pasos de mis padres me ha parecido tan buena idea —bromea el hombre de mi vida. Me da un beso en los labios y nos marchamos a nuestra habitación.

Cuando estamos en la intimidad de nuestro cuarto lo abrazo con fuerza y lo beso de una forma desesperada. Las palabras de mi tía: *cabe la posibilidad de que no te vea más* retumban en mi cabeza.

—Pasé muchísimo miedo cuando te llevaron. No sabía si iba a volver a verte. Y aún no has venido y ya vuelvo a temer por tu vida.

—No existe nada que me impida volver a tu lado. Tienes un magnetismo tan especial que me atrae demasiado. Te amo, Allegra Fábregas.

—Has tardado un poco en descubrirlo, pero te perdono —le confieso colgada de su cuello mientras lo miro con un amor infinito. Mi corazón sigue acelerándose cada vez que lo tengo tan cerca y me mira con ese brillo tan maravilloso en sus preciosos ojos verdes. Una gran emoción me invade cuando pienso que es mío, el padre de mi hijo. Nada ha sido normal entre nosotros, pero no necesito que lo sea, solo lo necesito a él a mi lado, mirándome en la forma en la que lo hace en estos momentos.

Vuelvo a besarlo con pasión y cuando siente mis ganas murmura sobre mis labios:

—Necesito una ducha.

—¿Y si aprovechamos el jacuzzi que hay en el baño? Es toda una fantasía compartirlo contigo y que me hagas el amor en él —le propongo con ilusión. Necesito algo especial en esta

despedida. No sé cuánto tiempo le lleve esta misión ni cómo saldrá todo. Al menos, necesito unos bonitos recuerdos de nosotros para afrontar el resto de noches vacías sin él a mi lado.

—Los deseos de mi mujer son órdenes —susurra en mi oído y luego me besa el cuello con mimo, consiguiendo erizarme la piel y que caiga rendida a él.

—Me gusta que me consideres tu mujer —confieso mientras me lleva abrazada al baño.

—Algún día lo serás ante la ley, antes de que nazca nuestro hijo —especifica—, pero mientras cumplimos con los formalismos quiero que sepas que para mí no existe diferencia alguna.

—Ni para mí. Te he amado durante tanto tiempo en silencio y luego cuando estuvimos más cerca que esto que hay ahora entre nosotros me parece un sueño. Me amas y eres el padre de mi hijo.

—Te juro que haré realidad todos tus sueños. Apúntalos en una libreta porque cuando esto termine solo me dedicaré a ellos y a nuestro hijo. Pienso tomarme unas largas vacaciones a tu lado, consintiéndote y dándote todo lo que en estos momentos de nuestras vidas no puedo.

—Me gusta el plan. Sí, quiero. —Nos besamos con pasión, nos desnudamos y nos metemos en el jacuzzi.

Hacemos el amor de una forma tan maravillosa que siempre quedará grabado en mi corazón. Luego el hombre que amo me abraza de una forma tan protectora que siento todo el amor que me tiene y me emociono.

—Me cuesta creer que mi padre y mi madre estén haciendo lo mismo que nosotros —murmura y ambos estallamos en carcajadas.

—¿No piensas hacerme el amor cuando tengas su edad? —inquiero con la ceja alzada, mirándolo con una sonrisa.

—Yo voy a hacerte el amor todos los días de mi vida. —Acaricia mi vientre y me susurra—: Hasta cuando tengamos bisnietos.

Lo miro y lo abrazo emocionada al pensar en todos los riesgos que tiene que sufrir una vez que se marche de mi lado.

—Prométeme que volverás —le ruego con miedo. No quiero comportarme así, yo no era así, pero las putas hormonas del embarazo me tienen los sentimientos a flor de piel y estoy muy sensible.

—Tengo dos razones muy poderosas. Recuerda siempre que todo lo hago por mi familia, y ahora mi familia sois tú y mi hijo —me deja claro mientras acaricia mi rostro con una mano y mi vientre con la otra.

Salimos del jacuzzi, nos envolvemos en unas toallas y nos metemos en la cama desnudos. Me acurruco en el pecho del hombre que amo y levanto la cabeza cuando lo siento intranquilo.

—¿Suced algo? —pregunto mirándolo con atención.

—No voy a ser un padre ejemplar —murmura—. Jamás conté con matar a nadie —revela agobiado.

—Yo considero a mi padre y al tuyo unos padres ejemplares. Nos quieren, han cuidado de nosotros, nos han dado una buena educación, nos han infundido valores y sé que darían la vida por nosotros. Algo que estoy segura tú harás con nuestro hijo.

—Si te saqué de esta misión es porque necesito que al menos uno de nosotros no cargue con muertes en su conciencia —revela y lo miro con el corazón desbocado ante su nobleza.

—Estamos en esto por obligación, no lo elegimos. Y nuestros padres en el pasado era su profesión —le recuerdo—. No te agobies con ese tema. Yo siempre voy a estar junto a ti amándote como mi tía Mel a tu padre, y tu hijo de va a querer tanto como tú amas a tu padre.

Algún día le contarás todo esto y se sentirá orgulloso de ti, como tú te sientes del tío Oliver. Sé que le enseñarás a nuestro hijo todo lo que sabes, y yo también, como hicieron nuestros padres con nosotros para que estuviésemos preparados para lo que pudiese surgir en la vida, aunque yo solo suplico que no haya más Alessandros Albanis —pluralizo y lo miro con una sonrisa forzada.

—Me encargaré de que así sea. —Me abraza y me besa mientras lo siento con una gran carga familiar, emocional y profesional. Siento una gran impotencia cuando sé que lo único que le puedo prestar es mi apoyo y mostrarle mi gran amor.

54

Alessandro

No pego ojo en toda la noche, me dedico a observar y admirar a la maravillosa mujer que tengo entre mis brazos. No sé cuánto tiempo pase hasta que volvamos a tener otro momento como este. Miro su vientre, solo un poco abultado, y me pregunto si podré ver crecer y sentir a mi hijo. No me he atrevido a revelarle a Allegra que esta misión no termina cuando caiga Abel. Flavio y su hijo me han pedido unos meses más como Alessandro Albani a su lado modernizando toda su organización. En este tiempo les he mostrado sistemas informáticos, métodos de seguridad y nuevas formas de entregas que les han parecido muy interesantes y quieren ponerlo todo en práctica y que esté a su lado en el proceso. Están seguros de que con todo esto se posicionarán entre los más grandes de este país. No me he podido negar, es el precio que tengo que pagar por todo lo que han hecho por mí desde que me metí en esto. Sin ellos no hubiese llegado hasta donde estoy. Enseñarles todo lo que sé y quitarles a los Faheem del camino es el pago que me llevará a ser de nuevo Alessandro Ferrer y tener una vida como la de antes, mejor, con Allegra y mi hijo en ella.

No le he contado nada de esto a Allegra porque no quiero que se angustie más de lo que ya está por mí durante su embarazo. Necesito que piense que todo va a terminar pronto, aunque luego descubra que va a durar más de lo esperado, pero, al menos, toda mi familia estará a salvo. Yo tendré que moverme en un mundo peligroso como Alessandro Albani durante algún tiempo, pero será con un riesgo menor y no tengo otra opción.

Allegra abre sus preciosos ojos negros y me mira con una sonrisa dibujada en su rostro. Mi corazón se acelera y siento que mi vida es mucho mejor desde que descubrí que la amo.

—Tienes pinta de despertarte de un bonito sueño —le indico.

—Sí. Soñaba contigo, con una vida feliz y en paz y que cada mañana mis despertares fuesen así, a tu lado, abrazada a tu maravilloso cuerpo.

—Muy pronto, mi amor. Todo llega. —La abrazo fuerte y le doy un beso mientras siento una gran culpabilidad por no ser completamente sincero con ella.

—¿Podemos pasar todo el día juntos? —pregunta esperanzada.

—Tengo que reunirme con mi padre en el despacho en veinte minutos y luego ya puedo dedicar el resto del día a nosotros. Me marcho a media tarde.

—¿Dónde vas? Háblame de la misión. Cuéntame los riesgos y las estrategias —me pide, pero suspiro y le muestro mi contrariedad a ello mirándola en silencio.

—A muchos lugares, durante algún tiempo no estaré en un mismo sitio por varios días.

—Sabes que puedo ayudarte desde aquí en lo que sea.

—Si lo necesito te pediré ayuda, pero, por el momento, prefiero que te centres en la maternidad —le indico acariciándole el vientre—. No quiero perderme nada, necesito que cada día me cuentes cómo va cambiando todo. Intentaré llamarte con frecuencia.

—Vale, pero recuerda que estoy embarazada y eso no me hace una inútil.

—Yo solo quiero protegerte, Allegra —murmuro antes de darle un beso.

—Lo sé, pero piensa que yo también quiero protegerte a ti. No soy una mujer indefensa. Estoy

tan capacitada como tú —me recuerda—. Si no fuese por el hijo que esperamos, no te irías a esa misión y me dejarías aquí —me deja bien claro. La miro y me alegro más que nunca que esté embarazada. Puede que esté tan capacitada como yo, pero ¿está preparada para soportar algunas muertes en su conciencia? Desde que esto empezó mi padre me ha hablado mucho sobre este tema. Es fácil apretar el gatillo, pero posteriormente puede ser difícil conciliar el sueño pese a matar a personas que se lo merecen.

Salgo de la cama, le doy un beso y me visto ante su atenta mirada. Sonríe y se relame los labios mientras no le quita ojo a todos los movimientos que hago.

—No me mires así —le advierto mientras la observo morderse el labio inferior—. No tengo tiempo de volver a la cama.

—Si supieras todas las veces que he soñado con esto... Nosotros así, tú mirándome con ese deseo reflejado en tus ojos... —revela con emoción.

—Cuando vuelva te haré todo lo que estás pensando. —Me inclino en la cama, le doy un breve beso en los labios y me marcho antes de que sea demasiado tarde y me vea arrastrado por el embrujo de la mujer que amo.

Cuando llego al despacho mi padre ya está ahí esperándome. Concretamos la salida de Sotogrande junto con Flavio y los suyos en el avión privado que nos llevará hasta Italia. Luego nos dirigimos a la cocina, hacemos café y salimos al exterior de la casa. Está amaneciendo.

Miro a mi padre y aprecio que tiene la mirada perdida en un punto.

—¿Sumido en recuerdos? —pregunto mirándolo con atención.

—Viví muchas cosas en este lugar, hijo —murmura con nostalgia.

—¿Por qué lo compraste? —pregunto con curiosidad.

—Porque al final siempre se quiere volver a principio. Pensé en este lugar como un regalo para tu madre y para mí cuando vosotros ya tuvieseis vuestras vidas. En esta casa llegó Mel a mí y ya nunca más la dejé escapar de mi lado. En este lugar nos enamoramos. Y anoche me echó una gran bronca, como la que hacía años no teníamos, porque le juré no ocultarle nada más y ella desconocía que compré este lugar hace solo un par de años —comenta.

—Vaya, y yo que pensé que habríais tenido una noche romántica y de despedida —murmuro sonriente, dándole un sorbo a mi taza de café.

—También la hemos tenido. Igual aún no has experimentado que los mejores momentos se viven después de discutir. No hay nada como una buena reconciliación —alardea con una sonrisa perversa.

Suelto una carcajada y lo miro con atención.

—Siempre que os veía a ti y a mamá pensaba que lo vuestro era algo único. Nunca me vi enamorado y capaz de hacer lo que fuese por la mujer que amo.

—Allegra te cambió la vida.

—Completamente. Cuando entró en mi vida solo quería echarla de ella, pero llegó un momento en el que no sabía cómo hacer para retenerla para siempre.

—Y ahí es cuando, por miedo a perderla, confiesas todo —concluye como un gran sabio.

—Resulta difícil esta separación cuando ella sabe que me enfrento a una misión de alto riesgo —comento apenado.

—Más difícil fue para mí fingir mi muerte y saber por el dolor que iba a pasar tu madre, pero, en ocasiones, un mal es necesario para conseguir una vida plena.

—Lo sé. —Asiento convencido de ello. Lo miro y le revelo—: ¿Te he dicho alguna vez lo orgulloso que estoy de mi padre?

Mi padre me mira emocionado.

—¿Aunque ese padre sea el culpable de todo por lo que pasas en estos momentos? —pregunta con angustia.

—Te debo todo lo que soy. No solo educaste a Alessandro Ferrer como tu hijo, me enseñaste a ser un verdadero hombre como Alessandro Albani, sin miedo a nada y capaz de enfrentarse a lo que sea. Además —añado—, si el cabrón de Capdevila nunca hubiese fraguado esta misión Allegra seguiría siendo invisible para mí.

—No tienes muy contento a tu tío Fábregas —murmura.

—Lo sé. Creo que piensa que estoy jugando con sus hijas, pero lo de Stella fue hace años, éramos unos críos —me refiero a cuando fuimos novios en el instituto—. Lo de Allegra es diferente, nunca había sentido esto por nadie. Es una sensación de protección, de amor, de necesidad y de locura que no consigues dominar.

—Solo hay que mirarte a los ojos para saber que ella lo es todo para ti, como tu madre lo es para mí —añade con una sonrisa triunfal.

—Intenté dominar esos sentimientos, no era el momento para que apareciesen, pero eran más fuertes que yo mismo y solo que me quedó aceptarlo.

—¿Sabes, hijo? Estoy muy orgulloso de ti. Siempre intenté manteneros lejos de todo lo que fui un día, pero dado las vueltas que tiene el destino, debo confesar que has sido un digno sucesor de tu padre en las dos vidas que he llevado a cabo como Alessandro Albani y como Oliver Ferrer. Pase lo que pase, quiero que sepas que lo has hecho muy bien. Cuando defendiste delante de toda la familia que eras el padre del hijo de Allegra sentí el orgullo más grande que jamás he sentido. Tu valentía y determinación en ese momento me hizo ver que no solo harías lo que fuese por Allegra, sino que no le tienes miedo a enfrentarte a nada.

55

Allegra

Mi tía prepara un último almuerzo para los cuatro juntos como despedida. Accedo ya que no quiero ser egoísta y comprendo que la madre de Aless desee estar con su hijo y su marido antes de que se marchen.

La comida transcurre mientras que nos remontamos al pasado, cuando Aless y yo éramos pequeños y lo poco que nos soportábamos. Ya en la adolescencia llegó la ignorancia para luego dar paso a nuestro amor y convertirnos en padres.

Tras la siesta, en la que, por supuesto, no dormimos nada, nos dedicamos a amarnos por última vez, Aless llena una bolsa con algo de ropa y lo acompaño hasta la salida de la casa. Allí nos despedimos entre abrazos y besos, intento no llorar, pero mi sensibilidad por el embarazo está a flor de piel y no puedo evitar terminar llorando como una niña pequeña.

Aless y su padre se montan en el coche emocionados y se marchan tras dejarnos a mí y mi tía Mel. Nos abrazamos antes de entrar en la casa y luego Lupo nos indica:

—Yo cuidaré de vosotras. Contad conmigo para todo lo que necesitéis.

—Gracias —murmura mi tía. Nos adentramos en el salón y especifica—. Lupo es de fiar. Estuvo junto a Alessandro hace muchos años y me ayudó a mí y a tu madre cuando creímos que ellos estaban muertos.

—Me entristece estar aquí alejadas de los demás, echo de menos al resto de la familia —le indico a mi tía.

—Yo cuidaré de ti, mi niña. Se lo prometí a tu madre.

—No sé qué vamos a hacer en esta casa sin aburrirnos —murmuro.

—Yo pasé algunos meses aquí, secuestrada y aislada —revela.

—¿Me contarías esa parte más personal tu historia con Alessandro Albani? —inquiero con curiosidad—. Me encantaría conocerla al detalle, además, ya no hay motivo alguno para ocultarla. Sé quién fue mi tío y mi padre.

—Sí, me apetece revivirla contándote todo. Pero luego tú me contarás tu historia con el otro Alessandro Albani —me pide y ambas estallamos en carcajadas.

Estrechamos nuestras manos y comienzo a conocer mucha más a mi tía.

Dos meses después

Durante este tiempo he vivido cada día, junto con mi tía, en una constante tensión. Cada vez que sonaba el teléfono o Lupo nos decía que tenía algo que decirnos el corazón se nos salía por la boca del miedo a que a Aless o a mi tío le hubiese pasado algo.

En este tiempo he seguido de cerca, o al menos lo que Aless me ha querido ir contando, cómo ha ido el hundimiento de todo el negocio de Faheem.

Hoy, por fin, recibimos la gran noticia de que han acabado con él. Abel ha muerto tras una

importante redada en su casa. Aless y mi tío han rescatado al hijo de Capdevila con vida y tras casi un año desde que todo esto comenzó podemos decir que ha terminado de una forma satisfactoria para todos.

Mi tía anuncia con alegría que todo ha salido muy bien, es muy amiga de la mujer de Flavio y ha seguido los pasos de la operación a través de ella. Me comunica que muy pronto Aless y mi tío estarán de regreso y podremos volver a nuestras vidas de antes con precaución y cautela.

Tras dos días contando las horas, en las que llamo a Aless y su teléfono nunca está disponible, por fin sé que regresa a casa. Menos mal que estoy al tanto de todo por mi tía. Estoy muy enfadada con él porque desde hace una semana apenas se comunica conmigo y eso me tiene de los nervios. Entiendo que es final de la misión y tiene que cerrar muchos asuntos, pero no comprende que yo necesito hablar con él y escucharlo.

Cuando oímos entrar un coche en la propiedad ambas intuimos que puede ser Lupo con mi tío y Aless y salimos corriendo a la entrada de la casa. El primero en bajarse del coche es mi tío. Mi tía se abraza a él mientras que yo espero con ansias que Aless salga del vehículo, pero esto no sucede. Mi tío me mira serio mientras le pregunto en silencio y con angustia dónde está el padre de mi hijo.

—Alegra, Aless tardará un poco más en llegar. —Miro hacia la entrada de la propiedad esperanzada, pero mi tío me aclara—: No llegará hoy. Mejor entremos y os explico todo —anuncia mirándonos a ambas.

Mi tía y yo lo miramos con miedo.

—¿Aless está bien? —pregunto con el corazón encogido.

—Está perfectamente —revela mi tío—. Te llamará en breve.

—¿Qué está pasando, Alessandro? —inquieta mi tía, seria. Exigiéndole a mi tío una explicación. Me llama la atención que lo llame Alessandro y use ese tono autoritario.

Él hace un gesto con la mano para que entremos en el salón. Luego, cuando tomamos asiento y llevo una mano de forma involuntaria a mi vientre abultado mi tío me mira con atención y me sonríe. No puedo olvidar que este hombre fuerte y joven, atractivo, y con tatuajes, que no tiene pinta de abuelo es el abuelo de mi hijo.

—Alessandro Albani tiene que seguir presente unos meses más —anuncia—. Aless tiene que pagar todo el apoyo que nos ha brindado en este asunto mi amigo Flavio y su hijo.

—¿Cómo tiene que pagarlo?! —pregunto con un susurro y el corazón revolucionado.

—Tranquila, Aless está bien. Solo va a colaborar con Flavio. Fue lo acordado —revela.

—¿Lo acordado? —inquiero con el ceño fruncido, extrañada—. ¿Quiere decir que Aless ya sabía esto y no me lo dijo? —pregunto, enfadada.

—No quiso preocuparte más. Ya estabas angustiada con todo el tema de Faheem. Prefirió contarte la segunda parte de este final cuando hubiésemos acabado con la organización de Abel.

—Quiero hablar con el padre de mi hijo —exijo perdiendo los nervios—. Hace tres días que no tiene su teléfono operativo.

—Todos hemos cambiado los teléfonos tras terminar con esta misión —revela—. Aless te llamará esta noche cuando llegue a casa de Flavio.

—No confió en mí —murmuro con decepción—. Me creó esperanzas. Lo esperaba hoy aquí contigo y ahora me dices que le quedan unos meses con Flavio como Alessandro Albani. Me pregunto si verá a su hijo nacer —comento con decepción y tristeza.

—Aless hará todo lo posible por estar a tu lado cuando nazca su hijo —anuncia mi tío.

—¿Puedes garantizármelo? —le espeto levantándome del sillón de forma enérgica.

—Te doy mi palabra —dice mi tío. Lo miro y siento un escalofrío por todo el cuerpo. Es un hombre tan seguro de sí mismo que cuando dice algo tiene el poder de transmitir que es una sentencia.

—Bien, en ese caso, si todo se ha resuelto puedo volver a mi casa. Quiero ver a mis padres, mi hermana y los primos.

—Los verás. Vamos a pasar un mes todos juntos en Madrid mientras tu padre y yo cerramos algunos asuntos con la policía. Unas vacaciones en familia en las que organizaremos todo para nuestra vuelta a la vida de antes.

—¡No puedo creerlo! —manifiesto muy cabreada, me marchó del salón y me encamino a mi habitación.

Cuando entro en mi cuarto me siento en la cama, miro el móvil que tengo en la mano con rabia y decido apagarlo. Llego días esperando una llamada de Aless, bien, pues ahora cuando él quiera hablar y darme sus explicaciones yo no voy a estar disponible. Puede que parezca una actitud muy infantil, pero recuerdo que mi tía me contó esta táctica, que no la usó como tal, pero mi tío apareció como por arte de magia en casa de su familia. Pues bien, si Aless quiere verme va a tener que aparecer o esperar con inquietud a que yo quiera cogerle el teléfono, que no va a ser antes de una semana, determino mientras me dirijo al vestidor, cojo una mochila y echo algo de ropa en ella.

Intuyo que mis tíos tendrán muchos asuntos que resolver en la alcoba, si el padre es igual que el hijo en la cama dudo que salgan de la habitación en todo lo que queda de día. Aprovecho para escabullirme y tengo la buena suerte que no me encuentro con Lupo. Llego al coche y me marchó en él. No sé dónde ir ni qué hacer, pero de pronto recuerdo que hace solo unas semanas mi tía compró un piso en la Línea de la Concepción, según ella es dónde estuvo de alquiler hasta que mi padre la secuestró en la playa. Quería tener ese apartamento, por la nostalgia de años atrás, regalárselo a Carla y su marido por su boda ya que aún no había encontrado nada significativo. Consideró que el inicio en la historia de amor entre sus padres y al ser ella la primogénita le correspondía disfrutar de este apartamento. Un bufete de abogados se encargó de todo, yo acompañé a mi tía Mel y quedamos en recoger las llaves hace unos días, pero como yo tenía un par de citas médicas no acudimos.

Voy directa al bufete de abogados y recojo las llaves, luego me encamino a la casa y solo ruego que no esté vacía, que al menos tenga una cama o un sillón. Mi tía y yo no fuimos a visitarla porque de todo se encargó el bufete de abogados.

Cuando entro en el lugar descubro que está completamente amueblado, y con sumo gusto. Luego salgo a la terraza y contemplo las maravillosas vistas al mar. Me siento en una silla y presencio un atardecer de ensueño mientras miro el reloj y aprecio que en este par de horas transcurridas desde que me marché de Sotogrande igual ya han descubierto mi ausencia. Cierro los ojos y disfruto de este momento a solas, de esta paz y esta tranquilidad. Sé que con mi actitud voy a cabrear muchísimo a Alessandro, pero también le voy a demostrar que no me puede ocultar las cosas ni tratarme como si fuese de cristal.

56

Allegra

Paso un día en el apartamento y no tengo noticias del padre de mi hijo, al parecer ni se ha inmutado ante mi desaparición. Para alguien como Alessandro Albani no debería ser nada difícil dar con mi paradero si se lo propone en serio. De todas formas, no pienso regresar. Si Aless no viene a mí me marcharé a mi casa en Dubrovnik, necesito volver a trabajar en la empresa de mi padre, hacer algo, ocupar mi mente o me volveré loca por completo. No pienso estar un par de meses más sin hacer nada, solo esperando una llamada de teléfono que nunca se produce o me miente en casi todo lo que me dice.

Salgo de casa decidida a dar un paseo por la playa, el médico me ha aconsejado que camine el menos una hora al día, pero apenas consigo salir del portal del edificio cuando me encuentro de frente con Greco y Russo. Sé que en este tiempo han estado al lado de Alessandro y de su padre, pero no los había visto cerca.

—Nos complace encontrarte, Allegra. Acompáñanos —me ordena Russo.

—Yo no voy a ir con vosotros a ningún lado. Todo terminó y quiero volver a ser libre y tener mi vida. ¿Os ha enviado Alessandro? ¿Aún estáis a sus órdenes? —inquiero alterada.

—Podemos hacerlo de dos formas, por las buenas o por las malas, tú decides —me deja claro Greco—. Pero las órdenes del jefe se cumplen.

—¿Quién os envía? —pregunto con desconfianza al pensar que si todo ha acabado ya Russo y Greco deben de haber vuelto al cuerpo policial y no deben de estar a las órdenes del padre de mi hijo.

—Ya lo descubrirás cuando entres en el coche —anuncia Russo.

Esto me alienta a ir con ellos hasta la puerta del vehículo y ver quién me espera ahí. Una parte de mí está alerta porque esta no es la forma de actuar en Alessandro. Él hubiese venido a por mí sin más.

Cuando se abre la puerta del coche veo a Aless sentado en el interior del vehículo.

—Entra —me indica con un tono de voz tan seco y distante que consigo erizarme la piel.

Hago lo que me indica y cuando estoy en el interior me encuentro con unos ojos fríos que me recorren todo el cuerpo de arriba abajo con atención. Aless no dice nada, permanece en silencio mientras que nos miramos con ojos ardientes. El enfado de ambos es patente.

—Vámonos —le ordena con voz seca a Russo, va la volante y Greco sentado a su lado.

—¿Qué hacen ellos aquí? ¿No se supone que todo ha terminado? —le pregunto a Aless. Me mira, pero no me contesta—. ¿De qué va todo esto? ¿A dónde vamos? —inquiero mientras el coche ya está en marcha y Aless se dedica a mirarme de forma escrutadora, en silencio.

—Al parecer, mi mujer quiere que la historia se repita. Bien, pues vamos a recrearla. Ha sido idea tuya —me advierte con unos ojos que echan fuego. Nunca lo he visto tan enfadado.

No era esto lo que esperaba, no que me llevase por la fuerza y este silencio sepulcral entre nosotros. Contaba con una gran discusión en la que pudiese echarle en cara todo lo que llevo por dentro. Sin embargo, esta actitud fría y distante me tiene descolocada.

Lo imito al guardar silencio y girar la vista hacia la ventanilla y centrarme en el tráfico. No sé

a dónde vamos, pero también sé que por mucho que lo pregunte no me lo va a decir. Decido llegar a donde sea que me lleve y discutir sin Greco y Russo delante.

Cuando aprecio que llegamos a la casa de Sotogrande me sorprende, pero no digo nada. Nos bajamos del coche, Aless lo rodea y viene hacia mí y me toma del brazo con delicadeza mientras susurra con voz gélida:

—Sígueme.

Me lleva hasta la cocina y observo que abre el escondite que lleva al búnker. Me indica que baje las escaleras, lo obedezco sin miedo y cuando entramos lo encaro y le exijo:

—¿Qué sucede? ¿Por qué estamos aquí?

—Ya te lo he dicho, por tu actitud infantil —recalca esta última palabra—, he apreciado que quieres que vivamos lo mismo que vivieron mis padres, pues bien empecemos —determina serio, dirigiéndome una mirada hiriente—. Alessandro Albani secuestró a Melania del Castillo en este lugar mismo por algún tiempo. Luego ella ya entró en razón y comprendió que nunca podría escapar de él a menos que se lo permitiese. A ver si tú llegas a la misma conclusión —me espeta furioso, y pudo sentir su aliento en mi rostro—. ¿¿Qué coño pretendías?! ¿Esto? —pregunta abriendo los brazos, en actitud desafiante—. Aquí me tienes, Alessandro Albani te acaba de secuestrar, ahora asume las consecuencias. No juegues conmigo, Allegra —me advierte alzando la voz—. Mi madre me contó que conoces toda su historia y dedujo que quisiste ponerme entre la espada y la pared como ella hizo con mi padre años atrás —expone alzando más la voz mientras yo me siento en la cama que hay en la estancia y lo miro sin reconocerlo. Llevamos dos meses sin vernos y ni siquiera me ha abrazado ni besado, ni se ha preocupado por tocar a su hijo en mi vientre—. No ha sido el momento —dice enfurecido—. He tenido que dejar cosas muy importantes para jugar a este juego que te has propuesto —me echa en cara.

—¿Has terminado? —pregunto con tranquilidad mientras me coloco a su altura y me acerco a él, encarándolo sin miedo—. No me compares con tu madre —le exijo en un susurro—. Puede que con los años haya aprendido muchas cosas, pero en nuestro caso, tú y yo estamos en igualdad de condiciones —le espeto alterada—. Solo quería que me diceses la cara, que vinieses a mí en vez de yo ir en tu busca. Porque te juro que te no haber estado embarazada habría ido a buscarte, así te hubieses escondido en el fin del mundo, para darte una buena paliza por mentirme durante todos estos meses. Y ahora deja que vaya a ver a mi familia —le indico apartándolo de mi lado. No puedo soportar que siga mirándome de esa forma, con esa rabia en su mirada.

—No están. Se han marchado todos a Madrid —revela mientras lo miro con cara de decepción—. Le dije a tu padre que me encargaría de la situación entre tú y yo.

—¿Y qué piensas hacer? Si mi padre se entera que me mantienes aquí encerrada te mata —le espeto con rabia.

—Pienso domar a la rebelde en la que te has convertido desafiándome en vez de apoyarme —me indica más relajado.

—Puedes empezar —lo animo mirándolo a los ojos, sin miedo—. Estoy deseando ver cómo lo haces —lo desafío.

En dos zancadas se coloca frente a mí, me acerca a su cuerpo y se apodera de mi boca. Sus posesivos labios se funden con los míos de una forma ardiente, su lengua busca la mía para enredarse en ella mientras siento unas inmensas oleadas de placer en todo mi cuerpo al mismo tiempo que me besa de una forma muy pasional. Es un beso inesperado, cargado de resentimiento, que va aplacando nuestro genio y va dando paso al amor y la necesidad que

sentimos de fundir nuestros cuerpos después de dos meses alejados.

Comenzamos a arrancarnos la ropa con urgencia sin dejar de besarnos. Aless me acaricia el vientre desnudo y me dirige una mirada cómplice cargada de magnetismo. Me besa el cuello y susurra:

—Me vuelves loco, Allegra. Nunca dejarás de resultarme irresistible. No comprendo cómo tardé tanto en descubrirte como mujer. Pero ahora que eres mía debes de saber que nunca te voy a dejar marchar. No trates de huir de mí porque siempre te encontraré.

—Te amo —murmuro sobre sus labios, perdida en sus increíbles ojos verdes.

—Voy a demostrarte ahora mismo todo lo que yo te amo a ti.

Hacemos el amor de una forma desenfrenada en la cama del búnker, con la puerta abierta, y sin importarnos que alguien pueda llegar. Supongo que Aless controlará eso. No sé con quién más se encuentra en esta casa.

Cuando nuestras respiraciones se normalizan, Aless me mantiene en sus brazos, pegada a su pecho mientras me acaricia el vientre, murmura:

—Tenía razón mi padre.

—¿En qué tenía razón? —inquiero retirándome un poco de su lado y mirándolo a los ojos.

—Las reconciliaciones son increíbles —revela con una sonrisa perversa en sus labios.

57

Alessandro

—¿Nos vamos arriba a darnos una ducha? —propongo a la mujer que amo, desnuda entre mis brazos, mientras acaricio todas sus nuevas curvas que me vuelven loco.

—¿Ya has desistido de mi castigo de encerrarme aquí? —pregunta con una sonrisa de victoria.

—No me tientes —le advierto.

—Al menos así te vería más a menudo. Además, tiene su morbo eso de que me secuestres —propone.

—Cuando todo esto termine te juro que te secuestraré para toda la vida —le indico dándole un beso.

—¿Ya me has perdonado? Cuando entré en el coche y me miraste con esos ojos tan fríos sentí miedo.

—Estaba muy enfadado. No recuerdo haberme sentido así antes. No comprendía porqué te comportabas de esa forma cuando tú deberías entenderme mejor que nadie. Mi madre trató de explicarme cómo se sintió ella años atrás en la misma situación, intenté entenderte, pero mi cabreo era mucho mayor. Sin embargo, cuando te tengo cerca, te miro y respiro tu olor tienes el poder de aplacarme y solo poder desearte.

—Yo también estaba muy enfadada contigo. Me mentiste. Sabías que después de acabar con Abel no regresarías como yo esperaba. Te quedaban algunos meses con Flavio como Alessandro Albani y no me dijiste nada.

—No quise angustiarte en tu estado. Te juro que si no hubieses estado embarazada no te habría mentido —le revelo con sinceridad.

—Y yo te juro que de no tener a este hijo en mi vientre —le indico mientras acaricio mi abultada barriga—, no habrías estado solo en esa misión contra Abel.

—Todo fue bien, está muerto y su organización se ha desestabilizado por completo. Hemos rescatado al hijo de Capdevila con vida y hemos cumplido con todo lo que firmamos.

—En todo eso tenías inmunidad, ¿cómo queda todo ahora que vas a ayudar a Flavio en sus negocios durante unos meses? Tengo miedo por ti.

—No estaré en primera fila. Mi labor es más logística.

—Aun así. Vas a estar relacionado unos meses con un gran narcotraficante.

—Se lo debo. Ese hombre nos ha ayudado mucho a mí y a mi padre cuando más lo hemos necesitado.

—¿Por qué están Greco y Russo contigo si todo ha terminado? ¿No deberían haber vuelto a sus puestos?

—Fue idea de ellos, quieren protegerme. Están muy agradecidos conmigo por las veces que les he salvado la vida. Se han pedido unos meses de cedencia en el que yo les pagaré. Llegué a ese acuerdo con ellos.

—Cuídate mucho —murmura con miedo mientras me abraza.

—Tienes que volver a Madrid con toda la familia —me ordena mientras lo miro extrañada.

—¿No puedo quedarme contigo? Si tu labor va a ser logística podría ayudarte y así estaríamos juntos todo el tiempo —me ofrezco.

—Allegra, te quiero fuera de todo esto y lejos.

—Eso no me tranquiliza.

—Sin tenerte a mi lado trabajo más rápido, más concentrado y rindo más. Eres una tentación demasiado grande si te tengo cerca. Me distraes con suma facilidad y tienes el don de hacer que me olvide de mis objetivos —murmuro mientras me abraza y sonrío sobre mi cuello.

Suspira y sé que ella sabe que es una batalla perdida que me ruegue.

Nos vestimos y salimos del búnker. Mientras nos duchamos le revelo:

—Te concedo veinticuatro horas juntos. Mañana yo mismo te llevaré a Madrid —observo cómo los ojos de Allegra se iluminan con un brillo especial en ellos.

Se abraza a mí y me besa.

—No me quejaré si durante el tiempo que estemos separados apareces un día de la nada y decides secuestrarme por unas horas.

—No estás en condiciones de llevarte muchos sustos —le indico acariciando su vientre—. Por cierto, ¿no me vas a revelar el sexo del bebé? —pregunto. En estos meses como no pude asistir a las ecografías con ella se negó a decírmelo por teléfono.

—No lo sé. Era algo que quería que supiésemos juntos. Espero que estés en el parto para descubrirlo. Te aseguro que no puedo retrasarlo más para que ambos lo sepamos a la misma vez.

—Gracias. —La beso con verdadera devoción—. Eres increíble —susurro mientras me apodero de esos labios que amo besar con locura—. ¿Qué quieres hacer? —le pregunto.

—Abrazarte, besarte, pasar tiempo juntos sin interrupciones y planear un futuro entre los dos. ¿Dónde vamos a vivir cuando todo esto termine? —inquire con entusiasmo.

—Tengo una casa en Bari y un apartamento en Dubrovnik, podemos comenzar en alguno de ellos y luego comprar la casa de tus sueños. ¿Dónde te gustaría establecer nuestro hogar definitivo? —me intereso.

—Junto al resto de nuestra familia. Quiero que mi hijo se críe cerca de sus abuelos. Además, así podríamos seguir trabajando en la empresa de nuestros padres para comprar una gran casa.

—Allegra, el dinero no importa. Te aseguro que cuando todo esto termine voy a ser muy rico. Flavio me va a pagar muy bien en estos meses.

—Pero ese dinero... —murmura inquieta.

—Yo solo voy a trabajar para él en lo que sé hacer. Seguridad informática y logística. Da igual a qué se dedique Flavio y su hijo. Es un cliente más —trato de convencerla.

—Cuando quieres lo haces todo muy fácil —replica, me apodero de sus labios e intento alejarla de ese tema.

Bajamos juntos a la cocina, preparamos algo para el almuerzo, comemos en el salón, nos echamos una siesta juntos después de hacer el amor en el sofá y pasamos el resto de la tarde en la cama planeando el futuro junto a nuestro bebé, haciendo mil planes y disfrutando de todo ello con anticipación.

Tras una cena romántica con la que sorprendo a Allegra, he pedido comida al mejor restaurante, le entrego un anillo de compromiso que no espera.

—Debí hacerlo hace tiempo —le indico mientras se lo coloco en el dedo y ella me mira emocionada.

—Sabes que estas cosas no me importan. Yo me conformo con tu amor.

—Quiero casarme contigo y pasar junto a ti el resto de mi vida, junto con nuestro hijo y todos

los que puedas llegar en el futuro —le confieso perdido en sus ojos con lágrimas de emoción.

—Te amo, Alessandro. Hazme el amor —me ruega en un susurro mientras me toma la cara con sus manos y me besa.

Pasamos una noche mágica en la que dormimos muy poco.

Al día siguiente ponemos rumbo a Madrid en coche. Cuando llegamos junto a toda la familia no tengo tiempo de quedarme mucho con ellos, apenas unas horas. Me despido de Allegra y antes de montarme en el coche ella me hace jurarle:

—Llámame todos los días, quiero ser la primera que se entere de todo. No quiero que tu padre me dé las noticias.

Asiento, la beso y me marcho dejando atrás lo que más amo en la vida, pero no tengo opción.

58

Allegra

Tres meses después

Unos fuertes dolores me despiertan mientras duermo y sé que estoy de parto. Es de madrugada y me encuentro en la casa de Madrid junto a toda la familia. La estancia que pensamos solo sería para un mes o dos se ha alargado.

Mi padre y mi tío no han querido marcharse de España hasta que Aless termine sus asuntos con Flavio, algo que no me tiene muy tranquila. En principio todo debería haber terminado hace un mes, Aless tendría que estar a mi lado y deberíamos estar casados, eran nuestros planes antes de que naciese nuestro hijo, pero nada se ha cumplido. Flavio se ha hecho con una organización muy grande tras desaparecer el imperio de Faheem y le suplicó a Aless que terminase todo. Intuyo que mi padre y mi tío también están ayudando en esta labor, pero no lo han dicho de forma abierta. Lo que no quiero es que ninguno de ellos se implique en nada. Tras caer Faheem mi padre, mi tío, Aless y yo quedamos respaldados e inmunes, de ahí en adelante lo que hagan sí puede causarles problemas con la justicia y eso me tiene en vilo porque están jugando al filo de la navaja. Es cierto que conocen muy bien este negocio, pero también pueden cometer algún error y caer junto a Flavio y toda su organización.

Llamo a mi hermana, desde hace quince días, al estar el nacimiento tan próximo, se ha empeñado en compartir habitación conmigo, y le indico que estoy de parto. De inmediato sale de la habitación y despierta a toda la casa. Cuando vuelve a mi cuarto yo me visto con tranquilidad y le indico al verla más nerviosa que yo:

—No hacía falta que lo anunciases como si se fuese una bomba.

En menos de diez minutos mi padre me lleva al hospital, por supuesto, me acompaña toda la familia, menos el padre de mi hijo al que he intentado llamar, pero no me atiende la llamada. Me preocupo al pensar qué estará haciendo en mitad de la noche para no escuchar mi llamada. Sé que siempre duerme con el móvil encendido. Me llevan a la sala de paritorio, me exploran y me indican que me faltan algunos centímetros por dilatar. Mi hijo vendrá al mundo en un par de horas.

Mi madre es la que está a mi lado en todo momento, no quiero que se separe de mí. Echo de menos a Aless, pregunto por el padre de mi hijo, pero nadie sabe decirme dónde está y esto hace que me ponga más nerviosa. Siempre pensé que sería él quién me sujetase la mano en estos duros momentos. Los dolores cada vez son más fuertes y pido que me pongan la epidural, pero me dicen que ya es tarde, he dilatado antes de lo esperado.

Grito de dolor mientras mi madre me sujeta la mano con fuerza. Disponen todo alrededor para traer a mi hijo al mundo mientras yo estoy muerta de miedo.

De repente, dos personas irrumpen en la sala y una de ellas es Aless, pese a llevar mascarilla, bata y gorro sé que es él. Reconocería sus ojos siempre. Viene hasta mí, se coloca a mi lado, me besa en los labios y en la frente y me coge de la mano mientras susurra en mi oído:

—Aquí estoy, te lo prometí y yo siempre cumplo mis promesas. —Lo miro con una ceja alzada y él sonríe—. Solo será un momento —le indica al médico que tengo delante.

De repente, una persona que no sé quién es abre una carpeta y anuncia:

—Estoy aquí para casaros.

Miro al padre de mi hijo con furia y le espeto de un grito:

—¿De verdad crees que es el momento?! Si piensas que voy a considerar esto romántico o algo parecido estás muy equivocado —ladro sintiendo mucho dolor—. Yo solo quiero empujar —lloriqueo.

El señor de la carpeta negra no me hace caso y toma la palabra mientras que Aless, mi madre, el médico y dos enfermeras nos miran sonrientes. Yo no le veo la gracia a nada de esto mientras ellos parecen disfrutar del momento.

—Me saltaré leer todo lo que precede ante las circunstancias. Iremos al grano. Allegra Fábregas, ¿quiere por esposo a Alessandro Ferrer? —pregunta el señor de mediana edad mientras me mira con atención.

Estoy en una sala de paritorio con las piernas abiertas y ese señor a mi derecha con una carpeta entre sus manos mientras que tengo enfrente al médico y varias enfermeras, a mi madre y a mi futuro marido a la izquierda.

—Sí, quiero —grito de dolor ante una fuerte contracción. Quiero que esto termine ya y poder parir a mi hijo.

—Alessandro Ferrer, ¿quiere por esposa a Allegra Fábregas?

—Sí, quiero —responde de inmediato mientras me tiene tomada de la mano y me sonrío.

—Por el poder que me confiere, yo los declaro marido y mujer —dice el hombre.

Aless se acerca a mí, me besa, me limpia el sudor de la frente y susurra en mi oído:

—Te prometí que nuestro hijo nacería dentro del matrimonio.

—¿Puedo empujar ya?! —pregunto exasperada, fulminando a mi marido con la mirada.

—Sí, hija, empuja —escucho que dice una enfermera sonriente.

Grito de dolor y comienzo a empujar.

—Ya se le ve la cabeza —anuncia el médico.

Aless está a mi lado, dándome las manos y animándome a empujar con fuerza.

—Tú puedes, mi amor. Demuéstrame lo fuerte que eres —me alienta mientras me besa la frente.

De repente, en un último esfuerzo, siento como sacan a mi hijo de mí. El bebé llora y mientras Aless permanece a mi lado emocionado. Veo que por sus mejillas corren varias lágrimas y comienzo a llorar yo también. Es la primera vez que lo veo llorar y observar cómo mira a su hijo hace que me rompa en mil pedazos. Es el momento más mágico de toda mi vida.

Aless corta el cordón umbilical, le entregan a nuestro hijo y es él quién lo coloca sobre mí y susurra en mi oído:

—Hemos tenido un niño. ¿Estás preparada para otro Alessandro en tu vida? —pregunta sonriente.

—Ni lo sueñes —le advierto mientras admiro a mi precioso bebé con los mismos ojos que su padre.

Aless se inclina, besa a nuestro hijo y luego a mí.

—Es el día más feliz de mi vida. Ya eres mi mujer y soy padre, jamás pensé sentirme así —confiesa con emoción.

—No se va a llamar Alessandro —murmuro mirando a mi precioso niño. Me niego a que lleve un nombre que atrae al peligro.

—Ya veremos —dice su padre. Lo miro y me devuelve una mirada radiante de felicidad. La

sonrisa que me muestra consigue que el corazón me dé un vuelco por completo.

—Podemos negociarlo —le planteo—. No te vayas —le suplico.

—Ya no queda nada —susurra en mi oído.

Nos trasladan a una habitación y cuando me veo rodeada de toda mi familia, con mi hijo sano en mis brazos y Aless a mi lado, me considero la mujer más afortunada del mundo. Nunca pensé en ser madre, lo veía tan lejano, dentro de unos diez años como mínimo, y mi pequeño llegó por sorpresa haciéndome sentir la mujer más afortunada del mundo. Jamás imaginé llegar a sentirme así de bien debido a la maternidad.

Aless se acerca a mi oído y anuncia:

—Tengo que marcharme.

En un principio creo que su marcha es fugaz, pero leo en sus ojos que no es así. Puedo apreciar su tristeza por tener que dejarnos.

—¿Acabamos de casarnos y de nacer tu hijo y te vas? —inquiero con decepción—. ¿No puedes quedarte unas horas al menos? —le ruego.

—No puedo estar aquí mucho tiempo, he dejado un asunto importante a medias. Tengo que volver. No queda nada, amor.

—¿Por qué?! —pregunto con angustia—. ¿Qué me estás ocultando? —le exijo que me diga.

—Solo quedan tres semanas —anuncia.

Lo miro esperanzada y le pregunto:

—¿De verdad? —Tres semanas no me parecen nada en relación con todo el tiempo que llevamos separados. Tres semanas y no volveremos a separarnos. Él asiente y luego dirige la mirada a mi padre y a mi tío, sé que ellos están al tanto de todo lo que está haciendo Aless aunque no compartan información conmigo, ambos asienten con una sonrisa y los creo.

Aless me da un beso en los labios y otro a su hijo en la cabeza y se marcha.

Cuando desaparece por la puerta pregunto en voz alta por si aún me llega a escuchar desde el pasillo:

—¿Pero qué nombre le ponemos al niño?

No obtengo respuesta, todos en la habitación suspiran mientras yo miro a mi hijo en mis brazos y compruebo una vez más que es igual a su padre, pero también determino que no se llamará como él. Tengo suficiente con un Alessandro en mi vida.

59

Allegra

Tres semanas después

Me despierto y admiro el anillo de casada que llevo en mi mano y mi marido me hizo llegar al hospital después de haber dado a luz junto con un gran ramo de rosas. En este tiempo no lo he visto, pero hemos hablado a diario y le he enviado fotos de su hijo, al que terminé llamando Adrián como su abuelo, no quiero ni un Alessandro más en mi vida. He tenido y tengo suficiente con uno. Cuando le comuniqué a Aless el nombre con el que registré a nuestro hijo no le pareció mal, solo me dejó caer que si él hubiese estado se llamaría como su padre. En ocasiones lo siento como una venganza por no estar a mi lado, pero también me siento orgullosa de que lleve el nombre de mi padre.

Me encuentro en el chalet de Madrid sola con mis tíos, Oliver y Melania. Mis padres, mi hermana y mis primos se marcharon hace una semana. Por fin, tras unos duros meses, todo vuelve a la normalidad. Aless ha terminado todo lo que tenía pendiente con Flavio y su organización y vuelve a ser Alessandro Ferrer para siempre. Hoy deja atrás definitivamente la figura de Alessandro Albani y no puedo sentirme más contenta por ello.

Mi hijo protesta a mi lado. Desde que nació duerme en una cunita junto a mi cama, lo cojo en brazos y le doy el pecho. Es un glotón, siempre tiene hambre. Mi tía ya me ha aconsejado en un par de ocasiones que como siga así tendré que ponerle un apoyo de biberón.

De repente, la puerta de mi habitación se abre y por ella aparece por sorpresa el hombre que amo. No lo esperaba hoy. Mi corazón da un vuelco y no puedo evitar que varias lágrimas de emoción salten de mis ojos.

Aless se acerca a nosotros con paso lento y sigiloso, para no despertar a nuestro bebé, mientras que nos mira con una sonrisa enorme. Se sienta a mi lado en la cama, con cuidado, me da un beso en los labios que ambos nos encargamos de profundizar, tres semanas sin besar a mi marido me han parecido una eternidad, luego le acaricia la cabecita a nuestro hijo y susurra con alegría:

—Todo ha terminado. Soy completamente tuyo. ¿Qué piensas hacer conmigo? —pregunta con una sonrisa maravillosa mientras una luz increíble ilumina sus ojos verdes.

—Amarte durante el resto de mis días —manifiesto con el amor más grande que soy capaz de sentir.

Aless se acerca de nuevo a mí y me besa con más intensidad, hambriento.

—No tienes idea de todo lo que te necesito. He soñado con este momento durante mucho tiempo. Siempre renegué de una familia, sin embargo, te puedo asegurar que es lo que más he ansiado en mi vida. Estas tres semanas alejado de vosotros ha sido lo más duro por lo que he pasado, te lo juro —revela.

—Ya estás aquí, y no sabes cómo lo celebro.

Aless seca las lágrimas que corren por mis mejillas y luego mira a su hijo como hipnotizado. Cuando termina de comer me pregunta:

—¿Puedo cogerlo? —le extiende a nuestro bebé y admiro cómo lo toma en sus enormes

brazos, lo besa y le susurra—: Papá ya está aquí para protegerte siempre. Te amo, hijo.

Yo admiro a los dos hombres de mi vida sin dejar de llorar. En estos momentos sé que esto es la verdadera felicidad en mi vida. No necesito nada más.

Aless lo abraza mientras que yo no puedo dejar de llorar, luego él se acerca a mí, me besa y me rodea con el brazo, refugiándose en su pecho. Ese lugar que es mi favorito en el mundo y del que no quiero despagarme nunca más.

—Por fin somos una familia —murmuro con orgullo.

—Para siempre —dice Aless mientras me besa.

Pasamos unas horas los tres juntos en la habitación y luego decidimos salir en busca de los abuelos de mi hijo. Cuando mis tíos nos ven entrar a los tres en el salón se nos quedan mirando con emoción.

—Papá, mamá, gracias por todo, pero, sobre todo, por cuidar y proteger a mi mujer y a mi hijo —les agradece. Luego Aless se funde en un abrazo con ellos.

Tomamos asiento todos juntos en el salón mientras que decidimos qué haremos de hoy en adelante en nuestras vidas.

—Nos volvemos mañana a Dubrovnik —anuncian mis tíos.

—Pero de ahora en adelante pasaremos tiempo allí y aquí. Me encanta volver a España con mi marido a nuestro antojo —comenta mi madre.

—¿Y vosotros qué planes tenéis? No quiero estar mucho tiempo alejado de mi nieto —dice mi tío—. Aunque no lleve mi nombre tengo que enseñarle a ser como su abuelo y su padre —carcajea.

Aless y yo nos miramos sin saber muy bien qué responder. No hemos hablado nada concreto de qué vamos a hacer ahora que volvemos a ser nosotros mismo, enamorados, casados y con un hijo.

—Creo que pasaremos unos días aquí mientras nos buscáis una casa amplia para que sea nuestro hogar en Dubrovnik —anuncia Aless mientras me sonrío y me guiña un ojo—. Mi apartamento es muy pequeño, lo pondré a la venta. Quiero una casa como la vuestra y la de los tíos, y que esté cerca de todos.

Admiro a mi marido con el corazón repleto de felicidad. Tenerlo a él a mi lado y vivir cerca de nuestra familia con nuestro hijo es todo lo que necesito en esta vida.

—Me ocuparé de ello en cuanto llegue. Nada me hace más feliz —le indica mi tío.

Mi tía se abraza a mí mientras que me susurra:

—Al fin llegó vuestro momento de ser realmente felices. Os lo merecéis y no puedo estar más contenta.

Tras una cena en la que nos despedimos de los abuelos de mi hijo, se marchan por la mañana temprano, Aless y yo nos encaminamos a nuestra habitación. Él lleva a nuestro hijo en brazos, dormido, y lo deposita en la cuna con tanto cuidado y con tanto mimo que me emociona.

Luego se acerca a mí, me toma por la cintura con fuerza, me pega a su cuerpo y se apodera de mis labios. Es un beso arrebatador que me hace gemir sobre su boca. Cuando se separa un poco lo miro con ganas de más, nos sonreímos y comenzamos a quitarnos la ropa sin prisa, disfrutando del momento.

—Me muero por hacerte el amor —susurra en mi oído—. ¿Podemos? —inquire con cierto tono de precaución en su mirada verde.

—Lo estoy deseando —murmuro sobre sus labios al mismo tiempo que hago presión sobre su cabeza para que me bese.

Nos terminamos de desnudar y hacemos el amor de una forma exquisita, placentera y maravillosa.

A la mañana siguiente ya estamos solos en la casa, me parece mentira que no tengamos seguridad alrededor ni la presión en el pecho de que algo puede suceder, desayunamos en el jardín de la casa con nuestro bebé dormido en el carrito a nuestro lado como una familia feliz.

—Esto es maravilloso —murmuro sobre los labios de mi marido mientras aprecio el día tan estupendo que tenemos por delante.

—¿Qué quieres que hagamos hoy? —me pregunta mi marido—. Soy todo tuyo. Tú mandas. —Me encanta verlo en la faceta de padre y marido complaciente, con el rostro relajado y pensando solamente en nosotros.

De repente, una presencia inesperada hace que fijemos la mirada en la figura de un hombre vestido de negro que conocemos bien.

—Al fin os encontré —resuena una voz y nos encontramos con Abel apuntándonos con una pistola.

La sangre se me hiela al ver a ese hombre vivo y solo puedo pensar en mi hijo. Miro a Aless preguntándole si me mintió sobre su muerte o lo coge tan desprevenido como a mí. Aless se coloca de pie de inmediato y da un paso hacia él.

—Estás vivo, hijo de puta —le espeta con asco y sorpresa mientras que lo mira de frente y da un paso hacia él.

—No te muevas —le advierte Abel. Luego sonrío de forma maléfica al apreciar nuestras caras de sorpresa y horror, y dice—: ¿No tenías conocimiento de esto, cierto? Me he estado recuperando de los tiros en estos meses, pero fingir mi muerte como lo hizo tu padre fue una gran idea —alardea—. Me alegra encontrarte con tu mujer y tu hijo —murmura mostrando una sonrisa diabólica que consigue erizarme la piel.

—Esto es entre tú y yo —le indica Aless.

—Y ella. ¿O te olvidas que por esta puta todo nuestro negocio se fue a la mierda? Si la hubiésemos compartido podríamos haber llegado a ser buenos amigos —lanza con furia.

—Te lo dejé claro una vez, mi mujer era intocable. Y no lo respetaste —brama Aless. Miro sus ojos y siento miedo de la furia que se le reflejan.

Abel sigue apuntándolo con la pistola mientras Aless nos protege a mí y a su hijo con su cuerpo, pero estoy segura de que él no se llevará la primera bala. Abel quiere venganza, hacernos sufrir y pegarnos un tiro y marcharse sería demasiado fácil e indoloro para una mente tan perversa como la suya.

Miro a nuestro alrededor y no veo a nadie más que Abel, aunque estoy segura de que no ha venido solo. Por el contrario, nuestra posición es totalmente en desventaja. No estamos armados y tenemos a nuestro hijo con nosotros.

De repente, Abel se acerca a Aless y lo golpea en la cabeza con el culo de la pistola. Lo mira sintiéndose triunfador mientras que observo cómo mi marido se contiene por no echársele encima sin importarle que lleve un arma.

—Vamos dentro —ordena Abel—. Todos —especifica.

Aless asiente mientras que yo me acerco al carro para coger al bebé, pero creo que, ante cualquier altercado, es mejor que vaya en el carrito, así tendré las manos libres.

Comenzamos a caminar mientras que Abel nos apunta por la espalda. Yo empujo el carro y Aless va pegado a mí, protegiéndome. Cuando aparecen dos hombres más me susurra:

—La alarma de emergencia. —Sé que esta se encuentra escondida detrás del perchero de la

entrada. Si la activo vendrán en nuestro rescate.

El bebé se pone a llorar y Abel me ordena:

—Cógelo y que no llore, si algo me altera y odio es el llanto de un niño.

—Tiene frío —digo al mismo tiempo que lo cojo en brazos y le indico al hombre que nos apunta con una pistola—: Voy a coger una manta para arroparlo. —Abel asiente y aprovecho para pulsar el botón de emergencia.

—¿Qué quieres, Abel? —inquire Aless al mismo tiempo para desviar su atención de mi movimiento.

—Matarte, por supuesto, pero lentamente —anuncia mientras se me eriza la piel y mi hijo comienza a llorar de nuevo.

—¡Cállalo! —exige con un grito tan alto que mi bebé se asusta.

—Tiene hambre —dice Aless—. Deja que vaya a la cocina y le dé un biberón —propone mirándome a los ojos. Nuestro hijo no toma biberones por ahora, pero sé que quiere que vaya a la cocina y me meta en el búnker.

—Ve —grita Abel. Cuando me giro tengo a dos hombres detrás de mí y otros dos aparecen y se quedan junto con Aless y Abel.

Necesitamos ganar tiempo, pero también necesito poner a mi hijo a salvo cuando empiecen a volar balas.

Llego hasta la cocina seguida de dos hombres corpulentos que me apuntan con una pistola cada uno. Llevo a mi hijo en brazos, no tengo margen de movimiento para hacer nada en contra de ellos. Comienzo a trastear en la cocina, a hacer como la que busca los preparativos para el biberón del niño mientras que los hombres miran por la puerta que da al jardín.

De repente, veo que Greco y Russo llegan en un coche, esto llama la atención de los matones de Abel y me da margen de coger un cuchillo y lanzárselo a uno de ellos. Me refugio detrás de la isla de la cocina mientras le doy tiempo a Greco y Russo para que vengan en mi rescate. Escucho tiros a mi alrededor, protejo a mi bebé en mis brazos y cuando alzo la mirada me encuentro con Greco a mi lado que me ayuda a levantarme. Lo miro con alegría y él me indica:

—Baja al búnker con el bebé. Nosotros nos encargamos del jefe.

—Abel está vivo —les revelo con horror.

—Lo sabemos, lo hemos visto por las cámaras de la casa cuando pulsaste el botón de la alarma. Nos cogiste de camino, veníamos a conocer al hijo del jefe y a despedirnos de vosotros —me comenta mientras abre la puerta que da acceso al búnker.

Bajo con mi hijo y miro a Greco fijándome en su arma. Solo son dos y llevan dos armas. Abel tiene a dos personas más con él y estoy segura que llevan más armas. Con este pensamiento dejo a mi hijo en la cama, lo acomodo entre almohadas y cojines y abro el armario de las armas, encontrando un arsenal allí.

Pienso con rapidez, hago una llamada a mi padre, le cuento la situación y le indico que voy a dejar a mi bebé solo en el búnker, necesito rescatar a mi marido. Si algo ocurre arriba y no salimos vivos sé que mi padre salvará a mi hijo. Trata de convencerme de que no lo haga, pero no puedo dejar a Aless en manos de Abel, tiene demasiado odio en su contra y yo soy una más que no esperan para ayudar a rescatarlo.

Con sigilo regreso al salón y observo a Aless sentado en un sillón con un tiro en la pierna. Sangra mientras él mismo se hace presión con la mano. Abel está delante y le exige que le diga el nombre de la persona que se ha quedado con todo lo que le pertenecía. Conozco a Aless y sé

que nunca va a delatar a Flavio. Abel golpea a Aless con fuerza, pero mi marido no dice nada. Busco con la mirada a Greco y a Russo, pero no los veo cerca. Abel está en el salón con Aless y tres hombres más armados.

—Pensé que sería más fácil. Traed a la zorra y al niño —ordena Abel.

Dos matones salen en mi busca y sé que tengo que actuar antes de que lleguen a la cocina y vean que he desaparecido y descubran a sus compañeros muertos.

Cuando los tengo en mi campo de visión les doy un tiro a cada uno por la espalda y entonces aparecen Greco y Russo, que se encargan del tercer matón que sale del salón al escuchar los tiros.

De repente, dos hombres más aparecen por la puerta, uno le dispara a Greco mientras que yo entro en el salón y apunto a Abel. Estamos los tres solos y confío en que Russo se encargue de los que puedan llegar.

—Hazlo, Allegra —me anima Aless—. No lo pienses. —Sabe que lo tengo a tiro, pero Abel tiene a Aless a su lado. No quiero matar a mi marido por error.

De repente, me golpean por detrás, me enzarzo en una pelea, pero en ese momento Aless se revuelve y ataca a Abel, intenta quitarle el arma, forcejean. El matón de Abel me golpea con fuerza, la pistola sale volando, alejándose de mi alcance, pero consigo sacar la que llevo en la cintura escondida y le disparo al pecho.

Me recupero y veo que Aless está en el suelo tumbado mientras Abel lo pateo con fuerza en la cabeza. Con el corazón encogido siento que lo va a matar, no puedo permitirlo. Saca una pistola, coge a Aless del pelo y le dice tras golpearlo con esta de nuevo en la cabeza:

—Así te quería ver. Cuando acabe contigo voy a por ella.

Apunta a Aless directo a la cabeza y grito:

—¡Abel! —Se vuelve y me mira, lo estoy apuntado. Lo tengo a tiro y no me lo pienso—. Por mi familia —grito antes de dispararle un tiro directo y certero al corazón. Cae al suelo mientras que yo corro junto a Aless. Lo tomo entre mis brazos y le suplico que me mire. Lo hace por unos segundos y luego deja caer la cabeza mientras que yo grito su nombre con desgarró y lágrimas en mis ojos.

Flavio y sus hombres llegan en ese momento. Han terminado con toda la gente de Abel. Russo y Greco están heridos, pero no es de gravedad. Les ruego que llamen a un médico, Aless sí está grave, temo por su vida mientras que escucho que el hijo de Flavio ordena a sus hombres:

—Limpiad todo esto. Aquí no ha pasado nada.

Epílogo

Tres meses después

Hoy es un día muy feliz en mi vida porque después de tres largos e interminables meses en la UCI por fin a Aless lo trasladan a planta. Los golpes que le propinó Abel en la cabeza le provocaron un traumatismo craneoencefálico grave que lo tuvieron inconsciente unas semanas. Poco a poco, se ha ido reponiendo y al fin los médicos ya no temen por su vida ni graves secuelas en su persona. Hemos pasado muchísimo miedo en todo este tiempo. Apenas me he movido de su lado, solo para ver a mi bebé y estar un rato con él al día. Era consciente de que su padre me necesitaba mucho más y el pequeño Adrián tenía a dos abuelas y abuelos que se deshacían en cuidados con él.

Agradezco enormemente que mis padres y los de Aless se trasladasen con nosotros cuando pasó lo de Aless y hayan permanecido todo este tiempo a nuestro lado de forma incondicional, sin ellos no hubiese podido con todo. Ver a mi marido indefenso, postrado en una cama, débil, debatiéndose entre la vida y la muerte con el hombre tan fuerte y vital que ha sido siempre me mataba, pero Aless ha luchado por su vida de una forma increíble y al fin vemos la luz al final del largo túnel.

Hoy lo van a pasar a planta, le harán en unos días más pruebas y si todo va bien nos podremos marchar a casa para que se recupere del todo junto a su familia. En este tiempo ha perdido casi quince kilos y mucha masa muscular, pero estoy segura de que pronto volverá a ser el hombre de antes. Ya mi tío habla de todos los ejercicios que le va a poner en cuanto llegue a casa.

Cuando Aless llega a la habitación ahí estamos sus padres y yo esperándolo. Le damos besos y abrazos, todos muy contentos de que por fin estemos más cerca y juntos. En la UCI solo podíamos verlo dos veces al día una sola persona.

Pasada una hora desde que llegó a la habitación mis tíos se marchan, por supuesto me voy a quedar esta noche con él. No pienso separarme de su lado hasta que le den de alta.

Luego llega la cena, Aless se queja de lo mala que está la comida del hospital y le prometo traerle algo en condiciones para el día siguiente si los médicos me dejan.

—Estás muy delgada por mi culpa —me reprocha mirándome con atención.

—Han sido meses difíciles, pero cuando salgamos de aquí los dos comeremos más y ganaremos peso —le susurro mientras lo beso. No quiero que me mire con la preocupación que reflejan sus ojos.

Nuevamente me separo de él porque nos interrumpen de nuevo. En la habitación no para de entrar y salir gente, a traer la cena, a llevársela, a tomarle la tensión, a darle las pastillas de la noche, a ofrecerle un zumo o algo de tomar... hasta que Aless pierde la paciencia y le dice a la última enfermera que entra en un tono de voz autoritario:

—Estoy cansado y quiero dormir, por favor, que esa puerta no se abra más hasta mañana a menos que yo os avise.

Cuando nos quedamos solos resopla y lo miro seria. En todo este tiempo ha estado un poco irascible. Comprendo que para un hombre como él estar tres meses postrado en una cama debe de haber sido una completa tortura.

En silencio me dirijo al interruptor y apago la luz principal, dejando solo una tenue luz.

—¿Está bien así? —le pregunto.

Mi marido me mira con una sonrisa diabólica en su boca, aprecio un brillo especial en sus ojos y me tiende la mano para que acuda a su lado.

—No quiero más interrupciones. Desde que he llegado a esta habitación solo he deseado quedarme a solas contigo para poder besarte a mi antojo, ven aquí. —Tira de mí, me inclino sobre él y se apodera de mis labios dándome un beso voraz. Hacía meses que no nos besábamos de esa forma.

Aless me toma de la cintura y me acomoda más cerca de su cuerpo mientras me acaricia las piernas y los pechos. Ambos gemimos sobre la boca del otro, llevamos demasiado tiempo sin un contacto tan íntimo. En la UCI siempre estábamos acompañados y no pasábamos de los simples y castos besos.

Cuando siento la intensidad del fuego que recorre mi cuerpo y comprendo que no podemos ir más allá interrumpo el beso y miro a mi marido.

—Estás preciosa con las mejillas sonrosadas y el deseo reflejado en tus ojos. He deseado besarte de esta forma muchas veces. —Tira de nuevo de mí y hace que aterrice sobre su pecho.

—Aless, no podemos —protesto sobre sus labios.

—Lo sé, después de todo por lo que hemos pasado no quiero hacerte el amor en una cama de un hospital, porque quiero que lo recuerdes siempre ya que esta será otra primera vez entre nosotros —murmura—. Solo quería comprobar una cosa. —Me toma la mano con la suya y me la dirige a su miembro. Lo siento duro y erecto, le sonrío y él me indica—: Los médicos no paran de decir que ya estoy bien, pero quería comprobar si una parte importante de mí iba a funcionar como antes ya que hacía mucho que no la sentía tan viva y estaba preocupado —revela con una enorme sonrisa en su boca.

Me acerco a él, lo beso y le indico:

—Yo nunca lo he dudado, pero yo te quiero de todas formas, Alessandro Ferrer. Eres el gran amor de mi vida.

—Te amo con locura, Allegra. Lo eres todo para mí. Todos estos meses que has pasado a mi lado de forma incondicional... Te juro que me dolía más ver tu sufrimiento que cómo me encontraba yo. Ha sido la prueba de amor más dura.

—La hemos superado, mi marido es un hombre muy fuerte que ha resistido —murmuro abrazándome a su pecho.

—Ya solo nos queda ser muy felices cuando salga de este hospital. Estoy deseando ver a mi hijo.

Aless ha seguido el crecimiento del bebé por fotos y vídeos, así lo entretenía cuando entraba en la UCI a visitarlo cada día desde que despertó del coma.

—El pequeño Adrián también está deseando verte. Cada día se parece más a ti.

—Ven —me anima mi marido—. Quiero que duermas junto a mí, pegada a mi pecho como soñé durante estos meses, sintiéndote muy cerca, oliendo tu maravillosa fragancia y velando tus sueños.

Me acurruco en la cama junto a mi marido y lo beso, dispuesta a pasar el resto de la noche a su lado.

—Quiero marcharme ya a casa, contrata a un médico y enfermeras, pero no quiero más hospitales. Te necesito en mi cama, junto a mí, con intimidad, no estar en un lugar en el que nos pueden abrir la puerta en cualquier momento —se queja.

—Puede que nos traslademos a casa y aún no estes preparado para... deberíamos ir poco a poco —le indico con cautela.

Mi marido suelta una fuerte carcajada.

—No me retes, esposa mía. Te aseguro que en estos momentos me encuentro más que preparado para hacerte el amor, solo que no quiero que sea aquí.

—Pues tendremos que esperar —le indico mientras lo beso y luego lo abrazo con fuerza.

Ambos dormimos durante toda la noche, hasta que una enfermera entra en la habitación y nos despierta. Anuncia que le van a hacer varias pruebas a Aless durante la mañana y que si todo va bien podremos marcharnos a casa en un par de días.

Pasamos dos días más en el hospital y finalmente nos dan el alta. Aless se encuentra muy bien y todas las pruebas son positivas. Además, lleva dos días comiendo comida casera que le trae su madre y ya le veo mejor color en su cara. Aún está un poco débil, cuando se levanta necesita apoyo al comenzar a caminar, pero es algo pasajero.

Cuando llegamos a casa y Aless coge en sus brazos a nuestro bebé y lo besa todos terminamos llorando de alegría. En estos duros meses hubo varios momentos críticos en los que temimos de verdad por su vida.

Pasamos toda la tarde en familia y a la hora de la cena nos sorprende la llegada de mi hermana y los hermanos de Aless. Todos sentados a la mesa, con la mano de mi marido entre las mías y nuestro hijo en sus brazos, admiro la gran familia que tenemos y doy gracias a todo porque Oliver y Stella finalmente hayan aceptado la relación entre Aless y yo. Mi hermana ha cambiado mucho en todo este tiempo, se ha centrado en terminar la carrera, ha comenzado a trabajar y está ilusionada comenzando una relación.

Mi tío propone un brindis y esto me saca de mis pensamientos. Brindamos por el regreso de Aless y por la gran familia que somos y permanecemos unida.

Cuando Aless y yo nos encaminamos a nuestra habitación es casi de madrugada. Doy gracias a las abuelas que se han ofrecido para cuidar de su nieto esta noche, algo a lo que mi marido no se ha opuesto.

Entramos en nuestra habitación y Aless me abraza y me besa con pasión, me lleva hasta la cama mientras ambos comenzamos a arder por dentro.

—¿No estás cansado? —pregunto mientras me desnuda.

—Para hacerle el amor a mi mujer, nunca —murmura mientras observo que le tiemblan las manos al quitarme la ropa—. Joder, me siento como si fuese mi primera vez —maldice.

Es en ese momento en el que comprendo que quiere darme lo mejor de él, no decepcionarme y esto lo tiene nervioso porque no sabe cómo va a reaccionar su cuerpo tras estos meses, por ello le doy la vuelta, me coloco encima de él y decido llevar las riendas.

—Bienvenido a casa, señor Ferrer. Déjese consentir por su mujer —murmuro besándole el pecho, mientras siento como su respiración se agita.

—Soy todo tuyo —me indica con una enorme sonrisa. Lo beso, terminamos de desnudarnos y cuando entra en mi interior siento que todo ha vuelto a la normalidad por fin—. Me encanta volver a casa y que me recibas con esta maravillosa calidez —murmura sobre mis labios mientras se mueve en mi interior.

—¿Estás preparado para recuperar el tiempo perdido? —pregunto con una enorme sonrisa.

—Tú y yo vamos a encerrarnos en una habitación durante un mes entero y vamos a recuperar todo el tiempo perdido, el del hospital, los meses que pasé con Flavio y cuando me negué a confesarte lo que sentía por ti.

—Lo estoy deseando. Nos quedan tantas cosas por vivir... —murmuro mientras mi marido me lleva al éxtasis.

—Ni te las imaginas —revela mientras ambos llegamos a la vez.

Aless y yo pasamos la noche más increíble de nuestras vidas. Hemos pasado por tanto que saber que ya solo nos queda disfrutar de nuestro amor y de nuestro hijo junto con toda la familia nos da paz.

Solo nos queda que Aless se recupere por completo, pero estoy segura de que en unos meses lo conseguirá y volverá a ser el de antes.

Un año después

Salgo corriendo por el jardín de mi casa detrás de mi hijo. Adrián ha comenzado a caminar hace poco y nos tiene locos a su padre y a mí. Es muy revoltoso e inquieto, la madre de Aless dice que él era igual de pequeño. Cuando atrapo a mi hijo le hago cosquillas y juntos rodamos por el césped. Me encanta disfrutar y jugar con mi pequeño.

Aless y yo nos tomamos un año sabático, lo necesitábamos para retomar nuestras vidas, reforzar nuestra relación y disfrutar de nuestro hijo. Sin duda alguna, ha sido el mejor año de mi vida. Me he descubierto en la faceta de mujer enamorada y de madre, vivo todos los días al lado de dos hombres que amo y no me pueden hacer más feliz.

Cuando volvimos a la casa que compramos en Dubrivnik para establecernos para siempre mi marido me preguntó si estaba lista para conocer de verdad a Alessandro Ferrer, ya que había vivido mucho más junto a él como Alessandro Albani, sin embargo, yo no encuentro la diferencia. Lo amo, lo he amado desde que mis hormonas se despertaron y para mí es un completo sueño ver a Aless enamorado hasta la médula de mí. Me encanta que sea tan atento y protector conmigo y con su hijo, siempre está pendiente de nosotros, cuidándonos y tiene mil detalles románticos que jamás llegué a imaginar. Él dice que lo he cambiado y mi amor lo ha vuelto cursi, hasta él mismo se sorprende de las cosas que hace y jamás llegó a pensar que haría. Creo que ninguno de los dos imaginamos la vida que tenemos en estos momentos y eso es lo que lo hace más especial de todo, que hemos alcanzado una plenitud y una felicidad que nos tiene en una nube.

De repente, mi hijo balbucea:

—Papá.

Me giro y veo que Aless viene en nuestra dirección, le extiende sus brazos a nuestro pequeño y él corre hacia su padre, lo adora.

Nos sentamos los tres en el césped, mi marido me besa y nos abrazamos.

—La buena vida se acaba. Mañana nos incorporamos al trabajo —me recuerda Aless.

—Ha sido el mejor año de mi vida —murmuro sobre sus labios—. Gracias por hacerme la mujer más feliz sobre la tierra.

—Esto no es un punto y final, ahora es cuando comienza nuestro sueño de verdad. Un para siempre a tu lado se me hace corto. Quiero toda una eternidad. Te amo, Allegra.

—Y yo, mi amor. Me has demostrado infinidad de veces que harías todo por tu familia y no puedo sentirme más orgullosa de ti.

FIN

Agradecimientos

A todos los lectores que me apoyáis y os leéis mis novelas con ganas e ilusión y siempre estáis ahí apoyándome y animándome a crear nuevas historias para que disfrutemos juntos.

Espero que este nuevo Alessandro Albani os haya atrapado tanto como el padre y os lo quedéis en vuestro corazón.

Debo confesaros que para mí ha sido un completo reto crear a este personaje, su padre dejó el listón muy alto y el hijo debía llegar a igualarlo. Espero haberlo conseguido.

He disfrutado muchísimo escribiendo esta historia, reencontrándome con personajes de *Te protegeré* y creado a los nuevos. Espero que *Por mi familia* os haya atrapado y conquistado. Me da una pena muy grande despedirme de todos estos personajes, porque han sido muy importantes para mí.

Gracias a todos lo que estáis ahí detrás de estas páginas y os las bebéis en apenas unos solos días.

No dudéis en contactar conmigo a través de mis redes para dejarme vuestra opinión, me encantará leerlos.

Si te ha gustado este libro, por favor, dedícale unos minutos y deja tu reseña por escrito en Amazon, con eso me ayudas mucho a crecer.

Gracias infinitas a todos los que me seguís y os enamoráis de mis historias.

Pronto os traeré otra nueva historia.

Elizabeth Bermúdez.

Otros libros de la autora



BILOGÍA: Vida y amor

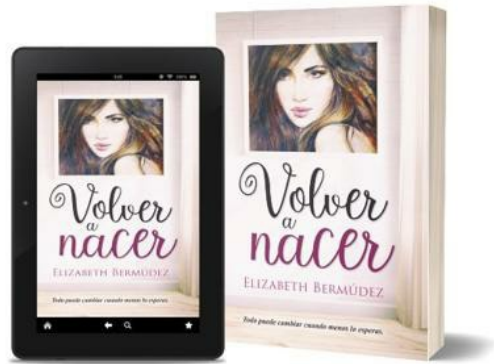




FAMILIA MILLER

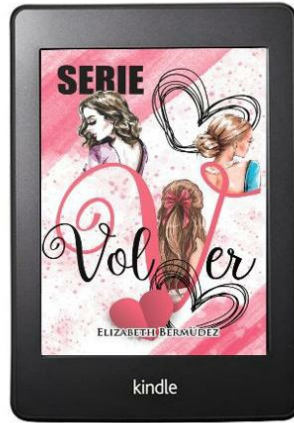


SERIE VOLVER





Incluye los 3 libros de la Serie Volver más nuevos extras.



NOVELAS INDEPENDIENTES



